TARZÁN Y EL HOMBRE LEÓN



EDGAR · RICE · BURROUGHS

Tarzán descubre en esta entrega a un científico loco que ha logrado que un grupo de gorilas se comporten como poco menos que seres humanos, pero además ha recreado el Londres del siglo XVII en las profundidades de la jungla.

Por otro lado, se encuentra con un equipo de cine que está intentando rodar una película en condiciones muy poco propicias y que, por si fuera poco, ha perdido a una de sus estrellas.

Por primera vez en esta serie, Burroughs hace una alusión velada al tratamiento que Hollywood dio a su obra narrativa, y ofrece una mirada crítica acerca del mundo de las estrellas cinematográficas.



Edgar Rice Burroughs

Tarzán y el hombre león

Tarzán 17

ePUB r1.0
Zaucio Olmian 11.07.13

Título original: *Tarzan and the Lion Man*
Edgar Rice Burroughs, 1933
Traducción: Carmen Camps
Portada original 1ª. edición EE.UU.: J. Allen St. John
Restauración y adaptación portada: Zaucio Olmian
Ilustraciones originales: J. Allen St. John
Restauración ilustraciones: Zaucio Olmian

Editor digital: Zaucio Olmian
ePub base r1.0



TARZÁN
y el hombre león



I

LA CONFERENCIA

MISTER Milton Smith, el vicepresidente, animador y manager, celebraba una conferencia con media docena de señores, que, sentados en hondos butacones o en los divanes que amueblaban su magnífico estudio de la B.

C., le escuchaban con atención. Míster Smith tenía un sillón tras su gran mesa de trabajo, pero rara vez lo ocupaba. Era un hombre imaginativo, lleno de actividad y dinamismo. Necesitaba libertad y espacio para moverse y expresar sus ideas. Su sillón resultaba demasiado pequeño, así es que prefería moverse por la estancia, mientras hablaba, y sus brazos y sus manos interpretaban entonces sus pensamientos casi tan gráfica y exactamente como su lengua.

—¡Será una cosa definitiva! —aseguró ahora a sus oyentes—; ¡nada de manigua pintada, ni de sonidos falsificados y preparados, ni de leones viejos y sin dientes, de esos que conocen todas las chicas de los Estados Unidos hasta por el nombre, desde que nacieron, y que reproducen hasta los abanicos! ¡No, señores, no! ¡Esta vez será una película real, una cosa vivida!

Una secretaria entró en este momento en el despacho, cerrando la puerta tras ella y diciendo:

—¡Ahí está míster Orman!

—¡Magnífico! ¡Dígale que pase, haga el favor! —repuso míster Smith vivamente. Y, frotándose las manos, añadió, volviéndose hacia sus compañeros—: ¡Ha sido una inspiración mía el pensar en Orman! ¡Este es el hombre que yo necesitaba para realizar la película!…

—¡Otra de sus muchas inspiraciones, jefe! —comentó uno de los otros—. ¡Se ve que le vienen a la mano!

Pero otro de los oyentes, inclinándose sobre el que acababa de hablar, le preguntó en voz baja:

—Pero… ¿no fue usted el que propuso a Orman para esta cinta, el otro día?

—¡Y claro que sí! —repuso el primero, también entre dientes y sonriendo un tanto.

De nuevo se abrió la puerta, y la secretaria hizo entrar a un joven fornido, bronceado por el sol y el aire, al que todos saludaron cariñosamente. Smith se adelantó hacia el recién llegado, y ambos se estrecharon la mano.

—¡Cuánto me alegro de verle, amigo Tom! —dijo Smith—. No le había vuelto a ver desde que regresó usted de Borneo. Allí ha obtenido usted un gran, éxito; pero ahora le voy a ofrecer a usted algo mejor todavía… ¿Usted sabe la serie de superproducciones que se han hecho de su última cinta de la jungla?…

—¿Y cómo no he de saberlo?… ¡Si no se habla de otra cosa, desde que he vuelto! Ahora supongo que todo el mundo se dedica a hacer películas de la jungla, ¿no?…

—¡Oh, sí, bueno; pero es que hay películas de la jungla, y películas de la jungla, amigo mío!…

Nosotros vamos a hacer ahora una real y verdadera. Le advierto que las escenas de esas superproducciones están tomadas todas en un radio de veinticinco millas de Hollywood, excepto unas cuantas vistas de África y algunos ruidos y efectos de sonido. ¡Puah!

Y Smith sonrió con un desdén inmenso.

—¿Y dónde vamos a filmar nosotros esa cinta? —preguntó Orman—. ¿A cincuenta millas de Hollywood, no es eso?…

—¡No, señor, no! Proyectamos enviar toda una compañía al corazón mismo del África, nada menos que a… a… ¿Cómo se llama el bosque ese, Joe?

—El bosque Ituri.

—Pues bien, eso: al bosque Ituri, con equipos sonoros y todo. ¡Piense usted lo que ello significa, amigo Tom! Usted dispondrá del ambiente verdadero, de los indígenas, de la jungla, la verdadera manigua africana, los animales, los sonidos y los ruidos todos. Usted toma la vista de una jirafa, y al mismo tiempo puede usted recoger el sonido de su voz.

—¡No necesitaría usted muchos equipos sonoros para eso, amigo Milt!

—¿Cómo, por qué?

—Porque las jirafas no hacen ruido alguno, quiero decir, no emiten

sonido alguno. No poseen aparato vocal apropiado. Son mudas.

—¿Y qué importa?… Eso era un ejemplo. Pero al coger usted en la pantalla los otros animales, leones, elefantes, tigres… En la obra de Joe aparece un gran tigre… ¡El público se pondrá en pie, viendo la cinta!

—Pero es que en África no hay tigres, amigo Milt —opuso el director.

—¿Quién lo dice?

—Yo —repuso Orman, sonriendo.

—¿Es verdad, Joe? —preguntó Smith, volviéndose vivamente hacia el autor y director de escena.

—¡Oh, aunque así sea, jefe, usted dijo que lo que necesitaba era el efecto!…

—¡Bien! ¿Qué importa, entonces?… ¡Tomaríamos la vista de un cocodrilo, y tendríamos el efecto del sonido!…

—¿Y usted quiere que yo dirija la cinta esa? —preguntó Orman.

—Sí; eso le hará a usted famoso.

—No sé, no sé… aunque la idea me gusta. Yo no he estado nunca en África. ¿Y se pueden llevar a África los camiones del equipo sonoro?

—Precisamente estamos hablando de ello —repuso Smith—, y por eso hemos rogado que asista a nuestra conferencia el Mayor White. ¡A propósito, creo que no se conocen ustedes, señores!… ¡Míster Orman…, el Mayor White!…

Los dos hombres se estrecharon la mano, y Smith continuó:

—El Mayor, que es un famoso cazador de fieras, conoce el África como un libro. Le acompañará a usted como guía, y sus consejos y experiencia le serán de gran utilidad.

—¿Qué opina usted, Mayor, de nuestro propósito de llevar los camiones del equipo sonoro al bosque ese del interior del África? —preguntó Orman—. ¿Será posible?

—¿Cuánto pesan?… Porque no creo que puedan ustedes llevar al África y penetrar en la jungla con un peso superior a tonelada y media.

—¡Huy! —exclamó vivamente Clarence Noice, el director de los equipos sonoros.

—¡Nuestros camiones del equipo sonoro pesan siete toneladas, y proyectamos llevar dos!

—Pues será imposible —opuso el Mayor.

—¿Pues qué me dice usted del coche-motor? ¡Pesa nueve toneladas!

El Mayor contestó, levantando las manos con asombro:

—¡Absurdo, señores, absurdo!

—¿No podrá usted hacerlo, Tom? —preguntó entonces Smith. Y antes de que Orman pudiera contestar, añadió—: ¡Y claro que podrá usted!

—¡Y claro que sí! —dijo Orman—. ¡Si usted corre con todos los gastos!

—¡Perfectamente! —murmuró Smith, satisfecho—. Y ahora, que ya está convenido, déjenme ustedes que les diga algo acerca de la historia que vamos a filmar. ¡Una cosa admirable, definitiva, ya lo verán! Miren: se trata de un joven, que ha nacido en la jungla, en plena manigua, y ha sido criado por una leona. El muchacho fraterniza con los leones toda su vida, y no tiene otros amigos que los leones mismos. El león, que ustedes saben es el rey de las fieras, llega a ser dominado, cuando el muchacho crece, por éste. De esta manera, el muchacho nacido en la jungla llega a ser el rey de los leones, el hombre-león, y manda y gobierna a todas las demás fieras de la selva. ¿Qué les parece?… ¡Una película maravillosa de la jungla!

—¡Muy bien! —comentó Orman—. Muy interesante.

—Pues ahora viene lo mejor, porque aparece una muchacha, lo que originará escenas magníficas.

La chica no sabe que haya alguien cerca, y se baña en una laguna de la selva; entonces aparece el hombre-león. El muchacho no ha visto jamás a una mujer. ¿Usted ve, amigo Tom, el campo vastísimo que esto ofrece?… ¡Va a ser un éxito colosal!…

Y Smith se agitaba por la estancia, accionando como si ya estuviera en escena: ahora era la muchacha que se bañaba en la laguna solitaria, y enseguida corría al otro extremo del despacho, y ya era el hombre-león, maravillado ante la belleza de la joven.

—¿Qué les parece, señores? —preguntó entusiasmado—; ¿grandioso, en?… Usted puede pedir la obra a Joe.

—Joe fue siempre un hombre muy original —celebró Tom Orman—. Escuche, Smith: ¿pero quién va a representar a ese hombre-león que fraterniza con las fieras?… ¡Porque ha de ser un hombre valiente, caramba!…

—¡Oh, ya lo creo! Pero creo haber realizado un gran hallazgo: un joven atleta, de gran belleza física, que va a enamorar a todas las muchachas del mundo…

—¡A ellas y a sus abuelas! —comentó otro, riendo.

—Pero ¿de quién se trata?

—¡Oh, del campeón del mundo de maratón!

—¿El campeón de baile de maratón?

—¡No, el campeón de las carreras de maratón!

—Pues si yo estuviera en su pellejo, preferiría ser un gran saltarín. ¿Cómo se llama?

—Stanley Obroski.

—¿Stanley Obroski? ¡Jamás he oído semejante nombre!

—Pues, sin embargo, es un nombre famoso. ¡Espere usted a verlo, y nos dirá! Estoy seguro de que tendrá un gran éxito.

—Pero ¿sabe trabajar? —preguntó Orman.

—No tiene necesidad de saber nada, sino presentarse tal cual es ante la pantalla… Ya verá usted las pruebas que yo le hago hacer, y se convencerá.

—¿Quién más hay en el reparto?

—Por lo pronto, tenemos a esa chica, la Madison, como oponente de Obroski, y…

—¡Huy, Naomi, una chica tan apasionada y traviesa aquí, qué no será cuando llegue al Ecuador!… ¡Allí, se derrite!…

—… Y Gordon Z. Marcus va también, como padre de la chica; hará de comerciante blanco.

—Pero ¿servirá Marcus para eso?… ¡Ya es muy viejo!…

—¡Oh, ya servirá! El Mayor White figurará en la cinta como un gran cazador blanco.

—Pues yo me temo —comentó el Mayor— que no pueda representar muy bien mi papel de gran cazador.

—¡Oh, no tiene usted que hacer más que obrar tal y como lo hace de ordinario! ¡No se preocupe por ello!

—No; ya se preocupará el director por usted —comentó el director de escena—. Para eso cobra.

—¡Y plagia también! —dijo a su vez Orman—. ¿No es verdad?… ¡Qué gracioso! Pero, dígame, Mili, volviendo a Naomi: esa chica es una gran actriz en las obras en que se representan cabarets o bailes de sociedad y fiestas de juventud y alegría; pero tratándose de leones y elefantes… ¡no sé!…

—Es que pienso enviar allá también a Rhonda Terry, para que haga su doble.

—¡Ah, muy bien! Porque Rhonda Terry es capaz de morderle a un león en una pata, si se lo manda el director. Y hasta se parece mucho a la chica

esa, la Madison.

—Lo cual es un elogio para Naomi —comentó el director de escena—. Es una chica que vale mucho, no de esas que pululan por los teatros y que tanto me fastidian…

—¡Y usted lleva más de diez años rodando por los estudios, amigo mío! —dijo Orman, sonriendo—. Bueno, ¿quién más viene? ¿Quién vendrá conmigo de jefe de los *cameraman*?

—Bill West.

—Perfectamente.

—Es decir, que, con actores, chóferes, *cameramen* y extras, usted llevará de treinta y cinco a cuarenta blancos consigo. Llevará usted, además, el coche-motor, los dos furgones del equipo sonoro; en total, veinticinco toneladas de peso, y cinco coches para pasajeros. Hemos buscado técnicos y gente experta, para que la compañía vaya lo más completa posible, incluso ocupándonos de los chóferes y los mecánicos. Siento que no haya estado usted aquí, para formar por sí mismo la compañía que ha de llevar; pero el tiempo apremiaba y había que hacer muchas cosas. Todo el mundo está ya escriturado y ha firmado los contratos correspondientes, menos usted. Y no tengo que decirle que puede llevar, desde luego, a toda la gente que usted quiera.

—¿Y cuándo nos marchamos?

—Dentro de unos diez días.

—¡Vaya vida! —comentó Orman, sonriendo—. ¡Seis meses en Borneo, diez días en Hollywood, y ahora otros seis meses en África! ¡Por Dios, señores, yo creo que debían ustedes darme siquiera tiempo para afeitarme, entre viaje y viaje!

—¡Entre bebida y bebida, quiere usted decir! —comentó Joe.

—¡Entre bebida y bebida! —dijo otro—. ¡Entre bebida y bebida, Tom no tiene tiempo de hacer nada!…

II

BARRO

SHEYKH Ab-el-Ghrennem y sus atezados hombres de la escolta, miraban desde lo alto de sus caballos, inmóviles ahora, cómo el loco Nasara sudaba y juraba animando a doscientos negros, que se esforzaban en arrastrar un enorme furgón de nueve toneladas, donde iba instalado el equipo motor, y que pretendían hacer pasar al otro lado de un riachuelo.

Algo más lejos, Jerrold Baine, apoyado contra la portezuela de un coche de turismo lleno de barro, hablaba con las dos muchachas que iban en el asiento interior.

—¿Cómo se siente usted, Naomi?

—¡Mal!

—¿Tiene fiebre otra vez?…

—¡Oh, no me ha vuelto a dejar desde que salimos de Jinja! De todos modos, no sé qué daría por verme en Hollywood otra vez; pero no lo veré más. ¡Yo voy a morir aquí!

—¡Bah, bah!… ¡Qué tontería! Verá qué pronto se encuentra bien del todo.

—Es que ha tenido un sueño esta noche —dijo la otra muchacha—.

—Naomi cree en los sueños.

—¡Calla! —exclamó Naomi vivamente.

—En cambio usted, Rhonda, parece encontrarse como el pez en el agua, ¿no?

Rhonda Terry asintió, contestando:

—¡Sí! Estoy de suerte.

—En ese caso, deberías tocar algo de madera —aconsejó miss Madison, que era muy supersticiosa. Y añadió—: Rhonda es todo materia, sólo materia. ¡Oh, nadie sabe lo que sufrimos los artistas, con nuestro temperamento inquieto y nervioso!…

—¡Pues, la verdad, yo prefiero ser una vaca feliz, que una artista

miserable! —comentó Rhonda, sonriendo.

—Además, que Rhonda está haciendo todos los primeros papeles —siguió diciendo Naomi Madison—. Ayer filmaron la primera escena donde yo debo aparecer, y, sin embargo, ¿dónde estaba yo?… ¡Pues echada, con un ataque de fiebre, y Rhonda tuvo que hacer el doble por mí, hasta el final!

—Suerte que se parecen ustedes mucho —murmuró Baine—. Yo mismo, que las conozco tanto, no las distingo cuando las veo una a una.

—Eso es lo malo —contestó Naomi—. Que el público la verá a ella, y creerá que soy yo.

—¿Y qué importa eso? —opuso Rhonda—. Tú te llevas la fama, el crédito…

—¡La fama!… ¡El crédito!… ¡Oh, querida mía, eso acabará por arruinar mi nombre y mi reputación!… Tú eres una buena muchacha, Rhonda, inteligente y todo lo que se quiera; pero no olvides que yo soy Naomi Madison, y el público, que espera siempre que yo me supere, va a llevar un desengaño y me culpará y reprochará.

Rhonda dijo, riendo:

—¡Bueno, mujer, yo me esforzaré para no arruinar tu reputación del todo!

—¡Oh, tú no tienes culpa! —opuso la otra—. Ni yo te reprocho a ti nada. Se nace con el sello y la inspiración del artista, o no. Y tú no tienes más culpa, si no sabes representar mejor, que ese pobre indígena por no haber nacido blanco.

—¡Qué desilusión me he llevado yo con los moros! —comentó Rhonda.

—¿Cómo?… ¿Por qué? —preguntó Baine.

—¡Oh, cuando yo era niña vi una vez en el cine a Rodolfo Valentino, personificando a un árabe! ¡Y aquello sí que era un árabe!

—Sí, el pájaro éste no se parece mucho a Rodolfo Valentino —repuso, riendo, Baine.

—Desde entonces, siempre he esperado verme raptada por un grupo de moros barbudos y sucios y tostados por el sol… Pero, hijos míos, todavía estoy esperando que me rapten…

—¡Ya le hablaré yo de ello a Bill! —dijo Baine. Rhonda suspiró débilmente, contestando:

—¡Bill West es un buen *cameraman*, pero no es árabe! En el fondo, es tan romántico como su cámara.

—Es un chico muy simpático y elegante —insistió Baine.

—¡Oh, sí, desde luego! A mí me vuelve loca. Ha hecho un hermano admirable.

—Bueno, ¿cuánto tiempo vamos a estar aquí paradas? —preguntó Naomi de mal humor.

—¡Oh, hasta que esa gente pasen el coche motor y otros veintidós carruajes más al otro lado del riachuelo!

—Pues, la verdad, yo no sé por qué nosotros no podíamos seguir adelante. En vez de estar aquí parados, espantando las moscas y otros insectos, podíamos continuar la marcha.

—¡Oh, lo mismo da espantarse las moscas aquí que en otra parte! —opuso Rhonda.

—Es que Orman tiene miedo de dividir la caravana —explicó Baine—. Esta comarca que ahora vamos atravesando, es muy peligrosa. Le han aconsejado que no trajera por aquí a la compañía. Los indígenas de esta parte no han sido nunca sometidos del todo, y hace poco se rebelaron…

Permanecieron unos momentos en silencio, espantándose las moscas obstinadas y viendo cómo los indígenas arrastraban penosamente el pesado furgón por la pendiente fangosa de la orilla del riachuelo. Los caballos de los árabes movían incesantemente la cola o se defendían a mordiscos de los parásitos que les atormentaban.

El árabe Ab-el-Ghrennem le dijo a otro que estaba a su lado, un hombre de tez obscura, con unos ojos de expresión demoniesca:

—¿Cuál de esas dos muchachas, Atewy, es la que tiene el secreto del Valle de los Diamantes?

—¡*Billah*! —repuso Atewy, escupiendo.

—Las dos se parecen tanto, que yo no puedo distinguirlas.

—Pero ¿una de ellas tiene el papel? ¿Estás seguro?

—Sí. El viejo Nasrany, que es el padre de una de ellas, lo tenía; pero ella se lo ha quitado. Ese joven que está ahora hablando con ellas, apoyado en esa invención infernal, tramó un complot para asesinar al viejo y apoderarse del papel; pero la muchacha, su hija, se enteró del complot y le robó a su padre el papel por sí misma. Y el joven y el viejo creen a estas horas que el papel se ha perdido.

—¡Pero la muchacha esa habla tan tranquila con el joven que iba a asesinar a su padre! —dijo el jefe moro—. Y parece muy amiga de él. ¡La verdad, no acabo de comprender a estos perros cristianos!

—Ni yo —repuso Atewy—. Son todos locos. Se pelean entre ellos, y a los dos momentos los tienes sentados juntos y hablando y riendo como buenos amigos. Y hacen cosas horribles, mientras los otros andan a su alrededor, tan tranquilos. Yo mismo vi a la muchacha esa quitarle el papel a su padre, mientras el joven andaba cerca; pero ni uno ni otro se dieron cuenta de nada. Luego, el joven fue hacia el padre de la muchacha, rogándole que le enseñara el papel, y entonces fue cuando el viejo se buscó en los bolsillos y lo echó de menos. Dijo que se le había perdido, y apareció desolado y triste.

—¡Todo esto es muy extraño! —murmuró Ab-el-Ghrennem—. ¿Estás seguro que entendiste lo que decían las lenguas de estos perros, Atewy?

—¡Oh!, ¿no trabajé yo durante más de un año al servicio de uno de estos locos blancos que estuvo haciendo excavaciones en las arenas de Kheybar?… Y cuando encontraba un trozo de vasija rota, ya era dichoso todo el resto del día. De él aprendí yo la lengua de los ingleses.

—¡*Wellah*! —suspiró el jefe árabe—. Debe tratarse de un gran tesoro, en efecto, más grande todavía que los de Howwara y Geryen juntos, ya que, de otro modo, estos demonios blancos no habrían traído tantos carruajes para transportarlo.

Y se quedó mirando pensativamente la serie de vehículos que esperaban al otro lado del riachuelo.

—¿Y cuándo he de robar a la muchacha que tiene el papel? —preguntó Atewy, luego de un momento de silencio.

—Deja que llegue el momento oportuno —repuso el jefe moro—. No hay prisa, desde el momento en que los demonios blancos van acercándose cada vez más al sitio donde está el tesoro, y haciéndonos conocer cada vez más sus planes. Los blancos son locos y tontos. Creen que van a engañar a los árabes con la leyenda esa de que van a tomar una cinta, como han engañado a los ingleses mismos; pero nosotros somos más listos que ellos: nosotros sabemos que eso de la cinta no es más que un pretexto para esconder el verdadero propósito de esta expedición…

Sudoroso y cubierto de barro, míster Thomas Orman estaba cerca de la larga fila de negros que tiraban de las cuerdas atadas al pesado camión. En una mano llevaba un largo látigo. En bandolera llevaba una canana; pero en vez de sostener en ella un rifle, llevaba una botella de whisky.

Orman no era por temperamento ni duro ni cruel como capataz, y de ordinario su carácter no le habría empujado a usar el látigo. Pero en estos

momentos, el prolongado silencio de los negros, que debía haberle inclinado hacia la benevolencia y el perdón, le irritaba más y más.

Hacía tres meses que saliera de Hollywood, y ya llevaban dos trabajando por cuenta de la cinta que iban a hacer, y aun pensaba que quizá iba a transcurrir otro mes todavía antes de que llegaran al sitio donde había que filmarla en su mayor parte. La protagonista principal estaba atacada de fiebre maldita; esto influía en su ánimo, desde luego. Imaginaba que todo iba saliendo mal, que todo conspiraba contra él; y ahora, para colmo, estos malditos negros flaqueaban en su trabajo.

—¡Venga, a tirar, tajo de gandules! —gritó, furioso, al tiempo que descargaba un terrible latigazo en plena espalda de un negro.

Un joven que lucía una camisa caqui y llevaba pantalones cortos, se apartó con disgusto de la fila de negros, dirigiéndose hacia el auto junto al que Baine hablaba con las dos muchachas. Bajo un árbol se detuvo un instante, se quitó el casco, limpiándose el sudor, y luego se acercó al coche.

Baine se apartó un poco, como para dejarle sitio junto al carruaje, y murmuró:

—¡Pareces triste, amigo Bill!

—Es que —repuso West, jurando a media voz— Orman anda buscándole tres pies al gato. Si no deja ese látigo y el vicio de la bebida, nos va a meter en un avispero.

—Sí, algo flota en el aire —repuso Rhonda—. Los negros no ríen ni cantan ya, como es su costumbre.

—Yo he podido sorprender hace un momento a Kwamudi, mirándole con una expresión terrible de odio…

—¡Oh, a estas gentes hay que tratarlas con dureza, West! Y en cuanto a Kwamudi, Tom lo puede despedir y nombrar a otro jefe indígena.

—Te advierto, amigo Baine, que los días de la esclavitud han pasado ya ¿eh?… Y los negros lo saben. Orman se va a buscar un disgusto si sigue así… Y no te hagas ilusiones respecto a Kwamudi: no es un jefe vulgar, sino un Jefe ilustre, y muchos de nuestros negros pertenecen a su misma tribu. Si él lo ordena, se marcharán todos, y si estas gentes se marcharan, nos encontraríamos en un verdadero atolladero, puedes creerlo.

—Bien; pero ¿qué podemos hacer nosotros? Tom no nos ha pedido nuestro consejo, que yo sepa…

—Usted podría hacer algo, Naomi —dijo West, volviéndose hacia la muchacha.

—¿Quién, yo?… ¿Y qué puedo yo hacer?

—¡Oh, Tom siente por usted mucha simpatía… y le haría a usted caso!…

—¡Oh, hacerme caso!… Eso es cuenta suya. Yo, bastante tengo conmigo…

—Es que quizá le interesara a usted también…

—¿A mí?… ¡Todo lo que yo quiero es verme libre de este ambiente y lejos de aquí! ¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí paradas, espantándonos las moscas?… ¡Escuche! ¿dónde está Stanley? No le he visto en todo el día.

—¡El hombre-león debe ir durmiendo en su coche! —contestó Baine—. ¿No saben ustedes cómo le llama el viejo Marcus?

—¿Cómo? —preguntó Naomi.

—Pues le llama la enfermedad del sueño.

—¡Oh! —comentó con viveza y sarcasmo Naomi—; ¡ustedes le tienen envidia a ese muchacho, porque ha subido rápidamente, mientras ustedes no lo consiguen en tantos años! Pero les advierto que míster Obroski es un verdadero artista.

Rhonda murmuró en este instante:

—¡Miren, vamos a partir! Hacen la señal. En efecto, el gran furgón empezó a marchar. En el auto que abría la marcha iban unos cuantos indígenas armados, los askaris, y otro destacamento iba en retaguardia de la caravana. Algunos negros se subieron en los estribos de los coches, pero la mayoría de ellos siguieron detrás de los carruajes, a pie. De ellos cuidaba Pat O'Grady, el ayudante del director.

O'Grady no llevaba látigo. Silbaba mucho, siempre la misma cancioncilla, y aunque trataba a los negros con cierta dureza, dirigiéndoles toda clase de epítetos, seguro de que no le entenderían, los indígenas reaccionaban ahora un tanto, al verle sonriente y silbando. El obstinado silencio de los negros se rompió un tanto, y empezaron a hablar entre ellos, aunque sin reír ni cantar todavía.

El Mayor White se acercó a O'Grady, diciéndole:

—Sería preferible que usted se cuidara siempre de los negros, amigo mío; míster Orman tiene un carácter que no sirve para esto en modo alguno.

O'Grady se encogió de hombros, contestando:

—¿Y qué hemos de hacerle?

—A mí no me hace caso —insistió el Mayor—. Todo lo que le digo, le molesta y lo encuentra mal… Yo debí haberme quedado en Hollywood.

—¡No sé qué le pasa a Tom! —comentó O'Grady pensativamente—. Está triste y preocupado… ¡Nunca le vi así!…

—¡Oh, quizá es que bebe demasiado whisky! —dijo el Mayor, sonriendo.

—¡No! —opuso blandamente el ayudante del director, que sentía sincero afecto y era muy fiel hacia su jefe—; debe de ser la fiebre y la fatiga, el aburrimiento…

—Sea lo que sea, nos vamos a ver en un mal paso si todo esto no cambia —profetizó el Mayor, muy serio, en un tono que revelaba hondo disgusto.

—Quizá usted lleva… —Pero las palabras de O'Grady se vieron interrumpidas, de pronto, por una descarga, que parecía venir de la cabeza de la columna. Eran tiros de rifle.

—¡Dios mío!, ¿qué pasa? —dijo el Mayor, echando a correr hacia el sitio de donde llegaban los disparos.

III

ENVENENADAS

EL OÍDO del hombre es pobre. Incluso en campo abierto, no percibe el ruido de un tiro a gran distancia. Pero los oídos de las fieras son muy distintos de los del hombre… y así, las fieras de la selva se detuvieron alarmadas al oír los disparos de rifle que habían alarmado a O'Grady y al Mayor White. Y la mayor parte huyeron como enloquecidas, en dirección opuesta al sitio por donde habían sonado los disparos.

Pero un soberbio león, de crines negras y doradas, y un hombre, que estaban echados al pie de un gran árbol, no se dignaron moverse. El hombre estaba echado de espaldas, y el león, a su lado, le tenía puesta una de sus enormes garras sobre el pecho.

—¡Tarmangani! —murmuró el hombre. El león contestó con un hondo rugido, y el hombre comentó luego:

—¡Bien, mañana veremos lo que ha sido eso!

Y cerrando los ojos, reanudó el sueño interrumpido un instante por el ruido de los disparos.

El león parpadeó, entornando luego sus ojos de un gris verdoso, inclinó la cabeza y quedó también prontamente dormido.

Cerca de ellos se veía el esqueleto casi devorado de una cebra, a la que habían cazado al amanecer. Ni Ungo, el chacal, ni Dango, la hiena, habían olfateado todavía el festín; así es que la carcasa permanecía allí, sólo rodeada de algunos insectos zumbadores o de tal cual ave de rapiña.

Antes de que el Mayor White llegara a la cabeza de la columna, el fuego había cesado, y cuando llegó allí se encontró a los askaris y a los blancos escudriñando el bosque negro que se alzaba ante ellos, con los rifles prontos. Dos soldados negros yacían en el suelo, con varias flechas clavadas en sus cuerpos, retorciéndose en los últimos espasmos de la agonía. Naomi Madison se había echado al suelo del coche; en cuanto a Rhonda Terry, con un pie en el estribo del carruaje, empuñaba una pistola.

White corrió hacia Orman, que también empuñaba su rifle, inspeccionando el bosque desde lejos, y le preguntó:

—¿Qué ha sucedido, míster Orman?

—Una emboscada —repuso Orman—. Los demonios negros estos, nos han lanzado una descarga de flechas, y han huido. Apenas hemos tenido tiempo de verlos un momento…

—Son los bansutos —dijo White. Orman asintió:

—Sí, eso creo. ¡Se creen que me van a asustar con unas cuantas flechas; pero ya les ajustaré yo las cuentas a los cochinos negros estos!…

—Esto ha sido un aviso, Orman. Esta gente no quiere que usted entre en su país.

—A mí no me importa lo que quieran; yo voy a entrar, de todos modos. ¡A mí no me asustan!

—No olvide, míster Orman, que tiene usted aquí mucha gente de cuyas vidas es usted responsable, incluyendo a dos pobres muchachas blancas, y que ya le avisamos que no viniera usted por el país de los bansutos.

—Pues, a pesar de ello, voy a hacer pasar a mi gente por aquí; la responsabilidad es mía, no de usted —repuso Orman con énfasis, en el tono de un hombre obstinado que, aunque comprende que no lleva la razón, intenta defenderla.

—Es que yo también me siento responsable en cierto grado —opuso White—. Usted sabe que yo he sido enviado con usted a esta expedición en calidad de guía y consejero…

—Cuando yo le pida su consejo, usted me lo da. Ya se lo pediré cuando lo necesite.

—Es que usted lo necesita ahora. Usted no sabe nada acerca de esta tribu, ni lo que se puede esperar o temer de ella…

—¡Oh, pero les hemos dado una buena lección contestando inmediatamente a su ataque! Ya íbamos prevenidos. Y puede usted estar seguro de que no volverán a molestarnos.

—Yo no estoy tan seguro de ello, amigo mío. Usted mismo dice que apenas los han visto… Esto le probará la estrategia de esta gente en la guerra; jamás atacan de frente, ni en campo raso y a cara descubierta, sino que prefieren matar a dos o tres enemigos cada vez, por medio de emboscadas y guerrillas; y pudiera ser que jamás veamos a uno solo de esos negros.

—Bien, bien —repuso Orman en tono incisivo—; ¡si tiene usted miedo,

vuélvase! Yo le daría unos negros para que le sirvieran de ayuda y de guardia.

White repuso a su vez, sonriendo con desdén:

—¡No se trata de eso! ¡Yo me quedaré con ustedes, desde luego! —Entonces, volviéndose hacia Rhonda Terry, que, algo pálida, seguía empuñando la pistola, añadió—: ¡Mejor será que siga usted en el coche, miss Terry! Le servirá de protección, hasta cierto punto, contra las flechas.

—¡He podido oír lo que ha dicho usted a míster Orman! —contestó la muchacha—. ¿Usted cree verdaderamente que esa gente acabará con nosotros de ese modo?…

—Me lo temo mucho; es la manera de luchar de estos negros. Yo no quiero asustarla sin necesidad; pero la verdad es que será conveniente que vaya sobre aviso.

La chica, mirando a los dos cadáveres negros, comentó, pensativa:

—¡No sabía que las flechas pudieran matar tan pronto!

Y su voz y su cuerpo todo habían temblado un poco al pronunciar estas palabras.

—Es que estaban envenenadas —explicó el Mayor.

—¡Envenenadas! —murmuró Rhonda, con una inmensa expresión de horror.

White, por toda respuesta, miró al interior del carruaje, y exclamó:

—¡Me parece que miss Madison se ha desmayado!

—¡Oh, sí! —repuso Rhonda, volviéndose hacia la otra muchacha, que estaba inmóvil e inconsciente en el suelo del auto.

Entre los dos la sentaron, y luego, Rhonda le administró algunos calmantes.

Mientras tanto, Orman estaba organizando una fuerte columna de vanguardia, y dando órdenes a los blancos, agrupados a su alrededor:

—¡Tengan ustedes los rifles prontos!, ¿eh? Ordenaré que vaya un hombre más, armado desde luego, en cada furgón. Estén alerta, y en cuanto vean la más leve cosa sospechosa, ¡fuego! —Hizo una breve pausa, y continuó—: Bill y Baine irán con las dos muchachas; ordenaré que un askari vaya en cada uno de los estribos del auto. Clarence: vaya usted a la retaguardia, y dígale a Pat lo que ha ocurrido; dígale que refuerce la retaguardia, y usted mismo se queda allí con él… Y usted, Mayor White… —el inglés se adelantó—; quisiera que viese usted al viejo El-Ghrennem y le diga que envíe la mitad de su fuerza a la retaguardia, y la otra mitad, aquí

con nosotros. Nos servirán para enviar mensajes y avisos a lo largo de la columna, si es necesario. En cuanto a usted, míster Marcus —añadió todavía, dirigiéndose ahora al viejo cómico—, usted y míster Obroski irán en medio de la columna. ¿Dónde está Obroski?

Y se volvió, mirando en torno.

Nadie le había visto desde que ocurriera el ataque. Y Marcus contestó:

—¡Estaba en el coche cuando yo salí de allí! Quizá se ha quedado dormido otra vez. Pero al decir esto, había un brillo de astucia y una expresión taimada en sus ojos.

—¡Aquí viene! —anunció, de pronto, Clarece Noice.

Un joven alto, hermoso, con una abundante cabellera negra, se aproximaba, llegando desde el sitio donde estaban los furgones. En una cadera le bailoteaba un revólver de seis tiros, y llevaba un rifle en bandolera. Al ver que los otros miraban hacia aquí, echó a correr, gritando:

—¿Dónde están?… ¿Por dónde se han ido?…

—¿Dónde estaba usted? —preguntó Orman.

—¡Oh, buscándolos! Yo creí que habían vuelto aquí.

Bill West se volvió hacia Gordon Z. Marcus, y le guiñó un ojo con disimulo.

La caravana partió de nuevo. Orman iba en la vanguardia, en el puesto de más peligro; y a su lado marchaba White.

Como un inmenso reptil, el safari comenzó a deslizarse sobre aquellas tierras abrasadas, y luego penetró en el bosque, sin que se oyeran otros ruidos que el chasquido de las ramas y el rumor de los motores y los neumáticos. Nadie hablaba: todo el mundo se mantenía silencioso, en un estado de dolorosa tensión y de temerosa ansiedad.

Luego hubieron de hacer alto varias veces, mientras un destacamento de negros, provistos de grandes cuchillos y de hachas, abrían paso a través de la selva intrincada para que pudieran pasar los grandes furgones. Luego continuaba el avance a través de la selva milenaria y salvaje. Ahora avanzaba lenta, penosamente.

Al fin, al llegar a un río, Orman ordenó:

—¡Aquí acamparemos!

White asintió. El Mayor estaba encargado de instalar y levantar siempre el campamento. Entonces, con voz serena y reposada, se puso a dar órdenes para que camiones y autos de los viajeros fueran colocados en orden, cerca de la orilla del río, en una gran explanada natural que allí había.

Los que iban en los carruajes echaron pie a tierra, con la delicia de estirar las piernas. Orman, sentándose en el estribo de un carruaje, bebió un sorbo de whisky. Naomi Madison vino a sentarse junto a él, encendiendo un cigarrillo. La muchacha lanzaba miradas furtivas y llenas de temor en torno, examinando el bosque que les rodeaba, y al bosque inmenso que se extendía al otro lado del río.

—Yo quisiera verme fuera de aquí, Tom —comentó la muchacha—. Yo que tú, volvería hacia atrás, antes de que nos asesinen.

—¡Oh, piensa que a mí no me han enviado aquí para eso! Yo he venido al África a tomar una cinta, y la tomaré, pese a quien pese.

Ella se le acercó, dulce e insinuante, murmurando:

—¡Si me quisieras de verdad, me sacarías de aquí! Yo tengo miedo. Presiento que voy a morir. Si no es por la fiebre, será por las flechas envenenadas.

—¡Ve a contarle tus cuitas al hombre-león, Naomi! —contestó Orman, echándose otro trago de whisky.

—¡No seas malo, Tom! —opuso ella, más melosamente—. ¡Ya sabes que nadie me importa, sino tú!…

—Sí, ya lo sé… excepto cuando tú crees que yo no te veo. ¿O es que te crees que soy ciego, acaso?…

—¡Hijo mío, no serás ciego, pero siempre apestas a whisky! —repuso la chica, en tono de enojo—. Yo…

Un tiro, que sonó en la retaguardia, interrumpió a la muchacha. Enseguida se oyó otro y otro, y después una descarga cerrada.

Orman se había puesto en pie de un brinco, mientras los otros echaban a correr hacia la retaguardia. Pero él dio una orden a gritos:

—¡Eh, vuelvan para acá! Podrían atacar el campamento también, si son ellos que vuelven. ¡Mayor White: ordene usted al jefe árabe que envíe un jinete a la retaguardia pronto, a ver qué ha sucedido!

Naomi se desmayó, pero nadie la hizo caso, y la dejaron caída sobre la hierba. Los negros askaris y los blancos quedaron con los rifles prontos, en un estado de tensión nerviosa que crispaba sus dedos sobre las armas, mirando inquietamente en torno, al bosque impenetrable que les rodeaba.

El fuego había cesado en la retaguardia con la misma prontitud con que se había producido. Y ahora se hizo un silencio que parecía palparse. Y, de pronto, un grito extraño, sobrenatural, espantoso, rompió el silencio, saliendo del bosque al otro lado del río.

—¡Dios mío! —exclamó Baine—. ¿Qué es eso?

—Yo creo que los necios esos están pretendiendo asustarnos —repuso White.

—Pues a mí me han asustado de veras —comentó Marcus, sonriendo —. ¡He sentido el mismo miedo como cuando era niño, caramba!

Bill West abrazó con aire protector a Rhonda Terry, diciéndole:

—Métete en el coche, Rhonda. Ahí estarás más segura contra las flechas.

—¿Y cerrar los ojos al peligro, eh?… ¡No, muchas gracias, hijo mío!

—Aquí viene el jefe árabe —exclamó Baine—. Por cierto, seguido de un jinete blanco…

—Es Clarence —dijo por su cuenta West. Cuando detuvieron los caballos cerca de Orman, Noice saltó a tierra.

—¡Bien!, ¿qué ha pasado? —preguntó el director.

—Lo mismo que ocurrió antes en la vanguardia de la columna —replicó Noice—. Inesperadamente, ha caído una lluvia de flechas sobre los hombres de la retaguardia, matando a dos. Entonces, nosotros, nos volvimos, haciendo fuego; pero no hemos conseguido ver a nadie. Es inexplicable. Los negros de nuestra columna están aterrados.

—Escuche: ¿ha ordenado Pat al resto del safari que vengan hacia el campamento? Noice repuso, sonriendo:

—¡Oh, no necesitan que se les ordene venir! Han echado a correr, y vienen como flechas, hasta el punto de que no los van a sentir ustedes llegar siquiera.

Un nuevo grito le interrumpió, tan cerca de ellos, que hasta el impasible Mayor White se estremeció, y todos se volvieron vivamente, con los rifles prontos.

Naomi se había levantado por sí misma, y sus cabellos aparecían en desorden, mientras en sus ojos se leía un miedo terrible. Lanzó un nuevo grito, y volvió a caer desmayada.

—¡Calla! —gritó Orman, irritado. Pero la muchacha no le oyó.

—Si nos armaran pronto nuestra tienda, yo la llevaría allá —sugirió Rhonda.

Automóviles, jinetes y un tropel inmenso de negros se movían por la enorme explanada, agrupándose por aquí. Nadie quería quedarse en los bosques terribles. Una gran confusión reinaba en el campamento.

El Mayor White, ayudado por Bill West, intentaba poner orden en aquel

caos, y cuando llegó Pat O'Grady, se unió a ellos en la tarea.

Al fin, el campamento quedó instalado. Blancos, negros y caballos quedaron instalados, aparte, claro es.

—¡Si el viento cambia, estamos perdidos! —comentó Rhonda Terry.

—¡Vaya un lío! —dijo a su vez Baine—. ¡Y yo que creía que esto iba a ser una excursión agradable!… ¡Vaya un mal rato!

—Vas a pasar muchos malos ratos hasta que salgamos de la región de los bansutos —exclamó Bill West.

—¡Qué vas a decirme, hombre!

—¿Cómo está la Madison, Rhonda? —preguntó West. Rhonda se encogió de hombros, contestando:

—¡Si no se hubiera asustado tanto, no estaría mal del todo! La fiebre se le iba quitando; pero se asusta tanto, que tiembla como una hoja.

—Tú, en cambio, eres maravillosa, Rhonda. ¡No pareces asustarte por nada!

—Bueno, amigos míos, yo estoy cansado —dijo Baine, dirigiéndose hacia su tienda.

—¿Asustarme, dices?… —exclamó la muchacha ahora—. Te juro, Bill, que no he conocido nunca el miedo, hasta ahora…

—Tú eres una chica valiente. Porque, aunque sientas miedo, no se te conoce.

—Quizá es que sé disimularlo o dominarme —dijo ella, riendo—. Por eso siento tanta simpatía hacia Naomi.

—¡Oh, Naomi, Naomi!… ¡Naomi es…! La muchacha le tapó la boca a Bill, diciendo vivamente y en tono de reproche:

—¡No le digas nada! ¡La pobre no puede remediarlo! Yo lo siento por ella…

—¡Es que tú eres una muchacha admirable, Rhonda! ¡Y Naomi te trata con tanto desprecio! No sé cómo puedes tratarla con tantas consideraciones, siendo una chica que vales… A mí me irrita ver cómo te trata… ¡La gran artista!… Tú le das ciento y raya, te advierto… ¡Y si es de guapa!… Si quisieras, la desbancabas de los escenarios…

—¡Sí, sí! —rió Rhonda—; ¡por eso ella es una gran estrella, y yo soy su doble, sencillamente! ¡No gastes bromas!

—No son bromas. En la compañía no se habla de otra cosa. Tú has impresionado todas las escenas que van hechas hasta ahora de la cinta, mientras ella descansaba. Hasta Orman lo sabe, y está muy disgustado.

—¡Oh, tú la calumnias…! Y es que no te es simpática…

—No, no me lo es, la verdad. En cambio, tú me lo eres mucho, Rhonda. Tú… ¡bueno, ya me comprendes!

—¿Cómo?… ¿Es que me estás cortejando, Bill?…

—Lo estoy intentando.

—¡Oh, en ese caso… te prefiero como *cameraman* a como galán!… Debes preocuparte de tu cámara. Piensa que éste es el lugar más a propósito para impresionar una escena de amor. Me extraña que tú no lo hayas visto… Aquí no podrías impresionar nunca una escena de amor…

—¡Oh, pues ahora voy a impresionarla, Rhonda! ¡Porque el caso es que yo te quiero!…

—¡Calla! —repuso la chica, riendo.

IV

DISENSIÓN

KWAMUDI, el capataz negro, se acercó a Orman, diciéndole:

—¡Mi gente quiere volver atrás! No quieren seguir en el país de los bansutos, exponiéndose a que los maten!

—¡Ustedes no pueden marcharse! —rugió Orman—. Usted firmó un compromiso para todo el viaje, y es preciso que les ordene usted que se queden, o de lo contrario, le juro que…

—Es que nosotros no firmamos la obligación de atravesar el país de los bansutos, ni firmamos para que nos mataran. Si usted da la orden de volver atrás, nos iremos con usted; pero si ustedes se quedan, nos marcharemos al rayar el día.

Y, girando en torno, se marchó.

Orman, sin moverse de su silla de campaña, le miró con ojos terribles. Luego se medio incorporó, buscando su látigo, siempre pronto y a mano, y rugió entre dientes:

—¡Yo te enseñaré, perro negro…!

El Mayor White, que estaba a su lado, le cogió por un hombro, murmurando en voz baja, pero en tono firme:

—¡Escuche! ¡No puede usted hacer eso!… Hasta aquí, no he querido mezclarme en nada, pero ahora es preciso que me oiga usted. La vida de todos nosotros, está en peligro…

—¡No se meta usted en esto, necio! —rechazó Orman, furioso—. ¡Esto es cuenta mía!

—¡Lo que debe usted hacer es seguir bebiendo, Tom! —dijo O'Grady —. El Mayor lleva razón. Estamos metidos en un atolladero, y no creo que la manera de salir de aquí, sea bebiendo whisky…

Se volvió hacia el inglés, añadiendo:

—¡Mayor White: ocúpese usted de arreglarlo todo! Y no se preocupe de Tom. ¡Está borracho! Mañana se arrepentirá de lo que ha dicho… si es

que se le pasa la borrachera… Todos le apoyaremos a usted… Sáquenos de este avispero, si es que puede… ¿Cuánto tiempo tardaremos en salir del país de los bansutos, si seguimos en la misma dirección que ahora llevamos?…

Orman parecía absorto por la súbita deserción de su ayudante. El asombro le había hecho enmudecer.

White reflexionó un momento, y al fin contestó:

—Si no fuera porque llevamos tanta impedimenta con los camiones, es dos días podríamos estar fuera del país de los bansutos.

—¿Y cuánto tiempo tardaríamos en llegar a donde vamos, si volviéramos atrás y luego fuéramos rodeando el país de los bansutos, Mayor?

—¡Oh, entonces tardaríamos más de dos semanas! Tendríamos que ir hacia el sur, atravesando unos bosques terribles y salvajes…

—¡Oh, la empresa había previsto estas cosas, y ha establecido un fondo de reserva para casos como éstos! —dijo O'Grady—. Es preciso que lleguemos cuanto antes a nuestro destino. ¿No cree usted que se pudiera convencer a Kwamudi, y hacerle cambiar de parecer?… Si volvemos para atrás, los perros negros esos nos perseguirían; si seguimos adelante, en un día o dos, estaríamos libres de ellos. Ofrézcale usted a Kwamudi un puñado de dinero, además de su sueldo, a ver si le convence… Eso, de todos modos, siempre saldría más barato que un viaje largo de más de dos semanas.

—Pero…, ¿autorizaría míster Orman este gasto? —preguntó el Mayor White.

—¡Oh, Orman hará lo que yo le diga, o lo pasaría mal! —aseguró O'Grady.

Orman se había vuelto a sentar en su silla de campaña, y miraba al suelo, inmóvil y mudo. Al oír aquellas palabras de su ayudante, no hizo tampoco comentario alguno.

—Muy bien —dijo White—. Ya veré lo que puedo hacer. Hablaré a Kwamudi en mi propia tienda, si usted le manda recado con un muchacho.

White se dirigió a su tienda, mientras O'Grady enviaba a uno de los muchachos negros a que avisara a Kwamudi. Luego se volvió hacia Orman, diciéndole:

—¡Acuéstese, Tom! Y duerma… Sin pronunciar palabra, Orman se puso en pie, dirigiéndose hacia su tienda.

—¡Te lo has metido en el bolsillo! —comentó Noice, sonriendo—. ¿Cómo diablos lo has hecho?…

O'Grady no contestó. Miraba hacia lo lejos, con una expresión preocupada. En el campamento, percibía como un ambiente de inquietud, un aire de tragedia, como si todo el mundo esperara algún grave acontecimiento, sin saber ciertamente qué pudiera ser.

Vio cómo el mensajero negro abordaba a Kwamudi, y al capataz negro cambiar de dirección, dirigiéndose hacia la tienda de White. Luego estuvo observando a los negros que hacían pequeñas fogatas, para guisar. No reían ni cantaban, limitándose a hablar en voz baja.

Los árabes, en cuclillas, tenían también un aire distinto al de ordinario.

Hasta los blancos hablaban quedo, y apenas se gastaban bromas. Y los hombres, en todos los grupos, volvían incesantemente la cabeza, lanzando miradas temerosas a los bosques vecinos.

Al fin, viendo que Kwamudi se apartaba de White, O'Grady se dirigió hacia el sitio donde estaba el Mayor, sentado en su silla de campaña, preguntándole:

—¿Qué?… ¿Ha tenido usted suerte?

—Sí; el dinero le ha tentado —repuso White—. Dice que continuarán con nosotros, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que no se trate a latigazos a los negros.

—Es muy justo —comentó O'Grady.

—Pero ¿cómo se lo va usted a hacer saber a míster Orman?

—Muy sencillo: haré desaparecer el látigo, lo primero, y además, le diré que si no se está quieto, todos nos marcharemos. ¡La verdad es que no acabo de entender lo que le pasa, porque yo he viajado con él desde hace cinco años, y no era así!…

—Es que bebe demasiado —dijo el Mayor.

—Cuando lleguemos a nuestro destino, se sentirá mejor. Ahora es que se aburre; además está muy disgustado. Cuando salgamos de este maldito país de los bansutos, todo se arreglará.

—¡Oh, aún está por ver eso, amigo Pat! Mañana, seguramente, nos matarán más gente, y pasado mañana, más todavía. No acabo de comprender cómo los negros consienten en acompañarnos. ¡Este es un mal paso, créame usted a mí! Yo creo que debiéramos volver atrás, porque es preferible perder dos semanas de tiempo, que perderlo todo…, como nos

pasaría si los negros nos abandonaran. Porque usted sabe muy bien que no podríamos seguir adelante por estas regiones sin ellos.

—¡Oh, ya pasaríamos! —aseguró O'Grady—. Siempre hemos vencido todos los obstáculos… ¡Bueno, voy a mi tienda! Buenas noches, Mayor.

El breve crepúsculo tropical había caído sobre el campamento, y ahora las sombras lo poblaban todo. La luna no había salido todavía, y sólo se distinguían las lumbres de los indígenas y el parpadeo débil de las estrellas en un cielo cada vez más oscuro.

Obroski fue a detenerse junto a la tienda de las dos muchachas, y arañó un poco la lona. Enseguida, la voz de Naomi dijo desde dentro:

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo; Stanley.

Naomi le dijo que pasara. La muchacha estaba echada en su litera; una linterna lucía, sobre un cajón.

—¡Gracias a Dios que viene uno de ustedes! —suspiró la muchacha—. Se podría una morir aquí como un perro, sin que nadie se ocupara de ello.

—¡Oh! —repuso el joven—; yo habría venido antes; pero pensé que Orman estuviera aquí…

—Estará en su tienda, borracho perdido…

—Así es; cuando lo he sabido, me he apresurado a venir…

—¡Yo creía que usted no temía a Orman ni a nada del mundo! —exclamó la muchacha, mirando con admiración al hermoso atleta.

—¡Yo, miedo de ese hombre! —dijo él, con desdén—. Lo que hay es que, aunque yo no tengo miedo de nada ni de nadie, usted misma me ha recomendado que no deje saber a míster Orman… nada de usted ni de mí…

—¡No! —repuso ella vivamente—. ¡No sería conveniente! Está de mal talante, y hay muchas cosas que puede hacer un director, si se irrita…

—Por ejemplo; en una cinta como ésta, podría matar a un hombre con toda facilidad, y luego hacer creer que se trataba de un mero accidente.

—En efecto, amigo mío. Ya vi yo eso una vez… En una película, el director y el protagonista principal, estaban enamorados de la misma muchacha; y el director hizo que un elefante matara al otro…

Obroski dio muestras de inquietud, y preguntó:

—¿Y usted cree que eso pudiera repetirse?…

—Ahora, no. Hasta mañana, Orman no dará señales de vida…

—¿Dónde anda Rhonda?

—Oh, seguramente, estará jugando a las cartas con Bill West y con

Baine y Marcus, mientras yo me muero aquí sola…

—¿Está bien Rhonda?…

—¿Cómo que si está bien?… ¿Qué quiere usted decir?…

—¡Bueno, no… quiero decir, si es buena chica!… ¡Si no le dirá al director que yo estoy aquí!…

—¡Oh, no, no dirá nada!… Es una buena muchacha, incapaz de una cosa así…

Obroski lanzó un suspiro de alivio, preguntando en voz baja:

—Pero… bueno… ¿ella sabe nuestra historia, no, Naomi?…

—¡Oh, no sé!… ¡Rhonda no es muy perspicaz aunque no tenga un pelo de tonta! Lo único que me molesta de Rhonda es que se le ha metido en la cabeza que podría trabajar como estrella, por el solo hecho de substituirme. Alguien la ha llenado de incienso, y ahora se cree una artista eminente; ha tenido el tupé de decirme que yo me llevaría la gloria y el prestigio del trabajo que ella hace por mí. Cuando, si yo quisiera, cuando volvamos a Hollywood, Rhonda no trabajaría ni como extra…

—¡Nadie es capaz de trabajar como tú! —dijo ahora el joven, tuteando a la hermosa artista—. Mira: mucho antes de que yo hubiera soñado hacerme actor de cine, ya iba a ver todas las películas en que tú trabajabas. Yo tengo un álbum lleno de retratos tuyos, recortados de periódicos y revistas. ¡Y ahora, cuando pienso que estoy trabajando en una cinta contigo… y… —el joven bajó la voz, e inclinándose más sobre Naomi, dijo en tono apasionado—: y… que tú me quieres! Porque tú me quieres, ¿verdad?…

—¡Y claro que te quiero!…

—Entonces, no sé por qué has de mostrarte tan cariñosa y dulce con Orman…

—Oh, hay que ser diplomática… He de pensar en mi carrera…

—¡Sí, sí, pero a veces parece que fueras su novia!…

—¡Qué tontería! ¡Si no fuera un gran director, no lo distinguiría ni con telescopio!

A lo lejos se oyó una especie de grito plañidero, al que contestó el rugido espantoso de un león. Luego se oyó la carcajada horrible de la hiena.

La muchacha se estremeció, comentando:

—¡Dios mío!… ¡Yo daría un millón de dólares por verme en Hollywood!

—Parecen almas en pena en medio de la noche, ¿verdad? —comentó

Obroski.

—¡Y parecen llamarnos! Nos llaman, en realidad… Saben que estamos aquí… y vendrán a buscarnos.

La lona de la tienda se movió, y al tiempo que Obroski se ponía en pie de un brinco, Naomi se incorporó en su litera, con los ojos muy abiertos. Por suerte, la lona se levantó… dando paso a Rhonda Terry.

—¿Hola, está usted aquí, Obroski? —exclamó alegremente.

—Te tengo dicho que arañes un poco en la lona antes de entrar, chica —dijo Naomi—. Me has asustado.

—¡Oh, así nos tendríamos que pasar toda la noche arañando las lonas de las tiendas! Usted, Obroski, váyase a acostar, que ya es hora de que todos los hombres-leonés pequeñitos estén acostados.

—Precisamente me marchaba —repuso Obroski—. Y yo…

—Pues es lo mejor que puede usted hacer, porque acabo de ver a Tom Orman que venía hacia aquí…

Obroski palideció, contestando:

—Bien, me marcho… Buenas noches… Y salió vivamente, mientras Naomi experimentaba una honda contrariedad. Luego preguntó:

—¿Es verdad que has visto a Tom viniendo para acá?

—¡Ya lo creo! —repuso Rhonda—. Cabeceaba al andar como un barco viejo…

—Pero si a mí me habían dicho que se había acostado…

—Pues si se había acostado, se ve que se había llevado la botella a la cama, caramba.

De pronto, oyeron la voz de Orman, que decía:

—¡Eh, usted, haga el favor! ¡Venga aquí!

—¿Es usted, míster Orman? —repuso la voz de Obroski.

—Sí, yo soy. ¿Qué hacía usted ahí, en la tienda de las muchachas?… ¿No sabe usted que yo había prohibido que ninguno de ustedes entrara en esa tienda?…

—¡Oh, he entrado buscando a Rhonda, porque quería preguntarle algo…!

—¡Mentira!… Rhonda no estaba aquí… La acabo yo de ver entrar ahora mismo en la tienda. Usted estaba ahí con Naomi. ¡Me parece que le voy a romper a usted la cara!…

—¡Perdón, míster Orman, pero la verdad es que hacía un minuto que había entrado! Y al ver que no estaba Rhonda en la tienda, me apresuré a

salir…

—¡No es verdad! ¡Usted ha salido luego de haber entrado Rhonda, furtivamente!… Pero escúcheme bien: es preciso que se aparte usted de Naomi para siempre. ¡Naomi es mi novia! Y como le vuelva a encontrar a usted rondando cerca de ella, le mato. ¿Ha oído bien?

—Sí, señor.

Rhonda, comentó, mirando a Naomi con malicia:

—¡Papá se sulfura, caramba!…

—¡Dios mío! —repuso Naomi, temblando de miedo—, ¡me matará!…

La lona de la tienda fue apartada rudamente, y Orman entró como una tromba. Rhonda giró en tomo, encarándose con él, y preguntando en tono duro:

—¿Qué significa esto?… ¿Cómo se atreve usted a entrar así en nuestra tienda? ¡Salga de aquí!

Orman se quedó absorto. No estaba acostumbrado a verse tratado así, y experimentó la misma sorpresa de un toro que se viera agredido por un miserable conejo. Y se quedó vacilando, mirando a Rhonda como si acabara de descubrir una nueva especie de animal.

—He venido a hablar a Naomi —pudo decir al fin—. No sabía que usted estuviera aquí.

—Puede usted hablar a Naomi por la mañana. Además: usted sabía que yo estaba aquí. Hemos oído cómo se lo decía usted ahora mismo a Stanley.

Al oír nombrar a Obroski, la cólera de Orman despertó de nuevo, y rugió:

—¡De él he venido a hablar con Naomi, precisamente! —Y, avanzando descompuestamente hacia el catre de miss Madison, dijo en tono furioso—: ¡Escucha tú, coqueta! ¡Yo no consiento que te burles de mí ni me conviertas en un fantoche!… ¡Y como te vuelva a sorprender hablando con el polaco ese, te aplasto! ¿Lo sabes?…

Naomi se encogió, temerosa, y repuso, sollozando nerviosamente:

—¡No me toques!… ¡Yo no he hecho nada malo!… Estás equivocado, Tom; ese hombre no ha venido aquí a verme a mí, sino buscando a Rhonda. ¡No dejes que me pegue, Rhonda!…

Orman se volvió hacia miss Terry:

—¿Es verdad?

—¡Y claro que sí! —repuso Rhonda noblemente—. Yo misma le dije que viniera.

—En ese caso…, ¿por qué no se quedó usted aquí cuando entró, Rhonda? —preguntó Orman pensando coger a la muchacha en entredicho.

—Porque yo le vi a usted que venía hacia acá, y le dije que se marchara.

—Bien, bien, pues se acabó esto. En adelante, aquí no ha de entrar hombre alguno. Cuando quiera usted recibir visitas, las recibe fuera de la tienda.

—Entendidos —repuso Rhonda vivamente—. Buenas noches.

Cuando Orman se marchó, miss Madison se dejó caer en la litera, lanzando un suspiro de alivio:

—¡Gracias a Dios!… ¡Vaya un rapapolvo!… —añadió cuando comprendió que Orman ya no podía oírla. Y no pensó siguiera en dar las gracias a R-honda: su egoísmo era tan grande que aceptaba cualquier favor o cualquier servicio como un tributo merecido.

Rhonda dijo, de pronto:

—¡Escúchame, Naomi! Yo estoy contratada para ayudarte a ti como doble en las cintas, pero no en tus asuntos amorosos, ¿eh?… De modo que en adelante, arréglatelas como puedas, ¿sabes?…

Orman vio luz en la tienda que ocupaban West y otro *cameraman*, y se dirigió hacia allí. West estaba ya casi desnudo.

—¡Hola, Tom! —saludó alegremente—. ¿Qué le trae por aquí?… ¿Ocurre algo?

—Hace un momento ha ocurrido una cosa desagradable —repuso el director—. He tenido que echar de la tienda de las muchachas al canalla del polaco ese. Estaba allí con Rhonda.

West palideció, contestando:

—¡No lo creo!

—¿Cómo?… ¿Me llama usted embustero?

—Sí, señor; a usted y a todo el que diga eso. Orman comentó, encogiéndose de hombros:

—¡Oh, ella misma me lo ha dicho! Que le rogó que fuera a su tienda, y luego, al verme a mí que me acercaba, le avisó para que se fuera. Pero ya le he dicho a una y a otro que eso se ha acabado, al idiota ese del polaco también… Y Obroski acabó por bajar la cabeza, y se marchó a su tienda.

Bill West estuvo despierto hasta cerca del amanecer…

V

MUERTE

MIENTRAS el campamento dormía, un gigante blanco, aunque de tez bronceada, con un simple trapo pasado entre las piernas por todo vestido, estuvo espiando sin cesar, unas veces subido a las ramas de los árboles enormes que extendían su follaje sobre tiendas y chozas, otras deslizándose furtivamente como una sombra entre las mismas tiendas, al lado incluso de los mismos centinelas que montaban la guardia. No pudo ver nada; en cambio, oyó muchas cosas… Luego, poco antes de amanecer el misterioso espía se desvaneció entre la espesura del bosque vecino…

Bastante antes de que llegara el nuevo día, el campamento empezó a removerse. El Mayor White había dormido unas pocas horas después de medianoche. Se levantó antes de cantar los gallos, despertando a los otros blancos, y dirigiendo a los negros de Kwamudi para que empaquetaran las cosas y levantaran las tiendas. Y sólo entonces pudo enterarse de que veinticinco negros, de los que se ocupaban en estos trabajos, habían desertado durante la noche.

Preguntó a los centinelas, pero nadie había visto nada. Comprendió que mentían algunos. Y cuando Orman salió de su tienda, le comunicó la noticia. El director se encogió de hombros, contestando:

—¡Oh, negros!… ¡Tendremos de sobra!

—Es que si hoy tenemos un nuevo encuentro con los bansutos, esta noche desertarán más negros todavía. Acabarán por marcharse todos, pese a Kwamudi, y si nos quedamos sin negros, no podremos salir de aquí… De modo que a mi modo de ver, lo razonable sería volver atrás, míster Orman. Nuestra situación es muy grave.

—Muy bien; vuélvase usted, si quiere, y llévese a los negros consigo —repuso Orman de mal talante—. Yo seguiré adelante con la compañía y la impedimenta.

Y, girando sobre sus talones, se alejó.

Los blancos iban congregándose mientras tanto en la mesa donde se servía el rancho, una mesa larga. Los hombres, a la lívida claridad de la aurora, parecían espectros, y la ilusión se aumentaba todavía a causa del silencio que guardaba todo el mundo. Todos estaban somnolientos y sentían cierta inquietud al pensar en lo que pudiera reservarles la nueva jornada. El recuerdo de los soldados negros, acribillados de flechas y retorciéndose en el suelo, estaba demasiado presente en el cerebro de todos, para que pudiera olvidarse.

El café caliente, pareció reanimarlos un tanto, y Pat O'Grady gritó, imitando el tono y la voz de un muchacho:

—¡Buenos días, queridos míos, muy buenos días tengan ustedes!…

Pero la frase no tuvo éxito alguno, y Rhonda Terry comentó tristemente:

—¡No estamos para bromas!…

Mirando a lo largo de la mesa, distinguió a Bill West, extrañándose de que no se hubiera venido a sentar junto a ella, como hacía siempre. Intentó recoger su mirada, pero Bill no miraba hacia acá, como si evitara adrede que se encontraran sus ojos.

—¡Pues yo creo! —comentó Marcus—, que hoy debemos comer y beber y estar contentos, en vista de que mañana vamos a morir…

—¡Y eso si que no es broma! —repuso Baine. Obroski dijo a su vez:

—Quizá alguno de nosotros no tenga que esperar siquiera hasta mañana, y muera hoy mismo.

Y su voz tenía una nota de inquietud y nerviosidad que le crispaba.

—¡No hablen ustedes de esto! —dijo con voz fuerte Orman—. ¡El que tenga miedo, que se lo calle!…

—Yo no tengo miedo —opuso Obroski. Baine, guiñando un ojo a Marcus, comentó:

—¡Qué locura, el hombre-león miedo!… Yo creo, Tom, que debiéramos hacer lo más acertado en este país terrible. ¡Y me extraña que a nadie se le haya ocurrido antes!

—¿Qué quiere usted decir?… —preguntó Orman.

—Muy sencillo: debemos enviar al hombre-león de avanzada, contra los bansutos, y si éstos no se rinden, que él los despedace.

—¡No está mal la idea! —exclamó sonriendo Tom Orman—. ¿Qué le parece a usted, Obroski? El polaco repuso, con una sonrisa crispada:

—Que yo quisiera que en mi lugar fuera el inventor del plan…

—Pues yo les digo a ustedes —comentó un chofer en un extremo de la mesa—, que los negros esos que se han evaporado durante la noche, han obrado con mucho sentido común…

—¿Pues qué ha pasado? —le preguntó un vecino de mesa.

—¡Ah!, ¿no lo sabes?… Pues que veinticinco o treinta negros se han largado durante la noche.

—¡Pues los indígenas estos deben saber lo que se hacen, porque están en su país! —comentó otro.

—Y nosotros debiéramos imitarlos —añadió otro todavía—; volver grupas y largarnos de aquí.

—¡Callen ustedes! —gritó Orman, disgustado—. ¡Me están poniendo nervioso! ¿O es que se creían ustedes que todo iba a ser agua de rosas en esta expedición, caramba?…

Naomi Madison, que estaba junto a Tom, le miró con ojos aterrados, preguntando:

—¿De veras se han marchado esta noche esos negros?…

—¿Otra vez?… ¡Diablo, hablen ustedes de otra cosa! —dijo, furioso. Y, levantándose, se alejó con aire descompuesto.

Alguien hizo un chiste al otro extremo de la mesa; pero tampoco tuvo éxito alguno.

Al fin, poco a poco, fueron terminando el desayuno, y marchando cada cual a su puesto y sus deberes. Pero ya no hablaban apenas, ni había la alegría ni la animación de los primeros días de la expedición.

Rhonda y Naomi hicieron las pequeñas maletitas que llevaban siempre con ellas en el coche, y se dirigieron a éste. Baine estaba al volante, mientras Marcus arreglaba un gran estuche del atrezzo para acondicionarlo en el carruaje.

—¿Dónde está Bill? —preguntó Rhonda.

—Hoy va con los del camión de las cámaras —repuso Baine.

—¡Qué extraño! —comentó Rhonda. Y, de pronto, se le ocurrió que quizá Bill huía de ella y la evitaba, y se preguntó por qué sería. Entonces se puso a recordar qué podía haber dicho o hecho ella que hubiera molestado al joven; y no encontrando nada, experimentó una extraña tristeza.

Algunos de los camiones se habían puesto en marcha, en dirección al río. Los árabes y un destacamento de askaris habían cruzado ya, para guardar y proteger a la columna.

—Van a pasar primero el camión-motor —explicó Baine—. Y si lo

consiguen, lo demás será fácil. De otro modo, tendremos que volver atrás.

—¡Espero que no puedan con él! —murmuró Naomi.

El paso del río, que al Mayor White había causado grandes temores y recelos, fue realizado con relativa facilidad; el fondo del río era roquizo y las orillas suaves y firmes también. La columna pudo atravesar, pues, felizmente, y se puso en marcha a través de los bosques infinitos, sin que los bansutos dieran señal alguna de vida.

Durante toda la mañana, la caravana avanzó fácilmente, excepto en algunos parajes donde los negros tenían que abrir paso a hachazos entre la manigua, para que pudieran pasar los camiones.

Los ánimos se iban levantando, conforme avanzaba el día sin que los bansutos aparecieran por ninguna parte. Los hombres empezaban a hablar, y se oían algunas risas. Hasta los negros parecían volver a su aspecto normal. Quizá ello obedecía también a que se habían dado cuenta de que Orman no llevaba ya el látigo, ni parecía tomar gran parte en la dirección de la columna.

Él y White iban a la cabeza de la columna, ambos alerta y con los rifles prontos para disparar al primer signo de peligro. Pero aunque ambos iban más tranquilos, hablaban sólo entre ellos en breves monosílabos.

Hicieron alto para comer, y luego la columna reanudó su marcha de reptil a través de los bosques. Los negros cantaban y reían ahora, mientras derribaban a hachazos los árboles gigantescos, olvidados ya de sus miedos de la mañana.

De repente, sin previo aviso, una docena de flechas rematadas por plumas, salieron zumbando de la espesura del bosque, aparentemente desierto, que les rodeaba. Dos negros cayeron al suelo. El Mayor White llevándose la diestra a una flecha clavada en su pecho, se desplomó también, a los pies de Orman. Los askaris y los árabes hicieron una descarga cerrada contra el bosque, aunque sin ver a enemigo alguno. Y la columna se detuvo en seco.

—¡Otra vez! —murmuró Rhonda Terry en tono irritado.

Naomi Madison, lanzando un grito, se dejó caer en el suelo del coche. R-honda abrió la portezuela, y echó pie a tierra.

—¡Ande, Rhonda, éntrese en el coche! ¡No esté ahí!… —gritó Baine.

Pero la muchacha, en vez de obedecer denegó con la cabeza, como si la irritara la orden, y repuso:

—¿Dónde está Bill?… ¿Va delante?

—No —contestó Baine—; va ahí, unos furgones antes que nosotros.

Los hombres que iban en los autos, habían echado rápidamente pie a tierra, y, con los rifles prontos, miraban al bosque, a derecha e izquierda, intentando descubrir al traidor enemigo.

Un blanco se había arrastrado hasta colocarse debajo de un camión, y Noice le preguntó:

—¿Qué diablos hace usted ahí, Obroski?

—¡Oh, pienso estar escondido, hasta que reanudemos la marcha!

Noice chascó los labios, como cuando se espanta a un perro.

A retaguardia, Pat O'Grady había dejado de silbar instantáneamente, y se volvió hacia los askaris que cerraban la marcha. Todo el mundo tenía ya las armas prontas, y miraba al bosque. Uno de los hombres blancos del último camión, vino a situarse junto a O'Grady, y dijo:

—¡Ah, si pudiéramos echarles los ojos encima!

—Sí; es fastidioso esto de luchar con un enemigo que se esconde en la sombra… —repuso O'Grady.

—Los negros estos saben escurrirse; ahora, lo que me extraña es que hayan atacado a la vanguardia, y no a nosotros. Supongo que la próxima vez nos tocará el turno…

O'Grady le miró. El otro no daba muestras de miedo, sino que hablaba con un tono y una expresión fatalistas. Y contestó:

—¡No puede decirse! Cada uno muere cuando le llega su hora…

—¿Y usted lo cree así? Yo también quisiera creerlo.

—¿Por qué no?… Yo no quiero atormentarme.

—¡No sé! —opuso el otro todavía—. Yo no soy supersticioso.

Y encendió un cigarro.

—Ni yo —contestó O'Grady.

Luego de un breve silencio, el otro dijo:

—Esta mañana me puse un calcetín del revés…

—¿Y no se lo quitó usted, verdad?

—No.

—¡Ah, muy bien!

Pronto corrió la voz a lo largo de toda la columna de que habían muerto el Mayor White y dos askaris. O'Grady lanzó un juramento.

—¡El Mayor era un hombre dulce y amable! —gimió—. ¡Su vida valía por la de todos los negros de África!… ¡Espero poder matar alguno de estos cochinos, a cambio de la vida de nuestro pobre amigo!…

Los negros se mostraban nerviosos, aterrados, inquietos. Kwamudi llegó junto a O'Grady y le dijo:

—¡Mi gente no quiere continuar adelante! Dicen que se vuelven…

—¡Oh, pues hágales usted ver que es preferible que se queden con nosotros! Si se vuelven, todos serán asesinados, ya que no llevarían rifles ni gente armada que pudiera ayudarles y defenderles en caso de peligro. Además, mañana estaremos fuera del país de los bansutos. Aconséjeles usted, Kwamudi.

Kwamudi lanzó un sordo gruñido, y se alejó.

—Esto ha sido un bluff —comentó O'Grady al otro blanco—. No creo que los negros se atrevan a volverse, teniendo que atravesar el país de los bansutos.

Poco después, la caravana reanudó la marcha, y, en efecto, Kwamudi y sus negros continuaron con la columna.

Los cadáveres del Mayor White y de los dos negros, habían sido cargados en uno de los camiones, para darles adecuada sepultura en el próximo campamento. Orman marchaba en la vanguardia, con una expresión dura y hosca en su rostro seco. Los askaris, nerviosos y agitados, se retrasaban cada vez más, y los negros encargados de abrir paso a hachazos a la columna entre las espesuras de los bosques, estaban al borde del motín y la revuelta. Los árabes mismos se retrasaban también. Sentían por White una gran confianza y respeto, y su muerte parecía haberlos aniquilado. Recordaban, además, el látigo de Orman y sus maldiciones e insultos… y a no haber sido por el respeto y el temor que les inspiraba, todos habrían desertado.

Por suerte, ahora, el director ni llevaba el látigo ni les trataba con dureza, sino al contrario, con cierta dulzura, como debió haber hecho desde un principio.

—No tenemos más remedio que seguir adelante —les dijo—. Si volvemos atrás, sería peor todavía. Por suerte, mañana habremos salido del país de los bansutos.

No echaba mano de la violencia nada más que cuando la persuasión y las buenas palabras no surtían efecto alguno. Uno de los hacheros negros se negó a trabajar, intentando dirigirse hacia la retaguardia; entonces, Orman lo derribó al suelo de un puñetazo, y luego, a puntapiés, lo hizo volver a su puesto. Pero esto era justo y todo el mundo lo comprendía. Porque Orman sabía muy bien que la vida de doscientas personas dependía ahora de que

todo el mundo ocupara su puesto, y era preciso que cada cual cumpliera con su deber.

Poco antes de llegar a un sitio donde levantaron el campamento, la vanguardia fue sorprendida de nuevo por otra lluvia de flechas. Esta vez murieron tres hombres, y el casco de Orman se vino al suelo, a impulsos de una flecha.

Cuando levantaron el campamento, ya a la caída de la tarde, todo el mundo se mostraba triste y silencioso. La muerte del Mayor White parecía haber acercado más todavía el peligro a los blancos. Hasta aquí, los americanos habían sentido cierta inmunidad, como si las flechas de los bansutos estuvieran reservadas exclusivamente a los negros. Pero ahora consideraban con horror su propia situación. ¿Quién caería la próxima vez?… Y… ¿cuántos de ellos podrían contestar a esta pregunta?…

VI

RRMORDIMIENTO

ATEWY, el árabe, valiéndose de su conocimiento del inglés, circulaba a menudo entre los americanos, haciendo preguntas y charlando con ellos. Y todos se habían acostumbrado tanto a verle, que nadie le daba importancia, como tampoco a sus esfuerzos burdos por aparecer gracioso, aunque cualquier observador imparcial se habría dado cuenta enseguida de que no era Atewy, ni mucho menos, un hombre jovial.

De todos modos, era un hombre listo y astuto. De este modo ocultaba cuidadosamente el hecho de que las dos muchachas de la compañía eran, precisamente, lo que le inspiraba más interés. Pero se guardaba muy bien de acercarse a ellas, a menos que las viera acompañadas de los hombres blancos.

Esta tarde Rhonda Terry estaba escribiendo en una mesita de campaña, pues aún no había obscurecido del todo. Marcus se había detenido a hablar con ella. Y Atewy, mirándoles con el rabo del ojo, se dio cuenta de ello, y se acercó.

—¡Qué, amiga mía!, ¿se vuelve usted literata, eh? —preguntó el viejo cómico.

—¡Oh, estoy poniendo al día mi diario! —repuso la chica, levantando la cabeza y sonriendo.

—Pues me temo mucho que resulte un documento fúnebre.

—Quizá lleva usted razón… A propósito, Marcus, escuche… —Rhonda cogió un papel doblado, añadiendo—: ¡Mire; he encontrado esto entre mis papeles! Es un mapa. En la última escena de la cinta que tomamos, lo estaban examinando, y yo pienso si no les volverá a hacer falta…

Desdobló el papel, y al acercarse Atewy, una nueva luz brilló en las pupilas del árabe.

—Guárdelo usted —aconsejó Marcus—, hasta que se lo pidan. Tal vez

ya no les haga falta. De todos modos, parece muy bien hecho, ¿verdad? Quizá lo hicieron en el estudio.

—No. Bill me ha dicho que Joe lo encontró entre las hojas de un libro que compró de segunda mano. Cuando le encargaron escribiera el argumento de esta película, se le ocurrió hacerlo tomando por motivo y asunto este mapa. ¿Es curioso, verdad?… Casi la hace a una pensar que sería fácil encontrar, en efecto, ese Valle de los Diamantes…

Volvió a doblar el mapa, y lo puso de nuevo en su cartera. Atewy la observaba, con unos ojos de milano que se dispone a caer sobre una presa.

Marcus, mirando a la muchacha con ternura amable, murmuró:

—Estaba usted hablando de Bill. Vamos a ver, ¿qué les pasa a ustedes, niños míos?… Él estaba antes siempre con usted…

Rhonda se encogió de hombros tristemente, contestando:

—¡No tengo la más remota idea de lo que pueda ocurrirle! Me huye como si yo fuera un polen que le repele… ¿Le habré dado urticaria o hecho mal de ojo, acaso?…

Marcus contestó, sonriendo:

—¡Por Dios, Rhonda!… Usted puede inspirar nada más que amores intensos y volcánicos… ¡Nada de urticarias ni males de ojo! ¡No piense usted en ello!

Naomi salió de la tienda, acercándose. Estaba pálida y ojerosa, y murmuró:

—¡Dios mío!, ¿cómo pueden ustedes estar alegres?… ¡En cualquier instante podemos morir!…

—Pero es preciso mostrarse valeroso, amiga mía —repuso Marcus—. No hay que dejarse vencer por el dolor.

—Además —añadió por su cuenta Rhonda—, que estando triste, no resucitará una al pobre Mayor White ni a esos desgraciados negros. La procesión va por dentro… y cada cual sabe sus tristezas y sus preocupaciones, hija mía.

—De todos modos —opuso Naomi con dureza—, debemos mostrarnos respetuosos y apenados, siquiera hasta después del entierro de esos desgraciados…

—¡No seas estúpida! —censuró Rhonda.

—¿Cuándo van a enterrarlos? —preguntó Naomi a Marcus.

—Esperarán a que sea de noche, para que los bansutos no vean nada.

Naomi comentó, estremeciéndose:

—¡Qué horrible país!… Tengo el presentimiento de que no voy a salir de aquí viva.

—¡Oh, muerta no saldrías, querida! —comentó Rhonda, con sarcasmo y una cierta irritación en su voz.

Naomi pareció exasperarse, y dijo:

—¡Pues yo te juro que yo no sería enterrada jamás en este país de lobos! ¡Mi público no lo consentiría! Yo seré enterrada en Hollywood.

—¡Vamos, vamos! —medió Marcus, pacificador y solemne—. ¡No discutan ustedes este asunto fúnebre!… Hay que apartar la mente de esas ideas… ¿Qué les parece si echáramos una partidita de cartas?… ¡Tenemos tiempo todavía!…

—Yo acepto —repuso vivamente Rhonda.

—¡Y me lo figuraba! —exclamó Naomi con ironía—. Yo no podría jugar a las cartas ahora. Yo me considero superior, un alma de artista, un temperamento elevado, como son los verdaderos artistas siempre. ¿Verdad, Marcus?… ¡Porque nosotros somos seres verdaderamente superiores!…

—Bien —repuso Rhonda, riendo y cogiéndose del brazo de Marcus—; de todos modos, vamos a echar una partidita antes de cenar. Quizá podamos hacer de la partida a Bill y a Jerrold.

Encontraron, en efecto, a Bill cerca del camión de las cámaras. El joven declinó la invitación, malhumorado, diciendo:

—¡Ve a ver a Obroski, e invítalo a él… si consigues despertarlo!

Rhonda le miró con el ceño levemente fruncido. «¿Otro ser superior, como Naomi?…». Y se alejó pensativa, diciéndose que era la segunda vez que le dirigía una indirecta referente a Obroski. ¡Bien! ¡Ya lo arreglaría ella!

—Bueno, ¿dónde vamos, Rhonda? —preguntó Marcus.

—Vaya usted a buscar a Jerrold, mientras yo busco a Obroski. Aún tendremos tiempo de echar la partidita.

En efecto, la echaron, y Rhonda se dio maña para que la mesa de juego estuviera a la vista de Bill West. Y a Marcus le pareció que Rhonda estaba demasiado alegre y reía un poco más de la cuenta…

Aquella noche, los americanos y los negros llevaron cada cual a sus muertos más allá de la línea a donde llegaba el resplandor de las hogueras del campamento, y los enterraron.

Las tumbas fueron luego apisonadas y cubiertas de hojas y ramaje, y la tierra sobrante se llevó lejos, formando con ella varios montones imitando

tumbas.

Las verdaderas tumbas fueron abiertas en un sitio por donde habría de pasar la caravana al día siguiente, de modo que los veintitrés camiones de la impedimenta y los cinco autos de pasajeros de la caravana, acabarían de borrar todas las huellas del enterramiento.

Los hombres, silenciosos y tristes, cavaban las fosas, creyendo que nadie los veía en la oscuridad; pero en el lindero del bosque, una figura extraña y misteriosa les espiaba, oculto por el espeso follaje de un árbol corpulento, observando todo cuanto ocurría bajo sus pies. Luego, cuando el último de los blancos se había retirado a descansar en su tienda, el espía se desvaneció entre la espesura de la jungla.

Orman, cuando llegó la madrugada, seguía despierto sobre su catre de campaña. Había intentado leer para distraerse y rechazar los penosos pensamientos que le atormentaban. Pero a la luz de la linterna de su tienda, le parecía ver unos rostros tristes y ceñudos…

Desde su catre, al otro extremo de la tienda, Pat O'Grady abrió los ojos y miró a su jefe; al verle despierto, exclamó:

—¡Amigo Tom, yo creo que sería mejor que usted se durmiera!…

—¡Oh, no puedo! —repuso Orman—. ¡Me parece ver en todas partes el rostro de White! ¡Yo le he matado! ¡Yo he matado también a todos esos pobres negros!

—¡Oh, bah, qué tontería! —rechazó O'Grady noblemente—. ¡Qué culpa tiene usted!… En ese caso, también podríamos decir que la culpa la tiene nuestro estudio, nuestra empresa. Ella le envió a usted aquí, a hacer una cinta, y usted hace lo que le parece que es su deber. ¡Nadie puede reprocharle a usted nada!…

—De todos modos, yo tengo la culpa —insistió Orman—. White me advirtió que no debía venir por aquí, y llevaba razón el pobre. Y yo sabía que él llevaba razón, y, sin embargo, me obstiné torpe y estúpidamente en llevarle la contraria…

—¡Bah, bah!… Lo que necesita usted es beber un vaso de whisky… eso le reanimará, y se quedará dormido.

—¡No se canse, Pat; ya no bebo! He dejado la bebida.

—¡Oh, bien está que se deje la bebida; pero no hay que hacerlo tan de repente!

Pero Orman denegó con la cabeza, insistiendo:

—¡No puede usted saber lo que me censuro por mi vicio!… Si yo no

hubiera estado borracho tan a menudo, no habría ocurrido lo que ha ocurrido, y el pobre White y esos infelices negros estarían vivos a estas horas.

—Bueno, Orman, un whisky no le hará daño. Usted lo necesita… —El director permaneció unos momentos pensativo; al fin, apartando el mosquitero, se levantó, diciendo:

—¡Quizá lleve usted razón, Pat!

Y sacando de un maletín que había a los pies de su cama una botella gruesa y un vaso, llenó éste hasta los bordes.

O'Grady sonrió, comentando:

—¡Yo dije un whisky; pero no cuatro! Lentamente, Orman levantó el vaso, contemplando durante unos momentos el líquido dorado; pero en aquel momento, la misma visión que le había atormentado toda la noche, surgió ante sus pupilas… y pareció atravesar silenciosamente la lona de la tienda, perdiéndose en la negrura de la noche y de los bosques impenetrables.

Tom lanzó un juramento, y arrojó el vaso al suelo, y luego la botella, rompiendo ambos en mil añicos.

—¡Esto es lo que se dice ir al infierno descalzo, amigo mío! —comentó Pat O'Grady.

—¡Perdón, Grady! —murmuró el otro, tristemente. Y, sentándose al borde de su catre de campaña, se ocultó el rostro entre las manos.

O'Grady se echó del lecho, se calzó unas zapatillas y, atravesando la tienda, fue a sentarse junto a su jefe, echándole cariñosamente una mano por encima de los hombros. Luego dijo, tuteándole por primera vez:

—¡Vamos, Tom, no te desesperes! ¡Ánimo! No dijo más; pero la presión de su brazo fue más elocuente para Tom que todos los discursos, y le animó más que pudieran haberlo hecho todas las bebidas del mundo.

De pronto, a lo lejos, en la negrura de la noche, se oyó el rugido de un león, y enseguida un extraño e inexplicable grito, que no parecía ni de fiera ni de hombre.

—¡Oh, Dios mío! —comentó O'Grady—. ¿Qué es eso?…

Orman, que había tendido el oído, repuso en tono inquieto:

—¡Quizá un nuevo motivo de angustia y turbación para nosotros!

—¡Oh, no sé qué puede haber sido ese grito! —dijo Pat, luego que los dos estuvieron escuchando unos momentos.

Hubo una nueva pausa, y luego Orman preguntó muy serio, tuteando

también a su ayudante:

—Oye, Pat, ¿tú crees en duendes y aparecidos?… O'Grady pareció vacilar antes de responder:

—¡No sé!… Pero… ¡he visto tantas cosas extrañas en la vida!…

—¡Y yo también!

Pero de todas las conjeturas y suposiciones que hicieron, ninguna se acercaba ni mucho menos a la verdad. Porque, ¿cómo iban a figurarse que lo que acababan de oír era el grito de victoria de un señor inglés y el rugido de un león, que acababan de cobrar juntos una pieza?…

VII

DESASTRE

EL FRÍO y triste amanecer parecía reflejar el espíritu de los americanos, cuando fueron saliendo de sus tiendas, perezosos y somnolientos.

Pero el primero que lo hizo, quedó como galvanizado ante la vista que se ofrecía a sus ojos.

Bill West fue el primero que adivinó lo que había ocurrido. Miró en torno unos segundos, asombrado, y luego echó a correr hacia las chozas levantadas provisionalmente por los negros la noche anterior.

Al llegar allí llamó a grandes voces a Kwamudi y otros negros cuyos nombres conocía, pero nadie le contestó. Entonces fue asomándose a las chozas de los negros, aunque sin encontrar a nadie tampoco. Y al fin corrió hacia la tienda de Orman, encontrando a éste que salía, seguido de Pat O'Grady.

—Pero ¿qué pasa con el desayuno, tú? —le preguntó O'Grady—. No se ve a los cocineros por aquí.

—¡Ni los verás! —repuso West—. ¡Se han largado todos esta noche! De modo que, si quieres desayunarte, tendrás que hacerte el desayuno tú mismo.

—¿Qué dices, Bill? —preguntó Orman, tuteando a West, aterrado.

—¡Oh, eso! Que todos los negros se han marchado. ¡No ha quedado uno solo en el campamento! Hasta los askaris han huido. Y el campamento está sin centinelas ni guardas, ¡sepa Dios desde cuándo!…

—¡Vamos, por Dios! —murmuró Orman en tono incrédulo—. ¿Cómo es posible?… ¿Y dónde iban a irse?…

—¡Oh, sabe Dios! ¡Registrarme a mí, que yo no los tengo! —murmuró el *cameraman*, sonriendo—. Además, los fugitivos se han llevado gran parte de nuestras provisiones. Por lo poco que yo he podido ver hasta ahora, han arrasado, por lo menos, dos camiones.

Orman lanzó un juramento ahogado, y su ceño se frunció terriblemente.

Pero enseguida, suspiró muy bajo y pareció serenarse súbitamente. Y O'Grady, que le observaba de reojo, pareció tranquilizarse a su vez: ¡El director había vuelto a recobrar su personalidad!

—¡Llamad a todo el mundo! —ordenó al fin Orman—. Que los choferes estén listos para partir… Ocúpate tú de esto, Bill, mientras Pat pone centinelas en el campamento. Yo voy a ir viendo si El-Ghrennem y su gente están todavía con nosotros… ¡Mira a ver tú también, Pat, y los pones de facción! ¡Y enseguida, convocar a todo el mundo a la mesa del desayuno, para hablarles!…

Mientras sus órdenes eran ejecutadas, Orman empezó a recorrer el campamento con paso vivo, haciendo una inspección ocular. Hasta los efectos de una noche pasad en vela parecían haber desaparecido de golpe, barridos por este nuevo peligro.

No quería consumir por más tiempo su energía nerviosa en inútiles lamentaciones, aunque se daba perfecta cuenta de que él era el único responsable de este grave suceso ocurrido durante la noche.

Cuando, cinco minutos después, se dirigió hacia la mesa del desayuno, ya toda la compañía estaba congregada alrededor de aquélla, mientras todo el mundo hablaba animadamente acerca del incidente y la huida de los negros, haciendo profecías y conjeturas para el porvenir, ninguna de las cuales resultaba de color de rosa, ni mucho menos.

Orman oyó las palabras de uno, cuando se acercaba:

—¡Y pensar que el whisky ha tenido la culpa de todo!… ¡Pero lo malo es que el whisky no será capaz de sacarnos ahora del atolladero!…

Tom Orman se acercó al fin a la mesa, y comenzó a decir de esta manera:

—Señores: ustedes saben muy bien lo que ha ocurrido, y supongo que conocen también el porqué; pero las recriminaciones y las censuras son inútiles en este momento. Además, nuestra situación no es, ni mucho menos, desesperada. Tenemos, por suerte, hombres, armas, víveres y medios de transporte. El hecho de que los negros nos hayan abandonado y hecho traición, no quiere decir que vayamos a resignarnos a quedarnos aquí para siempre y a darnos el abrazo final de despedida… Ahora bien; sería inútil intentar volver sobre nuestros pasos; el camino más corto para salir cuanto antes del país de los bansutos es seguir hacia adelante. Y cuando hayamos salido de este país, reclutaremos más negros de tribus amigas y continuaremos la filmación de la cinta. Pero, mientras tanto, cada cual debe

permanecer en su puesto y trabajar de firme. Ahora somos nosotros los que hemos de hacer el trabajo que hasta ahora hacían los negros: armar y levantar los campamentos, abrir caminos a través de la selva, cargar y descargar los camiones, y establecer vigilancia a lo largo de la columna o cuando acampemos. Todo el mundo tendremos que relevarnos en las tareas más penosas, excepto las dos muchachas que viven con nosotros… y los cocineros: éstos, con las chicas, son la parte más importante de la caravana…

Una leve sonrisa entreabrió sus labios al pronunciar estas últimas palabras; pero enseguida, recobrando su seriedad, continuó:

—¡Y ahora, señores, lo primero en que hemos de pensar es en comer! ¿Qué podemos hacer?… ¿Quién se encargará de la cocina?

—¡Oh, yo misma! —repuso enseguida Rhonda.

—¡Yo haré de cocinero! —dijo una voz varonil. Todos se volvieron hacia el que había hablado, pidiendo para sí el único puesto tranquilo y seguro que había en la caravana.

—¿Cómo? —preguntó Noice, muy asombrado—. ¿Y cuándo ha aprendido usted a guisar, Obroski?… Yo estuve en una ocasión en el campo con usted, y usted no sabía ni siquiera encender fuego…

Obroski se sonrojó.

—¡Oh, alguien ha de ayudar a Rhonda! —dijo al fin, en tono vacilante —; ¡y como no se ha ofrecido nadie!…

—¡Jimmy puede hacer de pinche también! —dijo un electricista—. Estuvo en un café…

—¡Oh, yo no quiero hacer de pinche! —opuso Jimmy, sonriendo—. Yo serví en la Marina en Nicaragua. Denme un rifle, y yo haré de centinela y montaré la guardia…

—¿Quién quiere, entonces, ser cocinero? —preguntó Orman—. Porque necesitamos tres.

—Shorty puede ser —dijo una voz—. Ya estuvo de pinche en *Ventura-Boulevard*…

—Perfectamente —falló Orman entonces—. Miss Terry será la cocinera, y Jimmy y Shorty, los pinches. Pat designará cada día a tres más, para que ayuden en la cocina. ¡Y ahora, manos a la obra, amigos míos! Mientras los cocineros se ocupan de hacer algo, todos ustedes pueden ir levantando las tiendas y cargando los camiones.

—¡Oh, Tom! —dijo Naomi a Orman—; el chico negro que me atendía

a mí, ha huido también con su gente. Y yo quisiera que designaras a un hombre para que me sirva…

Orman giró en torno, mirando a la muchacha con asombro. Luego dijo:

—¡Chica, me había olvidado de ti por completo! Me alegro que me lo recuerdes. Mira: tú, en vista de que no puedes guisar, ni quieres, pelarás patatas, servirás las mesas y ayudarás a lavar los platos.

Durante unos segundos, miss Madison pareció desconcertada; al fin sonrió levemente, diciendo:

—¡Bueno, supongo que estás de broma! Pero el momento no me parece oportuno…

—¡No estoy de broma! —opuso Orman, muy serio.

—¿Cómo?… Entonces… ¿es que te crees tú, acaso, que yo, Naomi Madi-son, voy a pelar patatas, a servir la mesa y a lavar platos?… ¡Vamos, hombre, que se te quite de la cabeza! Yo no haré nada de eso.

—¡Bien, sigue siendo quien eres!… Pero yo sé que antes de que te descubriera Milton Smith, tú estabas en la cocina de una taberna en *Main Street*, ¡en un bar, vamos! Y si no sirves aquí, como allí, no comerás. Conque…

Y, girando sobre sus talones, se alejó. Durante el almuerzo, Naomi se mantuvo en altivo apartamiento, sentada en el interior del auto. No quiso servir la mesa, pero no comió tampoco.

Cuando la columna se puso de nuevo en marcha, los americanos y los árabes formaron la vanguardia y la retaguardia; pero el equipo de hombres encargados de cortar los árboles y la maleza que obstruían el paso, eran todos americanos. Los árabes peleaban, si llegaba el caso, pero no querían trabajar; esto era una función degradante para ellos.

Rhonda no quiso dirigirse hacia el auto en que ella y Naomi viajaban siempre, hasta que el último utensilio de la cocina estuvo limpio y el último plato secado. Cuando llegó al coche, iba sofocada y un tanto cansada.

Naomi la miró con sarcasmo, comentando:

—¡Eres tonta Rhonda! Tú no debías haberte rebajado hasta el punto de hacer esos trabajos. ¡Nosotras no estamos contratadas para ser criadas!

—¡Oh, hija mía! —opuso Rhonda, señalando hacia la cabeza de la columna—; tampoco esos pobres hombres se habrán comprometido a derribar árboles a hachazos ni a luchar con los salvajes; y, sin embargo… —sacó de su maletín un paquetito, y, deshaciéndolo, extrajo unos cuantos *sandwichs*, diciendo—: ¡Mira, te he traído esto, pensando que tendrías

hambre!

Miss Madison se puso a comer en silencio, y durante largo rato ambas parecieron hundidas en penosos pensamientos.

La columna avanzaba ahora lentamente. Los americanos no estaban acostumbrados al trabajo de las hachas, y se cansaban pronto, sobre todo a causa del terrible calor ecuatorial. Orman trabajaba con sus hombres, esgrimiendo un hacha también, ayudando a derribar los árboles y caminando delante de todos cuando se despejaba el camino.

—¡Penoso avance! —comentó Bill West, colgándose el hacha del cinturón y limpiándose el sudor que le corría por la faz.

—¡Pues esto no es lo peor, amigo mío! —repuso Orman.

—¿Pues qué pasa?…

—¡Muy sencillo: que desde que los guías negros nos han abandonado, no sabemos en realidad a dónde vamos!

West lanzó un silbido de sorpresa, contestando:

—¡Pues es verdad, chico! ¡No había caído en ello!… Poco después de mediodía llegaron a un inmenso claro del bosque, desprovisto de árboles y cubierto por una hierba espesa, que alcanzaba la altura de un hombre. Orman murmuró:

—¡Hombre, muy bien! Vamos a hacer un alto aquí. El primer camión avanzó despacio hacia la gran explanada, aplastando la hierba bajo sus grandes neumáticos. Orman gritó:

—¡Todo el mundo a los camiones, señores!… Los bandidos esos no nos molestarán aquí ni se atreverán a atacarnos. Aquí no hay árboles donde puedan esconderse.

La columna se dirigió lentamente hacia la explanada enorme abierta en la selva, mientras los hombres lanzaban un suspiro de alivio, al verse por unos momentos fuera de la espesura traidora de la jungla.

Pero, de pronto, cuando ya el último de los camiones penetraba en la glorieta, una lluvia de flechas salió de la espesura de aquella altísima hierba, al tiempo que gritos salvajes de guerra se elevaban al cielo con estrépito ensordecedor. Y, por primera vez, los bansutos se dejaron ver en tropel, lanzándose sus lanceros hacia adelante, entre gritos de odio y ferocidad.

Un chofer de uno de los primeros camiones se desplomó al suelo, atravesado el corazón por una flecha. El coche continuó avanzando entre tumbos, se desvió luego hacia la izquierda, y acabó penetrando entre las

filas de los salvajes.

Los rifles comenzaron a vomitar fuego, y la jungla entera se estremeció bajo el estrépito de la fusilería. Se oyeron gritos y ayes, lamentos, maldiciones… La columna se había detenido en seco, mientras todos los hombres blancos echaban mano de sus armas. Naomi Madison, como de costumbre, se dejó caer en el fondo del auto, mientras Rhonda, esgrimiendo su revólver, lo descargó de balas, apuntando a los negros que avanzaban. Una docena de hombres corrieron a proteger el coche donde iban las dos muchachas.

Alguien gritó, de pronto:

—¡Miren allí!… ¡Hay negros también por esta parte!…

Parte de la columna evolucionó, disparando hacia el sitio por donde surgía la nueva amenaza. El fuego era ahora terrible, y la batalla se había generalizado. Los bansutos, luego de vacilar, retrocedían. Muchos caían heridos o muertos… Al fin se inició la huida de los negros, pero los americanos los persiguieron con sus disparos largo rato, hasta que los otros desaparecieron entre las espesuras de la jungla.

La batalla terminó con la misma rapidez con que había empezado. Quizá no había llegado a durar dos minutos. Pero el resultado había sido desastroso para la compañía: una docena de hombres estaban muertos o heridos gravemente, un camión destrozado, la moral de la pobre columna, desbaratada…

Orman ordenó a la vanguardia que se pusiera bajo el mando de Bill West, y él corrió hacia atrás, para evitar nuevos desastres y ver el número de bajas que habían tenido. O'Grady llegó corriendo a su encuentro.

—¡Tom: yo creo que lo mejor que podríamos hacer, es marcharnos de aquí! —dijo—. Los diablos negros esos, pudieran incendiar la hierba, y entonces…

Orman palideció. ¡No había pensado en ello!… Así es que ordenó:

—¡Sí, sí! Cargad los muertos y heridos en los camiones, y vámonos enseguida. Ya haremos alto más tarde…

Los hombres experimentaron el mismo consuelo que al penetrar en la explanada, al abandonarla, pensando que, al penetrar en los bosques espesos y húmedos, se disminuía, al menos, la probabilidad de morir achicharrados.

O'Grady corrió a lo largo de la columna, a pasar lista a la compañía, a ver los hombres que faltaban. Los cadáveres de Noice, de Baine y de otros

siete americanos y tres árabes, se habían cargado en los camiones.

De pronto, O'Grady gritó:

—¿Y Obroski?… ¿Dónde está Obroski?… ¿Quién ha visto a Obroski?…

—¡Oh, yo le he visto! —contestó el viejo Marcus—. ¡Ahora me acuerdo que cuando los negros nos atacaron por la izquierda, Obroski saltó del coche, perdiéndose entre la hierba de la explanada! Orman empezó a andar a paso vivo, en dirección a la retaguardia de la columna.

—¿Adónde vas, Tom? —preguntó West.

—A buscar a Obroski.

—Pero… ¡no puedes ir solo! Yo iré contigo. Media docena de hombres les acompañaron también; pero aunque pasaron casi una hora buscando por la explanada donde se había reñido la batalla, no encontraron rastro de Obroski, ni vivo ni muerto.

Silenciosos, tristes, sombríos, los expedicionarios encontraron al fin, ya al caer la tarde, un sitio a propósito para acampar. Apenas hablaban, o lo hacían en voz muy baja, y nadie reía. Luego, malhumorados, fatigados, se sentaron a la mesa, cuando se anunció que esperaba la cena…; pero pocos pudieron observar o apenas se hicieron comentarios acerca de que miss Madison, la famosa estrella del cine, servía la mesa esta noche.

VIII

EL COBARDE

TODOS nosotros somos las víctimas o los beneficiarios de la herencia y del medio ambiente. Stanley Obroski era una de las víctimas. La herencia le había dotado de una enorme fuerza física, un noble aspecto y un hermoso rostro. El medio ambiente parecía haberle protegido y resguardado cariñosamente durante toda su vida. De este modo, todo el mundo que le había tratado o conocido hasta ahora, le había admirado por su aspecto, atribuyéndole una fuerza y un valor de acuerdo con su belleza y su gallardía tan varoniles.

Pero sólo hasta poco antes se había visto Obroski frente a una casualidad que vino a poner a prueba su fuerza y su valor. Hasta aquí él se había preguntado siempre con ansiedad si su valor y su fuerza responderían en verdad a lo que la gente le atribuía, cuando llegara la ocasión.

Había llegado a decirse que, puesto que así lo creía la gente, él debía tener más fuerza y más valor que los otros. Y había llegado a obsesionarle la idea de que ni su valor ni su fuerza llegaran a responder al concepto que de ellos tenían sus admiradores.

Últimamente había llegado a experimentar un verdadero terror ante la idea de tener miedo: un miedo al miedo inconcebible.

Es un sentimiento muy corriente entre los grandes hombres el miedo al ridículo. Obroski sentía horror al ridículo, miedo ante la idea de aparecer ridículo ante los ojos de las gentes, aunque él no se diera cuenta exacta de este sentimiento. Era un sentimiento complejo, muy difícil de un pseudoanálisis.

Esto le hacía evitar los peligros, para no mostrarse nunca ridículo a los ojos de nadie.

Por eso, cuando la primera lluvia de flechas cayó sobre la caravana, Obroski saltó precipitadamente del auto en que viajaba, precisamente por la parte opuesta a la del ataque de los negros, desapareciendo entre la hierba

altísima. Su reacción contra el peligro había sido una cosa espontánea, superior a su voluntad.

Huía empujado por el instinto, como un animal perseguido, ciegamente. Pero apenas había avanzado unos cuantos metros, cuando se dio de manos a boca contra un negro enemigo, un guerrero gigantesco.

Esto fue, desde luego, una casualidad. El negro pareció tan sorprendido como Obroski mismo. Pensó aquél que todos los blancos les atacaban, y quedó aterrado a su vez. Hubiera querido huir, pero el blanco estaba demasiado cerca para escapar, y así se precipitó sobre el blanco, gritando con todas sus fuerzas para avisar a sus compañeros de raza.

Obroski no pudo escapar tampoco de los dedos de hierro de su enemigo; y pensó que, si no se defendía, el negro acabaría por matarle. ¡Era preciso librarse del otro, y huir hacia la columna!

El negro le había sujetado por las ropas, y Obroski vio brillar un cuchillo en la diestra del gigante. ¡Ah, la muerte le miró ahora cara a cara!… Hasta aquí, los peligros en que Obroski se había visto, habían sido más o menos imaginarios; pero ahora se había enfrentado al fin con la realidad, con un peligro palpable y verdadero…

El miedo le impulsó a ponerse a la defensiva… Al fin, cogiendo al negro con todas sus fuerzas, lo levantó en vilo, y lo arrojó violentísimamente contra el suelo.

El negro, aterrado, intentó levantarse; pero Obroski, impulsado también por el miedo de morir, volvió a coger a su enemigo, lo levantó y lo arrojó otra vez a tierra. Pero en este momento, media docena de enemigos surgieron de entre la espesura de la jungla, cayendo sobre Obroski y derribándole.

Entonces, poseído de un pánico loco, Obroski luchó como una fiera acorralada. Por suerte, ninguno de los negros podía competir con él en fuerza y corpulencia, y Obroski, pudo desembarazarse de ellos, y rechazarlos o arrojarlos a tierra, y huyó. Pero el negro con el que había luchado al principio, se había levantado, corrió hacia él y, cogiéndole por un tobillo, le hizo caer al suelo. En un instante, los otros se precipitaron sobre él, le abrumaron con la fuerza del número, y le ataron las manos a la espalda.

Jamás había luchado antes Obroski. Un carácter pacífico y de naturaleza dulce, le habían hecho huir siempre de las peleas, y los otros se apartaban prudentemente de él, al verle tan grande y con un aspecto tan

terrorífico. Y ahora se decía que estaba prisionero y que seguramente iban a matarle.

Al fin le levantaron. No se explicaba por qué no le mataban ya. Parecían un tanto temerosos ante su aspecto imponente, ante su fuerza increíble. Los indígenas, charloteando entre sí sin cesar, le empujaron luego hacia el bosque vecino.

Obroski oyó ahora los gritos salvajes de los bansutos, al atacar en masa a la columna, y enseguida, el ruido de la fusilería. Los blancos se defendían por lo visto valientemente. Algunas balas pasaron silbando junto a ellos, y uno de sus captores se desplomó al suelo, atravesado el corazón de un balazo.

Pronto se les unieron otros negros de su tribu, que, al verle, sin dejar de mascullar palabras ininteligibles, le golpeaban y empujaban y aporreaban furiosamente, mientras le miraban con ojos llenos de odio.

Obroski no tenía necesidad de entender el idioma bárbaro de estas gentes, para adivinar que le insultaban con los peores insultos. Algunos le amenazaron con lanzas y azagayas y cuchillos; pero sus captores le protegían contra las iras de sus compañeros.

El terror de Obroski era tan grande, que marchaba impasible, como un hombre sonámbulo. Y los negros creían, al contrario, que el valor inmenso de su prisionero, le dejaba impasible.

Al fin, un gigantesco guerrero apareció ante ellos, todo lleno de plumas y colorines con las muñecas y los tobillos desbordantes de pulseras y collares, llevando un escudo lleno de adornos, con una lanza brillante y unas flechas cuyas puntas y plumas eran muy distintas de las de los otros.

De todos modos, fue su aire importante y solemne lo que advirtió a Obroski que estaba ante el jefe de la tribu, más que sus adornos y atributos.

Mientras el personaje escuchaba el relato que le hacían los captores del blanco, miraba a éste con salvaje desdén. Al fin, pronunció unas palabras en tono breve y seco, y sus captores le empujaron hacia adelante. Desde aquí nadie más le amenazó ni le insultó.

Durante todo el resto de la tarde, caminaron y caminaron, penetrando cada vez más en el corazón de los bosques infinitos. Las cuerdas que sujetaban sus muñecas, segaban la carne del prisionero, y otra cuerda iba atada a su cuello, como un ronzal de caballo, y de ella tiraba un salvaje. Y cada vez que éste daba un tirón o hacía un movimiento brusco, el prisionero estaba a punto de asfixiarse.

Se sentía inmensamente miserable; pero su terror era tal, que no osaba pronunciar una palabra ni lanzar una queja, o quizá comprendía que era inútil, y que cuanto menos hablara y llamase la atención de sus enemigos, sería mejor para él.

El resultado de su estrategia, si tal podía llamarse, no podía adivinarlo el prisionero, porque no podía comprender, claro está, las palabras de sus captores, cuando hablaban entre ellos alabando sin cesar el valor y la serenidad del blanco, que no daba señales de miedo.

Durante la marcha, pensó con frecuencia en sus compañeros, a los que había abandonado y traicionado. Se preguntaba cómo habría terminado la batalla, y si alguno de los americanos habría muerto en ella. Él sabía que muchos de los hombres de la compañía le despreciaban en el fondo; ¿qué pensarían de él, si le vieran en estos momentos?… El viejo Marcus le habría visto seguramente huir, en cuanto se vio llegar el peligro… Obroski se estremeció, al pensar en el terrible ridículo en que había incurrido…; pero este sentimiento no era nada comparado con el espantoso terror que sentía al ver los rostros salvajes de sus captores, y al recordar las historias horribles que había leído u oído acerca de los martirios a que estas gentes sometían a sus prisioneros.

Oyó gritos cerca, y pronto apareció ante sus ojos una aldea de chozas cónicas de paja, rodeada de una empalizada de madera. Caía la tarde, y Obroski comprendía que debían estar muy lejos del lugar donde se había reñido la batalla. De poder huir o recobrar la libertad por gracia de sus captores, dudaba si podría encontrar a la caravana.

Al entrar el cortejo en la aldea, las mujeres y los niños acudieron corriendo a ver al prisionero. Todos le gritaban furiosamente. Algunas mujeres se arrojaron sobre él, arañándole. Los niños le tiraban piedras y abucheaban a todas luces.

Pero sus guardianes acabaron por rechazar a la turba excitada, y le condujeron a lo largo de la única calle de la aldea, hasta una cabaña situada al otro extremo del poblado. Al llegar allí, le hicieron señas de que entrara; pero la puerta era tan baja, que para penetrar en la cabaña, era preciso hacerlo de rodillas. Mas, como él estaba atado con las manos a la espalda, no podía entrar, y entonces sus guardianes le entraron arrastrándole. Luego, le ataron también los pies y se marcharon.

El interior de la cabaña estaba oscuro; pero conforme sus ojos se fueron acostumbrando poco a poco a la oscuridad, el polaco se dio cuenta de que

no estaba solo. Pronto descubrió a tres figuras, que le parecieron hombres también. Uno de ellos estaba caído en tierra cuan largo era; los otros estaban sentados en posturas extrañas.

Obroski creyó ver que el primero le miraba, y se preguntó qué harían aquí y si serían también prisioneros.

De pronto, uno de ellos le preguntó:

—¿Cómo le han cogido a usted los bansutos, *Bwana* Simba?…

Bwana Simba era el nombre que los negros agregados a la caravana le habían dado a Obroski, a causa del papel de hombre-león que tenía en la película.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó Obroski, asombrado.

—Kwamudi —replicó el otro.

—¿Cómo?… ¿Kwamudi?… ¡Entonces, por lo visto no le ha servido a usted de gran cosa el huir!¡Oh, los bansutos atacaron la caravana poco después del mediodía, y me han hecho prisionero! ¿Y a usted?…

—A mí me cogieron esta mañana a primera hora. Yo había seguido a mi gente, para convencerles de que debían volver a la caravana… —Obroski adivinó que el negro mentía—. De pronto, nos encontramos a un grupo de guerreros bansutos, que venían de un pueblo distante, a unirse al grueso de las fuerzas. Mataron a muchos de mis hombres; algunos lograron escapar, y a otros les hicieron prisioneros. A estos últimos los han matado todos… excepto a mí y a estos dos. Y nos han traído aquí.

—Pero ¿qué van a hacer con ustedes? ¿Por qué no les han matado, cuando mataron a los otros?

—¡Oh, por la misma razón que no le matarán a usted… todavía! Pero ¡descuide, que ya nos matarán, ya!…

—¿Cómo?… ¿Y para qué quieren matarnos?…

—¡Oh, muy sencillo: para comernos!

—¿Eh?… ¡No querrá usted decir que estas gentes son antropófagos!…

—No, precisamente. Los bansutos no comen carne humana siempre, ni comen la carne de todos sus prisioneros, sólo comen la carne de los hombres valientes, fuertes o de los jefes enemigos que caen en sus manos. Los hombres fuertes, les comunican su fuerza; los bravos, su valentía; los jefes, su talento y su astucia… haciéndolos más sabios y prudentes.

—¡Qué horrible! —murmuró Obroski, espantado—. De todos modos… a mí no pueden comerme, porque yo no soy un jefe… ni soy valiente…, sino un hombre cobarde.

—¿Cómo?… ¿Qué dice usted, *Bwana*?…

—¡Oh, nada, nada!… ¿Y cuándo cree usted que nos matarán?… ¿Enseguida?…

Kwamudi movió dudosamente la cabeza, contestando:

—¡No sé! Quizá tarden algún tiempo… El doctor de la tribu ha de tomar ciertas drogas para comunicarse con los espíritus y hablar a la luna. Ésta y los espíritus lo decidirán… Quizá sea pronto; quizá tarden algún tiempo.

—¡Oh, qué horror!… Pero ¿van a tenernos atados hasta que nos maten?… ¡Se está muy mal!… ¿O es que usted no está atado?…

—¡Oh, sí! Kwamudi está también atado de pies y manos.

—Escuche, Kwamudi: ¿usted entiende el idioma de esta gente?

—¡Un poco, sí!

—En ese caso, dígales usted que nos desaten, siquiera.

—¡Oh, sería inútil!

—¡Escuche, Kwamudi!, ¿no dice usted que esta gente quiere que estemos fuertes cuando nos maten?

—Sí.

—Pues bien: la primera vez que venga el jefe, dígale usted que si nos mantiene atados estaremos muy débiles cuando nos maten. Hágale comprender esto, y dígale que teniendo como tienen tantos guerreros para que nos custodien, no podríamos escaparnos.

Kwamudi comprendió, y acabó por contestar:

—Muy bien: la primera vez que vea al jefe negro, se lo diré.

Llegaba la noche. El resplandor de las lumbres se veía a través de la baja puerta de la cabaña, las mujeres gritaban y gemían por los guerreros muertos en la batalla de aquel día. Muchas habían cubierto su cuerpo de ceniza, lo que las daba un aspecto aún más horrible que de ordinario; otras, en cambio, reían o charlaban.

Obroski tenía hambre y sed, pero no les trajeron alimento ni agua. Las horas transcurrían lentamente. Los guerreros iniciaron una danza, celebrando su victoria. Los *tam-tam* sonaban lúgubremente a lo lejos. Y los gritos de guerra de los negros, los lamentos de las mujeres, los lloros, las palabras y gemidos salvajes, todo, todo parecía armonizar terriblemente con la escena y el ambiente, aumentando la angustia y la ansiedad de los prisioneros.

—¡Esta no es la manera de tratar a unas gentes a quienes se va a

devorar! —gimió Obroski—. Hay que cebarlos y nutrirlos, no matarlos de hambre.

—¡Oh, los bansutos no se preocupan de engordarnos! —opuso Kwamudi—. ¡No les importa que estemos gordos o flacos! Estas gentes se comerán nuestros corazones, las palmas de nuestras manos y de nuestros pies, y los músculos de nuestros brazos y piernas. Y finalmente se comerán mi cerebro.

—¡No parece usted muy alegre ni cortés, amigo mío! —repuso Obroski con una sonrisa de sarcasmo—. ¡En cuanto a comerse su cerebro o el mío, no creo que se paren a distinguir entre usted y yo, en vista de que nos han encerrado en la misma cárcel!

IX

TRAICIÓN

ORMAN y Bill West entraron en la tienda de la cocinera después de cenar.

—Venimos a fregar los platos, Rhonda —dijo el director, sonriendo—. En vista de que andamos tan escasos de gente, he pensado que los hombres que podrían ayudaros, estarán a las órdenes de Pat para montar la guardia. Jimmy y Shorty harán todo lo necesario aquí, ¿no?

Rhonda repuso, moviendo dudosamente la cabeza:

—¡No, no! Ustedes han tenido hoy un día terrible, mientras nosotras no hemos hecho otra cosa que ir en el auto. Siéntense, fumen y hablen alegremente, a ver si se nos levanta el ánimo. Nosotros cuatro nos arreglaremos para hacer todo lo de la cocina. ¿No es verdad, chicos?

Y Rhonda miró a Jimmy y Shorty y a su compañera, Naomi.

—¡Claro que sí! —respondieron al unísono Jimmy y Shorty.

Naomi a su vez asintió, diciendo:

—Yo he tenido que fregar platos durante mucho tiempo en varios bares y restaurantes de Nueva York, en *Main Street*… ¡Aquí haré otro tanto, qué caramba! —añadió, sonriendo—. Pero por favor, hagan ustedes lo que ha dicho Rhonda: siéntense y hablen y digan algo gracioso que nos alegre a todos! ¡Yo estoy muerta!

Hubo un silencio de asombro. Y todos se miraron con la misma sorpresa que si hubieran visto una cosa extraordinaria. Realmente, no les habría sorprendido más el hecho de ver atravesar, por ejemplo, a pie y sola, a la reina María, a través de la plaza de Trafalgar en Londres.

Al fin, Tom Orinan murmuró, dando unas palmaditas cariñosas a miss Madison en la espalda:

—¡Muy bien, chica, muy bien! ¡Así me gusta! Había nacido una nueva miss Madison, y todos tenían la seguridad de que a ésta habrían de quererla más que a la de antes.

—Yo no tengo inconveniente alguno en sentarme —murmuró Bill West —, ni en hablar y en fumar; lo que no podré hacer es mostrarme alegre y decidor… No puedo olvidar a Clarence, ni a Jerrold, ni a los otros…

—¡Pobre Stanley! —murmuró Rhonda—. ¡Ni siquiera se le ha podido dar cristiana sepultura, como a los otros!…

—¡Oh, no se la merecía! —opuso vivamente Jimmy, que había servido en la Marina—; ¡ha desertado bajo el fuego!

—¡No digas eso, hombre! —rogó Rhonda—. ¡No le tratéis así, al pobre! Nadie es cobarde por propia voluntad. Es una cosa que no puede evitarse. Hay que compadecerlo.

Jimmy lanzó un gruñido de protesta, y West refunfuñó a su vez:

—¡Quizá le compadeciéramos, de tenerle aquí!… Rhonda le miró con cierta dureza, y repuso:

—Pues el pobre Stanley podría tener sus defectos; pero no le oí nunca censurar ni criticar a nadie.

—¡No tenía tiempo! —dijo Jimmy con sarcasmo—; ¡siempre estaba durmiendo!

—El caso es —medió Orman—, que no sé lo que voy a hacer sin Obroski, porque aquí no hay nadie que pueda servir de doble en su papel.

—¿Cómo? —preguntó Naomi—; ¿es que piensas seguir haciendo la cinta después de lo ocurrido?…

—¡Y claro que sí! —repuso Orman—. A eso hemos venido a África, y haremos la cinta, pase lo que pase.

—Pero… Piensa que has perdido al protagonista principal del film, y al jefe del equipo sonoro, y mucho material, y mucha más gente, y que no tienes negros para que nos ayuden en los transportes ni en nada… ¡Y si crees que vas a poder llevar adelante la cinta en estas condiciones, eres tonto, Tom!

—Todos los directores en mi caso harían lo mismo, Naomi.

—Todos los directores son unos cucos —dijo a su vez Bill West.

En este instante Pat O'Grady asomó la cabeza por la lona de la tienda, preguntando:

—¿Está aquí el director? ¡Ah, estás aquí!… Escucha: Dice Atewy que El-Ghrennem le ha dicho que él y sus hombres montarán la guardia del campamento, de las doce a las seis de la madrugada, si nosotros nos encargamos de ella ahora, es decir, desde ahora hasta media noche. Me ha dicho que le digas tu parecer, y que ellos prefieren trabajar juntos que no

con nosotros, a los que no entienden.

—Muy bien —aprobó Tom Orman—. Es una gran amabilidad por parte de ellos, aceptando ese turno; así nuestros hombres podrán descansar, que bien lo necesitan. Diles que se acuesten, que ya les llamaremos a media noche.

Rendidos por las fatigas de la terrible jornada, los miembros de la compañía que no iban a montar la guardia, pronto se quedaron dormidos. Para los últimos, estas horas de la guardia se hicieron muy penosas, tanto por la fatiga y el cansancio, cuanto por el silencio solemne y como amenazador de la jungla. Sólo a lo lejos se oían los rumores a que ya se habían ido acostumbrando, poco a poco. Incluso las fieras parecían haber enmudecido esta noche.

Al fin sonaron las doce y O'Grady despertó a los árabes. Los hombres, soñolientos, fueron saliendo de sus catres de campaña, y antes de quince minutos todos los americanos, rendidos por la terrible jornada, habían quedado profundamente dormidos.

Ni siquiera la inusitada actividad de los árabes era capaz de despertarlo. Aunque, para sentirse más seguros, los morenos hijos del desierto se movían por el campamento con toda cautela.

Ya era bien entrado el día cuando un americano se despertó, echándose del catre de campaña, mucho más tarde que se acostumbraba a levantar la gente del campamento de ordinario.

Marcus fue el primero que se levantó, porque los viejos son más inclinados a madrugar que la juventud, y comenzó a vestirse rápidamente, al ver que era de día y observar el silencio que reinaba en el campamento. Incluso antes de salir de la tienda, tuvo el presentimiento de que había ocurrido algo extraño y grave. Miró en torno. El campamento parecía desierto, abandonado. Los fuegos de las hogueras se habían apagado, y no se veían los centinelas por ninguna parte.

Marcus corrió hacia la tienda ocupada por Orman y O'Grady, y, sin guardar respeto ni formalidad alguna, se coló dentro, gritando a voz en cuello:

—¡Míster Orman, míster Orman!…

Orman y O'Grady, despertados rudamente por los gritos del viejo cómico, apartaron los mosquiteros, y se echaron al suelo vivamente. Orman preguntó con ansiedad:

—¿Qué ocurre?…

—¡Los árabes! —gritó el viejo—; ¡se han ido!… ¡sus caballos, sus tiendas… todo se lo han llevado!…

Hubo un silencio trágico. Enseguida, vestidos rápidamente los dos amigos, todos se lanzaron fuera de la tienda. Orman miró en torno, y luego dijo:

—¡Oh, debe hacer muchas horas que se han marchado!… Las lumbres están apagadas. —Se encogió de hombros, y añadió, en otro tono—: ¡Bien! Pasaremos sin ellos. Pero que se hayan marchado los bandidos esos, no quiere decir que no vayamos a comer. ¿Dónde andan los cocineros?… ¡A ver, Marcus, haga usted el favor de despertar a las muchachas y echar un vistazo a los pinches!

—¡Y yo que había pensado que los moros se mostraban tan finos y corteses, cuando se brindaron a hacer la guardia de noche! —dijo por su cuenta O'Grady, con sarcasmo.

—Yo debí desconfiar —murmuró Orman—. ¡Soy un imbécil!

—Aquí viene Marcus de nuevo —murmuró O'Grady, viendo llegar, en efecto, al viejo cómico—. ¡Veremos qué novedades trae ahora, porque parece muy agitado!

Era verdad: el viejo llegaba muy agitado. Y, antes de acercarse a los otros, les gritó:

—¡Las muchachas no están allí! ¡Y su tienda aparece revuelta!

Orman se volvió, echando a correr hacia la tienda de las cocinas. Al mismo tiempo, gritó:

—¡Quizá estén preparando el desayuno! Pero en la tienda de las cocinas no había nadie. Todo el mundo estaba ya en pie, y se dedicaron a buscar por todo el campamento a las muchachas; pero no encontraron rastro de ellas. Bill West volvía una y otra vez a los mismos sitios, sin querer rendirse a la terrible evidencia. Orman, mientras tanto, estaba haciendo un pequeño paquete de víveres, mantas y municiones.

—¿Por qué cree usted que se las han llevado? —preguntó Marcus.

—¡Oh, lo más probable es que piensen pedir algún rescate! —dijo O'Grady.

—Si no fuera más que eso, ya me daría por contento —repuso a su vez Orman—. Pero no sé si ustedes saben que todavía hay un mercado de mujeres, muy seguro para los indígenas de África y de Asia…

—De todos modos, no me explico por qué los bárbaros esos tenían necesidad de destrozar todo lo que había en la tienda de las dos muchachas

—comentó Marcus—. Parece como si hubiera pasado por allí un ciclón.

—Pues yo pienso que no puede haber habido lucha —dijo por su cuenta O'Grady—. De otro modo, alguno de nosotros nos habríamos despertado.

—Quizá —apuntó Jimmy—, los árabes buscaban botín en la tienda.

West, que había estado observando antes a Orman, se puso a su vez a hacer otro paquete. Y Tom, al observarlo, le preguntó:

—¿Qué vas a hacer?

—Marcharme contigo.

—¡No te canses! —opuso Tom—. ¡Esto es como mi entierro!…

West continuó haciendo el paquete, sin querer contestar nada. Y O'Grady añadió entonces:

—Es que si pensáis marcharos en busca de las chicas, yo voy con vosotros.

—Y yo —dijo otro.

Toda la compañía se ofreció voluntariamente; pero Orman murmuró:

—No, señores; voy yo solo. Un hombre a pie puede avanzar más rápidamente que un auto por estas selvas, y más deprisa también que a caballo, ya que el jinete ha de detenerse y dar rodeos en el camino.

—Pero ¿qué va a hacer un hombre solo, suponiendo que tú llegaras a encontrar a los bandidos esos? —preguntó O'Grady—. ¡Te matarían, hombre! Porque no ibas a luchar contra todos ellos.

—Yo no intento luchar con nadie —opuso Orman—. Yo he tenido la culpa de esto que ocurre a las chicas, por falta de cabeza; ahora voy a ver si las salvo con astucia y reflexión y cálculo. Los árabes son avaros, y cuando yo les ofrezca una fuerte suma por el rescate de las muchachas, me las darán.

O'Grady se rascó la cabeza, asintiendo:

—¡Creo que llevas razón, Tom!

—¡Y claro que sí! Tú quedas al frente de la compañía, mientras dura mi ausencia. Llegar hasta las cataratas del Omwamwi, y esperarme allí. Allí podrás contratar gente indígena. Manda a un hombre a Jinja, por el camino del sur, con un mensaje para el estudio, explicando lo que ha ocurrido, y rogando nos envíen órdenes, por si acaso en un mes no doy señales de vida.

—Pero, bueno, ¿supongo que no se va usted a marchar sin desayunarse? —preguntó Marcus.

—¡No, no! Antes voy a comer —contestó Orman.

—¿Está el desayuno? —gritó O'Grady.

—Enseguida estará —repuso a gritos Jimmy, desde la tienda de las cocinas.

Orman comió deprisa, acabando de dar instrucciones a O'Grady. Luego se levantó, cogió su hatillo, poniéndoselo a la espalda, y se echó el rifle en bandolera.

—¡Adiós, muchachos, hasta luego! —saludó. Todos le rodearon, estrechándole la mano y deseándole buena suerte. Bill West estaba ajustándose las correas de su mochila. Orman le miró, diciendo:

—Tú no vienes conmigo, ¿eh?… ¡Esto es asunto mío!…

—Pues voy —repuso testarudamente Bill.

—Y yo no te dejaré.

Pero Bill gritó, en un tono de cólera que en vano intentaba dominar:

—¿Cómo que no?… ¡Ni tú ni nadie me lo prohíbe!… ¡Rhonda está en peligro, sea donde sea, y yo no puedo consentirlo! ¡Voy!…

El rostro de Orman, que había tomado una expresión de dureza, pareció dulcificarse, de pronto. Y contestó, en otro tono:

—¡Ah, muy bien, chico! ¡Perdona! ¡No había caído en esto!… ¡Vente conmigo!

Los dos hombres atravesaron entonces el campamento, y un momento después se perdían siguiendo las huellas evidentes que los jinetes del desierto habían dejado en la jungla, al alejarse hacia el norte.

X

LA TORTURA

STANLEY Obroski no había saludado jamás ninguna aurora con tanto entusiasmo. El nuevo día podría traer su muerte; pero todo sería preferible a la horrible noche pasada en la prisión y al dolor y la angustia que le producían sus ligaduras.

Las cuerdas le segaban las carnes, paralizando su circulación y haciendo que le dolieran horriblemente las articulaciones, en fuerza de quietud. El frío le había atormentado también. Estaba hambriento, pero sufría más de la sed. Los parásitos se habían cebado en él con saña, y entre esto y los gritos y la barahúnda del exterior, le había sido imposible conciliar el sueño.

Se encontraba exhausto, física y moralmente. Y se parecía a un niño, que tenía que hacer grandes esfuerzos para no llorar.

Quizá gritando se calmaran sus nervios; pero se dijo que el gritar supondría miedo, y que mostrar miedo era excesivamente peligroso en estas circunstancias. ¡El miedo significaba cobardía! Obroski no gritó, pues, en cambio, experimentó cierto alivio jurando y maldiciendo, cosa que no había hecho antes nunca.

Sus esfuerzos acabaron por despertar a Kwamudi, y los dos hombres hablaron largo rato, casi siempre de su hambre y de su sed. Obroski acabó aconsejando al jefe negro:

—¡Grite usted, hasta que nos traigan agua y alimento! Kwamudi pensó que el plan era bueno y lo puso en práctica. Al cabo de unos minutos, en efecto, uno de los centinelas negros se despertó, y penetró en la cabaña.

Mientras tanto, los otros dos prisioneros se habían despertado también, sentándose. Uno de ellos estaba cerca de la puerta. Y el centinela, al entrar y tropezar con el primer prisionero, comenzó a apalearle bárbaramente con el mango de la lanza.

—¡Si volvéis a gritar, perros, os corto la lengua a todos! —rugió.

Y, saliendo de la choza, volvió a echarse y quedó otra vez dormido.

—¡No sabía que iba a salir así mi plan! —comentó Obroski luego.

La mañana transcurrió con lentitud, hasta el mediodía, hora en que aún no había dado señales de vida la aldea. Todos los indígenas estaban rendidos de la orgía de la víspera. Al fin, las mujeres empezaron a levantarse, preparando el desayuno.

Una hora después, los centinelas penetraron en la choza, arrastrando a los prisioneros al exterior, entre golpes e insultos. Luego les quitaron las ligaduras de los pies, conduciéndoles a una gran cabaña situada en el centro del poblado. Era la cabaña de Rungula, el jefe de la tribu de los bansutos.

Rungula se sentó en una pequeña banqueta ante la puerta de su cabaña; ante él estaban alineados los más importantes subjefes de la tribu, y a ambos lados del jefe, el resto de los guerreros, formando dos grandes semicírculos, un millar de guerreros de aspecto salvaje y feroz, llegados de los pueblos más distantes del país de los bansutos.

Junto a la puerta de la cabaña del jefe, todas sus mujeres observaban las ceremonias, teniendo a sus pies un enjambre de niños.

Rungula, luego de mirar largamente al prisionero con el ceño fruncido, comenzó a hablarle.

—¿Qué dice, Kwamudi? —preguntó Obroski.

—Pregunta qué hacía usted en este país.

—Dígale que íbamos tan sólo de paso; que somos amigos de su tribu… y que debe dejamos pasar.

Cuando Kwamudi tradujo las palabras del polaco, el jefe negro sonrió despectivamente, diciendo:

—Pues dile tú al blanco que solamente un jefe tan grande como Rungula, puede decirle debe a Rungula. Y que no hay ningún jefe más grande que Rungula.

Dile, además, que le mataremos, como a todos los de su raza, y que ya ayer debimos haberle matado… Le salvó su estatura y su fuerza.

—Pero —opuso Kwamudi—, piensa, señor, que si no se le da alimento y agua, no estará fuerte. Ninguno de nosotros podremos comunicaros nuestra fuerza, si nos matáis de hambre y nos mantenéis atados de pies y manos.

Rungula reflexionó sobre estas palabras, cambiando luego impresiones con su Estado Mayor. Al fin, levantándose, se acercó a Obroski. Palpó la camisa del prisionero, sin dejar de farfullar palabras ininteligibles en su

lengua. Los pantalones y las botas del blanco, parecieron también impresionarle mucho.

—Dice —murmuró Kwamudi—, que se quite usted las ropas; que las quiere.

—¿Cómo?… ¿Todas?… —preguntó Obroski; asombrado.

—Todas, *Bwana*.

Rendido por el insomnio, el desconfort y la inquietud, el terror y la angustia, Obroski había creído que sólo la tortura o la muerte podían añadir algún grado nuevo a su miseria; pero ahora se daba cuenta de que la idea de quedar desnudo ante estas gentes, despertaba en su alma un horror nuevo. Para un hombre civilizado, desproveerle de sus ropas constituye un verdadero suplicio, ya que con los vestidos se le roba algo de su propia personalidad, de su propia dignidad. De todos modos, Obroski no se atrevió a negarse.

—Dígale que no puedo desnudarme teniendo las manos atadas a la espalda.

Cuando Kwamudi tradujo las palabras del prisionero, Rungula ordenó que le desataran.

El blanco se quitó la camisa, entregándosela a Rungula. Entonces el jefe señaló a sus botas. Obroski se sentó en el suelo, quitándoselas también. Intrigado Rungula a la vista de los calcetines del polaco, se agachó y se los quitó por sí mismo.

Obroski se puso en pie. Quedó esperando. Rungula le palpó los bíceps, haciendo luego más comentarios con sus jefes. Luego llamó al más grande de sus guerreros, haciéndole que se pusiera junto al prisionero. Obroski casi le llevaba la cabeza. Los negros hablaban cada vez más animadamente.

Rungula tocó luego los pantalones de Obroski, lanzando un gruñido de asombro.

Kwamudi dijo:

—Dice que le dé usted los pantalones.

—¡Oh, por favor, dígale que tenga piedad! ¡Dígale que yo debo conservar algo puesto!…

Kwamudi y el jefe negro hablaron animadamente unos momentos, y luego el primero se volvió hacia Obroski, diciéndole:

—¡Quíteselos usted, *Bwana*! No hay más remedio. Dice el jefe que ya le dará a usted algo para que se lo ponga.

Al desabotonarse los pantalones y empezar a quitárselos, Obroski oyó

risitas ahogadas de las muchachas y las mujeres que estaban al fondo del horrible escenario. Pero lo peor no había llegado todavía: y fue que el jefe negro se enamoró enseguida de los primorosos calzoncillos de seda que aparecieron cuando el prisionero se hubo quitado los pantalones.

No tuvo más remedio que quitárselos también. Y al quedar desnudo, Obroski pudo sentir sus pobres carnes encendidas en rubor, bajo la capa de epidermis tostada que había adquirido en la playa de Malibú.

—Dígale al jefe que me dé algo para ponerme… —rogó a Kwamudi.

El jefe sonrió con sarcasmo cuando Kwamudi le tradujo el ruego, y gritó algo a sus mujeres. Enseguida, un negrito vino corriendo y arrojó a los pies de Obroski un trozo de pergamino sucio y pestilente.

Poco después, los prisioneros fueron devueltos a la prisión; pero sus pies no fueron ahora atados, ni tampoco las manos del polaco. Éste desató las ligaduras de las manos de los otros prisioneros, y al poco rato una mujer vino trayéndoles alimento y agua.

A partir de entonces, se les alimentó con cierta regularidad.

Los días transcurrían luego de un modo lento y monótono. Las noches, negras, tétricas, horribles, se le hacían interminables al prisionero blanco. Tiritaba de frío, y, para librarse de él, se acostaba entre dos de los negros. Todos ellos estaban cubiertos de parásitos que les devoraban.

Así pasó una semana, hasta que al fin, una noche, varios guerreros negros vinieron y se llevaron a unos de los prisioneros. Obroski y los otros quedaron espiando a través de la puerta. Pero pronto perdieron de vista a su compañero de martirio, y ya no le volvieron a ver más.

Los *tam-tam* empezaron a sonar lúgubremente. Las voces de los guerreros comenzaron a entonar sus extraños cánticos, y los prisioneros podían ver a momentos, entre las chozas cónicas del poblado, a los guerreros que ejecutaban sus danzas infernales.

De pronto, un terrible grito de agonía se elevó por encima de todas las voces. Y durante media hora, lamentos quejumbrosos se elevaron en el aire… Al fin, todo el estrépito cesó, y se hizo el silencio.

—¡Ya ha muerto! —dijo Kwamudi en voz baja.

—¡Oh, sí, gracias a Dios! —repuso el polaco—. ¡Qué horrible agonía debe haber sufrido el infeliz!…

A la noche siguiente, los guerreros volvieron a la cabaña, y se llevaron al otro prisionero negro. Obroski se tapaba los oídos poco después, para no oír los gritos del torturado… Aquella noche, el polaco pasó mucho frío,

porque ya no disponía más que del cuerpo de Kwamudi para calentarse.

—¡Mañana, *Bwana*! —dijo Kwamudi— dormirá usted ya aquí solo.

—¿Y a la noche siguiente?…

—¡Ya… todo acabará para usted, *Bwana*! Durante la noche, fría y terrible, Obroski evocó todo su pasado, sobre todo el más inmediato. Recordó a Naomi Madison, y se preguntó si la muchacha le echaría mucho de menos y estaría triste… Pero el corazón parecía decirle que no.

La mayoría de los demás eran figuras borrosas en su pensamiento, que le dejaban indiferente; pero había una, en cambio, que se marcaba con relieve de fuego, que aparecía casi con más claridad y precisión que la misma de Naomi Madison: la figura de Orman. Su odio y su aborrecimiento hacia Orman, se levantaba y se elevaba y sobresalía por encima de todas sus demás pasiones, por encima de todos sus otros sentimientos…, incluso por encima también de su amor por Naomi. ¡Oh, sí: el odio a Orman era en su alma más grande que su cariño hacia la muchacha, más grande que sus miedos, más grande que sus terrores y su aversión a la tortura y a la misma muerte!… Y ese odio se agrandaba ahora en su pecho, y él lo bendecía, porque le permitía olvidar todas las miserias de su situación, esta cárcel hedionda, los parásitos que le devoraban, su desnudez, el frío y el horror…, y hasta le hacían más soportable el pensar en lo que pudiera pasarle a la noche siguiente o a la otra, o a la otra…

Al fin, pasaron las horas terribles de la noche, llegó el nuevo día y transcurrió lentamente. Y cuando llegó otra vez la noche, Kwamudi y Obroski vieron acercarse el pelotón de guerreros a la choza.

—¡Ya vienen, *Bwana*! —murmuró Kwamudi—. ¡Adiós para siempre!

Pero esta vez se los llevaron a los dos juntos. Los condujeron a la gran explanada que se extendía ante la cabaña del jefe de la tribu, y los ataron en sendos troncos de árboles, uno frente a otro.

Desde allí, Obroski pudo presenciar todo el suplicio horrible de Kwamudi. Vio torturas infernales, tan espantosas, tan obscenas, que llegó incluso a temer por su razón, diciéndose que todo aquello debía ser el producto del cerebro de un loco. Intentaba apartar la vista, pero el horror le fascinaba, impidiéndoselo. Y así vio morir al pobre Kwamudi.

Luego vio todavía cosas abominables… y se preguntaba a cada momento cuándo comenzarían su suplicio, deseando que fuera cuanto antes… Intentó endurecerse contra el miedo, pero comprendía que estaba aterrado. Y se esforzaba en no dejar ver a estas gentes su terror y su

angustia, cuando llegara el momento de su tortura; porque antes había visto que los salvajes gozaban y reían a la vista del suplicio del pobre Kwamudi.

Ya comenzaba a amanecer cuando le desataron, llevándole de nuevo a la choza que le servía de prisión. Obroski se dijo que no le matarían… esta noche, al menos. Por lo visto querían prolongar su agonía.

En el frío del amanecer, el infeliz, sin poder conciliar el sueño, tiritó de frío en la soledad de la prisión hedionda. Ya no sentía siquiera las picaduras de los parásitos. Había alcanzado por lo visto el cénit de la miseria misma, y encontraba allí una especie de triste apatía, que preservaba su razón.

Al fin se quedó dormido con un sueño de piedra, no despertando hasta bien entrada la tarde. Ahora se sentía confortado, alegre, como si una nueva sangre corriera por sus venas, trayendo a su alma nuevas esperanzas. Comenzó a idear un plan para salvarse. No quería morir como habían muerto los otros, igual que pobres ovejas conducidas al matadero. Y cuanto más pensaba y rumiaba su plan, más ansioso se sentía de ponerlo en ejecución. Y esperaba con ansiedad a los guerreros negros que habrían de venir para conducirlo al lugar del suplicio.

Su plan no incluía la probabilidad de una huida, que él juzgaba imposible y absurda, sino ciertas medidas que le impedirían acabar sufriendo las horribles torturas de las otras víctimas.

Así es que, cuando vio llegar a los guerreros negros que venían a por él, salió a su encuentro, con una leve sonrisa en los labios. Los negros se lo llevaron, como se habían llevado antes a los otros tres.

XI

LA ÚLTIMA

TARZÁN de los Monos estaba atravesando una comarca desconocida para él, y, con los agudos sentidos de los seres nacidos en plena naturaleza despiertos, observaba y percibía cuanto le rodeaba, de extraño o inexplicable. De sus sentidos y su astucia, dependía a cada momento su existencia y su victoria contra el medio.

Durante tres noches, había estado oyendo el lúgubre tañido de los *tam-tam* viniendo de muy lejos; y, al fin, al tercer día se decidió a empezar a marchar lentamente, a través de la jungla, en dirección al sitio de donde llegaba el zumbido de los extraños tambores de los negros.

Así había ido viendo algunas cosas relativas a los indígenas de esta comarca, había presenciado sus métodos de guerra contra los blancos, que habían invadido su territorio. Las simpatías de Tarzán no se inclinaban a un lado ni a otro de los beligerantes. Había visto a Orman, borracho, fustigar con un látigo a los negros de la escolta, y se dijo que por muchas desgracias que oyeran sobre aquel jefe blanco, todo se lo había merecido. Tarzán no conocía a aquellos tarmangani que eran para él muy inferiores a muchas bestias del desierto, que él conocía perfectamente.

A veces, Tarzán había sentido el capricho de amparar y proteger a aquellas gentes, del mismo modo que en ciertas ocasiones había amparado y protegido a Numa, a Sabor y a Sheeta, que eran sus naturales enemigos.

Pero sus sentimientos no habían llegado a realizarse, y Tarzán perdió de vista a los blancos, sin volverse a acordar más de ellos, desde la noche aquella en que visitó el campamento de los americanos.

Luego Tarzán había oído el estrépito de la fusilería que siguió al ataque de los bansutos a la caravana; pero él estaba muy lejos, y como ya había presenciado diferentes ataques de los indígenas a aquellas gentes en los días anteriores, su curiosidad no se sintió excitada.

Las hazañas de los bansutos le interesaban mucho más. Los tarmangani

se marcharían, tarde o temprano, o morirían pronto uno por uno; en cambio, los gomangani estarían siempre aquí, y Tarzán debía procurar conocerlos a fondo si quería permanecer en esta comarca.

Así, pues, se dirigió lentamente hacia la aldea de los bansutos. Ahora iba solo, porque el gran león dorado, Jad-bal-ja, estaba cazando en otro sitio, para la dulce leona dejada en el nido.

Cerró la noche antes de que llegara Tarzán a la aldea de los bansutos. El ritmo de los *tam-tam* se confundía con un rumor de canciones y gritos. Un pelotón de guerreros danzaba rítmicamente, con un movimiento cada vez más acelerado. Tarzán se escondió tras el tronco de un árbol corpulento, cerca de la entrada del pueblo. El espectáculo no le interesaba gran cosa, porque conocía de sobra las orgías de los negros. Pensaba que no había por aquí nada digno de su atención, y ya se disponía a marcharse, cuando, de pronto, sus ojos descubrieron a un hombre cuyo aspecto contrastaba grandemente con el de todos los negros y las gentes que le rodeaban.

Un grupo de guerreros negros le conducían en este instante a la gran explanada que se extendía ante la choza del jefe de la tribu. Era un hombre alto, fornido, bronceado, casi completamente desnudo. A todas luces, se trataba de un prisionero.

La curiosidad de Tarzán se despertó ahora. Agachándose, se deslizó furtivamente hasta el otro extremo de la aldea, bordeando la empalizada de troncos que la rodeaba. Esta parte del poblado estaba desierta, ya que todo el mundo se encontraba en estos momentos al otro extremo, cerca de la cabaña del jefe de la tribu.

La empalizada tendría unos pies de altura. Tarzán la saltó sin dificultad, con un silencio admirable de fiera. Una vez dentro del recinto del poblado, Tarzán escuchó atentamente, olfateando el aire. Satisfecho de su inspección, Tarzán comenzó a avanzar arrastrándose silenciosamente hacia la parte trasera de la cabaña del jefe.

Cuando se aclaró el bosque para hacer el pueblo, los negros habían respetado numerosos árboles, para defenderse con su sombra de los efectos terribles del sol ecuatorial. Uno de aquellos árboles enormes, dominaba por completo la cabaña de Rungula, según había podido observar poco antes Tarzán. Y escogió aquel árbol para examinar desde allí a sus anchas al prisionero blanco.

Con infinita cautela, Tarzán llegó al fin al lugar de su objetivo. El único riesgo que corría de verse descubierto estribaba en que algún negro

permaneciera en su cabaña todavía, y al dirigirse al lugar de la fiesta descubriera a este gigantón blanco, dando la voz de alarma. Pero Tarzán consiguió llegar a espaldas de la cabaña de Rungula sin que nadie le viera.

Aquí la fortuna siguió favoreciéndole. Porque, al paso que el tronco del árbol gigantesco al que él quería subir estaba precisamente en la gran explanada que se extendía ante la puerta de la cabaña y, por tanto, a la vista de todo el mundo, otro árbol mucho más pequeño crecía aquí, a espaldas de la choza del jefe, y las ramas de los dos árboles se confundían y enredaban.

Cuando Tarzán hubo subido silenciosa y astutamente al árbol, instalándose en una de las ramas grandes que podía soportarle sin crujir ni venirse abajo, pudo ver todo el odioso espectáculo que se desarrollaba en la gran explanada. Ahora, el ritmo de la danza salvaje se había acelerado. Guerreros pintarrajeados, danzaban, cantaban y brincaban alrededor de un pequeño pelotón, en cuyo centro estaba el prisionero. Y en el instante en que los ojos de Tarzán miraron a aquél, experimentó una especie de choque terrible, algo así como un golpetazo en el pecho, producido por la emoción. Era lo mismo que si su espíritu se hubiera desprendido del cuerpo de Tarzán y éste pudiera contemplarse a sí mismo: tan grande, tan absoluto era el parecido del prisionero con este Señor de la jungla.

En la estatura, en el color de la piel, en las facciones, en todo, era como una copia exacta de Tarzán de los Monos aquel prisionero. Y Tarzán lo comprendió y lo vio así enseguida, aunque no es frecuente que una persona vea esto así como así.

Con su curiosidad duplicada ahora, Tarzán se preguntó quién podría ser aquel hombre y de dónde habría venido. Por un leve azar, no había visto Tarzán a este hombre cuando visitó el campamento de la compañía de películas, y así no podía relacionar a este prisionero con aquellas gentes. La desnudez casi absoluta de este blanco, acababa de desorientar a Tarzán. De haber ido vestido en estos instantes Obroski, quizá Tarzán habría adivinado que pertenecía al campamento de los blancos; pero su desnudez sólo servía para aumentar su parecido con ciertas fieras del bosque. Y quizá por esto, el desconocido se captó las simpatías de Tarzán desde que éste le descubriera.

Obroski, mientras tanto, bien ajeno a que otros ojos que los de aquellos negros salvajes le estuvieran contemplando en estos momentos, miraba en torno con una expresión de inquietud. Aquí habían perecido, en manos de este pueblo brutal, sus tres compañeros de prisión, en medio de horribles torturas. Pero Obroski estaba resuelto a no resignarse a morir del mismo

modo, a no entregarse dócil y débilmente en manos de sus verdugos. ¡Él tenía un plan!

Rungula, sentado en cuclillas en una especie de escabel, miraba la escena con ojos duros y el ceño Fruncido. Al fin, dando una orden a la escolta de Obroski, hizo que sus guerreros se llevaran al blanco hacia el árbol situado al otro extremo de la gran explanada. Y ya se disponían los negros a atarle al tronco, cuando Obroski puso su plan en práctica, el plan de un cerebro enloquecido por el miedo.

Lanzándose, de pronto, sobre el negro que tenía más cercano, Obroski lo levantó en vilo, como si hubiera sido un niño, y lo lanzó contra los otros, derribando a varios enemigos por tierra. Luego, cayó como una catapulta sobre uno de los negros que danzaban, y de un formidable puñetazo lo derribó también. El negro quedó en el suelo inmóvil, como muerto.

Tan repentino, tan inesperado había sido su ataque, que dejó a los salvajes atónitos durante unos momentos. Pero al fin se oyó la voz de Rungula, que gritaba desde su trono rústico:

—¡Cogerlo…, pero no hacerle nada!

El jefe salvaje quería matar a su prisionero de un modo especial, que el mismo Rungula había ideado…, no con la muerte casi súbita y fulminante que Obroski había querido buscar atacando tan insensatamente a un millar de salvajes guerreros.

Viendo que sus enemigos se acercaban, Obroski comenzó a repartir golpes a derecha e izquierda, con una fuerza quintuplicada por su mismo espanto.

Los gritos de los guerreros, los chillidos agudos de las mujeres y de los niños, formaban un horrible concierto, que parecía excitar más y más al pobre prisionero enloquecido por el terror. Y cada vez que un negro alargaba los brazos para sujetarle, Obroski partía aquellos miembros como si fueran cañas.

Hubiera deseado gritar y maldecir, pero luchaba en silencio contra sus enemigos. El terror le impulsaba a gritar; pero ningún sonido salía de su garganta. Y así, impelido por el terror, luchaba contra un millar de enemigos feroces.

Pero aquella desigual batalla no podía prolongarse mucho tiempo. Lentamente, abrumándolo con su número, los negros fueron rodeándole más y más, estrechando cada vez más el cerco… Al fin, dos o tres le sujetaron por los tobillos y por las piernas… Aún se defendió… Aún

dirigió golpes y puñetazos a los pechos y a los rostros enemigos, derribando, medio muertos, a varios enemigos; pero, por último, cayó a su vez al suelo…

Y entonces…

XII

EL MAPA

YO CREO —suspiró dolorosamente Eyad— que el jefe ha hecho muy mal trayéndose esas dos muchachas con nosotros. Ahora los nasara nos perseguirán con sus hombres y sus armas de fuego, y no nos dejarán en paz hasta que nos hayan vencido y destrozado, y nos hayan arrebatado a las dos muchachas. ¡Yo conozco a los ingleses!…

Atewy refunfuñó algo entre dientes, y Eyad continuó:

—Tú habías encontrado el mapa; ¿no tenías ya bastante?… Por el mapa no nos habrían perseguido los blancos; pero cuando a cualquier hombre le quitas la mujer, te persiguen y te matan… lo mismo los árabes, que los ingleses, que los negros…

Atewy sonrió con suficiencia, y repuso al cabo de un momento de silencio:

—¡Voy a decirte, estúpido, por qué nos hemos traído las dos muchachas!… Pudiera ser que no existiera el Valle de los Diamantes, o que nosotros no lográramos encontrarlo; ¿crees que debemos volver a nuestro país, después de tanto esfuerzo y tanto trabajo, con las manos vacías?… Estas muchachas no son feas, ni mucho menos, y yo conozco varios sitios donde nos darán dinero por ellas, a menos que los nasara estén dispuestos a pagarnos un buen rescate por ellas. De todos modos, nos reportarán beneficio, a menos que nosotros las hagamos algún daño; y a propósito, esto me recuerda que yo te he visto ya varias veces mirándolas con malos ojos, ¿eh, Eyad?… y es preciso que sepas que al que les ponga la mano encima, lo matará el jefe, y si no lo hace él, yo mismo me encargaría de matar al que se atreviese. ¿Lo entiendes?…

—Sí, sí; pero yo te digo que esas mujeres no nos traerán más que disgustos —insistió Eyad—. A mí me gustaría que nos desembarazásemos de ellas.

—Es que hay otra razón por la que yo me he decidido a traerlas con

nosotros —continuó diciendo Atewy—; el mapa ese está escrito en la lengua de los ingleses, que tú sabes que yo entiendo, pero que soy incapaz de leer; y esas muchachas, las *benat*, lo leerán cuando yo se lo ordene.

Eyad refunfuñó algo entre dientes. Era un joven beduino, de ojos duros y mirada siniestra, con el labio inferior enorme. Pero tampoco él era sincero…

Desde antes de amanecer, los jinetes del desierto habían galopado hacia el norte, llevando con ellos a las dos muchachas. Habían seguido una pista abierta en la jungla, de modo que no habían tenido necesidad de hacer alto alguno. Las dos prisioneras habían galopado en el centro de la columna, casi todo el día. Fue una jornada terrible, de prueba para ellas, no sólo por lo fatigoso del viaje interminable, sino por la gran nerviosidad de ambas, por la gran inquietud que las había invadido desde que Atewy, acompañado de otros dos árabes, se había precipitado en la tienda de las dos giris, poco después de media noche, y, amenazándolas de muerte, se las llevaron con ellos, luego de arrasar y registrar la tienda de arriba abajo.

Durante todo el día, las infelices muchachas estuvieron esperando ver aparecer entre la espesura de la Jungla a los americanos de la caravana, que vinieran a rescatarlas; aunque se daban cuenta de que esperaban un imposible.

Los hombres, a pie, no podrían alcanzar nunca a los jinetes, y si venían en los autos, peor todavía, ya que no hubieran podido pasar por muchos sitios que habían atravesado ellos, sin sufrir lamentables retrasos, para abrir paso a través de la espesa manigua.

—¡No puedo más! —dijo Naomi, de pronto—. ¡Me faltan las fuerzas!… Rhonda acercó su caballo al de su amiga, y, tirando de las riendas para aminorar el paso del noble bruto, la dijo:

—¡Si ves que vas a desfallecer, apóyate en mí! Y no podemos caminar mucho más, porque estas gentes necesitarán hacer alto… Sí, ha sido una cabalgada terrible… mucho más que cuando íbamos desde Ernie Vogt hasta el Desfiladero de Coldwater… ¡Y yo que cuando subía allí a caballo me creía que había hecho una proeza famosa!… ¡Diablo! ¡Estas gentes deben de haber puesto piedras debajo de las sillas!… ¡Esto está más duro que un ladrillo!…

—¡No me explico cómo tienes todavía humor para gastar bromas y estar alegre!

—¿Alegre?… ¡Oh, yo estoy tan alegre como puede estarlo una

aspirante a estrella de cine, que ve su contrato en el aire!…

—¿Tú crees que nos vayan a matar, Rhonda? —preguntó Naomi.

—¡No creo que se hubieran tomado la molestia de traemos tan lejos para matamos! Estas gentes deben buscar el precio de un rescate. ¿Comprendes?…

—Espero que lleves razón, Rhonda… Tom pagará a estas gentes lo que pidan para rescatarnos. Pero ¡imagínate que piensan vendernos! Yo he oído decir que se venden muchachas blancas a los sultanes y los jefes negros de África.

—¡Oh, pues te juro que como a mí me comprara un sultán negro, iba a divertirse!… ¡Tendría mala suerte el tal sultán!

El sol declinaba cuando los árabes se decidieron a hacer alto, al fin, aquella tarde. El jefe Ab El-Ghrennem tenía la certeza de que a estas horas, los blancos, coléricos y furiosos, le perseguían; pero también estaba seguro de que no podrían alcanzarles.

Su primer pensamiento y su primer cuidado había sido alejarse cuanto fuera posible de los nasara, a los que había traicionado… Y ahora podía examinar con todo detenimiento el mapa aquel de que le hablara Atewy y la posesión del cual había sido el principal aliciente e incentivo de la traición.

Luego de la cena, el jefe moro se sentó en cuclillas cerca del fuego, poniéndose a examinar el misterioso mapa. Atewy, por encima del hombro de su jefe, miraba también.

—¡No entiendo nada! —murmuró luego el jefe—. Ve por la muchacha esa a la que robaste este mapa.

—Las traeré a las dos —repuso Atewy—, en vista de que siempre están juntas.

—Muy bien; pues ve a por las dos.

Y, mientras esperaba, el jefe árabe, fumando su larga pipa, se puso a pensar con delicia en aquel Valle de los Diamantes y en los camellos y las yeguas que comprarían cuando toda aquella riqueza fuera suya… Así es que estaba del mejor humor cuando Atewy volvió con las dos prisioneras.

Rhonda avanzaba con la cabeza alta y una mirada dura y el gesto altivo, dando la sensación de un ser fuerte y agresivo; pero Naomi, por el contrario, caminaba con la cabeza baja, y se mostraba pálida, con una expresión furtiva en los ojos y los labios temblantes.

El jefe Ab El-Ghrennem miró a Naomi, y dijo, sonriendo dulcemente:

—¡*Ma aleyk*!

—Dice —tradujo Atewy— que no tengas miedo, que nada malo te pasará.

—Pues dile —repuso Rhonda por las dos— que lo pasaría muy mal si nos ocurriera algo malo a nosotras, y que si quiere salvar el pellejo, se debe apresurar a devolvemos a nuestro campamento pronto.

—Los bedauwy no tienen miedo de vuestra gente —repuso Atewy, sonriendo, sin traducir las palabras de Rhonda a su jefe—; pero si obedecéis al jefe El-Ghrennem, nada malo os ocurrirá.

—¿Qué es lo que quiere de nosotras? —preguntó Rhonda.

—El jefe quiere que nos ayudéis a encontrar el Valle de los Diamantes.

—¿Qué Valle de los Diamantes?

—Un valle que figura en este mapa, que nosotros no podemos leer, porque no sabemos la lengua de los ingleses.

Y señaló el mapa que el jefe moro tenía en la mano. Rhonda miró el papel, y entonces estalló en una carcajada. Al fin pudo decir:

—Pero… ¿supongo que no querrán ustedes decir, zopencos, que nos han secuestrado creyendo que existe un Valle de los Diamantes, eh?… ¡Este mapa es ficticio!…

—¡Zopencos! —repitió lentamente Atewy—. ¡«Ficticio»!… ¡No entiendo!…

—¡Quiero decir que este mapa es una cosa imaginaria, que nos servía para filmar la cinta que estábamos haciendo, algunas escenas! ¡Así es que deben ustedes volvemos a nuestro campamento, ya que no hay tal Valle de los Diamantes, ni mucho menos!

Atewy y el jefe hablaron animadamente ahora unos momentos, en su lengua, y luego el primero se volvió hacia Rhonda, diciendo:

—¡Es inútil que intentéis engañar a los bedauwy! Los bedauwy no son tontos. Pero nosotros somos más listos que tú. Ya esperábamos que nos dijeras que no hay tal Valle de los Diamantes, porque tú pretendes reservar toda la riqueza de ese valle para tu padre. Has de convencerte de que te conviene leernos y descifrarnos este mapa, ayudándonos a encontrar ese valle. De lo contrario…

E hizo un gesto feroz, pasando rápidamente su índice sucio y terrible por su cuello seco, como queriendo dar a entender que las degollarían.

Naomi se estremeció de terror. Pero Rhonda no se impresionó gran cosa; sabía muy bien que los árabes, mientras las miraran como unos

rehenes valiosos o pudieran venderlas, no las matarían, a menos que se encontraran ellos mismos en grave peligro.

—Pues no nos mataréis, Atewy —opuso la muchacha con energía, y volviendo a tutear al bárbaro del desierto—, ni siquiera si yo me niego a leeros el mapa. Esto no quiere decir que no lo lea de buen grado. Lo único que quiero es que no nos culpéis a nosotras de que no exista ese Valle de los Diamantes.

—Bien; ven aquí, al lado del jefe, y leerás el mapa —dijo Atewy.

Rhonda se arrodilló junto al jefe moro, y señalando con su índice delicado al papel amarillento, comenzó a decir:

—¡Mirad: este es el norte, y aquí arriba está el Valle de los Diamantes! Y esto que veis aquí, es una flecha que señala al Valle de los Diamantes, con una indicación, que dice: «Columnas monolíticas. Granito rojo, sólo visible desde las cercanías de la entrada del Valle». Y aquí, más al norte todavía, dice: «Entrada al Valle». Ahora miren aquí; al sur del valle, se ve la palabra «Cataratas», y más abajo, un río que corre primero hacia el sur y luego hacia el sudoeste.

—Pregúntale qué es esto —ordenó el jefe moro, señalando un punto en el este del mapa, al sur de las cataratas.

—Aquí dice: «Poblado salvaje» —explicó Rhonda—. Y aquí, en toda esta gran parte del mapa, dice: «Bosques. Bosques. Bosques». Mirad aquí: este río que nace al sudoeste del Valle, corre hacia el este, luego hacia el sudeste y luego, en fin, hacia el oeste, formando una especie de gran lazo, antes de morir aquí, donde dice: «Gran río». Dentro del lazo que forma el río, dice: «Praderas». Y cerca del oeste del lazo formado por el río, se leen las palabras: «Colina pelada. Colina en forma de cono. Terreno volcánico». Aquí podéis ver todavía otro río, que nace en la parte sudeste del mapa, y corre hacia el noroeste, desaguando en el segundo río, poco antes de que éste se precipite en el Gran Río.

El jefe moro se rascó la barba, quedando pensativo, con los ojos fijos en el mapa. Al fin, su índice se detuvo en las cataratas, y dijo:

—¡Shuf, Atewy! Estas deben ser las cataratas del Omwamwi, y éste es el poblado de los bansutos. Nosotros estamos aquí.

Señaló a un sitio cerca de la unión del segundo y tercer río, y añadió:

—Mañana cruzaremos este río, y llegaremos a las praderas. Y aquí encontraremos una colina pelada, de granito.

—¡*Billah*! —repuso Atewy—. En ese caso, pronto llegaremos al Valle

de Diamantes, porque el resto del camino es llano y fácil.

—¿Qué dice el jefe? —preguntó Rhonda. Atewy se lo dijo, añadiendo:

—¡Todos vamos a ser muy ricos! Entonces yo te compraré al jefe, y te llevaré a mi *ashirat*.

—¿Tú… y quién más? —bromeó Rhonda.

—Yo solo. *Billah*, nada más que yo. Yo te compraré para mí solamente.

—¡*Caveat emptor*! —murmuró Rhonda con énfasis.

—No te comprendo, *bint* —dijo Atewy.

—¡Ay, ya me comprenderás si llegas a comprarme! Y cuando me llames *bint*, sonríe un poco, hombre, que así, a secas, esa palabra no parece muy cariñosa, que se diga.

Atewy sonrió, traduciendo luego las palabras de Rhonda a su jefe, y ambos rieron largamente.

—La *narrawia* será un adorno y una flor en la tienda del *beyt* Ab El-Ghrennem —comentó luego el jefe, que no había entendido lo que le dijera en inglés Atewy a Rhonda momentos antes—. Cuando terminemos esta expedición, creo que podré quedarme con las dos muchachas. Porque seré tan rico, que no tendré necesidad de venderlas. Ésta me divierte porque es muy graciosa…

A Atewy no le gustó la idea del jefe. Él quería a Rhonda para sí, y estaba dispuesto a quedarse con ella, fuera como fuera. Y se puso a idear un plan que habría encolerizado a su jefe, si lo hubiera adivinado…

Luego, los árabes extendieron varias mantas cerca del fuego, para las dos muchachas. Y el centinela que vigilaba el campamento, fue puesto cerca de ellas, para que no pudieran escapar.

—Es preciso que escapemos de esta ratonera y del lado de estos bandidos —le dijo Rhonda a Naomi, luego que estuvieron acostadas en su duro lecho de mantas—. Cuando los bárbaros éstos vean que no hay tal Valle de los Diamantes, se pondrán furiosos, y se volverán contra nosotras. Mañana esperan encontrar esa colina de granito, y los ríos… Se creen que el mapa es verdadero… Y cuando vayan viendo que todo es mentira… sepa Dios lo que harían de nosotras. Por eso es preciso que cuando se den cuenta de ello, nosotras estemos ya tan lejos, que no nos encuentre ni un chino.

—¿Cómo? —preguntó Naomi, aterrada—; ¿quieres decir que vamos a huir durante la noche, a los bosques?… ¿Y los leones?… ¿Y las otras fieras?…

—Ya pienso en los leones y las otras fieras, querida; pero pienso

también en esos sultanes negros, gordos y lustrosos, y, la verdad, prefiero los leones…

—¡Pero eso será horrible, Rhonda!… ¡Dios mío!… ¿Por qué me marcharía yo de Hollywood?

—¿No te parece extraño, Naomi —preguntó ahora Rhonda, pensativa —, que una mujer tenga que llegar a temer más a seres de su misma especie que a las fieras más crueles de los bosques?… Eso la hace a una dudar de la perfección del Universo, y explica por qué muchos pueblos antiguos adoraban a los reptiles y a los toros y a otros animales… Yo hasta llego a pensar que aquéllos tenían más sentido común que nosotros.

En un extremo del campamento, Atewy estaba sentado en cuclillas, junto a Eyad. Atewy dijo, de pronto:

—¡Tú suspiras por una de las muchachas blancas, Eyad! Lo he visto en tus ojos.

Eyad miró al otro con el ceño fruncido, contestando:

—¿Y quién no sueña con ellas?… ¿No soy hombre, acaso?…

—Pero tú no podrás tener ninguna de ellas, porque el jefe quiere a las dos para sí; a menos que…

—¿A menos qué? —repitió, interrumpiéndole, Eyad.

—A menos que a El-Ghrennem le ocurriera un accidente. En ese caso, nos tocarían más diamantes, porque el jefe siempre se queda con la cuarta parte del botín.

Hubo un silencio breve, al cabo del cual Eyad preguntó en voz baja:

—¿Y… tú con qué te quedarías? Atewy lanzó un levísimo suspiro de consuelo. ¡Eyad caía en la trampa!… Y contestó:

—Con lo mismo que tú; mi parte de los diamantes, y una de las *benat*.

—Un accidente le ocurre a un jefe lo mismo que a los demás mortales —se decía filosóficamente Eyad, preparando sus mantas para acostarse poco después.

Poco a poco, la quietud y el silencio fueron invadiendo el campamento de los árabes. Un solo centinela cabeceaba de sueño, cerca del fuego. Los demás árabes, dormían.

Pero Rhonda Terry velaba. Su oído fino había ido percibiendo los ruidos murientes del campamento, y luego oyó roncar a los hombres, y vio cómo el centinela, que les volvía a ellas la espalda, cabeceaba cada vez más, rendido por el sueño y la fatiga…

Rhonda acercó sus labios a una de las lindas orejitas de miss Madison,

y le dijo en torno de susurro:

—¡Escúchame bien, pero no te muevas, ni hagas ruido alguno! Cuando yo me levante, sígueme. Eso es todo lo que tienes que hacer. ¡No hagas ruido!

—¿Qué vas a hacer? —murmuró Naomi, aterrada y en voz muy baja también.

—¡Calla, te digo! ¡Obedéceme! ¡Nada más!

Rhonda Terry había estado trazando un plan minuciosamente poco antes… Y ahora se disponía a ponerlo en práctica…

Lentamente, se incorporó, cogiendo un gran leño de los que había partidos y dispuestos para el fuego. Enseguida, empezó a avanzar de puntillas, hacia el desprevenido y confiado centinela… Miss Madison la siguió, temblando como una hoja.

Rhonda, al llegar junto al árabe, levantó el leño. Dio un paso atrás, y entonces…

XIII

UN FANTASMA

ORMAN y Bill West caminaron y caminaron a través de los bosques infinitos. Día tras día fueron siguiendo el rastro perfectamente visible de los jinetes a través de la jungla, pero al fin lo perdieron. Ninguno de los dos era experto en seguir las pistas ni en descubrir los rastros. Éste había entrado en un riachuelo, pero no volvía a salir por la orilla opuesta.

Suponiendo que los árabes hubieran avanzado más o menos por dentro del río, los dos americanos inspeccionaron la orilla opuesta arriba y abajo, pero sin resultado. Ninguno de los dos jóvenes pensó que sus enemigos, luego de meterse en el río, avanzaron largo trecho por éste, volviendo a salir por la misma orilla; así no buscaron por allí. Es lógico que pensaran que una persona o caravana que penetra en un río, es para cruzarlo, saliendo por la orilla opuesta.

El escaso alimento que habían traído consigo, se había agotado, y, además, no habían tenido suerte en la caza. Unos pocos monos y algunos pequeños roedores de la selva, les habían impedido morir de hambre; pero el porvenir no se mostraba risueño, ni mucho menos. Llevaban caminando once días a través de la floresta interminable, sin haber conseguido nada positivo.

—Y lo peor de todo —comentó Orman— es que nos hemos perdido. Hemos llegado a alejarnos tanto del riachuelo aquel donde perdimos el rastro de los jinetes, que ahora nos sería imposible volver allí. No sabríamos encontrar el camino.

—Yo no quiero encontrar ningún camino para volver —repuso West—. Hasta que encontremos a Rhonda, yo no me volveré.

—Pues me temo, querido, que podamos servirles de algo ya a las pobres muchachas.

—Pero quizá podamos largarles algunos tiros a los piojosos árabes esos.

—¡Ya!… A mí también me gustaría; pero yo he de pensar en el resto de mi gente, Bill. Es preciso que los saque de este país maldito. Yo había creído que alcanzaríamos a El-Ghrennem y su gente el primer día, estando al siguiente de regreso. Me he hecho un lío, la verdad. ¡Aquellas dos malditas cajas de whisky, van a costar cerca de un millón de dólares y sepa Dios cuántas vidas más, antes de que nadie de la compañía pueda volver a Hollywood! Porque ¡fíjate, Bill, en esto: el Mayor White, Noice, Baine, Obroski; otros siete americanos más, muertos también, sin contar los pobres árabes y los negros, y, para colmo, las dos muchachas secuestradas y robadas! ¡Oh, créete que a veces pienso que voy a volverme loco, pensando en todo esto!

West no contestó. Ya había pensado también él mucho en ello…, y en el día en que Orman se enfrentara en Hollywood con las viudas o las novias de los muertos. Y, no importaba el género de responsabilidad que alcanzara a Orman, West le compadecía.

Cuando Orman volvió a hablar, lo hizo como si hubiera podido leer los pensamientos del otro:

—¡Si no mirara, créete, a veces me pegaría un tiro! ¡Sería preferible a las angustias que me esperan cuando volvamos a Hollywood!…

Hablando de esta suerte, los dos hombres iban siguiendo ahora una de esas pistas estrechas que existen en la jungla a veces, hechas por los negros o los cazadores o las fieras. Ya hacía tiempo que ambos habían comprendido que estaban desorientados del todo.

—No sé por qué seguimos adelante —dijo al fin West—, porque la verdad es que no sabemos a dónde vamos por aquí.

—Es que sentándonos no averiguaríamos nada tampoco —repuso Orman—; mientras que si seguimos caminando, podemos encontrar algo o alguien que nos oriente.

West volvió de pronto la cabeza, deteniéndose, y luego dijo:

—¡Calla! ¡Me ha parecido oír algo!… Orman miró también, detenido, y comentó:

—¡Razón de más para que no nos detengamos ni volvamos atrás!

—Es una fiera, que viene siguiéndonos desde hace algún tiempo —añadió West—. Ahora recuerdo que ya antes me había parecido también oír algo…

—Espero que no le estemos estorbando —dijo por su cuenta Orman, sonriendo.

—¿Tú crees que nos viene siguiendo?

—Es lo más probable. Quizá es una fiera solitaria.

—O hambrienta —dijo West—. En ese caso, debemos salir de aquí, donde hay demasiada maleza y los árboles son muy gruesos para poder trepar por sus troncos. ¿No te parece, Tom?…

—Sí, sí. Mejor será que le larguemos un tiro. Pero estos rifles no me inspiran mucha confianza. White decía que eran poca cosa para vérselas con las fieras y la caza mayor, y si no logramos matarlo pronto, uno de nosotros, al menos, caería.

—Y que yo soy muy mal tirador —dijo West—, y erraría el tiro seguramente.

—Bien; por suerte, no viene muy cerca. Sigamos adelante, y esperemos a ver qué sucede.

Los dos hombres continuaron caminando, volviendo con frecuencia la cabeza. Llevaban los rifles prontos. A veces, en las curvas o las revueltas de la pista, perdían de vista unos momentos a la fiera gris que iba siguiéndoles.

—Las fieras, aquí en la jungla, parecen distintas, ¿verdad, Tom?, de como uno las ha visto o imaginado antes… Algo terrible, fatal e inevitable, como la misma muerte…

—Es verdad. Aquí parecen seres superiores, con una vida compleja y misteriosa, y toman un aire y un aspecto importante, majestuoso. Mira: muchas veces, cuando yo dirigía, pensaba que los domadores eran algo inútil; pero ahora, la verdad, me gustaría ver aparecer por aquí a Charlie Gay, gritando: «¡De rodillas, león!… ¡Arriba, tigre!…».

Hablando así, llegaron a un claro del bosque, donde había poca maleza y los árboles crecían más dispersos. Y apenas habían penetrado en la pequeña glorieta, cuando la fiera que venía persiguiéndoles apareció en la última curva de la pista, y penetró también en la explanada, deteniéndose un instante, fijos sus ojos verdosos y amarillentos en sus enemigos.

Tenía baja la cabeza, y de su boca enorme y entreabierta goteaba una baba horrible. Al fin se agachó, y comenzó a arrastrarse en dirección a los dos hombres.

—¡Es preciso hacer fuego, Bill! La fiera va a acometernos.

El director disparó primero, y la bala rozó la cabeza de la fiera; West disparó a su vez, pero erró el tiro. El león, con un rugido terrible, se lanzó hacia adelante. La bala vacía, hizo fallar el nuevo disparo en el rifle de

West. Orman disparó de nuevo, cuando el león estaba ya a pocos pasos de ellos. Y, enseguida, levantó el fusil, a guisa de garrote, en el momento en que la fiera iba a precipitarse sobre él. De un zarpazo, el rifle de Orman voló por el aire, y el mismo Orman cayó al suelo, aturdido por el golpe brutal de la fiera.

West había quedado paralizado por el espanto, con su inútil arma en la mano. Vio al león revolverse para caer sobre Orman. Pero en aquel momento vio también algo que le dejó aturdido, asombradísimo: un hombre casi completamente desnudo, había surgido de entre la espesura del árbol bajo el cual estaban ellos y la fiera, cayendo sobre el león y quedando a horcajadas en le espalda del rey de la selva.

Un brazo de hierro se enroscó en el cuello del león, cuando éste retrocedió unos pasos buscando a este nuevo enemigo. Unas piernas de bronce se cerraron bajo el vientre de la bestia, y a la luz verdosa de la jungla relució y brilló la hoja de un cuchillo, hundiéndose varias veces en el costado del rey de la manigua. El león brincó furiosamente, intentando lanzar lejos a aquel enemigo obstinado, que se aferraba a él furiosamente, y los rugidos de la fiera hacían estremecer la tierra, turbando la paz infinita de los bosques inmensos.

Orman, ileso, se había levantado, y los dos amigos, asombradísimos, quedaron contemplando aquella primitiva batalla de titanes. Oían los gritos salvajes del hombre, mezclados con los rugidos de la fiera, y sentían que el vello se les erizaba a lo largo de todo su cuerpo.

Al fin, el león dio un brinco terrible, y cuando cayó de nuevo a tierra, quedó inmóvil. El hombre que le había matado, se puso en pie. Por un instante, estuvo contemplando a su enemigo inmóvil; luego, poniendo un pie sobre el león, levantó el rostro hacia el cielo, y lanzó un grito agudo, terrible, extraño, que hizo correr un estremecimiento a lo largo de la espina de los dos americanos.

Y después, cuando la última nota de aquel grito humano murió en el aire, el desconocido, sin lanzar siquiera una mirada hacia los dos hombres, a los que había salvado la vida, dio un brinco, saltó a una rama baja del gran árbol, y desapareció, árbol arriba, perdiéndose entre la espesura de la jungla.

Orman, pálido, se volvió hacia West, preguntando con voz que temblaba ligeramente:

—¿Has visto, Bill?… ¿Has visto lo que yo he visto?…

—¡Oh, yo no sé lo que tú habrás visto! Pero estoy seguro de lo que he visto yo… ¡Algo inexplicable!…

—¿Tú crees en fantasmas y aparecidos, Bill?

—¡No sé qué te diga!… ¿Y tú?…

—¡Oh!… Tú sabes tan bien como yo que no puede haber sido él; de modo que por fuerza, tiene que haber sido su espectro.

—Hasta ahora no teníamos la certeza de que Obroski había muerto.

—Ahora, en cambio, ya la tenemos.

XIV

UN LOCO

CUANDO Stanley Obroski fue derribado al suelo, al fin, en la explanada del poblado de Rungula, el jefe de los bansutos, un hombre blanco, sin llevar más que un taparrabos encima, miraba la escena, a la multitud y al jefe de la tribu, desde lo alto del ramaje del gran árbol que crecía en el centro de la explanada.

El gigante blanco llevaba en una mano un rollo de cuerda, hecha de fibras fuertes de la jungla, y sonreía de un modo enigmático.

De pronto, la cuerda cayó de lo alto, precisamente encima del jefe de la tribu. Un lazo corredizo aprisionó a Rungula, que lanzó un grito de terror y de sorpresa, al verse aprisionado. Y cuando los que estaban más cerca del jefe volvieron la cabeza, pudieron ver con infinito asombro que Rungula desaparecía entre el follaje del árbol gigantesco, como si lo izara una fuerza sobrenatural.

Rungula se sintió subido hasta una fuerte rama del árbol, donde una mano de hierro le cogió, sujetándole. Estaba aterrado, creyendo que había llegado su última hora. Abajo, entre la multitud, se había hecho un silencio absoluto, y hasta el prisionero quedó olvidado ante el suceso inexplicable y milagroso que acababa de ocurrir, ante la misteriosa desaparición del jefe de la tribu.

Obroski quedó mirando en torno, asombradísimo. Rodeado como había estado de terribles guerreros, no había podido ver el milagro de la ascensión de Rungula. Ahora, en cambio, veía a todo el mundo mirar hacia el árbol gigantesco que se elevaba ante la cabaña del jefe de la tribu, y se preguntó qué había pasado y por qué todo el mundo miraba hacia allí. Él no veía nada extraordinario. Lo único que recordaba y que podía servirle de clave y pista para averiguar lo ocurrido, era el grito de Rungula cuando se vio aprisionado por aquel lazo misterioso.

Rungula oyó una voz que le decía en su propia lengua:

—¡Mírame!

Rungula miró. El resplandor de las hogueras se filtraba por entre el follaje del árbol corpulento, y Rungula pudo ver las facciones de un hombre blanco que se inclinaba sobre él. Entonces, el jefe negro, murmuró en tono de espanto:

—¿Walumbe?…

—¡No, no soy el Dios de la Muerte! —replicó Tarzán—; ¡no soy Walumbe! Pero también yo puedo causar la muerte, porque soy más poderoso que Walumbe. ¡Yo soy Tarzán de los Monos!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rungula, castañeteando los dientes de terror—. ¿Y qué vas a hacer conmigo?

—He querido ponerte a prueba, para ver si tú eras un hombre bueno y tu pueblo un pueblo bueno también. Para eso me he convertido en dos hombres, he duplicado mi ser y mi personalidad, y he enviado a uno de ellos a un sitio donde tus guerreros pudieran capturarlo. He querido ver lo que hacías con un hombre que no te había hecho daño alguno, a ti ni a tu pueblo. Y ahora ya lo sé. Y por lo que has hecho, vas a morir. ¿Qué dices?…

—¿Cómo? —murmuró Rungula, aterrado—. ¡Tú estás aquí, a mi lado, y estás también abajo, en la explanada! —Miró hacia abajo, en efecto, y asintió, al ver a Obroski, atado al tronco del árbol y rodeado de guerreros negros—. ¡Así, tú eres un demonio!… ¿Qué puedo yo decirle a un demonio?… Yo te daré alimentos y bebidas y armas. Yo te daré muchachas que guisarán para ti, acarrearán el agua y trabajarán todo el día en los campos para ti, muchachas hermosas… ¡Todo esto te daré, si me perdonas la vida y no me haces daño, si consientes en marcharte y dejarnos solos!

—¡Yo no quiero ni tus alimentos, ni tus armas, ni tus mujeres, Rungula: yo no quiero más que una cosa, a cambio de tu vida!

—¿Qué es, señor?…

—Tu promesa formal de que nunca más volverás a luchar contra los hombres blancos, y de que cuando los blancos atraviesen tu país, tú les ayudarás y protegerás, en vez de perseguirlos y matarlos.

—¡Te lo prometo, señor!

—Muy bien; en ese caso, da órdenes inmediatamente a tu pueblo, para que abran las puertas del poblado y liberten al prisionero, dejándole marchar.

Rungula comenzó a gritar, dando órdenes a sus guerreros, que se

apartaron de Obroski, dejándole solo. Luego, un pelotón corrió a abrir las puertas de la empalizada que protegía el pueblo.

Obroski, al oír la voz del jefe bajando del follaje del gran árbol, quedó absorto. Creyó que lo que hacían los indígenas era una emboscada más que ocultaba una traición. ¿Cómo se explicaba que ahora le dejaran solo, cuando momentos antes le habían sujetado, atándole a un árbol furiosamente? ¿Y para qué abrían de par en par las puertas de la cerca del pueblo? Y Obroski no se movió, pensando que le ponían algún cebo con un propósito siniestro.

De pronto se oyó otra voz, que bajaba también del árbol, y decía en correcto inglés:

—¡Sal de la aldea y marcha a los bosques! ¡No temas, que no te harán daño alguno! Yo iré luego a encontrarte en la selva.

Obroski estaba absorto. Pero la voz dulce y tranquilizadora del que había hablado, le serenó, dándole una gran confianza, y empezó a andar, atravesando la explanada y la calle del poblado, en dirección a las puertas de la empalizada.

Tarzán desató a Rungula, y un momento después, deslizándose por las ramas del árbol, pasó al otro más pequeño, y bajó al suelo. Luego, sin ser visto por nadie, saltó la empalizada, y rodeando ésta, fue hacia el sitio donde estaban las puertas, llegando allí cuando Obroski las acababa de salvar.

Obroski oyó de pronto que una voz decía a sus espaldas:

—¡Sígueme!

Obroski se volvió. A la luz difusa de las estrellas, el polaco sólo vio a un hombre de su misma estatura, y le preguntó:

—¿Quién eres?

—Yo soy Tarzán de los Monos.

Obroski quedó absorto y silencioso. Él había oído hablar de Tarzán de los Monos; pero creía que aquél era sólo un personaje legendario, que pertenecía a las leyendas y tradiciones de África. Lo tomó por un loco que se creyera Tarzán de los Monos. Hubiera querido ver su rostro, para juzgar del estado de su razón. Y se preguntaba qué propósitos podría tener el desconocido.

Tarzán había echado a andar, y, volviéndose hacia Obroski, repitió:

—¡Sígueme!

—Aún no le he dado las gracias por haberme salvado de este atolladero

—murmuró ahora Obroski, empezando a andar en pos del desconocido—. ¡Ha sido una acción muy noble de su parte! ¡De no haber sido por su ayuda, a estas horas ya estaría yo muerto!

El hombre-mono avanzaba en silencio, y Obroski iba detrás. El silencio excitaba los nervios de Obroski, confirmándole su primera impresión acerca de la locura de este desconocido. Un hombre normal estaría ahora haciéndole infinidad de preguntas y hablando locuazmente con un extraño al que se encuentra por primera vez en estas terribles circunstancias.

Y Obroski llevaba razón, hasta cierto punto.

Porque Tarzán no era como los otros hombres. La escuela y las enseñanzas y los instintos de las fieras, le habían formado una extraña alma y daban a sus actos y a su conducta un sello particular y un código de ética que difería inmensamente del que regía a los demás humanos. Tarzán tenía horas en que hablaba, y horas en que guardaba absoluto silencio. Las horas de la noche, por ejemplo, en que cazan y están fuera de su guarida todas las fieras de la selva, no son ciertamente las más a propósito para hablar. Además, no le gustaba hablar con nadie, a menos que fuera a la luz del día, en que podía comprender y precisar los sentimientos de su interlocutor, mejor que por medio de las palabras.

Así, pues, caminaban en silencio, Obroski teniendo cuidado de no perder a su guía de vista. Allá a lo lejos, delante, se oía el rugido del león. Y Obroski se preguntaba si Tarzán iría a cambiar de rumbo. Pero no fue así.

Los rugidos del león se iban oyendo cada vez más cerca. Obroski, desarmado y casi completamente desnudo, se sentía desamparado y cada vez más nervioso. Y, de pronto, su compañero lanzó una especie de rugido salvaje, medio grito humano y medio bramido de fiera, que estremeció al polaco.

A partir de aquel momento, cesaron los rugidos del león. Pero, de repente, a pocos pasos ante ellos, se oyó un gruñido leve. ¡Un león! Obroski tuvo que hacer un gran esfuerzo para no trepar por el árbol más cercano; pero, conteniendo su impulso de huir, prosiguió en pos de su guía.

Al fin llegaron a un gran claro del bosque junto a un río. La luna había salido, y su luz pálida iluminaba el paisaje cándido.

Pero la belleza primitiva del paisaje, sólo atrajo durante unos momentos la atención de Obroski; porque un instante después de haber desembocado en la explanada, surgió ante ellos una extraña aparición, a la luz lívida de la

luna: era un león enorme, que les miraba acercarse. Obroski pudo ver la melena negra y el cuerpo del animal, relucir bajo el resplandor del astro de la noche. Y los ojos del polaco descubrieron casi enseguida, y algo detrás del león, a una leona. La hembra lanzó un rugido prolongado.

El desconocido se volvió entonces hacia Obroski, diciendo:

—¡Espérate aquí! No conozco esta Sabor y pudiera ser peligrosa. Obroski se detuvo enseguida, alegrándose al ver que estaba junto a un árbol corpulento. Echaba de menos un rifle, para salvar la vida a este loco que se acercaba a las fieras.

El polaco oyó ahora la voz de este insensato que se llamaba a sí mismo Tarzán de los Monos, que hablaba un lenguaje ininteligible:

—¡*Tarmangani yo*! ¡*Jad-bal-ja tand bundolo*! ¡*Sabor tand bundolo*!

—¡El loco está hablando al león! —se dijo Obroski, absorto—. ¡Y sigue acercándose a las fieras!… ¡Lo van a destrozar!…

Tembló por la vida del desgraciado. La leona se adelantó hacia él, y entonces el loco gritó:

—¡*Kreeg-ah, Sabor*!

El león se volvió rápidamente saltando contra la leona, que se encogió y huyó. El león la persiguió unos momentos, hasta que al fin volvió hacia el hombre lentamente. El corazón de Obroski le saltaba del pecho.

Entonces pudo ver que el loco acariciaba dulcemente la cabeza del enorme león, y, volviéndose hacia él, le llamó, diciendo:

—¡Acércate! El león te olerá, y verá que eres un amigo. Después, no te hará jamás daño alguno… a menos que yo se lo mande.

Obroski estaba aterrado. Deseaba saltar al tronco del árbol inmediato y trepar hacia arriba, echar a correr, hacer algo que le pusiera fuera del alcance del león y de la leona; pero aún le inspiraba más terror el pensamiento de apartarse de este hombre que le había protegido y salvado tan noblemente.

Paralizado por el miedo, avanzó; y Tarzán de los Monos, creyéndole un hombre valeroso, sonrió complacido.

Jad-bal-ja, el terrible león, gruñía sordamente; Tarzán le habló en tono quedo, con dulzura, y el león cesó de gruñir. Obroski se acercó a la terrible fiera, que le olfateó los pies y las piernas y finalmente el cuerpo todo. El polaco sintió el aliento ardiente de la fiera en sus carnes…

—¡Pon tu mano en la cabeza del Sabor! —ordenó Tarzán—. Si tienes miedo, no lo muestres…

Obroski obedeció, y el león acabó por restregar fuertemente su cabeza contra las piernas del hombre. Luego Tarzán le habló de nuevo, y la fiera fue a echarse lentamente junto a la leona.

Por primera vez, Obroski miró ahora al rostro de su protector, iluminado por la luna. Entonces, ahogó un leve grito: creía estar viendo su propia faz en un espejo.

Tarzán sonrió, con una de sus extrañas sonrisas, murmurando:

—¿Muy notable, no?…

—¡Es asombroso! —repuso Obroski.

—Por esto creo que es por lo que te he salvado la vida —dijo Tarzán—. Se me hacía muy duro el pensamiento de que iban a matarme en efigie.

—Yo tengo la certeza de que me habrías salvado de todos modos.

El hombre mono se encogió de hombros, murmurando:

—¿Por qué había de salvarte?… ¡Yo no te conozco!… Tarzán se tendió sobre la hierba, añadiendo:

—Échate tú también. Aquí dormiremos. Obroski lanzó una mirada furtiva hacia el sitio donde estaban los leones, y Tarzán, interpretando los pensamientos del otro, dijo:

—¡No te preocupes, Jad-bal-ja cuidará de que nada malo te pase, y te protegerá contra la leona! De todos modos, no te fíes de ésta, si Jad-bal-ja se ausenta. La leona ha sido encontrada el otro día por el león, y aún no se ha hecho amiga mía. Quizá no llegue a serlo nunca… Y ahora, si no te importa, dime qué haces en este país.

Obroski se lo explicó brevemente, y Tarzán le escuchó en silencio. Luego comentó:

—De haber sabido que tú eras uno de esos blancos de la caravana, habría dejado que te mataran los bansutos.

—¿Por qué?… ¿Qué te han hecho mis compañeros?

—Es que yo vi a tu jefe fustigando con un látigo a sus negros.

Obroski guardó silencio. Ahora se iba dando cuenta de que este hombre que se llamaba a sí mismo Tarzán de los Monos, era un hombre notable y que su influencia en este país, en el sentido del bien o del mal, debía ser muy grande. Su amistad habría de ser muy beneficiosa, y en cambio, su odio, terrible y peligroso. Este hombre podía influir para que la cinta que ellos proyectaban, fuera imposible de hacer aquí; si quería, Tarzán de los Monos podía perder y arruinar a Orman.

Obroski no sentía afecto alguno por Orman, ni mucho menos. Tenía

para ello sus buenas razones. Naomi, una de las principales. Pero había que considerar otras cosas, independientes de aquella enemistad y celo personales. Había que pensar en el dinero invertido por el estudio en la colosal empresa de la cinta, en las carreras de sus compañeros de profesión, incluso en la del mismo Orman, ya que Orman era un excelente director.

Obroski le explicó todo esto a Tarzán, todo, excepto su odio a Orman. Y añadió:

—Cuando tú viste que Orman fustigaba con el látigo a sus negros, estaba borracho. Además, había tenido fiebre y estaba muy nervioso y contrariado. Y los que le conocen bien, dicen que no se explican cómo hacia aquello.

Tarzán no hizo comentario alguno, cuando Obroski calló. Éste quedó mirando a la luna, pensando en Naomi, la muchacha a la que él amaba. ¿Qué clase de mujer era Naomi?… Era una mujer mezquina, desconsiderada, orgullosa, mal educada… Su carácter no podía compararse con el de Rhonda, por ejemplo; y Rhonda era muy bella también.

Al fin se dijo que le había fascinado el nombre glorioso y el brillo que parecía refulgir del nombre de Naomi Madison. Quitándole aquello, la muchacha no podía inspirar otra cosa que un simple amor, el amor que inspira cualquier mujer linda y atrayente desde el punto de vista físico.

Recordó a sus otros compañeros de la caravana, y se preguntó qué dirían si pudieran verle en este momento, acostado aquí, sobre la hierba, junto a un hombre salvaje y dos leones de la jungla.

Al fin, empezó a sentirse invadido por el sueño, hasta que se quedó dormido. Y no pudo ver, por tanto como, poco después, la leona se levantaba, y atravesaba la pequeña explanada, seguida majestuosamente por el león Jad-bal-ja, dirigiéndose ambos hacia el fondo de los bosques, a cazar alimañas, a sorprender monos y bestias de la inmensa manigua…

XV

TERROR

CUANDO Rhonda Terry tenía ya levantado el enorme leño a guisa de garrote sobre la cabeza del centinela árabe, éste levantó la cabeza, y la vio. Entonces intentó ponerse en pie, comprendiendo el peligro; pero de este modo, el golpe fue mucho más terrible de lo que hubiera sido si el hombre hubiese permanecido inmóvil… y el centinela rodó por tierra, sin lanzar el más leve gemido, y quedó inmóvil, como muerto.

La muchacha miró en torno. El campamento estaba silencioso y parecía solitario. Hizo seña a la aterrada Naomi para que la siguiera, y ambas se dirigieron hacia el sitio donde estaban los arreos de los caballos, sobre la hierba. Rhonda hizo que su amiga cogiera una silla y unas riendas, cogió ella otras, y ambas, medio arrastrando sus fardos, los llevaron hasta el sitio donde los caballos, trabados, pastaban la hierba de la pradera. Como Naomi no se sentía capaz de ello, Rhonda tuvo que ensillar y ajustar las riendas de los dos caballos, dando gracias a Dios por su curiosidad que, en días pasados, la había empujado a observar cómo ensillaban y enjaezaban a sus caballos los jinetes del desierto.

Cuando Naomi estuvo a horcajadas de uno de los nobles brutos, Rhonda le dio a su amiga las riendas del suyo también diciéndole:

—¡Espérate aquí! Voy a soltar las trabas de los otros. —Se dirigió hacia donde estaban los otros caballos, y, uno por uno, le fue quitando las trabas, en efecto. Después, montando en su propio caballo, le dijo a Naomi:

—¡Ahora vamos a procurar llevarnos los animales con nosotras! De este modo, cuando los árabes despierten, no podrán perseguirnos en mucho tiempo, al menos, y les llevaremos una gran ventaja.

Empujaron al rebaño de animales, ya en libertad, delante de ellas. Por suerte, los caballos habían sido dejados al norte del campamento, y esto hizo que los animales no despertaran a los árabes. Rhonda sabía muy bien que yendo hacia el norte, lo encontrarían la caravana de sus compañeros;

pero la valiente muchacha pensaba dar luego un gran rodeo e intentar buscar al safari.

Comenzaron a alejarse las dos muchachas del campamento de los beduinos, llevando siempre por delante el rebaño de caballos en pelo. Ya habían avanzado doscientos, trescientos metros… Cuando, de pronto, oyeron un grito a sus espaldas, enseguida, otro y otro hasta que un inmenso clamor de voces y de maldiciones y juramentos, se llevó hasta el cielo.

Era una noche clara y serena, y a la luz de las estrellas, Rhonda pudo ver, volviendo la cabeza, que los árabes las perseguían. Entonces dijo a su vez, empezando a gritar para asustar a los caballos:

—¡Grita, Naomi, grita!… ¡Haz ruido!… ¡Hagamos todo el ruido posible, para asustar a los caballos!… ¡Pica espuelas, como yo!…

De repente, uno de los árabes, disparó su rifle, y la bala, al pasar silbando por encima de las cabezas de los animales, aumentó el terror del rebaño, que emprendió ahora un furioso galope, desapareciendo bien pronto en la espesura del bosque próximo.

Las dos muchachas comprendían que un tropiezo de sus cabalgaduras, una rama saliente o cualquier otro accidente fortuito, podría significar la muerte o el desastre; pero ninguna de ellas intentó refrenar a los animales. Quizá ambas pensaban que todo sería preferible a caer de nuevo en manos del viejo y odioso Ab El-Ghrennem.

Solamente cuando las voces y el estrépito de sus perseguidores se perdieron en la lejanía Rhonda refrenó su caballo, rogándole a su amiga que hiciera otro tanto, y pusieron a los animales al paso. Rhonda dijo, alegremente:

—¡Les hemos vencido, a esos canallas!… ¡Apostaría cualquier cosa a que el viejo jefe aquel se está mordiendo las patillas de rabia!… ¡Qué!, ¿cómo te encuentras, Naomi…, cansadita, no?…

Entonces, Naomi rompió en un sollozo.

—¿Cómo? —preguntó Rhonda, asombrada—; ¿qué te pasa?… ¿Es que te has herido, acaso?…

—Es que… es que… ¡tengo tanto miedo! —pudo decir al fin miss Madison—. ¡Nunca he tenido tanto miedo en toda mi vida!…

—¡Oh, Naomi, ánimo! —repuso Rhonda, en tono dulce y solícito—; ¡yo tampoco he pasado tanto miedo jamás, pero el llorar y lamentarse no conduce a nada! Piensa que nos hemos libertado de esas gentes, cuando hace solamente unas horas, esto nos habría parecido un imposible. Ahora,

todo lo que tenemos que hacer es intentar volver a la caravana, y quién sabe si tendremos la suerte de encontrar a alguno de nuestros compañeros que haya salido en nuestra busca.

—¡Oh, nunca más volveremos a ver a ninguno! —dijo Naomi, sollozando—. Desde un principio tuve el presentimiento de que habría de morir en este horrible país.

Rhonda acercó su caballo al de su amiga, y la abrazó con ternura y solicitud, diciendo:

—¡Es terrible, querida! Pero ya saldremos de este mal paso. Yo te sacaré de él, y cuando pase el tiempo, nos encontraremos un día en la playa de Malibú, y nos reiremos de esta aventura.

Ahora callaron durante largo rato, mientras los caballos avanzaban al paso. Ante ellas, los caballos en pelo, seguían un camino que no hubieran podido ver ojos humanos.

De pronto, Naomi rompió el silencio para decir:

—¡Rhonda: no me explico cómo puedes ser tan buena conmigo! ¡Te he tratado tan a menudo con dureza!… Me portaba contigo como una gata arisca… Ahora lo veo… En estos últimos días, se ha operado en mí un gran cambio… como si se abrieran los ojos de mi alma a la verdad… ¡No me digas nada, ¿sabes? Yo sólo quería que tú supieras esto!…

—¡Ya te comprendo! —repuso Rhonda débil y mansamente, en voz baja—. Es la influencia de Hollywood… Y es que todas procuramos allí ser algo que no somos en realidad, y la mayoría sólo consigue llegar a ser algo que no es lo que debiera ser verdaderamente… ni lo que conviene a sus condiciones y aptitudes.

De pronto, los caballos que marchaban sueltos, se detuvieron. La pista del bosque parecía haberse ensanchado de pronto. Rhonda intentó empujar a los animales hacia adelante, pero los caballos piafaban o bufaban, negándose a continuar el camino.

—Vamos a ver qué ocurre —dijo Rhonda, picando espuelas—. Algo debe pasar que impide avanzar a los animales.

Se adelantaron, y entonces pudieron ver que la pista desembocaba en un río. No era muy ancho. Más bien un riachuelo. Pero los caballos no querían vadearlo.

—De todos modos —dijo la animosa Rhonda—, por aquí debe haber algún vado. Déjame que pruebe… Pasaremos nosotras… y si los caballos éstos que van sueltos no quieren seguirnos, ¡qué remedio!, los tendremos

que abandonar, aunque ello me contraría, porque si los encuentran los árabes, podrían alcanzarnos todavía.

Diciendo esto, Rhonda picó espuelas, haciendo que su caballo se acercara a la orilla. Naomi le gritó:

—¡Por Dios, Rhonda, te ahogarás!…

—¡Oh, dicen que es muy difícil ahogarse! —repuso Rhonda, animando a su amiga a que la siguiera—. ¡Vamos!

Naomi la siguió a regañadientes. Cuando ya los dos caballos bajaban la ligera cuesta de la orilla del riachuelo, Rhonda aconsejó a su amiga:

—¡Cógete a mí bien! ¡Dos caballos pasarán juntos el vado mejor que uno solo! Y si ves que el animal nada, porque le falta pie, procura abrazarte al cuello, y dirigir la cabeza del animal siempre hacia la otra orilla.

Los animales, luego de resistirse unos momentos y piafar en protesta, entraron en el agua lentamente. Luego empezaron a avanzar con precaución. Pero al ver que la corriente no era muy rápida ni el fondo excesivo, ganaron confianza, y cruzaron el riachuelo.

Cuando salían por la otra orilla, las muchachas oyeron un golpe en el agua. Rhonda volvió la cabeza y entonces pudo ver que los caballos que iban sueltos, se habían reunido a la orilla del río, y uno de ellos se metía en el agua, viniendo en pos de sus compañeros. Todo el rebaño le siguió, cruzando la corriente.

—¡Pues los animales me han enseñado otra cosa! —dijo Rhonda, contenta—. Ya ves; hasta aquí, hemos ido empujando a los caballos delante de nosotras; de haberlo sabido, no nos habríamos tenido que molestar, porque los animales, una vez en libertad, habrían venido detrás de sus compañeros.

La aurora llegó poco después de haber cruzado ellas el río, y la luz rosada del nuevo día alumbró un maravilloso país donde los bosques alternaban con las praderas naturales. Al norte, corría una cadena de montañas. Era un país muy distinto de lo que ellas habían visto hasta aquí.

—¡Qué hermoso! —murmuró Rhonda, extasiada.

—¡Cualquier cosa es hermosa, luego de atravesar esos bosques interminables! —repuso Naomi—. ¡Se me han hecho odiosos!

De pronto Rhonda, extendiendo el brazo hacia adelante, murmuró:

—Escucha, Naomi: ¿tú ves aquello?…

—¿Qué?… ¿Aquella colina?…

—Sí; y… ¿no caes en que nosotras hemos cruzado un río, que corre al

lindero de enormes bosques, y hemos desembocado en un país de praderas?… ¿Y no ves que desde aquí se divisa una colina en forma de cono, una colina volcánica?…

—¿Cómo?… ¿Quieres decir, acaso…?

—¡El mapa! —interrumpió Rhonda. Y aquí, hacia el noroeste, está la cadena de montañas. Si esto es una mera casualidad, es muy extraña, ¿no te parece?…

Naomi iba a contestar, cuando los dos caballos se detuvieron, temblando. Con las narices dilatadas y las orejas rectas, los dos animales miraban inquietos a un gran matorral que se elevaba a pocos pasos ante ellos, algo a la derecha. Las dos muchachas miraron hacia allí también.

De repente, una figura dorada y siniestra surgió del matorral, lanzando un pavoroso rugido. Los caballos sueltos, volviendo grupas, huyeron a la desbandada. El león venía por la parte de Rhonda, y Naomi le vio avanzar como una flecha, mientras el rebaño de los caballos huía como un rebaño de antílopes.

Naomi, fascinada por el terror, miraba al león enorme. Le vio dar un brinco espantoso, caer sobre el caballo de Rhonda, por la parte trasera, y hundir sus garras y sus colmillos en las carnes de la pobre presa.

El caballo de Rhonda se encabritó, saltó, coceó, hasta que despidió a R-honda de la silla, como a un muñeco… Naomi vio cómo el león se aferraba ahora al vientre del caballo, que, a un zarpazo feroz del rey de la selva, se vino al suelo.

Naomi tenía los ojos muy abiertos por el espanto, pero su caballo no le permitió seguir presenciando la terrible escena. Emprendió el animal una carrera velocísima, impulsado también por el miedo. Naomi volvió una vez la cabeza, y entonces pudo ver al león subido majestuosamente en el cadáver del caballo de Rhonda. Ésta, inmóvil, estaba en el suelo, a pocos pasos.

Los caballos sueltos, enloquecidos por el pánico, galopaban, siguiendo la misma pista por la que habían venido. Naomi se veía impotente para detener ni guiar siquiera a su enloquecida cabalgadura, que huía en pos de sus compañeros. La distancia que antes recorrieron en una hora, ahora la salvaron en escasos minutos.

El mismo río que antes cruzaron con tanto temor lentitud, no les detuvo ahora: los animales se lanzaron al agua enloquecidos, y el bosque pareció despertar con el fragor de aquel espantoso chapoteo, que lanzó al aire

cascadas de agua y espuma.

Despavorida, aterrada, casi fuera de sí, Naomi se aferraba locamente a su cabalgadura; pero, por una vez en su vida, miss Madison no se mostró egoísta ni pensó exclusivamente en ella: el recuerdo de aquella pobre figurita que yacía a pocos pasos del terrible león, abandonada y sola, alejó de la mente de la muchacha todos los pensamientos mezquinos y egoístas…, y su terror, su angustia y su tortura, eran ahora más bien por Rhonda Terry.

XVI

EYAD

DÍAS y días transcurrieron mientras Orman y Bill West iban buscando vanamente por la jungla infinita el rastro de los jinetes que al fin habían perdido. Y ya habían pasado casi dos semanas desde que salieron del campamento, cuando ocurrió el misterioso encuentro de ambos con el terrible león y el fantasma de Obroski.

El suceso les impresionó inmensamente, dejándoles como exhaustos, ya que ambos, a causa de la fatiga y las privaciones, se encontraron muy débiles.

Ambos guardaron silencio durante largo rato, contemplando el cadáver del león, y al fin West dijo, en tono de duda:

—¿No crees que todo haya sido una alucinación nuestra, producida por el hambre y la fatiga, Tom?

Orman sonrió, al contestar, señalando al león muerto:

—¿Tú crees que esto podía ser una alucinación?… ¿Y crees que habríamos podido tener los dos la misma alucinación en el mismo instante?… ¡No! Lo que hemos visto es indudable. Yo no creo en fantasmas ni aparecidos…, no creía antes, al menos; pero ahora tengo que reconocer que si no era éste el fantasma de Obroski, era Obroski mismo; y tú sabes como yo que Obroski no habría tenido jamás el valor de luchar así con un león. West contestó a su vez, rascándose la barbilla:

—A mí se me ocurre otra idea: quizá Obroski, que tú sabes era el hombre más cobarde del mundo, se haya escapado del lado de los bansutos, y al huir a los bosques el miedo le ha enloquecido. Y tú sabes también que los locos dicen que tienen una fuerza como diez hombres juntos.

—¡Oh, yo no creo eso de que los locos tienen una fuerza inmensa! Lo que hay es que un loco hace cosas que una persona cuerda sería incapaz de hacer. Eso es lo único que me hace pensar que quizá tú llevas razón; quizá Obroski se ha vuelto loco, en realidad, solamente un loco es capaz de hacer

frente a un león…; además que tú sabes que si Obroski hubiera estado en su sano juicio, no me habría salvado a mí la vida, ya que sabes que no tiene muchas razones para sentir por mí simpatía.

—Bien; de todos modos, nos ha hecho un gran servicio, en varios sentidos: uno de ellos dejarnos algo para comer —murmuró West.

—Ya veremos, porque me parece que tiene sama.

—¡Oh, ahora yo me comería un perro tiñoso! —opuso West.

Luego que hubieron descuartizado el león, y comido unos trozos de carne, se llevaron parte del resto del animal, y reanudaron su exploración a través de los bosques. El alimento les había dado nuevas fuerzas; pero sus espíritus no sentían mucho más optimismo, en vista de la inutilidad de sus esfuerzos.

Al caer la tarde, West, que caminaba delante, se detuvo de pronto, retrocediendo unos pasos al tiempo que hacía señas a Orman para que guardara silencio. El último avanzó hasta llegar junto a West, y entonces pudo ver, siguiendo la dirección de la diestra de su amigo, a un hombre solitario, que estaba sentado en cuclillas junto a un fuego y a la orilla de un arroyo.

—Es uno de los hombres de Ab El-Ghrennem —dijo West.

—Sí —repuso Orman, reconociéndole—; es Eyad. ¿No ves a alguien con él?

—No. ¿Qué crees que haga ahí solo?

—Ahora lo veremos. Tú estate pronto para hacer fuego si ves que intenta defenderse, o aparece alguien más por aquí.

Orman y West empezaron a avanzar silenciosamente hacia el árabe, con los rifles prontos. Apenas habían avanzado unos pasos, cuando Eyad levantó la cabeza y les vio. Echando mano a su mosquete, Eyad se puso en pie; pero Orman le apuntó, gritando:

—¡Suelta el arma!

El moro no entendía el inglés, pero comprendió, bajando hacia el suelo el cañón de su fusil; entonces los dos amigos se acercaron a él.

—¿Dónde está El-Ghrennem? —preguntó Orman—. ¿Dónde están miss Madison y miss Terry?…

Eyad reconoció los nombres, y comprendió. Entonces, señalando hacia el norte, empezó a hablar en árabe; y aunque los dos norteamericanos no podían entender, se dieron cuenta de que el hombre estaba muy excitado. Luego observaron que el árabe aparecía demacrado, con las ropas

destrozadas y cubierto de heridas por todas partes.

Era indudable que Eyad y su gente habían pasado duras pruebas.

—¿Tú le entiendes, Tom? —preguntó West.

—¡Oh, yo aprendí algunas palabras árabes de Atewy! Creo adivinar que este hombre quiere decir que a sus compañeros les ha ocurrido algo terrible. Este pájaro está aterrado. He podido entenderle las palabras ‘*sbeykh*’, ‘*el-Beduw*’ y ‘*benat*’; se refiere a su jefe El-Ghrennem, a los otros beduinos y las muchachas; ‘*benat*’, en árabe, es el plural de ‘*bint*’, muchacha. Una de las muchachas debe haber sido matada por alguna fiera, a juzgar por los rugidos y la mímica de este hombre, tal vez por un león. Y, por lo visto también, al resto de su gente debe haberle ocurrido algo terrible asimismo. West se había puesto pálido, y preguntó:

—¿Y sabe Eyad cuál de las dos muchachas es la que ha muerto?

—No, no he podido entenderlo… Quizá a estas horas han muerto las dos —repuso Orman.

—¡Oh, es preciso que lo averigüemos!… ¿No sabe Eyad dónde estaban las muchachas cuando ocurrió la tragedia?

—Voy a hacerle que nos sirva de guía —repuso Tom—. Esta tarde ya es inútil que intentemos seguir adelante. Mañana continuaremos explorando la jungla.

Acamparon en una glorieta, y encendieron un poco de fuego, asaron parte de la carne del león. Eyad comió como un perro famélico. Luego se echaron, pero los americanos no pudieron conciliar el sueño hasta muy tarde.

Al sur de donde ellos estaban, a varias millas, Stanley Obroski, subido en las ramas de un árbol corpulento, tiritaba de frío y de miedo. A sus pies, un león y una leona devoraban el cadáver de una gacela. Las hienas, famélicas reían y aullaban alrededor. Una de ellas, más hambrienta que las otras, se atrevió a acercarse a la gacela muerta intentando morder un bocado, pero el león se volvió furioso contra ella, y de un zarpazo la echó por los aires, hacia el sitio donde estaban las otras hienas. Obroski, temblando de miedo, se aferró con más fuerza al árbol. Una luna llena iluminaba con su luz intensa la escena y el paisaje salvajes.

De pronto, la figura de un hombre atravesó la explanada. El león lanzó un rugido, al que contestó el hombre con un alarido salvaje. Una hiena se arrojó, de repente, contra él. Obroski experimentó una angustia mortal. ¿Qué sería de él, si moría este hombre?…

Pero vio cómo el hombre de la selva, esquivando el cuerpo, cayó a la espalda de la hiena cogiéndola de un modo terrible, y lanzándola luego al sitio donde estaban los dos leones, devorando la gacela. Y la leona, de una sola dentellada, mató a la hiena, lanzándola lejos. Las otras hienas rieron con su voz siniestra y horrible.

Tarzán miró en torno, gritando:

—¡Obroski!

—Estoy aquí —repuso el otro. Tarzán, de dos brincos, subió al árbol llegando Junto al fugitivo, a quien dijo:

—¡Obroski: he visto a dos compañeros tuyos hoy: Orman y West!

—¿Dónde están?… ¿Qué dicen?…

—Yo no he hablado con ellos. Están tan sólo a unas pocas millas al norte de aquí. Yo creo que van perdidos.

—¿Quién estaba con ellos?

—Nadie. Van los dos solos. He buscado alrededor a vuestra caravana, pero no la he podido ver. Y más al norte he encontrado a un árabe de vuestra caravana. Iba también perdido y muerto de hambre.

—La caravana debe estar a estas horas disuelta y errante por ahí cada cual —murmuró Obroski—. ¿Qué les habrá ocurrido?… ¿Qué habrá sido de las dos muchachas?…

—Mañana iremos en busca de Orman —dijo Tarzán—. Quizá él pueda contestar a tus preguntas.

XVII

SOLA

DURANTE largo rato, Rhonda Terry permaneció inmóvil en el sitio hasta donde la había lanzado su caballo loco de terror. El león, sobre el cadáver del caballo, rugía ferozmente, mirando al otro noble bruto que, loco de miedo también, volaba, llevándose a Naomi Madison.

Al abrir Rhonda los ojos, lo primero que vio fue al león de espaldas a ella. Instantáneamente recordó cuanto había ocurrido. Intentó encontrar a Naomi, sin atreverse a hacer el más ligero movimiento, para no atraer la atención del león, ya que adivinaba que esto pudiera serle fatal; pero no vio rastro de su amiga.

El león, luego de olfatear largamente a su víctima, se volvió, y al ver a Rhonda lanzó un rugido feroz. Rhonda se estremeció de terror. Intentó cerrar los ojos, pero no se atrevió, diciéndose que hasta el más ligero movimiento de sus párpados haría que la fiera cayese sobre ella. Había oído decir que cuando las fieras creen a una persona muerta, no suelen molestarla.

Tan aterrada estaba, que tenía que hacer un terrible esfuerzo de voluntad para no huir, aunque comprendía que ello le sería fatal.

El león comenzó a acercarse, lanzando terribles rugidos. Al fin, llegando junto a Rhonda, la olfateó con desconfianza. La fiera parecía. La muchacha sintió el cálido aliento de la fiera en pleno rostro, y el olor hediondo del león la puso en trance de morir.

El león parecía nervioso e incierto. De pronto, bajando su morro junto a la cara de la infeliz, rugió de un modo espantoso, al tiempo que miraba fijamente con sus ojos verdes y fríos a las pupilas de Rhonda Terry. Se dijo que había llegado su última hora, porque el animal la puso una garra sobre el hombro. Luego la volvió con la zarpa poniéndola de espaldas. Durante unos momentos, que a Rhonda se le antojaron una eternidad, permaneció allí inmóvil; al fin se alejó.

Rhonda se encontraba como aturdida, como insensibilizada. Al fin, vio que el león arrastraba al caballo muerto hasta el matorral donde antes estaba escondido.

Rhonda se maravilló ante la fuerza espantosa de la bestia, que se había llevado el caballo con toda facilidad, y se preguntó si ahora vendría contra ella.

Entonces, levantando un poco la cabeza, vio un árbol cerca, y con infinitas precauciones, comenzó a arrastrarse hacia allí. De vez en cuando volvía la cabeza en dirección al matorral donde estaba el león. Pulgada a pulgada, palmo a palmo, fue avanzando. ¡Cinco pies, diez, quince!…

De pronto vio emerger la cabeza del león del matorral, y entonces, poniéndose en pie, corrió enloquecida hacia el árbol salvador, saltando a una rama baja. El terror la dio unas fuerzas desconocidas, y trepó hacia arriba, en el momento en que el árbol se estremecía con el choque espantoso de la fiera contra el tronco. Una zarpa del león fue a dar precisamente debajo del pie de la muchacha, que escapó hacia arriba…

Al fin, Rhonda se detuvo en una cruz del árbol, desde donde no podía seguir avanzando, y miró hacia abajo. El león la miraba. Luego dio varias vueltas alrededor del tronco, y al fin comenzó a alejarse lenta y majestuosamente hacia el matorral donde había escondido el caballo.

Rhonda bajó luego a una rama más segura, y se sentó. Pero entonces se preguntó con terror qué iba a ser de ella. Es verdad que había escapado momentáneamente al terrible peligro, pero ¿qué iba a ser de ella ahora?… Estaba sola en este desierto, desarmada, perdida en este país salvaje, sin el más sutil hilo de esperanza…

Se preguntó qué habría sido de Naomi. Ahora se arrepentía de haber huido del lado de los árabes. Porque si Tom y Bill y West y quizá algunos de los otros hombres de la caravana las buscaban a estas horas, la única esperanza de que las hubieran encontrado estaba en que hubiesen descubierto el rastro de El-Ghrennem y su gente; en cambio ahora, ¿cómo iban a encontrarlas jamás?…

Desde el árbol que le servía de refugio, Rhonda pudo descubrir un gran panorama en todas direcciones. Hacia el norte se extendía una hermosa llanura moteada de árboles, al fondo de la cual se elevaba una gran cadena de montañas. Al noroeste, se veía la colina volcánica, de forma cónica, que Rhonda había estado señalando a Naomi cuando las sorprendió el león.

Todos estos detalles y cosas, que coincidían tan exactamente por cierto

con los del mapa, la intrigaban mucho, y Rhonda se preguntó qué habría detrás de aquella leyenda del Valle de los Diamantes.

De pronto, recordó algo que le había dicho el árabe Atewy: que las cataratas que había al pie del Valle de los Diamantes, debían ser las cataratas del Omwamwi, hacia las que se dirigía la caravana.

Entonces pensó dirigirse hacia las cataratas, con la esperanza de encontrar a los suyos. Sonrió a la idea de poner su esperanza y su fe en un mapa absurdo, hecho para componer algunas escenas de película; pero su situación era tan triste y miserable que se cogía a este sutil hilo como el náufrago coge a cuanto flota.

Las montañas no parecían muy lejanas, aunque ella sabía lo que engaña el espejismo del desierto. Se dijo que quizá tardara un día en llegar allá, pasando sin comer ni beber hasta que llegara al río, que debía correr por allí.

Los minutos eran ahora preciosos; pero la infeliz no se atrevía a moverse del árbol, ya que oía rugir al león en el matorral.

Al fin vio salir a la fiera lentamente, y, sin mirar siquiera hacia aquí, alejarse hacia el sur, en dirección al río que Rhonda y Naomi habían cruzado horas antes.

La muchacha estuvo observando al león, hasta que se perdió en la lejanía; entonces bajó del árbol, y empezó a caminar hacia el noroeste y las montañas.

El día no había avanzado aún mucho, y el terreno no era muy difícil. R-honda se sentía relativamente fuerte y animosa luego de la larga cabalgada de la noche y de los horribles acontecimientos que acababan de ocurrirle; y esto hacía que se aumentara su esperanza.

La llanura estaba sembrada de árboles, y Rhonda, al avanzar, procuraba acercarse siempre a alguno, a pesar de que esto la obligaba a avanzar haciendo penosos zigzags.

Rhonda volvía con frecuencia la cabeza, temerosa de que el león viniera a sorprenderla. Al avanzar el día, el sol iba adquiriendo cada vez más fuerza, y Rhonda empezó a experimentar los tormentos del hambre y la sed. Ya avanzaba despacio, penosamente, como si sus pies fueran de plomo, y ahora tenía que detenerse con frecuencia a descansar bajo la sombra de los grandes árboles. Las montañas parecían tan lejanas como al principio, y su ánimo se iba dejando ganar por una duda atormentadora.

Un buitre enorme surgió en el cielo, y empezó a describir círculos

encima de Rhonda. La muchacha, horrorizada, reanudó la marcha, ahora más deprisa, para alejarse de allí con el propósito de caminar hasta que cayera rendida. ¿Cuánto tiempo resistiría?…

Una vez, acercándose a una gran roca, descubrió, de pronto, que era un inmenso rinoceronte. La fiera, con un bramido terrible, embistió contra la muchacha, que, despavorida, trepó al árbol más cercano, mientras el monstruo pasaba cerca, estremeciendo la tierra y resoplando como una locomotora, y haciendo luego sonreír a la muchacha, al ver que no todos los resoplidos del animal salían de su boca enorme…

La aventura renovó la fe de Rhonda en su destreza y su fuerza para llegar al río, y poco después reanudaba la marcha con nuevos ánimos. Pero el calor y la fatiga, aumentando su sed hasta el paroxismo, la fueron debilitando y haciendo caminar cada vez más despacio, mientras miraba hacia adelante pensando que jamás alcanzaría su deseado objetivo.

Durante largo tiempo, Rhonda había ido avanzando por una llanura honda, que formaba una especie de cuenca. Empezó a obscurecer. Ahora deseaba sentarse y descansar, pero tenía miedo de que, si lo hacía, no pudiera volver a levantarse. Además, le seducía el deseo del beduino del desierto, que ansia llegar cuanto antes al límite del horizonte, para descubrir nuevas tierras.

Al fin, trepando por la pendiente de lo que parecía ser el lecho de un inmenso río seco, Rhonda consiguió llegar arriba. Entonces pudo descubrir un gran bosque, a través de cuya espesura vio un río inmenso. A su derecha, las montañas parecían ya más cercanas.

Olvidándose de las bestias terribles del desierto o de los salvajes que pudieran sorprenderla, la pobre muchacha corrió hacia la orilla del río. Al acercarse, pudo ver una docena de monstruos enormes flotando en la superficie del agua. Uno de los monstruos tenía la boca abierta, grande como una sima, pero Rhonda no se detuvo por ello esta vez: acercándose al borde del agua, se arrojó de bruces, hundió su rostro en la clara corriente y bebió, bebió, bebió, mientras los hipopótamos rugían y lanzaban sordos gruñidos, mirándola inquietos y furiosos.

Aquella noche, Rhonda durmió en un árbol, despertando a todos los leves ruidos de la selva. De la llanura llegaban los rugidos feroces de los leones que cazaban. Un gran rebaño de hipopótamos salió del agua a pacer la hierba, y con su estruendo alejaron para siempre el sueño de Rhonda. Y a lo lejos se oían los ladridos del chacal y la risa estridente y terrible de la

hiena, y otros ruidos de animales que la muchacha no podía clasificar. ¡Fue una noche espantosa!

El alba la encontró extenuada a causa del insomnio, la fatiga y el hambre. Comprendía que debía comer algo, pero no sabía cómo arreglárselas para buscarse el alimento. Luego pensó que quizá su caravana habría llegado ya a las cataratas, y entonces decidió subir río arriba, con la esperanza de llegar allá y encontrarles.

Por suerte, una de esas pistas que trazan en la jungla las fieras, seguía paralela al río, y la muchacha la siguió ahora. Conforme avanzaba, iba creyendo percibir en la distancia un lejanísimo rumor, cuya intensidad fue luego creciendo poco a poco. Comprendió que se acercaba a las cataratas.

Llegó allá hacia el mediodía, y la grandeza del espectáculo la impresionó a pesar de la fatiga enorme que sentía. El río inmenso se despeñaba desde la altura de un enorme tajo hecho en la roca, levantando abajo columnas inmensas de espuma. El agua, rugiendo, corría luego con ímpetu espantoso entre unas rocas colosales, formando trenzas y arroyos rugientes de espumas. El estrépito de las cataratas era sencillamente horrible, ensordecedor.

Poco a poco, la grandeza de la escena, la soledad del paraje, fueron ganando el espíritu de la muchacha. Ahora se parecía la única habitante de un mundo extraño, contemplando este paraje que no habrían mirado jamás antes otros ojos humanos.

Pero Rhonda se engañaba: no estaba sola en el escenario grandioso. Allá arriba, cerca de la cima del tajo de la montaña, en una estrecha cornisa, una bestia peluda miraba hacia abajo, con el terrible ceño fruncido. Luego tocó con el codo a un semejante suyo, que estaba a su lado, apuntando hacia la muchacha.

Durante unos momentos, ambos estuvieron contemplando a la joven. Después se lanzaron a descender por el borde del acantilado cortado a pico. Para ello saltaron a las ramas de unos árboles gigantescos que por allí crecían, logrando llegar abajo.

Eran dos monstruos con figura de hombre, pero de un hombre primitivo de la prehistoria, peludos, con aspecto bestial y rudo y amenazador. Y se acercaron a la muchacha con sigilo y astucia tales que Rhonda no se dio cuenta de nada.

Las enormes cataratas, el ruido, aquella agua hervidora y atronadora, habían dejado suspenso el ánimo de la muchacha. No se veía rastro de su

caravana, y aun suponiendo que estuvieran acampados al otro lado del río, Rhonda se decía que estaban separados por una barrera infranqueable.

Se sentía muy sola, y cansada y empequeñecida. Se sentó en una enorme piedra, apoyándose en otra que le servía de respaldar. Toda su fuerza parecía haber huido de pronto de su cuerpo. Cerró los ojos, y dos lágrimas enormes se deslizaron a lo largo de sus mejillas. Quizá a los pocos momentos cabeceaba de sueño; pero de pronto, despertó sobresaltada por una voz, aunque no abrió los ojos creyendo que estaba soñando.

—¡Está sola! —dijo la voz aquella a su lado—. Vamos a llevársela a Dios, que se alegrará de nuestro presente.

La voz hablaba inglés, aunque con un acento extraño y un tono hondo y gutural. La muchacha se dijo que soñaba, a no dudarlo, y abrió los ojos. Entonces retrocedió, lanzando un leve grito de terror. A su lado había dos gorilas, o, al menos, eso le parecieron a Rhonda hasta que uno de ellos comenzó a decir:

—¡Ven con nosotros! ¡Vamos a llevarte ante nuestro Dios!… Y, alargando una mano enorme y peluda y fuerte, la cogió de un modo rudo, tirando de ella.

XVIII

EL REY DE LOS GORILAS

RHONDA intentó escapar y libertarse de aquellos brazos peludos del monstruo, pero le fue imposible; el gorila la sujetaba con sus músculos de hierro, y, sin esfuerzo aparente, la cogió bajo un brazo como se coge un fardo cualquiera.

—¡Estate quieta! —ordenó, colérico— o te mato.

—Cuida no matarla —aconsejó su compañero—. Dios se irritaría si no le llevásemos esta muchacha viva, sana y salva. Hace tiempo que espera que le llevemos una mujer así.

—¿Y para qué la quiere? Es tan viejo, que apenas puede mascar la comida.

—Quizá quiera regalársela a Enrique VIII.

—Enrique VIII tiene ya siete mujeres. Yo creo que ésta me la quedaré yo.

—Se la llevarás a Dios —dijo el otro—. Y si no lo haces tú, la llevaré yo.

—¡Eso lo veremos! —desafió el que llevaba a Rhonda. Y dejando a la muchacha en el suelo, se arrojó, rugiendo, contra su compañero, mostrando y haciendo crujir sus terribles colmillos, mientras Rhonda, poniéndose en pie, emprendió una huida precipitada.

La pobre muchacha creía ser víctima de una espantosa pesadilla. Los dos gorilas, al verla huir, dejaron de luchar, lanzándose en su persecución y alcanzándola en dos saltos. Y el gorila que intentaba llevarla a su Dios, le dijo al otro:

—¡Ya ves lo que conseguimos gastando el tiempo en pelearnos por ella! Y yo no consentiré que te la quedes, a menos que Dios mismo te la regale.

El otro, gruñendo, volvió a colocarse la muchacha bajo el brazo, diciendo:

—¡Bueno, pero Enrique VIII no se quedará con esta mujer! Ese individuo me es odioso. Se cree más grande que Dios mismo.

Con una agilidad de monos, los dos gorilas comenzaron a trepar ahora por los troncos y las ramas de árboles gigantescos, saltando luego a las rocas y los salientes del tajo enorme, de una altura que causaba vértigo. Rhonda, loca de terror, cerró los ojos, diciéndose que quizá soñaba… Pero era inútil esforzarse en pensarlo así; sabía la pobre muchacha que esto era la realidad, una realidad horrible, y que ella estaba en poder de dos gorilas monstruosos, que hablaban el inglés con un acento rudo y gutural. La cosa parecía absurda; pero era innegable.

¿Adónde la llevaban?… ¿Y qué suerte le estaba reservada?… De la conversación de los dos gorilas, Rhonda había podido adivinar algo; pero ¿quién era aquel Enrique VIII?… ¿Y quién era aquel Dios de que hablaban?…

Al fin llegaron a la cima del acantilado, donde el río formaba las enormes cataratas del Omwamwi. Al norte se extendía un hermoso valle, limitado por montañas: el Valle de los Diamantes, tal vez.

De pronto, Rhonda se dijo que, puesto que estos monstruos hablaban inglés, podría tal vez entenderse con ellos, aunque la cosa, a primera vista, le parecía absurda e increíble.

La primera impresión de su captura había sido luego neutralizada por la rápida y espeluznante ascensión del tajo de la montaña, y el alivio al ver que llegaban arriba sanos y salvos. Entonces, teniendo un momento de lucidez, se dijo que podría comunicarse con sus captores, y les preguntó:

—¿Quiénes son ustedes?… ¿Y por qué me han cogido prisionera?…

Los dos se volvieron a mirarla, absortos, y uno de ellos murmuró:

—¡Oh, habla inglés!

—¡Y claro que hablo inglés! Pero díganme lo que quieren de mí. Ustedes no tienen derecho a retenerme prisionera. Yo no les he hecho daño alguno. Estaba esperando a mis compañeros. ¡Déjenme marchar!

—¡Oh, no! —opuso uno de los gorilas—. Dios se mostrará muy complacido al verte. Siempre ha dicho que si pudiera apoderarse de una mujer inglesa, haría mucho por su raza.

—Pero… ¿qué cosa es esa a la que llaman ustedes Dios?

—No es una cosa; es un hombre. Es muy viejo, quizá el ser más viejo del mundo y el más sabio también. Él nos ha creado a todos. Pero algún día morirá, y entonces ya no tendremos Dios.

—Enrique VIII quisiera ser Dios —dijo el otro gorila.

—Pero no lo conseguirá jamás, mientras viva Wolsey… Éste haría mucho mejor Dios que Enrique VIII.

—Pero ya Enrique VIII se encargará de que Wolsey no viva mucho tiempo…

Rhonda, cerrando los ojos, se pinchó con un alfiler, hasta hacerse daño. ¡Debía estar soñando, en efecto!… ¡Enrique VIII!… ¡Thomas Wolsey!… ¡Qué absurdos resultaban estos nombres de personajes del siglo xvi en bocas de los gorilas!…

Los dos brutos, sin detenerse al llegar a la cima del tajo, empezaron a descender hacia el valle. Ninguno daba la más leve muestra de fatiga.

La muchacha iba ahora andando, aunque uno de los gorilas la llevaba cogida de un brazo, empujándola hacia adelante cuando se retrasaba.

—¡No puedo andar tan deprisa! —dijo al fin la infeliz—; hace muchas horas que no he comido nada, y estoy muy débil.

Sin pronunciar una sola palabra, uno de los gorilas cogió a la muchacha, se la puso bajo el brazo y continuó descendiendo hacia el valle. Y la infeliz Rhonda, agotada de cansancio, atormentada por la mala postura y la violencia y rudeza con que la trataba el gorila, se desmayó varias veces.

No se dio cuenta del tiempo que duró aquella interminable caminata. En los escasos momentos que tenía de lucidez, la infeliz se preguntaba qué iba a ser de ella, ni qué piedad podía esperarse del Dios de estos monstruos.

Al fin, luego de un tiempo que a Rhonda le pareció interminable, se oyeron voces a lo lejos, y el gorila que la llevaba la puso en el suelo.

Rhonda se dio cuenta entonces que estaban al pie de un enorme acantilado, donde se extendía una ciudad, parte de ella cavada en la roca.

Los alrededores de la ciudad estaban ocupados por campos de bambú, hortalizas y frutas, y en ellos trabajaban infinidad de gorilas con herramientas primitivas y rústicas.

Al ver a la prisionera, todos los gorilas corrieron hacia aquí, haciendo mil preguntas a los dos captores de la muchacha; pero aquéllos empujaron a Rhonda hacia el interior de la ciudad.

Al penetrar en ésta, nuevas turbas de gorilas rodearon a la prisionera; pero aunque la actitud de éstos no era nada tranquilizadora, ninguno de ellos hizo objeto a la prisionera de agresión o violencia alguna.

La parte de la ciudad que estaba construida al pie del acantilado, se

componía de chozas de bambú sobre asientos de ladrillo, y otras de piedra.

Cerca del pie del acantilado había un edificio de tres pisos, con torres y murallas, que recordaba vagamente las construcciones medievales de Inglaterra. Y arriba, sobre una ancha meseta de la montaña, se veía otro edificio semejante a éste.

Los dos gorilas que habían capturado a Rhonda, la condujeron al primero de dichos edificios, a la puerta del cual montaban la guardia, sentados en cuclillas, dos gorilas enormes, armados de una especie de hachas rústicas. Y los dos centinelas los detuvieron, empezando a hacer preguntas a los guardianes de la muchacha, mientras examinaban a ésta curiosamente.

Rhonda intentaba convencerse de nuevo a sí misma de que estaba soñando. No podía admitirse que los gorilas hablaran inglés, cultivaran los campos y vivieran en castillos de piedra. Y, sin embargo, todo esto era indudable, puesto que estaba ante sus ojos.

La joven, como entre sueños, oyó decir a sus captores que querían llevarla ante el rey; los centinelas dudaron, vacilantes, diciendo que no se podía molestar al rey, porque estaba reunido con su Consejo privado.

—Entonces —amenazó uno de los guardianes de Rhonda—, llevaremos la muchacha a Dios, y cuando el rey sepa lo que habéis hecho, os mandará a trabajar en la cantera, en vez de estaros aquí muy tranquilos, sentados a la sombra.

Al fin, un joven gorila fue enviado al interior del palacio, con un mensaje. Y cuando volvió, dijo que el rey había dado orden de que la prisionera fuera conducida inmediatamente a su presencia.

Rhonda fue conducida a una gran estancia, cuyo piso estaba cubierto de hierba seca. A un extremo del salón se elevaba un gran estrado, donde un enorme gorila se paseaba arriba y abajo, con aire impaciente; a los pies del estrado, otros seis gorilas estaban sentados en el suelo, todos ellos grandes, peludos, de aspecto brutal y feroz.

No había sillas, ni mesas, ni bancos, en la estancia. Del centro del estrado se elevaba un árbol, cuyas ramas aparecían sin hojas.

Al entrar la muchacha en el salón, el gorila que estaba en el estrado detuvo sus inquietos paseos, y luego de examinarla largamente, preguntó:

—¿Dónde la habéis encontrado, Buckingham?

—Al pie de las cataratas, señor —repuso el gorila que la había capturado.

—¿Y qué hacía allí?

—Dice que estaba allí esperando a sus amigos, que iban a ir a las cataratas.

—¿Cómo, ella dice?… ¿Quieres decir que esta muchacha habla inglés? —preguntó el rey, muy sorprendido.

—Sí, señor; yo hablo inglés —repuso Rhonda ahora—; y si yo no estoy soñando, y usted es un rey verdaderamente, le ruego que me devuelva la libertad y me permita volver a las cataratas, donde es probable que encuentre a mis compañeros.

—¿Soñando, dices?… ¡Oh, no, no sueñas, de ninguna manera! Además, ¿quién te ha podido decir que yo no soy rey?… ¡Eso me suena a que te lo haya dicho Buckingham!

—¡Su Majestad me culpa injustamente! —repuso Buckingham vivamente—. He sido yo el que he insistido en traerla ante Vuestra Majestad.

—Muy bien hecho —aprobó el rey—. Las muchachas nos gustan. La guardaremos.

—¡Pero, Majestad! —exclamó el otro gorila que había capturado también a Rhonda—; es deber de Vuestra Majestad llevar esta mujer a Dios. Si la hemos traído aquí, ha sido nada más que para que Vuestra Majestad la viera; pero ahora debemos llevársela a Dios, que ha estado esperando una mujer así desde hace muchos años.

—¿Cómo, Cranmer?… ¿Es que vas a volverte tú también contra mí?…

—Cranmer lleva razón —dijo uno de los enormes gorilas que estaban sentados en cuclillas al pie del rústico trono—; esta mujer debe llevarse a Dios. No olvidéis, señor, que vos tenéis ya siete mujeres.

—¡Igual que tú, Wolsey! —repuso el rey con sarcasmo—; tú tomas siempre el partido de Dios contra mí.

—Es que debemos recordar, señor —dijo Wolsey ahora—, que todos debemos a Dios cuanto somos y cuanto poseemos. Él nos ha creado. Y él puede destruirnos a su antojo.

El rey había vuelto a pasear a un lado y otro del estrado, cuyo piso aparecía cubierto de paja seca. Sus ojos lanzaban ahora llamas, y sus labios se dilataron, mostrando unos colmillos enormes. De pronto, deteniéndose junto al árbol, lo agarró con sus manos rudas y lo zarandeó rudísimamente, como si intentara arrancarlo de la argamasa en que estaba fijado. Luego, dando un terrible brinco, se encaramó en una rama, permaneciendo allí un

momento, mientras miraba a los otros gorilas de un modo terrible; y, al fin, bajando otra vez del árbol, comenzó a golpearse el pecho peludo y anchísimo, al tiempo que rugía, con su voz cavernosa, que temblaba de cólera:

—¡Yo soy el rey! ¡Mi palabra es la ley! ¡Llevar a la moza al cuarto de las mujeres!…

El gorila al que el rey había llamado poco antes Wolsey, comenzó a gritar a su vez, puesto de pie y golpeándose también el pecho:

—¡Esto es un sacrilegio! ¡El que desafía a Dios debe morir! ¡Esa es la ley! ¡Arrepentíos, señor, y enviad la muchacha a Dios!

—¡Nunca! —gritó el rey—. ¡La muchacha es mía! Los dos brutos gritaban tanto, sin dejar de golpearse el pecho peludo, que sus palabras no podían entenderse. Los otros gorilas se agitaban por la estancia, rugiendo sordamente y enseñando los colmillos.

De pronto, Wolsey jugó su carta de triunfos, diciendo:

—¡Señor; enviad esta muchacha a Dios, o seréis excomulgado!

Pero el rey estaba ahora tan furioso, que ya no oía palabras ni razones; y gritó, fuera de sí:

—¡La guardia, que venga la guardia! ¡A ver: Suffolk, llama a la guardia, y lleva al cardenal Wolsey al calabozo! ¡Y tú, Buckingham, lleva a la muchacha al salón de las mujeres, si no quieres que te corte la cabeza!

Los dos brutos seguían rugiendo, gritando y golpeándose el pecho, cuando Rhonda Terry fue sacada del salón por el peludo Buckingham, que la hizo subir por una escalera circular de piedra, atravesar luego un largo corredor ya en el segundo piso, y entrar al fin en un salón de grandes dimensiones. El piso de éste estaba también cubierto de paja. En la estancia se veían, a más de un cierto número de gorilas hembras, muchos gorilas pequeñitos, algunos de los cuales mamaban del pecho de su madre.

Algunas de las bestias comían lentamente tallos de apio o de zanahoria, trozos de bambú tierno o frutas; pero cuando Buckingham hizo entrar en la estancia a Rhonda, todos los gorilas cesaron de comer, mirando asombrados a la recién llegada.

—¿Qué traes aquí, Buckingham? —preguntó una gorila vieja.

—Una muchacha que hemos capturado. Su Majestad nos ha ordenado que la traigamos aquí. —Y volviéndose hacia Rhonda, añadió—: Ésta es la reina Catalina. Catalina de Aragón.

—¿Y qué quiere el rey de esta mujer? —preguntó Catalina con desdén.

Buckingham se encogió de hombros, y luego paseando una mirada sobre todas las hembras sentadas en el suelo, dijo:

—¡Sus Majestades deben adivinarlo!…

—¿Cómo?… ¿Es posible que el rey piense tomar por mujer a esta muchacha débil y sin pelo en el cuerpo?… —preguntó otra que estaba sentada cerca de Catalina de Aragón.

—¡Y claro que eso es lo que pensará el rey, Ana Bolena! —contestó a aquélla Catalina—. De otro modo, no la habría enviado aquí.

—Pero ¿no tiene ya bastantes mujeres? —preguntó una tercera.

—Eso, es el rey quien tiene que decidirlo —exclamó Buckingham, saliendo de la estancia.

Las hembras gorilas se agruparon ahora alrededor de Rhonda Terry, olfateándola y tocándole los vestidos. Una, más joven, la remangó, tirándole de la camisa; otra, enorme, se agachó, la cogió por un tobillo y la hizo caer al suelo, mientras gritaba y saltaba por la estancia.

Cuando la infeliz intentó levantarse, varios gorilas jóvenes la acosaron, y uno de ellos la golpeó brutalmente en pleno rostro. Otro la empujó rudamente contra el muro.

Al fin, una de las gorilas, cogió a Rhonda por un hombro, rugiendo:

—¿Cómo te atreves a intentar ponerle la mano encima al Príncipe de Gales?…

¡El Príncipe de Gales, Catalina de Aragón, Ana Bolena!… ¿Qué era todo esto?… Rhonda tenía la certeza de que, si no estaba soñando, era que se había vuelto loca. ¿Cómo explicar de otro modo el que los gorilas pudieran hablar y representar papeles de los hombres?… ¿Qué otra explicación podría dársele a esto, sino el de una pesadilla espantosa o una completa locura?… ¡Ninguna!

Entonces, apoyando su espalda contra el muro, Rhonda Terry se ocultó el rostro entre las manos.

XIX

DESESPERACIÓN

EL CABALLO de Naomi, enloquecido por el miedo, galopaba furiosamente en pos de los otros caballos desbocados, y la pobre muchacha se cogía frenéticamente a la silla, temiendo a cada momento que el animal la despidiera.

Al fin, al llegar a un claro del bosque, los caballos se detuvieron, y el de Naomi les imitó.

Entonces la muchacha comprendió la razón de aquel alto súbito de los animales: en la explanada estaban acampados El-Ghrennem y su gente. Naomi intentó escapar; pero su caballo había quedado envuelto entre los otros, y le fue imposible a la muchacha huir.

El jefe moro experimentó tanta alegría al recuperar sus caballos, que no se mostró muy colérico ante la mala pasada de las muchachas. Su alegría fue muy grande también al recuperar a una, al menos, de las prisioneras. La chica podía leerles el mapa, y serles muy útil en otros sentidos, si se decidía a no venderla.

—¿Dónde está la otra? —preguntó Atewy.

—¡La ha matado un león! —repuso Naomi. Atewy se encogió de hombros, murmurando:

—Bien, al menos te tenemos a ti y al mapa…

La muchacha, recordando la colina volcánica y las montañas contempladas en la lejanía, tuvo una idea salvadora, y dijo:

—Escucha: si yo os llevara al Valle de los Diamantes, ¿me devolveríais la libertad, llevándome con mis compañeros?…

Atewy tradujo la pregunta a El-Ghrennem, y éste asintió, contestando:

—Dile que sí. ¡*Wellah*! Díselo; pero una vez que nos lleve al Valle de los Diamantes nos olvidaremos de la promesa que le hemos hecho. Pero esto no se lo digas.

Atewy sonrió ligeramente, diciendo a la muchacha:

—¡Llévanos a ese Valle, y te devolveremos la libertad!

Los árabes, muy cansados a causa de la larga caminata, acamparon pronto, y a la mañana siguiente emprendieron la marcha. Cuando Naomi, al salir a campo abierto, les señaló a lo lejos la colina volcánica y las grandes montañas que corrían al noroeste, comparándolos con los del mapa, los árabes se pusieron alegres y gozosos en grado sumo.

De todos modos, su alegría se enfrió un tanto cuando llegaron ante el río inmenso, junto a las cataratas. Éstas, como la corriente, parecían infranqueables, y los acantilados desde los que se despeñaba el agua, eran altísimos, y tampoco se podrían escalar.

Acamparon aquella noche en la orilla este del río, y luego discutieron largamente sobre la manera de pasar a la otra orilla, ya que, según el mapa, la única entrada que tenía el Valle de los Diamantes era una estrecha garganta, formada por columnas graníticas, situada a varias millas al noroeste de aquí.

Al amanecer empezaron a bordear el río, hacia abajo, en busca de un vado, pero tardaron dos días hasta que encontraron un lugar a propósito. De todos modos, tardaron toda la jornada en cruzar la terrible corriente, y en la empresa perecieron dos hombres y dos caballos.

Naomi pasó un terror espantoso, no sólo por la idea de ser arrastrada por la corriente, que era impetuosísima, sino también por la amenaza de los cocodrilos, que infestaban el río. Calada hasta los huesos, se puso al lado del fuego, y últimamente, sintiéndose débil y miserable hasta el último grado, cayó en un sueño de piedra, exhausta.

Las provisiones de los árabes habían sido arrastradas por la corriente o estropeadas al cruzar el río, y como emplearon toda la jornada en la tarea, no habían podido cazar nada. Pero los árabes estaban acostumbrados a una vida de increíbles privaciones, y además, la idea de que pronto llegarían a aquel Valle de los Diamantes, donde les esperaba una riqueza tan enorme, les hacía llevadera y soportable su miseria. En esta otra orilla, por suerte, encontraron una buena pista, por la que empezaron a avanzar rápidamente.

A media tarde de aquel día, Naomi llamó a Atewy y le dijo, señalando hacia el norte:

—¡Aquí están las murallas graníticas esas que aparecen en el mapa señaladas como columnas: un poco más al este, está la entrada del valle!

Atewy, muy excitado, tradujo las palabras de Naomi a El-Ghrennem y a los otros, y todos dieron muestras de inmensa alegría.

—Y ahora —añadió la muchacha—, en que yo he cumplido mi promesa de conduciros al valle, cumplid vosotros la vuestra y dadme la libertad, llevándome a mi caravana.

—Espera un poco —repuso Atewy en tono marrullero—. Aún no estamos en el valle, y queremos tener la certeza de que este es, en efecto, el Valle de los Diamantes. Has de acompañarnos todavía hasta un poco más lejos.

—¡Pero —protestó Naomi— ese no era el trato!… Yo había prometido a ti y a tu gente traeros al Valle de los Diamantes, y he cumplido mi palabra. ¡Y ahora voy a marcharme con los míos, queráis o no queráis!

Volvió su caballo para huir. No sabía dónde podía estar a estas horas su caravana; pero había oído decir a los árabes que las cataratas que ellos habían pasado días antes eran las del Omwamwi, y como sabía que sus amigos se dirigían hacia aquellas cataratas cuando, hacía más de una semana, las robaron a ella y a Rhonda, pensó encaminarse hacia allá.

Pero apenas había picado espuelas, Atewy picó también las suyas a su cabalgadura, y en un instante, el caballo del árabe alcanzó el de Naomi. Atewy cogió la brida del caballo de la muchacha, y descargó a ésta una formidable bofetada, al tiempo que decía en tono colérico:

—Como intentes escaparte otra vez, te ocurrirá algo peor todavía, ¿lo entiendes?

Al dolor del golpe, humillada, impotente, la pobre muchacha rompió en un amargo sollozo. Creía haber agotado la copa de la amargura y del dolor, y no sabía lo que aún le reservaba de horrible y espantoso el porvenir.

Aquella noche, los árabes acamparon junto a las murallas graníticas que marcaban la entrada del Valle de los Diamantes, al lado mismo de la entrada de un gran desfiladero.

Muy temprano, a la mañana siguiente, empezaron a avanzar por el estrecho cañón abierto entre montañas enormes, seguros de que esta vez se encaminaban hacia el lugar de la tan soñada riqueza fabulosa.

Desde arriba, ocultos y disimulados entre las rocas y los matorrales, unos seres negros, peludos y monstruosos, les miraban avanzar, con un gesto duro y hosco en sus rostros fruncidos…

XX

«¡VEN CONMIGO!»

A LA LUZ de un nuevo día, Tarzán de los Monos miraba al hombre cuya semejanza con él era tal, que Tarzán pensaba mirándolo que su personalidad, su cuerpo y su alma habían sufrido un completo y absoluto desdoblamiento.

Era la mañana en que pensaban dirigirse en busca de Orman y de West; pero Tarzán vio enseguida que su compañero no podría seguirle en mucho tiempo.

Con una rapidez fulminante, la fiebre se había apoderado del americano, y su delirio había despertado a Tarzán. Pero ahora estaba inerte.

El señor de la jungla reflexionó brevemente. No quería abandonar a este hombre en plena selva, ni permanecer aquí a su lado. Sabía Tarzán, por sus conversaciones con Obroski, que éste deseaba encontrar a sus compañeros de caravana. Tarzán quería, además, socorrerlos. El espíritu generoso y caballeresco de Tarzán, se interesaba, sobre todo, por las dos pobres muchachas; así es que, tomando una de sus rápidas decisiones, cargó con Obroski en sus poderosos hombros, y emprendió el camino del sur. Durante todo el día, Tarzán caminó por las selvas con su fardo humano, deteniéndose brevemente para beber, aunque sin comer nada en toda la jornada. A veces, Obroski deliraba; otras, callaba, inconsciente, y otras, en fin, rogaba a Tarzán que le dejara en el suelo. Pero Tarzán no le hacía el menor caso y seguía adelante.

Ya al caer la tarde, llegaron a una aldea más allá del límite de la tierra de los bansutos. Era la aldea del jefe Mpugu, gran amigo de los blancos, y que debía a Tarzán el haberle salvado la vida en cierta ocasión.

Obroski estaba inconsciente cuando llegaron a la aldea, y Tarzán le llevó a una choza que Mpugu había puesto a su disposición.

—Cuando esté bueno —rogó Tarzán al jefe negro—, lo lleváis a Jinja y decís al comisario que lo envíe hacia la costa.

Tarzán permaneció en la aldea el tiempo preciso para comer, y enseguida emprendió la marcha hacia el norte, mientras allá a lo lejos, en la ciudad del rey de los gorilas, Rhonda Terry, echada sobre la hierba de las mujeres del monarca, se preguntaba con horror qué iba a ser de ella.

Una semana había transcurrido desde que la encerraran en aquella horrible estancia, con las gorilas hembras y los hijuelos de éstas. Desde entonces, se había enterado de muchas cosas, pero no había podido averiguar el origen de estos gorilas que hablaban inglés. Ninguna de las gorilas hembras se mostraba muy cariñosa con ella, aunque, por suerte, no la hacían mal alguno tampoco, apenas. Sólo una de ellas se mostraba más amable e interesada por la prisionera, y Rhonda, por ésta y por las conversaciones que oía, pudo ir enterándose de ciertas cosas o adivinando otras.

Las seis gorilas hembras eran las mujeres del rey Enrique VIII; y llevaban los nombres de las mujeres de aquel famoso monarca de Inglaterra, casado tantas veces: Catalina de Aragón, Ana Bolena, Jane Seymour, Ana de Cleves, Catalina Howard y Catalina Parr.

Fue esta última, Catalina Parr, la que se mostró más dulce y afectuosa con Rhonda, y esto quizá porque, siendo la más joven de todas, había sido objeto de malos tratos y las odiaba ocultamente.

Rhonda le dijo que, hacía cuatrocientos años, hubo en un país lejanísimo un rey que se llamó Enrique VIII también, que tuvo seis mujeres, que llevaban los mismos nombres que ellas… y que resultaba increíble que en este país perdido hubiera un rey que se llamara también Enrique VIII y hubiera encontrado seis mujeres con los mismos nombres que las del famoso monarca.

—Es que estos nombres no eran los nuestros antes de ser las mujeres del rey —explicó Catalina Parr—. Nos dieron estos nombres al casarnos con el monarca.

—¿Y quién os los dio?… ¿El rey mismo?

—No; Dios.

—¿Cómo es vuestro Dios? —preguntó Rhonda.

—¡Oh, es muy viejo! Nadie sabe lo viejo que es. Ha estado siempre aquí, en Inglaterra. Es el Dios de Inglaterra. Lo sabe todo y es muy poderoso.

—¿Lo has visto tú alguna vez?

—No. Hace muchos años que no sale de su castillo. Ahora está reñido

con el rey, y por eso el rey no ha venido aquí desde que tú estás entre nosotras. Dios ha amenazado al rey con matarlo, si tomaba otra mujer.

—¿Por qué? —preguntó Rhonda.

—Porque Dios dice que Enrique VIII sólo puede tener seis mujeres. ¡No hay nombres para más!

—¡Oh, eso no me parece tener sentido!…

—Es que nosotras no podemos discutir las órdenes ni los deseos de Dios. Él nos ha creado; es todopoderoso, y nosotros hemos de tener fe en él; de otro modo, nos mataría.

—¿Y dónde vive vuestro Dios?

—En ese gran castillo que domina la ciudad. Se le llama Golden Gates, la Puerta de Oro. Por allí hemos de entrar nosotros después de morir, si hemos creído en Dios y hemos sabido servirle.

—¿Cómo es por dentro el castillo ese de Golden Gates, el castillo de Dios? —preguntó Rhonda.

—Yo no he entrado nunca. Solamente el rey y algunos de los nobles, el cardenal, el arzobispo y los sacerdotes, entran en el castillo de Dios y vuelven a salir de allí; los espíritus de los muertos entran también, pero, naturalmente, ya no salen más. Y algunas veces, Dios envía a por algún muchacho joven o alguna mujer. Nadie sabe lo que hace con ellos; pero lo cierto es que no vuelven a salir nunca. Dicen que…

La joven gorila vaciló.

—¿Qué dicen? —preguntó Rhonda, que se sentía intrigada ante la leyenda de este Dios misterioso que guardaba la entrada del cielo de los gorilas.

—¡Oh, dicen cosas terribles! Pero yo no me atrevo a repetirlas ni en voz baja… Yo no debo creerlas, ni pensarlas siquiera. Dios puede leer nuestros pensamientos… No, no me preguntes nada más… Tú debes haber sido enviada aquí por el diablo, para tentarme y perderme.

Y Catalina Parr no quiso seguir informando a Rhonda de nada más.

A la mañana siguiente, Rhonda se vio despertada muy temprano por terribles rugidos y un estruendo espantoso, que parecía provenir, no sólo del exterior del palacio, sino también de dentro de él.

Las gorilas hembras daban muestras de gran inquietud. Lanzando gruñidos sordos, corrieron hacia las ventanas.

Rhonda se acercó también, mirando por encima de los hombros de las hembras, y entonces pudo ver abajo, en las calles, una multitud de gorilas

peludos, que luchaban, a la puerta del palacio del rey, con otros gorilas. Estos últimos corrían por el gran patio hacia la puerta, para defender el acceso al palacio del rey. Todos esgrimían garrotes tremebundos, hachas rústicas, armas rudimentarias, y luchaban a coces y a mordiscos también…

—¡Oh, han libertado a Wolsey del calabozo, y Wolsey ha amotinado a los partidarios de Dios contra el rey! —oyó Rhonda que decía Jane Seymour.

Catalina de Aragón se sentó sobre la paja y comenzó a mondar un plátano. Luego dijo en tono blando y despectivo:

—¡Dios y el rey siempre se están peleando! Y siempre inútilmente. Cada vez que el rey quiere tomar una nueva mujer, se pelean.

—Pero el rey siempre se sale con la suya —dijo Catalina Howard.

—Es que, hasta ahora, siempre había tenido a Wolsey de su parte; pero esta vez será distinto. He oído decir que Dios quiere a esta mujer blanca para sí; y si lo consigue, no la volveremos a ver… lo cual me alegrará mucho, la verdad.

Y Catalina de Aragón, luego de sonreír enseñando sus colmillos a Rhonda, siguió comiendo su plátano.

El estrépito de la lucha había ido acercándose cada vez más, hasta que se oyeron gritos y rugidos feroces en el gran corredor de este piso. De pronto, la puerta del salón de las mujeres del monarca se abrió de par en par, a impulsos de un golpe rudísimo, y varios gorilas se precipitaron en la estancia, rugiendo ferozmente.

—¿Dónde está la mujer blanca? —preguntó el que parecía mandarlos —. ¡Ah, aquí está! Entonces, atravesando la estancia, se acercó a Rhonda, la cogió rudamente por la muñeca, y dijo: —¡Ven conmigo! ¡Dios me ha enviado a por ti!

XXI

RAPTADA

LOS ÁRABES comenzaron a avanzar desfiladero arriba, en dirección al Valle de los Diamantes. El-Ghrennem marchaba contentísimo, viendo con los ojos de la imaginación montañas de oro y pedrería, con los que jamás soñara ni en sus horas de aguda avaricia. Atewy iba junto a Naomi, para evitar que la muchacha intentase escapar de nuevo.

Pero el cañón fue estrechándose sucesivamente, hasta que llegaron a un sitio del que no podían pasar los caballos.

El-Ghrennem murmuró:

—Bien; los caballos no pueden pasar de aquí; de modo que tú, Eyad, vas a quedarte con ellos, mientras nosotros continuamos a pie.

—¿Y la muchacha? —preguntó Atewy.

—La muchacha vendrá con nosotros. Si la dejamos con Eyad, se le escaparía.

El-Ghrennem y su gente continuaron a pie, en efecto, llevándose con ellos a la muchacha, mientras Eyad quedaba a caballo, custodiando a los otros animales y mirando a sus compañeros de caravana alejarse desfiladero arriba.

De pronto, Eyad descubrió a un monstruo extraño y peludo, que surgía de un bosquecillo de bambú situado encima del sitio por donde ahora caminaba la caravana, y enseguida otro monstruo, ambos semejantes a un hombre, y otro, y otro, y otro surgieron igualmente de entre los matorrales. Todos esgrimían grandes garrotes o hachas de forma primitiva, con largos mangos.

Eyad dio un grito para avisar a los suyos; pero esto sirvió para avisar también a los gorilas, que surgieron ahora como un ejército incontable de la espesura, y, rugiendo y lanzando agudos chillidos, se lanzaron sobre los moros.

Éstos se habían detenido en seco, poniéndose en guardia. Los

mosquetes de los árabes comenzaron a crepitar terriblemente, produciendo un estrépito ensordecedor en el desfiladero altísimo.

Algunos gorilas fueron alcanzados, y no pocos cayeron para no levantarse más; pero los demás, incluso algunos heridos, rugiendo con más furia, cargaron aún con más fuerza e ímpetu contra los árabes, sobre los que cayeron como un ciclón arrollador. Les arrancaban las armas de las manos, y las partían como cañas o las arrojaban al suelo; Luego, cogiendo a los hombres como muñecos, les hundían en la garganta unos colmillos poderosos, que los acogotaban en dos segundos. Otros esgrimían garrotes o hachas, que eran en sus manos peludas armas contundentes y rotundas.

Gritando y maldiciendo, los árabes supervivientes sólo pensaban ahora en huir, y Eyad enloqueció de terror al ver la derrota y la huida de sus compañeros destrozados. De pronto vio cómo uno de los gorilas enormes cogía a la muchacha, escapando con ella ladera arriba. Enseguida distinguió a otros gorilas tremebundos, que corrían hacia él, bajando la cuesta; enloquecido de pánico, Eyad picó espuelas y escapó al galope de su caballo, mientras que a sus espaldas el ruido de la batalla se alejaba paulatinamente.

Mientras Eyad desaparecía en la llanura a la que desembocaba el cañón, Buckingham llevó a Naomi Madison a las alturas de la montaña que dominaba la ciudad de los gorilas.

Pero Buckingham estaba engañado. Creyó que esta mujer era la misma que él capturara días atrás en las grandes cataratas que ellos conocían con el nombre de Cataratas Victoria. Y, sin embargo, esta misma mañana él había visto a Wolsey llevarse a la chica al castillo de Dios.

Al llegar a un sitio desde el que se divisaba la ciudad de los gorilas, Buckingham se detuvo. Estaba dudoso y perplejo, sin saber lo que hacer. Quería conservar para él a esta mujer tan bella, pero el caso era que el rey y Dios la querían también. Y se rascó la cabeza, pensando con doloroso esfuerzo en lo que podría hacer para conservar a esta muchacha, sin incurrir en la cólera de los dos poderosos personajes.

Naomi, mientras tanto, se estremecía de terror entre los brazos de la bestia. ¡Los árabes le parecían terribles, pero al lado de este gorila monstruoso, resultaban codiciables! Y la infeliz se preguntaba cuándo y cómo la mataría.

De pronto, el gorila la puso en el suelo, preguntándole:

—¿Cómo te has escapado del castillo de Dios?

Naomi se estremeció de espanto y quedó mirando al gorila con los ojos muy abiertos. Un miedo loco, un terror infinitamente más grande que el que había experimentado a la vista y el contacto de este monstruo, la invadió ahora. Temió perder la razón, y estuvo mucho tiempo contemplando al monstruo. Al fin, rompió en una inmensa, en una espantosa carcajada.

—¿De qué te ríes? —preguntó, extrañado, Buckingham.

—¡De ti! —repuso la muchacha—. Tú crees que puedes engañarme, pero el engañado eres tú. Yo sé que estoy soñando. En cualquier momento voy a despertar y me encontraré en mi hermosa alcoba en Hollywood, mientras a través de las cortinas entra un rayo de sol y el perfume y la luz verdosa de mi jardín.

—¡No sé de lo que hablas! —opuso el gorila—. Tú no estás soñando ni dormida; estás despierta. ¡Mira desde aquí, y verás Londres y el Támesis!

Naomi miró hacia abajo, y pudo ver una extraña ciudad a orillas de un riachuelo. Se pellizcó hasta hacerse daño, pero no logró despertar. Poco a poco fue dándose cuenta de que no soñaba, y de que todo esto era una horrible, una espantosa realidad.

—¿Quién eres tú? —preguntó entonces.

—Contesta tú a mi pregunta —repuso Buckingham—. ¿Cómo te has escapado del castillo de Dios?

—No sé lo que quieres decir. Los árabes me capturaron; yo logré escaparme, pero volvieron a cogerme otra vez prisionera.

—¿Cuándo ocurrió eso?… ¿Antes de que yo te cogiera hace unos días?

—¿Cómo?… ¡Yo no te he visto a ti nunca antes, en mi vida!

Buckingham se volvió a rascar la cabeza. Luego preguntó:

—¿Es que te has hecho dos mujeres?… ¡Yo te digo que te cogí a ti, o a una mujer igual que tú, en las cataratas, hará una semana! De repente, Naomi comprendió, y entonces se apresuró a preguntar al gorila: —¡Ah!, ¿tú has cogido una muchacha como yo?…

—Sí.

—¿Y dónde está?

—Si tú no eres ella, está allá, en el castillo de Dios… en la ciudad.

El gorila señaló un castillo que dominaba la ciudad, y luego se volvió hacia la muchacha. Le había asaltado un nuevo pensamiento, y dijo:

—Es que… si tú no eres ella… Dios tiene la otra, y entonces tú serás para mí.

—¡No, no! —gritó la muchacha—. ¡Déjame marchar!… ¡Suéltame!…

¡Déjame que vuelva con mi caravana!…

Buckingham, entonces, cogiéndola rudamente, se la puso bajo el brazo, gruñendo:

—¡Ni Dios ni Enrique VIII te verán a ti! Te llevaré lejos, a un sitio donde no puedan encontrarte… y no te me robarán, como me robaron a la otra. Yo construiré para ti un refugio entre los árboles, en un sitio donde hay comida y agua… y allí nos encontraremos seguros, sin que tengamos que temer ni a Dios ni al rey.

Naomi intentó defenderse, y llegó a golpear al gorila; pero éste no hizo caso de los golpes y empezó a caminar con su preciosa carga hacia el sur del valle.

XXII

EL IMPOSTOR

EL REY de la jungla se desperezó al despertar. Surgía la aurora de un nuevo día. La noche anterior había caminado incesantemente, desde que saliera de la aldea del jefe negro Mpugu, y ahora, con nuevas fuerzas, reanudó su marcha hacia el norte. Pensaba cazar algo en el camino y comer, aunque no sentía necesidad, ya que Tarzán no estaba sujeto a las mismas miserias y costumbres que atormentaban a los pobres esclavos de la civilización.

Había avanzado poca distancia, cuando percibió el olor peculiar de los tarmangani, es decir, de los hombres blancos. Y antes de verlos, los reconoció por el olor.

Subido a un árbol, los buscó, descubriéndolos pronto. Había tres hombres: dos blancos y un árabe. Habían acampado pobremente la noche anterior. Tarzán no vio rastro de comida. Los hombres parecían fatigados, extenuados. No lejos de ellos, oculta en un matorral, había una gacela, pero los hombres aquellos, a pesar de su hambre, no descubrían la pieza de caza. Tarzán lo sabía porque Usha, el viento, le traía a su agudo olfato el perfume de la bestia.

Viendo la terrible necesidad de aquellos hombres, y temiendo que, sin querer, espantaran a la gacela, Tarzán se deslizó silenciosamente por entre el ramaje de los árboles, en dirección al matorral, donde estaba la gacela escondida. Wappi, la gacela, estaba echada sobre la hierba, pastando lentamente. De vez en cuando levantaba la cabeza y miraba en torno, siempre alerta. Pero sus agudísimos sentidos no lo eran bastante para avisarla de la presencia del espía que se arrastraba cautelosamente a pocos pasos de ella, por encima de los árboles.

De pronto, la gacela se estremeció, intentando levantarse. ¡Había oído algo, pero ya era tarde: una bestia de presa había caído sobre ella, desde lo alto de una rama, sujetándola y derribándola mortalmente!…

A un cuarto de milla de aquí, Orman se puso en pie, diciendo:

—Bien, vamos marchándonos, West.

—Oye —dijo Bill a su amigo—, ¿y no podríamos hacerle comprender a este pájaro que nos lleve al sitio donde vio por última vez a las muchachas?…

—Ya lo he intentado. Ya sabes que le he amenazado con matarle si no me obedecía. Pero no puede o no quiere entenderme.

—Es que si no encontramos algo pronto para comer, no podremos encontrar nada —bromeó Bill—. Porque si…

Pero, de pronto, se interrumpió: del fondo de la espesura había salido un grito pavoroso, que heló la sangre de los tres hombres en sus venas.

—¡El fantasma! —dijo Orman el primero. West se estremeció también, contestando:

—¡Ahora verás que no era una alucinación nuestra, y que…!

—Sí, sí, desde luego; pero…

—Sin embargo, me resisto a creer que pueda ser Obroski —dijo Bill, en otro tono—; quizá es algún animal…

—¡Mira! —gritó, interrumpiéndole, Tom—. ¡Ahí viene!

El *cameraman* se volvió vivamente, y entonces vieron venir a un hombre completamente desnudo, salvo un ligero taparrabos, que llevaba sobre sus hombros una gacela muerta.

—¡Obroski! —exclamó West.

Tarzán vio a los dos hombres que le contemplaban asombradísimos, y recordó, al oír la exclamación de West, lo mucho que él y Obroski se parecían, en efecto. Pero si la sombra de una sonrisa se dibujó en sus labios, nadie la vio… y cuando Tarzán se acercó a los otros iba serio. El rey de la jungla dejó caer a los pies de los dos hombres blancos la gacela muerta, diciendo:

—He pensado que tendréis hambre…

—¡Obroski! —murmuró Orman—. Pero ¿eres tú de veras?…

Y, acercándose a Tarzán, le puso una mano en un hombro.

—¿Pues quién creíais que era?… ¿Un aparecido, acaso? —dijo Tarzán, sonriendo.

Orman sonrió a su vez, con una sonrisa embarazada, como el que pide perdón humildemente por haber cometido una falta, y repuso a su vez:

—Es que yo… nosotros… bueno, te creíamos muerto, ¿sabes?… Por eso nos sorprendimos tantísimo al verte… y, casi más, ¡la manera cómo

mataste al león el otro día!… Porque lo mataste, ¿verdad?…

—Sí; pareció que moría.

—Sí, desde luego; pero entonces no nos pareciste tú… ¡vamos, tú… no creímos nunca que fueras capaz de hacer una cosa así!

—Es que hay muchas cosas mías referentes a mi persona, que vosotros desconocéis. Pero bueno, eso no importa… no tiene importancia. Yo he venido a preguntaros qué sabéis de las muchachas. ¿Están sanas y salvas?… ¿Y el resto de la caravana, qué ha sido de ellos?…

—Las muchachas fueron raptadas por los árabes hace casi dos semanas. Bill y yo vamos en su busca. De los demás… no sabemos. Yo le dije a Pat que fuera hacia las cataratas del Omwamwi, y nos esperaran allí. Luego, nosotros dos hemos podido coger cautivo a este árabe. Es Eyad… quizá tú lo recuerdes. Claro está, no podemos entender su lengua endiablada; pero por sus gestos y su mímica, parece que una de las muchachas ha sido devorada por un león, y algo terrible también ha ocurrido al resto de los árabes.

Tarzán se volvió hacia Eyad; y, con enorme sorpresa por parte de éste, le habló en su propia lengua, mientras Orman y Bill le miraban, boquiabiertos de asombro. Los dos hablaron durante unos momentos; luego, Tarzán alargó al árabe una flecha, y Eyad, sentándose en sus talones, empezó a trazar en la arena un extraño dibujo.

—¿Qué hace? —preguntó West—. ¿Qué dice?

—Está trazando un plano para indicarme dónde se libró la batalla entre los árabes y los gorilas.

—¿Gorilas?… ¿Y qué dice de las muchachas?

—Una de ellas, dice que fue matada por un león, hace cosa de una semana o más, y la otra dice que la vio cómo se la llevaba un gorila enorme.

—¿Cuál de ellas es la que ha muerto? —preguntó West—. ¿Lo sabe Eyad?

Tarzán se lo preguntó al árabe, y luego se volvió hacia el americano, diciendo:

—Dice que no sabe; que eran tan iguales, que las confundía.

Eyad había terminado de trazar el plano, y ahora se lo explicaba a Tarzán. Orman y West miraban intrigados al rústico mapa.

Al fin, Orman se echó a reír, diciendo:

—Obroski, el pájaro este se está burlando de ti. Esto es una copia de un

mapa imaginario, que nosotros utilizábamos para hacer la cinta. ¿No recuerdas?…

Tarzán habló en árabe unas palabras con Eyad, y luego se volvió hacia Orman, diciendo:

—¡Yo creo que Eyad dice la verdad amigos míos! De todos modos, pronto lo sabremos. Yo pienso ir a ese valle y verlo con mis propios ojos. Tú y West podéis seguir hacia las cataratas. Eyad os servirá de guía. Y con la carne de este venado, tendréis bastante hasta que lleguéis allá.

Y Tarzán, diciendo esto, desapareció entre la arboleda.

Los otros tres hombres quedaron silenciosos largo rato, mirando hacia el sitio de la floresta por donde el falso Obroski había desaparecido. Al fin, Orman pudo decir:

—¡En toda mi vida me he confundido tanto al juzgar a una persona!… Yo tenía un concepto falso de Obroski, como todos vosotros. ¡Jamás he visto un cambio tan completo en un hombre, en todos los años que tengo!

—¡Hasta su voz ha cambiado! —comentó West por su cuenta.

—¡Bien nos la ha pegado!… ¿Quién iba a imaginarse que hasta hablaba el árabe?…

—Ya has visto cómo ha dicho que había muchas cosas de él que tú y todos ignorábamos.

—¡Yo… si no fuera porque su cara me es tan familiar y todo él, hubiera jurado que este hombre no es Obroski!…

—¡Pero es imposible ponerlo en duda! —opuso West—. Yo lo habría conocido entre un millón de hombres.

XXIII

HOMBRE Y BESTIA

EL MONSTRUOSO gorila macho, llevó a Naomi Madison hacia la parte sur del valle. Cuando pasaban por claros del bosque, lo hacía precipitadamente y mirando atrás a cada momento, como si temiera verse perseguido.

Naomi había visto que su terror de los primeros instantes había sido substituido ahora por una extraña apatía que no podía comprender y que casi la impedía sentir, como si estuviera bajo la acción de un anestésico.

El hecho de que ella pudiera hablar en inglés con esta bestia monstruosa, parecía haberla cólmalo todos los asombros. Y ahora la violencia de la posición en que la llevaba el gorila y el hambre que experimentaba en estos instantes, se convirtiesen en cosas de la mayor importancia, y la muchacha acabó por rogar al gorila:

—¡Déjame marchar por mi pie! Buckingham la dejó en el suelo, lanzando un gruñido y diciendo:

—¡No intentes escaparte, porque sería inútil! Continuaron avanzando siempre hacia el sur. El gorila miraba atrás con frecuencia. Iban en dirección contraria al viento, de modo que su agudo olfato no servía ahora para avisar del peligro que pudiera venir a sus espaldas al gorila.

Naomi vio unos árboles con fruto, y preguntando al gorila si eran comestibles, obtuvo una respuesta afirmativa. Entonces cogió unos cuantos, y continuaron adelante.

Al fin llegaron a un extremo del valle, donde el suelo formaba una serie de precipicios y tajos, y el gorila se detuvo un momento para mirar atrás. La muchacha, creyendo que la bestia temía que vinieran los árabes, siempre miraba también, llena de esperanza. ¡Hasta el rostro brutal de Atewy le hubiera causado una gran alegría en estos instantes!… Y, de pronto, surgió de entre la espesura que habían atravesado unos momentos antes, la figura de un hombre. Naomi se fijó mejor: era un gorila.

Buckingham lanzó un corto rugido, y, cogiendo a la muchacha en brazos, echó a correr locamente, dirigiéndose hacia uno de los acantilados. Al llegar al borde del precipicio, se puso la muchacha a la espalda, rogándole que se cogiera fuertemente de su cuello.

Naomi cerró los ojos, espantada, pidiendo a Dios diera fuerzas al bruto que la llevaba encima, para que no rodaran los dos al abismo y a ella para sostenerse.

Naomi no supo nunca cómo ni en qué se apoyaba el bruto para descender por el tajo de la montaña, porque no volvió a abrir los ojos hasta que las manos peludas del gorila la obligaron a soltarse y a bajar a tierra.

—Ya volveré, cuando haya despistado a Suffolk —dijo el gorila, marchándose.

Miss Madison se encontró en una especie de pequeña cueva, tallada en el mismo precipicio. De unas grietas salía un claro manantial, que caía luego por el tajo con un ruido alegre.

Naomi se acercó al borde del precipicio, y miró hacia abajo; pero la altura le causó tal vértigo que retrocedió, aturdida. Sin embargo, a un segundo intento miró hacia arriba; la pared rocosa del acantilado no mostraba saliente alguno ni matas ni nada para que un ser viviente pudiera descender por allí. ¿Cómo había podido conseguirlo el gorila?…

Mientras tanto, Buckingham había subido nuevamente a la cima del tajo, y empezó a caminar lentamente hacia el sur. Al poco rato, le alcanzó el otro gorila, que le preguntó:

—¿Dónde está la muchacha blanca?

—No sé —repuso Buckingham—. Yo también ando buscándola. Ha huido.

—¿Y por qué huías tú de mí, Buckingham?

—No sabía que eras tú, Suffolk. Creí que fueras uno de los partidarios de Wolsey, que pretendía robarme a la muchacha, para que no pudiera llevarla al rey.

Suffolk lanzó un sordo gruñido, murmurando:

—Pues es preciso que la busquemos. El rey está furioso. ¿Cómo crees tú que ha escapado del castillo de Dios?

—No se ha escapado del castillo de Dios. Ésta es otra muchacha, aunque se parecen mucho.

Y los dos penetraron en el bosque, poniéndose a buscar a Naomi.

Durante dos días y dos noches, la infeliz muchacha permaneció sola en

la cueva tallada en la pared del tajo, de donde no podía escapar. Si la bestia no volvía, Naomi estaba condenada a perecer de hambre; y, sin embargo, la joven deseaba ardientemente que no volviera.

A la tercera noche, Naomi sentía un hambre terrible. Por suerte, el pequeño manantial la impedía sufrir de la sed también. Oía los ruidos terribles de la noche de la jungla, pero no sentía terror alguno: aquí al menos, estaba segura, y de haber dispuesto de alimentos habría podido continuar encerrada en la pequeña cueva indefinidamente.

Pero poco a poco, los primeros dolores y las angustias del hambre, fueron borrándose, y la infeliz sentía solamente que estaba más débil. Le extrañaba pensar que ella, miss Madison, pudiera morir de hambre aquí… ¡y sola! ¡La única persona, el único ser viviente que podía salvarla de perecer de hambre y que sabía dónde se encontraba ella en estos momentos, era un terrible y feroz gorila!… ¡Ella, cuyos admiradores se contaban por millones, y cuyos gustos, cuyos más leves gestos eran comentados largamente por todos los periódicos y revistas del mundo!…

Se sentía pequeña, miserable, insignificante. La soledad y el dolor le hicieron reflexionar largamente, como jamás tuviera tiempo en su vida para hacerlo hasta aquí. Comprendía que en las dos últimas semanas había cambiado mucho, había aprendido mucho de sus compañeros de caravana, y, sobre todo, de Rhonda Terry. Y, si salía de este atolladero, comprendía que iba a ser una mujer muy distinta a la de antes; pero no tenía esperanza de salir de aquí. No quería la vida comprada al precio que ahora le ponían aquellos brutos… Y pedía a Dios que la matara, antes de que volviese el gorila, dispuesto a cobrarse el precio de su protección…

Durmió de un tirón en esta tercera noche sobre el suelo de roca de la cueva, y los primeros rayos del sol del nuevo día parecieron traerle, al despertar, una remota esperanza.

Bebió un sorbo de agua, y luego se lavó cara y manos. Luego se sentó, quedando en larga contemplación del Valle de los Diamantes, que se extendía a sus pies. Comprendía que debía odiarlo, ya que este valle había tenido la culpa de todas las desventuras que le ocurrían, al despertar la avaricia de los árabes; pero no podía odiarlo: era demasiado bello para poderlo aborrecer ni maldecir.

De pronto oyó un ruido extraño, y tendió el oído. Y unos segundos después, vio aparecer una pierna peluda que descendía de la pared del acantilado, y el gorila vino a caer a sus pies. La muchacha, horrorizada,

retrocedió, encogiéndose contra la pared roquiza de la cueva.

El bruto rugió, mirando a la joven:

—¡Ven para acá! ¡Pronto!… No tenemos tiempo que perder… Quizá han venido siguiéndome. Suffolk no me ha abandonado en dos días. No quiere creerse que has huido… Sospecha que te he escondido en alguna parte… ¡Vamos pronto!…

—¡Márchate y déjame! —suplicó Naomi—. Prefiero morir aquí sola.

El gorila, entonces, avanzando hacia la muchacha, la cogió rudamente por un brazo y la arrastró hacia la entrada de la cueva. Luego rugió:

—Así, no me encuentras bien para ti, ¿eh? ¿No sabes tú, acaso, que yo soy el Duque de Buckingham?… Cógete a mi cuello bien fuerte, y sostente en mis espaldas.

No tuvo más remedio que obedecerle. Hubiera preferido tirarse de cabeza por el acantilado, pero le faltó valor. Y cerró los ojos, mientras el gorila comenzaba a ascender hacia la cima del desfiladero.

Una vez arriba la puso en pie, y empezaron a caminar hacia el sur.

Naomi se sentía débil, y vacilaba o tropezaba con frecuencia. Y cada vez que caía, el gorila la obligaba a ponerse en pie con rudeza, lanzando maldiciones y denuestos en el viejo idioma medieval de Inglaterra.

—¡No puedo continuar! —gemía la muchacha—. ¡Estoy muy débil! Piensa que desde hace dos días no he comido nada.

—¡Ya entiendo! —repuso el gorila—; estás queriendo retrasarnos, para que Suffolk nos dé alcance, ¿no es eso?… En realidad, tú debías ir a poder del rey, pero no irás. No lo verás siquiera… El rey anda buscando una excusa para cortarme la cabeza, pero ahora no volveré jamás a Londres, ni tú tampoco. Nos iremos lejos, a un sitio que yo conozco, allá en las cataratas…

De nuevo Naomi tropezó y se vino al suelo. La bestia pareció encolerizarse esta vez. La golpeó brutalmente, y luego, asiéndola por los cabellos, la obligó a marchar.

De pronto, cuando apenas habían avanzado unos pasos, el gorila se detuvo en seco, al tiempo que lanzaba un rugido feroz, y que mostraba unos enormes colmillos amarillentos. Era que un hombre acababa de caer, desde un árbol, cerrándoles el paso.

La muchacha, al verle, gritó, en el colmo del asombro:

—¡Stanley!… ¡Oh, Stanley, sálvame, sálvame por Dios!…

Era el grito de un alma desesperada, que se siente renacer a una loca

esperanza. Pero al lanzarlo, Naomi estaba cierta de que era inútil pensar que Obroski fuera capaz de socorrerla ni salvarla. ¡Stanley Obroski, ella lo sabía muy bien, era un cobarde!…

El gorila la dejó en el suelo, y ella se sentía tan débil que no pensó en intentar siquiera levantarse. Y quedó allí, mirando con los ojos muy abiertos al gorila monstruoso que estaba a su lado, y al gigante blanco y rubio y casi desnudo que se erguía frente al monstruo como una aparición.

—¡Márchate, Bolgani! —dijo Tarzán en el idioma de los grandes cuadrúmanos—. La muchacha es mía, ¿sabes?… ¡Márchate, o te mato!

Buckingham no entendió el idioma de este extranjero, pero adivinó el sentido de las palabras por la actitud del enemigo. Entonces rugió, en inglés:

—¡Márchate!… ¡Márchate, o te mato!…

¡Así en inglés una bestia del bosque, a un hombre inglés que hablaba el lenguaje de las bestias!…

Tarzán de los Monos no era fácil de asombrar por nada; pero cuando oyó a este gorila hablarle en inglés, aguzó el oído, dudando de él y de su razón. De todos modos, lo que resultaba evidente era que el gorila avanzaba en actitud amenazadora hacia él, golpeándose el pecho peludo y rugiendo terriblemente.

Naomi miraba la escena con ojos agrandados por el horror. Vio al hombre que ella tomaba por Stanley Obroski agacharse ligeramente, como si esperara un ataque del gorila. Y miss Madison se preguntaba cómo no huía este hombre tan cobarde.

De pronto, el gorila acometió, pero Obroski, en vez de huir, hizo un rapidísimo movimiento de pantera, que hizo al enemigo encontrar el vacío. Y antes de que el gorila hubiera tenido tiempo de volverse otra vez, el hombre de los bosques había caído sobre él, y un brazo de hierro sujetó a Buckingham por el cuello.

El gorila sintió que los músculos de su enemigo tomaban la dureza del acero, y entonces intentó caer de espaldas, para aplastar a su enemigo con su peso; pero también ahora fracasó el gorila en su intento, y el rey de la jungla esquivó el golpe.

De pronto, Buckingham sintió unos colmillos feroces que se clavaban en su cuello peludo, junto a la yugular. Naomi, con cara de espanto, comprendió ahora por qué Obroski no había vuelto la cara ni huido: se había vuelto loco. El terror y el dolor le habían perturbado la razón.

Un nuevo espanto sobrecogió a Naomi ahora: vio cómo los blancos dientes de Obroski se hundían en el cuero negro del gorila, al tiempo que una serie de rugidos salvajes surgían de la hermosa boca de aquel hombre tan bello.

Las dos bestias rodaron ahora por el suelo, confundidas, entre un terrible bramar que mezclaba los rugidos espantosos de los dos enemigos.

Naomi miraba el combate con ojos fascinados, previendo el único fin, el único desenlace que podía tener aquél. Aunque el hombre parecía llevar una ligera ventaja sobre su contrincante, por fuerza el gorila había de vencer al hombre.

Pero, de repente, un cuchillo brilló en la diestra de Obroski, y Naomi vio cómo la hoja de acero que relucía al sol de la mañana, se hundía en un costado de Buckingham, que lanzó un grito de dolor espantoso, un alarido salvaje de sufrimiento y de rabia. Y le vio redoblar sus esfuerzos por librarse de su enemigo.

Una y otra vez el cuchillo se hundió en las carnes del gorila, que, poco a poco, fue perdiendo fuerza y energías, hasta que quedó inmóvil, lanzando un espantoso estertor de agonía.

El hombre se levantó, sin mirar siquiera a la muchacha. Su rostro tenía una expresión de ferocidad tan grande, que Naomi hubiera querido escapar y esconderse; pero se lo impidió su gran debilidad. Obroski puso un pie sobre el cadáver del gorila, y luego, levantando el rostro hacia el cielo, lanzó un rugido feroz, espantoso, que heló la sangre en las venas de la pobre muchacha. Era el grito de victoria del mono macho, que se perdió como un eco terrible a través de los bosques infinitos.

Al fin, Obroski se volvió hacia Naomi, y la muchacha se sorprendió al ver que el rostro de su compañero de caravana ya no tenía aquella expresión de ferocidad de antes, sino que aparecía sonriente y normal. Y le oyó decir:

—¿Estás herida, acaso?

—No —repuso la joven intentando levantarse, aunque sin poderlo conseguir.

Entonces él se acercó a la muchacha y la levantó, y Naomi, sintiéndose protegida y amparada esta vez, le echó los brazos al cuello y rompió en un hondo sollozo, murmurando:

—¡Oh, Stanley, Stanley!…

Obroski había contado mil cosas a Tarzán acerca de sus compañeros de

caravana. Tarzán conocía los nombres de casi todos, y los había ido identificando uno por uno, los pasados días, mientras espiaba el paso de la caravana a través de los bosques. Así había ido conociendo también la naciente historia de amor que había entre Obroski y Naomi Madison, y por el carácter y aspecto de esta muchacha adivinaba que debía ser Naomi. Y ahora sentía el deseo de que todas estas gentes de la caravana le tomaran por Obroski, ya que a la vida ruda y brutal que llevaba de ordinario, Tarzán sentía el deseo de oponerle a momentos una existencia que fuera la antídota de la suya.

Levantándola en brazos con dulzura, la preguntó:

—¿Por qué estás tan débil?… ¿Tienes hambre, acaso?…

Ella murmuró un sí débil y triste, y hundió su rostro en un hombro del gigante. Aún le inspiraba terror este hombre, pero aunque no se explicaba aquella especie de ataque de locura que le había transformado, ya comenzaba a inspirarle más confianza.

Sabía Naomi que Obroski era un hombre fuerte; pero jamás le supuso tanto. Además, ella le había tenido siempre por un perfecto cobarde; ahora había visto que no había tal cobardía, ni mucho menos.

Tarzán llevó a la muchacha en brazos unos momentos, y luego, dejándola sobre la hierba, dijo:

—¡Voy a traerte algo para comer!

Le vio desaparecer entre los árboles, y se sintió acometida de un nuevo terror. ¡Qué diferencia cuando estaba a su lado!… Naomi se preguntó por qué sentía ahora tanta confianza junto a Obroski. Jamás había considerado a aquel hombre como un protector, que pudiera inspirarla ninguna confianza.

Estuvo ausente pocos momentos, y volvió trayendo nueces y otras frutas, Y sentándose junto a la muchacha, se los brindó, diciendo:

—¡Ten, come esto! Después te traeré carne, que te dará nuevas fuerzas.

Mientras devoraba las frutas, Naomi le estudiaba, al fin murmuró:

—¡Has cambiado mucho, Stanley!

—Sí.

—Pero ahora me gustas más que antes. ¡Pensar que has matado al gorila ese!… ¡Ha sido maravilloso!…

—Pero ¿qué clase de bestia era esa? —murmuró el hombre—. ¡Un gorila que hablaba inglés!

—Para mí también era un misterio. A mí me dijo que era un inglés, y

que se llamaba el Duque de Buckingham. Otro que le persiguió decía que era Suffolk. Y un gran número de gorilas iguales atacaron a los árabes y me robaron a mí. Buckingham fue quien me raptó, me dijo que vivían en una ciudad que se llama Londres, y me dijo, además, que Rhonda está allí prisionera en esa ciudad, en m gran castillo, que es el castillo de Dios.

—Yo creía que Rhonda había sido devorada por n león —dijo Tarzán.

—Y yo también lo creía así, hasta que el gorila le dijo lo contrario. ¡Pobre muchacha! ¡Quizá hubiera sido mejor que el león la matara!… ¡Pensar que está en poder de esos monstruos que son como semihombres!…

—¿Y dónde está esa ciudad?…

—Allá lejos, encima del tajo ese de la montaña… Desde encima se ve, al llegar al límite del valle.

De pronto, Tarzán se levantó y cogiendo de nuevo en brazos a la muchacha, se dispuso a partir.

—¿Adónde vamos? —preguntó Naomi.

—Voy a llevarte con Orman y West, que deben llegar a las cataratas antes de que sea de noche.

—¡Ah!, ¿pero viven?

—Sí; iban buscándoos a vosotras y se perdieron. Han pasado mucha hambre… Se alegrarán mucho de verte.

—¿Y luego podremos marcharnos de este maldito país?

—Antes debemos averiguar qué ha sido del resto de la caravana, y salvar a la pobre Rhonda.

—¡Pero no se la podrá salvar!… —murmuró la muchacha—. Ya habrás visto cómo luchan los gorilas éstos. Los mismos árabes, a pesar de su armamento, fueron enseguida vencidos por ellos. La pobre Rhonda no podrá ser salvada, suponiendo que aún viva, lo que pongo mucho en duda.

—Lo intentaremos, al menos… Además, tengo mucho interés en ver esa ciudad de los gorilas, a la que llaman ellos Londres.

—¿Quieres decir que piensas ir allá?

—¿Y cómo iba a verla, si no voy?…

—¡Oh, Stanley, no vayas!… Deja, en todo caso, que vaya West a salvar a Rhonda.

—¿Tú crees que él podría salvarla?

—No creo que pueda salvarla nadie.

—Quizá no… Pero, de todos modos, yo quiero ver esa ciudad de

Londres y descubrir algo acerca de esos interesantes gorilas que hablan inglés. Hay aquí un misterio digno de aclarar.

Habían llegado la parte sur del valle, donde el terreno de colinas descendía casi al nivel del río. La corriente aquí, por encima de las cataratas, no era muy rápida. Tarzán señaló a las aguas, teniendo todavía a la muchacha entre sus brazos.

—¿Adónde vas? —gritó ella, asustada.

—Tenemos que cruzar el río, y por aquí es más fácil que por debajo de las cataratas. Allí la corriente es menos rápida, y, además, abajo el río está infestado de hipopótamos y de cocodrilos. Cógete bien a mi cuello.

Naomi obedeció, y Tarzán se arrojó al río anchísimo, mientras la aterrada muchacha se apretaba al cuello del gigante con desesperación. La orilla opuesta parecía lejanísima. Se oía el fragor espantoso de las cataratas, y la muchacha tenía la idea de que la corriente les empujaba poco a poco hacia allá.

Pero la fuerza enorme del nadador, que avanzaba lento y seguro, fueron devolviendo la confianza a Naomi. De todos modos, la muchacha lanzó un hondo suspiro de alivio cuando tocaron tierra firme.

El terror que había experimentado la infeliz al cruzar el río, no fue nada comparado con el que sintió cuando Tarzán empezó a descender el precipicio llevándola en brazos.

El hombre bajaba con la misma agilidad que un mono, sin que el peso de ella pareciera molestarle lo más mínimo. ¿Dónde había adquirido Stanley Obroski esta portentosa agilidad, que haría avergonzarse a la cabra montes y al mono…?

A mitad del descenso, Tarzán murmuró señalando a tres figuras que se veían junto a las cataratas:

—Son Orman, West y un árabe.

Pero Naomi no se atrevió a mirar hacia abajo.

Los tres hombres les miraban con inmenso asombro. Habían reconocido a Obroski, y veían que llevaba una muchacha en brazos; pero no acertaban a distinguir si era Naomi o Rhonda.

Orman y West corrieron al pie del precipicio al encuentro de los dos, y las lágrimas brotaron de los ojos de Orman cuando recibió a Naomi en sus brazos. West se alegró también, aunque experimentó cierta tristeza, al ver que no se trataba de Rhonda.

—¡Pobre muchacha! —murmuró Bill, cuando ya todos se dirigían a su

pequeño campamento—. ¡Qué muerte horrible!

—¡Pero si no ha muerto! —dijo vivamente Naomi.

—¿Qué dices?… ¿Que no ha muerto?… ¿Cómo lo sabes tú?…

—¡Es peor que si se hubiera muerto, Bill! Y la muchacha contó a sus dos compañeros cuanto sabía acerca de la suerte de la pobre Rhonda Terry. Cuando acabó su relato, Tarzán se puso en pie, diciendo:

—¿Supongo que la carne de la gacela os durará hasta que cacéis algo, no es así?

—Sí —repuso Orman.

—En ese caso, me marcho —dijo el hombre-mono.

—¿Adónde? —preguntó el director.

—A buscar a Rhonda.

—Entonces, me voy contigo, Obroski —dijo West levantándose.

—Pero, por Dios, amigo mío, no podrás hacer nada por ella. Ya habéis oído lo que nos ha dicho Naomi… Y tú no podrás libertarla —exclamó Orman, muy serio.

—De todos modos es mi deber ir, e iré.

—No, Stanley, yo soy el que debe ir a salvarla.

—Mejor será que te quedes aquí, —le aconsejó también Tarzán—. No conseguirás nada.

—¿Y por qué no he de tener yo las mismas probabilidades de salvarla que tú?…

—Aunque así sea —dijo Tarzán—, tú me encontrarás en el viaje y en la aventura.

Y girando en torno, Tarzán se alejó en dirección al tajo de la montaña.

Naomi le gritó desde lejos:

—¡Adiós, Stanley!

—¡Oh, adiós! —repuso el hombre-mono volviéndose un instante. Luego continuó su camino.

Y le vieron cogerse a una serie de lianas y trepar por ellas hacia arriba. El breve crepúsculo ecuatorial le envolvió en sombras antes de que llegara arriba.

West, que le había estado mirando alejarse, se decidió a decir:

—¡Yo también voy con él!… Y se dirigió hacia el precipicio.

—¡Vamos, amigo mío! —le dijo en voz alta Orman y en tono cariñoso —; ¡tú no sabrías trepar por ahí en plena luz del día; menos podrás hacerlo ahora!

—¡Sí, Bill —dijo por su cuenta Naomi, en el mismo tono cariñoso y amable—; comprendemos tus pensamientos, pero será una locura exponerte a perder la vida en una empresa superior a tus fuerzas! ¡El mismo Obroski no volverá jamás!

Y la infeliz muchacha rompió en un hondo sollozo.

—¡En ese caso, yo tampoco volveré! —falló Bill—. ¡Pero voy, de todos modos!

XXIV

DIOS

UNA VEZ arriba, el hombre-mono avanzó ligero a través de la noche. Su olfato y los breves idos que escuchaba, le hacían saber que esta llanura estaba poblada de fieras.

Cruzó el río por más arriba aún del sitio por donde lo cruzara antes con Naomi, y anduvo, a paso cada vez más vivo, en busca de aquella misteriosa ciudad de los gorilas. Al fin vio unas luces mortecinas, y pensando que fuera aquélla, comentó a acercarse, aligerando aún más el paso.

La ciudad estaba amurallada, quizá para defenderse contra los leones y otros grandes felinos. Por suerte, la muralla, hecha de madera, se componía de una serie de estacas puntiagudas, de unos diez pies de altura solamente.

El hombre-mono bordeó la muralla, hasta llegar a un sitio donde la valla corría junto a un precipicio que subía hacia arriba. Olfateó el aire, para asegurarse de que no había nadie al otro lado de la valla, y enseguida trepó y se encontró dentro de la ciudad de los gorilas.

Contra el cielo y señalado por algunas luces, se destacaba en las sombras un gran edificio, situado encima del tajo que dominaba la ciudad. Aquello, por lo que él había oído decir a Naomi, debía ser el castillo de Dios.

Allí, si Tarzán no se equivocaba, era donde estaba prisionera Rhonda Terry. Tarzán empezó a caminar hacia el gran castillo, siguiendo una calle que bordeaba el pie de la montaña, aunque muchas de las casas estaban talladas en la roca viva y eran realmente cuevas.

La calle que seguía era estrecha, y deseaba salir cuanto antes de aquí, temeroso de encontrarse con cualquiera de los habitantes de la ciudad. En tal caso, si no se escondía en el quicio de una puerta o trepaba al techo de los edificios bajos, estaba perdido.

De pronto, Tarzán distinguió luces en el otro extremo de la ciudad, al mismo tiempo que llegaba a sus oídos el retumbar de unos tambores. A los

pocos momentos, Tarzán llegó al pie de una estrecha escalera tallada en la roca y que conducía al castillo de Dios, y luego de olfatear el aire y prestar atención durante unos instantes, el rey de la jungla comenzó a subir.

A los pocos escalones se detuvo para contemplar la ciudad que se extendía a sus pies. Cerca del tajo de la montaña, se delineaba una especie de gran castillo de estilo medieval. Se veían luces; de aquí salía también el rumor de los tambores. Y esto trajo a la mente de Tarzán el recuerdo de otro día, de otra escena que aparecieron ante su cerebro con un relieve poderoso ahora.

Vio las grandes figuras peludas de los grandes monos de la tribu de Kerchak, y un gran tambor hecho de tierra, alrededor del cual los monos trazaban un gran círculo. Las hembras y los pequeñuelos, sentados en el suelo, los machos formando una gran masa enfrente del sitio donde estaba el tambor. Ante éste se veían tres hembras viejas, armadas de largos palillos.

Las tres hembras empezaron de pronto a golpear el tambor, lentamente al principio, con un ritmo cada vez más acelerado después, hasta que finalmente adquirió el tamborileo un carácter de locura o de fiebre, que enviaba sus ecos a muchas millas de distancia del bosque infinito, en todas direcciones.

Cuando el estrépito del tambor había adquirido un grado ensordecedor, Kerchak salió al espacio que se abría entre las mujeres sentadas y las viejas que tañían el tamboril. Luego, mirando fijamente a la luna, que salía en aquellos momentos, Kerchak comenzó a golpearse rudamente su pecho peludo con sus garras enormes, y lanzó un espantoso, un terrible, un agudísimo grito.

Después, agachándose, comenzó a deslizarse alrededor del círculo de las monas sentadas, aunque evitando el acercarse a un cadáver que se veía cerca del altar de las tamborileras. Pero todo el tiempo tenía los ojos fijos en el cadáver aquel, con una expresión feroz y maligna.

Otro macho salió a la arena, repitiendo el terrible grito de su rey, y se lanzó en pos del personaje, imitando sus gestos. Otro y otro siguieron, y luego todos los monos se lanzaron en aquella explanada haciendo estremecer la selva entera con sus gritos terribles. Era la llamada de la caza.

¡Cómo recordaba ahora el hombre-mono todo aquello, oyendo el tañer de los tambores en esta lejana ciudad!…

Al ascender algo más escaleras arriba, pudo ver los patios del palacio

que se extendía a sus pies, y entonces descubrió un gran número de gorilas que bailaban en uno de los patios, al son de los tambores. La escena estaba alumbrada por antorchas y por un fuego que lució en este momento cerca de los bailarines. Unas llamas vivísimas iluminaron la escena, los contornos todos del palacio y la misma escalera por la que Tarzán iba subiendo ahora; luego las llamas murieron con la misma rapidez con que habían empezado a lucir.

El hombre-mono continuó entonces subiendo las escaleras, que formaban bruscos zigzags en la montaña tajada a pico, pensando que nadie le habría visto.

Tarzán desembocó por último en una gran terraza, en la que el castillo de Dios estaba construido. El gran edificio se alzaba con aspecto imponente en las sombras, sin murallas ni fosos.

La única entrada visible al castillo, una gran puerta, tenía una de sus dos hojas ligeramente entornada.

Quizá el rey de la selva extrañó tanta facilidad para penetrar en el castillo de Dios. Quizá el señor de la jungla experimentó ahora unos momentos la desconfianza de la fiera que teme caer en una trampa; pero él había venido aquí para penetrar en el castillo de Dios, y no quería desperdiciar esta ocasión magnífica y única.

Se acercó a la puerta lentamente y con cautela, y empujó la hoja que estaba entornada, y que giró sobre sus goznes silenciosamente. Esperó unos instantes, escuchando. Desde dentro le llegó el olor peculiar de los gorilas, y un perfume también que recordaba el del hombre, y que le intrigó sobremanera. Pero ni oyó ni vio el más leve rastro de vida.

Al acostumbrarse sus ojos a la oscuridad pudo descubrir una especie de porche o *foyer* al que desembocaban varias puertas, y que tenía forma semicircular. Tarzán entró empujando, una tras otra, hasta tres puertas; dos de ella estaban cerradas, pero la tercera cedió, y al abrirse reveló el arranque de una escalera que iba hacia abajo.

Las otras puertas, la cuarta, la quinta y la sexta, estaban todas cerradas también, y Tarzán se decidió entonces a volver junto a la tercera, y empezó a bajar las escaleras sumidas en plena oscuridad.

Aunque no se oía ni se veía alma viviente, el olfato agudo de Tarzán le decía que en este castillo había otros seres.

Al llegar al pie de la escalera, encontró a tientas otra puerta; buscó el pomo, y lo giró, y aquélla se abrió también. Y entonces vino claro y

terminante a su olfato el perfume de una mujer, de una mujer blanca. ¿Era ella, acaso?… ¿Era la mujer que él venía buscando?…

La estancia estaba completamente a obscuras.

Tarzán avanzó, y al cruzar el umbral, oyó que la puerta se cerraba a sus espaldas, con un suave ruido de la falleba. Con el sutil instinto de la fiera, comprendió que había caído en una celda. Entonces retrocedió unos pasos, e intentó abrirla otra vez; pero sus dedos sólo pudieron palpar una superficie plana y lisa.

Entonces quedó inmóvil, escuchando. Oyó un rápido jadeo cercano. El perfume de la mujer blanca le persistía. Y al fin decidió acercarse poco a poco hacia el sitio de donde salía el leve rumor.

De pronto, se oyó el rumor de unos goznes enmohecidos que giraban, y una luz brilló, al tiempo que Tarzán se paraba en seco. La luz iluminó la escena.

Ante él sobre un lecho de paja, había una mujer joven, blanca, en efecto. Algo más allá se veía una puerta hecha de barrotes de hierro, a través de los cuales y en otra estancia, se veía a un ser extraño, que sostenía una linterna en la mano. Tarzán no acertó a distinguir si era un gorila o un ser humano.

El misterioso personaje se acercó a los barrotes de la puerta, sonriendo, mientras la prisionera le miraba, estremecida de espanto. De pronto volvió la cabeza, mirando al hombre-mono. Éste pudo ver que se parecía mucho a Naomi, y que era también una hermosa mujer.

De pronto, la prisionera lanzó un grito de asombro:

—¡Stanley Obroski! —dijo—. ¿Estás prisionero tú también?…

—Me parece que sí —repuso el hombre-mono.

—Pero…, ¿qué haces aquí?… ¿Cómo te han cogido?… ¡Yo te creía muerto!…

—He venido a libertarte —dijo él.

—¿Tú? —dijo ella en tono incrédulo. El extraño ser que estaba al otro lado de la puerta de barrotes, se acercó más, sonriendo débilmente. Tarzán le miró. Tenía el rostro de hombre, pero su piel era negra como la de un gorila, y al sonreír mostraba los agudos colmillos del antropoide. Su cuerpo aparecía cubierto de pelo blanco por los años. Tenía los pies de hombre, pero sus manos eran negras y enormes y velludas, como garras, con largas uñas curvas, como las de las fieras; los ojos, hundidos por la edad, brillaban y tenían la expresión de un hombre viejo, un hombre muy viejo.

—Así, ¿se conocían ustedes? —dijo el anciano misterioso—. ¡Muy interesante!… Y usted ha venido a salvar y llevarse a la muchacha, ¿no es así?… Yo creí que había usted venido a visitarme. ¡Claro está que no es muy correcto venir a estas horas de la noche a una casa extraña… y con el propósito de robar!… Pero, bueno, le advierto a usted que ha sido una verdadera casualidad que le haya visto. El favor se lo debo a Enrique VIII, que ha organizado un baile para esta noche… De otro modo, no habría tenido el gusto de conocerle y saludarle. Yo estaba mirando desde mi castillo hacia el palacio del rey, cuando la hoguera que encendieron en uno de los patios iluminó la Escalera Sagrada, y entonces le vi a usted allí.

La voz, las palabras y las maneras del anciano, eran las de una persona culta y distinguida de Inglaterra. Y esto hacía que su aspecto resultara más repulsivo y extraño todavía.

—Pues sí; yo he venido a por esta muchacha —dijo, al fin, Tarzán.

—¡Y, en cambio, ahora está usted prisionero también! —repuso el personaje, sonriendo.

—Pero ¿qué quiere usted de nosotros? —preguntó Tarzán—. Nosotros no somos enemigos suyos, ni le hemos hecho ningún daño.

—¡Lo que quiero de ustedes!… ¡Oh, es una larga historia!… Pero quizá ustedes dos la comprendan y se interesen por ella y sepan apreciarla… Las bestias que me rodean oyen, pero no entienden. Por eso, antes de que ustedes me sirvan para mi propósito final, voy a conservarles a mi lado por el placer de conversar con seres racionales y humanos. Hace mucho tiempo que no había visto a ninguno, ¡muchos, muchos años! Yo, desde luego, odio a los hombres sobre todo, pero me agradará mucho su compañía por algún tiempo. Los dos son guapos y bien formados. Esto conviene a mis planes, como luego verán. Me alegra, sobre todo, que la muchacha sea tan guapa, y rubia. Siempre me gustaron mucho las rubias… Si no estuviera ya lanzado en otra clase de investigaciones, me gustaría hacer una investigación científica para probar la profunda atracción que, física y espiritualmente, ejercen las mujeres rubias sobre todos los hombres del mundo…

De un bolsillo de su camisa sucia, extrajo un par de puros rudimentarios, y le brindó uno a Tarzán, diciendo:

—¿Quiere usted fumar, señor… Stanley Obroski?… ¡Así creo que le ha llamado esta señorita! ¿No?… ¡Sí, eso es!… ¡Obroski! ¡Parece un nombre polaco, aunque usted más bien parece inglés… tan inglés como yo!

—No fumo —repuso Tarzán—. Gracias.

—Mal hecho. Nada mejor para calmar los nervios cansados que el tabaco.

—Yo no tengo los nervios cansados.

—¡Oh, hombre afortunado! Y yo también soy muy afortunado… No podría haber pedido mejor cosa que encontrar un hombre fuerte y con nervios duros, para no hablar de su gran belleza varonil. ¡Acabaré por regenerarme por completo!

—No le entiendo, señor —opuso Tarzán.

—¡Ah, claro que no me entiende! Nadie podría entenderme, porque nadie conoce mi secreto. Más tarde les explicaré algo… De momento, tengo que marcharme a echar un vistazo al palacio real. Debo vigilar a Enrique VIII. Él y Suffolk y Howard andan tramando algo contra mí… Les dejaré esta antorcha encendida; así se les hará menos dura la prisión. Quiero que lo pasen lo mejor posible, antes de que… antes de… ¡Bueno, *au revoir*! Procedan como si estuvieran ustedes en su casa, ¿eh?…

Y se marchó, sonriendo, hacia la puerta del fondo de la estancia.

Tarzán se acercó vivamente a la puerta de barrotes de hierro, y gritó con voz enérgica de mando:

—¡Eh, venga, señor, haga el favor! ¡Déjenos marchar, o díganos por qué nos retiene presos y lo que va a hacer de nosotros!

El extraño personaje se volvió, con una mueca que le descomponía el rostro horrible, y preguntó con inmensa ironía:

—¿Cómo?… ¿Usted se atreve a darme órdenes a mí?

—¿Y por qué no? —repuso Tarzán—. ¿Quién es usted?

El anciano dio un paso hacia la puerta de barrotes, y golpeándose el pecho peludo, con su garra córnea, gritó:

—¡Yo soy Dios!

XXV

«¡PRIMERO ME LA COMERÉ A USTED!»

CUANDO el extraño personaje que se llamaba a sí mismo Dios hubo desaparecido, Tarzán se volvió hacia Rhonda, murmurando:

—He visto en mi vida muchas cosas extrañas; pero como ésta, ninguna. ¡Me parece que estoy soñando!

—Yo también lo pensaba así al principio —repuso Rhonda, sonriendo —.

Pero luego me he convenido de que todo esto es una espantosa realidad.

—¿Dios inclusive, no?

—Dios inclusive —repuso la muchacha—. Dice que es el Dios de los gorilas, que, por cierto, le respetan y veneran mucho. Ellos dicen que los ha creído. ¡Yo no acabo de entenderlo!… ¡Todo esto parece una terrible pesadilla!…

—¿Y qué crees que piensa hacer con nosotros, Rhonda?

—¡No sé! Algo terrible, desde luego, porque en la ciudad hay sospechas de cosas terribles. Dicen que aquí suben muchos jóvenes gorilas, de los que no se vuelve a saber nada ni volver a ver…

—¿Cuánto tiempo llevas aquí tú?

—Aquí, en el castillo de Dios, sólo desde ayer; pero he estado en el palacio del rey Enrique VIII más de una semana. ¿No te parecen absurdos estos nombres aplicados a las bestias, Obroski?

—¡Yo creo que ya nada me extrañará en el mundo, después de haberme encontrado esta mañana a Buckingham y haberle oído hablar en inglés!

—¿Cómo?… ¿Pero tú has encontrado también a Buckingham?… Él fue quien me capturó y el que me trajo a esta ciudad. ¿Te ha cogido también a ti?

—No. A mí, no; había capturado a Naomi Madison.

—¿A la pobre Naomi? —preguntó Rhonda con ansiedad—. ¿Y qué ha sido de ella?

—Está con Orman y West y un árabe, junto a las cataratas. Yo he venido a libertarte; pero ahora me encuentro con que me han hecho a mí también prisionero…

—Pero ¿cómo consiguió Naomi escapar de manos de Buckingham? —preguntó la muchacha.

—Porque yo le maté.

—¿Tú?… ¿Tú has matado a Buckingham? —preguntó Rhonda, en tono de inmensa incredulidad.

Ya había comprendido por mil detalles Tarzán, que los compañeros de Obroski consideraban a éste como un insigne cobarde, y le divertía que a él le tomaran por un hombre incapaz de cometer la más leve acción meritoria o valiente.

La muchacha le contempló unos momentos, sonriendo con ironía, y al fin dijo, moviendo la cabeza de un modo significativo:

—¡Ya estás tú bueno, Obroski!… ¡Pero tú sabes que a la tía Rhonda no se la engaña así como así!…

—Ya sé que nadie puede engañarte —repuso el hombre-mono con leve sonrisa—. ¿Te ha engañado esta gente?

—Lo han intentado, al menos, y algo me desconciertan, la verdad; pero más me desconcierta todavía tu extraño traje. ¿Quién te ha puesto así?… ¡Yo creí que te helarías, amigo mío!

—Pregúntale a Rungula, el jefe de la tribu de los bansutos —contestó Tarzán.

—¿Qué tiene que ver en esto Rungula?

—¡Muy sencillo: me quitó toda la ropa que llevaba encima!

—¡Ah, ahora empiezo a comprender! Pero si te cogieron los bansutos, ¿cómo conseguiste escapar?

—Si te lo dijera, no te lo creerías, como no te crees que maté a Buckingham.

—¿Y cómo voy a creerlo?… ¡A menos que escalaras mientras él dormía!… Eso debió ser: tú huiste; luego le mataste de un tiro de rifle…

—¡Y luego tiré mi rifle!, ¿no?…

—¡No, no me parece lógico!… Tengo que inclinarme por la idea de que mientes. ¡Eres un embustero redomado!

—¡Gracias, Rhonda!

—No te ofendas; la vida me ha enseñado muchas cosas últimamente, y no creo en los milagros; y el hecho de haber matado tú a Buckingham,

habría sido un completo milagro.

Tarzán se apartó de la muchacha y se puso a examinar la estancia en que estaban encerrados. Los muros eran de piedra y el techo estaba sostenido por grandes vigas. El fondo de la pieza estaba muy oscuro, porque allí ya no llegaba el resplandor de la antorcha. Tarzán creyó percibir una corriente de aire, como si por aquí hubiera alguna puerta o ventana; pero no pudo descubrir nada.

Vuelto junto a Rhonda, le preguntó:

—¿Dices que llevas aquí una semana?

—En la ciudad, sí; aquí, no. ¿Por qué?

—Es que estaba pensando… que te traerán comida, ¿no es así?

—Sí. Apio y otras verduras, tallos de bambú tierno, frutas, nuececillas de los bosques…

—No, no me refiero a lo que te dan de comer —interrumpió Tarzán—. Quiero saber cómo te traen la comida, y a qué horas. Es decir, desde que estás en esta habitación.

—Verás: ayer, cuando me trajeron aquí, me dejaron alimento suficiente para todo el día. Esta mañana, me volvieron a traer; me lo dan todo a través de esos barrotes, porque no traen platos ni músicas, ¿sabes?… El agua me la traen en esa calabaza.

—Así… ¿no abren la puerta cuando vienen?

—No.

—¡Malo!

—¿Por qué?

—Porque de haber abierto la puerta, nos habrían dado quizá la oportunidad de escapar.

—¡Pues no pienses en ello! La comida la trae un gorila enorme… ¡Bueno, perdona; había olvidado que tú serías muy capaz de matarlo y partirlo en dos, como hiciste con Buckingham!

Los dos rieron ahora largamente. Luego, Tarzán dijo:

—¡Perdona, olvidaba que soy un cobarde! Debes recordármelo, en caso de que nos amenace algún peligro.

—¡Oh, no creo que tenga necesidad de recordártelo, Stanley! —murmuró la muchacha, volviendo a reír—. De todos modos, yo te encuentro cambiado.

No sé cómo explicarme, pero me pareces un hombre con más confianza en sí mismo, más sobre sí… Lo he observado cuando hablabas antes con

Dios. ¿No será que los sufrimientos han influido en tu carácter y en tu modo de ser, Obroski?…

La conversación fue interrumpida, de pronto, por la llegada de Dios, que, cogiendo una silla, vino a sentarse al lado de la puerta de barrotes de hierro, al otro lado, claro es.

—¡Enrique está loco! —empezó diciendo—. Anda tramando algo contra mí… y piensa arrojar a sus súbditos contra su Dios; acabarán por atacar mi palacio. Y es que Enrique quiere ser Dios. Yo le hice rey, y ahora quiere ser Dios, además. Pero han bebido demasiado, y ahora todos están borrachos y durmiendo en los patios de palacio, el propio Enrique inclusive. Y como esta noche ya no me molestarán, he pensado venir a pasar un rato con ustedes. No habrá muchas ocasiones, porque quiero que me sirvan ustedes para mi ensayo, antes de que ocurra algo desagradable.

—¿Y qué ensayo es ese para el que vamos a servirle a usted? —preguntó Rhonda.

—Es una cosa puramente científica; pero como es una larga historia, prefiero contarla desde el principio —repuso Dios.

Hizo una leve pausa, y añadió, en tono pensativo:

—¡El principio!… ¡Qué lejano me parece! Era yo estudiante, antes de graduarme en Oxford, cuanto tuve la primera revelación de aquella luz, que luego había de convertirse en radiante aurora. Debió ser por el año 1855. No, antes, ya que yo me gradué en el 55. ¡Eso es: yo nací en el 33, y tenía veintidós años cuando me gradué!

»Siempre me habían intrigado las teorías de Lamarck y luego las de Darwin. Ambos estaban en lo cierto y seguían una ruta luminosa y exacta, pero no llevaron muy adelante sus investigaciones. Yo me había graduado hacía poco, y realizaba un viaje por Austria, cuando conocí a un sacerdote en Brunn, llamado Mendel, que hacía investigaciones y estudios semejantes a los míos. Hablamos y cambiamos ideas. Él era el único hombre que podía apreciar en todo el mundo mis trabajos, aunque diferíamos en ciertos puntos. Me ayudó a su manera, aunque él seguramente salió más beneficiado de mis conocimientos. Luego, cuando salí de Inglaterra, dejando Europa, ya no he vuelto a saber más de él.

»En el año 1857, creí haber encontrado al fin el misterio de la herencia, y publiqué una obrita a este respecto. Allí está expuesta mi teoría con toda claridad, y con la misma claridad voy a exponerla ante ustedes, para que se hagan perfecto cargo del destino que voy a darles.

»En resumen: hay solamente dos clases de células, que nosotros heredamos de nuestros padres: células del cuerpo y células gérmenes. Estas células están compuestas de cromosomas o cuerpos que contienen cada uno de ellos un protoplasma, uno de estos protoplasmas para cada una de las facultades físicas y mentales del individuo. Las células del cuerpo, dividiéndose, multiplicándose, cambiando, creciendo, determinan la individualidad de cada uno de nosotros; pero las células gérmenes, que continúan inmutables desde nuestra concepción, determinan las características que nuestra progenie heredará de nuestros antepasados y de nosotros mismos.

»Yo llegué a descubrir que la herencia puede ser vigilada y controlada a través del paso de estas células gérmenes de unos individuos a otros. Descubrí también que estas células gérmenes no mueren: su protoplasma es absolutamente indestructible, es decir, la base de toda la vida de la Tierra, de toda la inmortalidad.

»Yo, que estaba cierto de todo esto, no podía llevar adelante mis experimentos. Los hombres de ciencia me escarnecían y despreciaban, el público se reía de mí, y las autoridades me amenazaban con mandarme a un manicomio. La Iglesia, en fin, amenazaba con excomulgarme y poco menos que crucificarme.

»Yo, en secreto, continuaba mis investigaciones, y de este modo pude obtener células gérmenes de Sujetos vivos, jóvenes, hombres y mujeres.

»En 1858 conseguí sobornando a los guardianes, introducirme en las tumbas reales de Westminster, en la famosa Abadía. Y extraje esas células gérmenes de los cadáveres de varios reyes, reinas y nobles de otros tiempos. Ya les he dicho que el protoplasma de esas células es indestructible y no muere nunca tampoco.

»Estaba robando precisamente las células en el cadáver de Enrique VIII, cuando uno de los guardianes, al que yo no había sobornado, me descubrió. Y aunque no me entregó a las autoridades, me hizo objeto de un chantaje, obligándome a entregarle dinero, so pena de denunciarme a las autoridades.

»Viéndome burlado por los hombres de ciencia, que me escarnecían, amenazado del escándalo y de la prisión, empecé a decirme que mi vida iba a acabar como la de todos los sabios, en medio de la ingratitud y de la persecución. Entonces empecé a odiar al hombre, por sus mezquindades, sus ruindades, su hipocresía y su ignorancia. Aún odio a los hombres con

toda mi alma.

»Huí de Inglaterra, y me vine a África. Traía un plan hecho. Hice que un guía blanco me condujese hasta este país de los gorilas, y cuando estuvimos aquí, le asesiné, para que no pudiera dar noticias mías a nadie.

»Aquí había centenares de gorilas, ¡muchos, muchos!… ¡miles!… Envenené su comida, les fui cazando con flechas envenenadas; pero usaba un veneno que sólo les privaba de los sentidos por algún tiempo. Entonces les quitaba las células gérmenes y las substituía por otras humanas, que yo había traído de Inglaterra acondicionadas en un medio que facilitaba su multiplicación.

El Dios de los gorilas parecía iluminado hablando de su tema favorito, y el hombre y la mujer se olvidaban de su aspecto repugnante, para no ver en él en estos momentos más que a un ser extraordinario, que les tenía fascinados con su palabra.

—Durante varios años —continuó el Dios de los gorilas—, observé a los monstruos con creciente desilusión. Observaba en varias generaciones que los gérmenes y protoplasmas humanos no habían ejercido acción alguna en los nuevos gorilas; pero al fin empecé a observar que su inteligencia era más aguda. Además, las nuevas generaciones se peleaban más entre ellos, eran más batalladores y feroces, más avariciosos, más vindicativos…, es decir, iban mostrando más y más los rasgos del hombre. Y yo sentí que me acercaba a la meta de mi deseo.

»Capturé algunos de los individuos jóvenes, y empecé a amaestrarlos. Pronto aquellos gorilas jóvenes empezaron a pronunciar algunas palabras en inglés, palabras que me oían a mí, desde luego. Claro está que no conocían su significado; pero lo que a mí me llenaba de alegría, era ver que las nuevas generaciones habían heredado ya la mente y los órganos vocales de los seres humanos.

»La razón por la cual los gorilas habían heredado precisamente aquellos órganos de los hombres y no otros, es todavía un misterio para mí. Pero esto probaba ya la razón y la exactitud de mi teoría. Entonces me puse a educar a aquellos individuos, cosa ya muy fácil, y los empleé como misioneros, para que instruyeran y educaran a su vez a sus congéneres.

»Pronto enseñé a los gorilas agricultura, arquitectura y las artes de la construcción, entre otras cosas; y, bajo mi dirección, los gorilas construyeron esta ciudad, a la que yo di el nombre de Támesis, en recuerdo de mi patria. Los ingleses llevamos a Inglaterra con nosotros, vayamos

donde vayamos.

»Les di luego leyes, me convertí en su Dios, y les di un rey y una familia real y un cuerpo de la nobleza. Me lo deben todo; y ahora muchos de ellos quieren volverse contra mí y destruirme… ¡Sí, se han hecho hombres, verdaderos hombres! ¡Ya son, como nosotros, ambiciosos, traidores, crueles! ¡Ya son casi hombres!

—¡Pero usted! —interrumpió ahora la muchacha—; ¡usted… no es un hombre! ¡Usted es casi un gorila! ¿Cómo dice que fue en un tiempo un inglés?… ¿Cómo es posible?

—¡Yo soy un inglés! —repuso el Dios—. ¡Yo soy un inglés, a pesar de todo! Incluso, en cierto tiempo, fui un hombre guapo y arrogante. Pero los años me han vencido; ahora me siento débil, y me veo camino de la tumba, que me llama. Pero yo no quería morir porque comprendía que no había hecho más que empezar a descubrir los secretos de la vida.

»Entonces empecé a buscar los medios para prolongar mi existencia y recuperar mi juventud. Y al fin los encontré. Descubrí que, trasladando las células del cuerpo y los protoplasmas de un individuo joven a uno viejo, éste rejuvenece y recobra sus fuerzas. Cogí varios gorilas jóvenes de ambos sexos, y extrayéndoles esas células, las trasladé a mi cuerpo, haciendo un verdadero injerto.

»Recobré la juventud y la fuerza; pero, en cambio, al reproducirse y multiplicarse dentro de mí las células de los gorilas, adquirí ciertos caracteres de estos monstruos: mi piel se tornó en parte negra y peluda, como ven ustedes, mis manos se volvieron garras, mi dentadura adquirió los colmillos y los caracteres de estos seres feroces; y quizá, andando el tiempo, me convierta en un verdadero gorila. Mejor dicho: me habría convertido, a no ser por la feliz circunstancia que les ha traído a ustedes dos a mi poder.

—No le comprendo —dijo Rhonda.

—Ya me comprenderá ahora. Con las células y protoplasmas de usted y de este joven, su amigo, no solamente recuperaré por completo mi juventud, sino que volveré a tener todas las apariencias y el aspecto de un hombre.

Los ojos de Dios relucían ahora con un brillo de fuego. Y Rhonda, estremeciéndose, murmuró:

—¡Pero eso es horrible! Dios sonrió, contestando:

—¡Ustedes servirán para un noble propósito, para un noble destino!

¡Mucho más noble si solamente hubiera usted cumplido la prosaica misión para que la creó la Naturaleza!

—¡Pero… no pensará usted matarnos! —protestó Rhonda, espantada—. ¡Usted habrá cogido las células esas de los gorilas jóvenes sin necesidad de matarlos!… Supongo que cuando haya cogido nuestras células, nos dejará marchar, ¿no es así?…

El Dios de los gorilas se puso en pie, acercándose más a los barrotes de la puerta. Una sonrisa bestial ponía al descubierto sus colmillos feroces; y dijo con un tono cruel:

—¡No entienden ustedes!… Mejor dicho, no he acabado de decirles todo lo que llegué a descubrir acerca del rejuvenecimiento. Las nuevas células nacen muy potentes, pero su evolución es muy lenta. Así, he descubierto que, comiéndose uno la carne fresca y las glándulas de los jóvenes, se acelera muchísimo la metamorfosis de las células.

»¡Les invito, pues, a reflexionar acerca del inmenso servicio que van ustedes a prestar a la ciencia! —añadió el Dios ahora, empezando a alejarse hacia la puerta del fondo de la otra pieza—. Me marcho, pero volveré. ¡Y luego me los comeré a los dos! ¡Primero me comeré a este joven; y luego a usted, hermosa mía! ¡No, mejor dicho: primero me la comeré a usted… eso es, primero me la comeré a usted!…

Y, sonriendo de un modo bestial, desapareció, cerrando la puerta a sus espaldas.

XXVI

PRISIONERO

¡PARECE como en la pantalla! —dijo Rhonda.

—¿Cómo en la pantalla?

—Sí; quiero decir: el fin de la película.

Tarzán sonrió, comentando:

—¡Supongo que quieres decir que no hay esperanza para nosotros!, ¿eh?… y que estamos condenados irremisiblemente…

—En efecto, amigo mío, y estoy aterrada. ¿Tú no?

—Yo creo que debo estarlo también. Ella le miró unos momentos, y luego dijo:

—¡No acabo de entenderte, Obroski! Ahora no pareces asustarte por nada, y, en cambio, antes te asustabas de todo. Dime: ¿estás asustado en realidad, o es que finges y haces el actor, como en la cinta?…

—Quizá me digo que lo que ha de suceder, sucederá de todos modos, y que de nada sirve asustarse. El miedo no nos sacará de aquí vivos, y yo no pienso resignarme a morir aquí, si podemos escapar.

—No creo que podamos conseguirlo.

—Ahora tenemos nueve décimas partes a nuestro favor.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rhonda.

—Que mientras se está vivo, tiene uno siempre nueve décimas partes a su favor para salvarse, ¡una vez muerto, se acabó todo!

Rhonda sonrió, diciendo:

—¡No sabía que eras tan optimista!

—Quizá es que hay algo por aquí que me hace sentirme optimista. ¿No has observado que se siente cierta corriente de aire en el suelo?

Rhonda le miró vivamente, y repuso:

—¡Quizá tu cabeza vacila!… Es natural. ¡Debes estar rendido! ¿Por qué no duermes?…

—¿Yo?… ¡No tengo sueño! No estoy cansado… Decía que esa

corriente de aire…

—¡Oh, a mí no me molesta! —le interrumpió Rhonda.

—No es eso. Quiero decir que esa corriente de aire entra por la puerta de los barrotes de hierro, y eso implica que haya alguna abertura por otro lado. ¿Comprendes?… Si es así, quizá pudiéramos salir de esta cárcel…

—¡No sé! —murmuró Rhonda en tono dudoso.

—¿Tú no ves alguna otra puerta o ventana en esta estancia? —preguntó Tarzán.

Rhonda se levantó. Comenzaba a comprender el sentido de las palabras del hombre, y dio una vuelta por la estancia. Luego dijo:

—¡No, no veo nada!

—¡Bien, veamos!

Se acercaron a la parte del fondo de la habitación, a donde no llegaba el resplandor de la antorcha, y Tarzán añadió:

—Por aquí debe haber alguna abertura, porque podrás observar que se siente correr el aire. ¡Debe estar en el techo!

Miraron, y Rhonda dijo:

—¡Yo no veo nada! ¿Ves tú algo?

—Sí; me parece descubrir que una parte del techo es más obscura que el resto; eso implica que hay ahí algún agujero.

Hablaban en tono de susurro, y en el silencio que siguió a las últimas palabras de Tarzán, llegó hasta ellos una risita lejana, extraña, como si saliera de una garganta ruda.

Rhonda puso una mano en un hombro de Tarzán, y susurró al oído de éste:

—¡Llevas razón! Aquí debe haber alguna abertura; esa risa se ha oído a través de algún tragaluz o ventana que haya aquí.

Tarzán, luego de recomendar silencio y cautela a la muchacha, palpó la pared, buscando un punto de apoyo. No encontrándolo, dio varios brincos, con las manos extendidas, y al fin dijo:

—¡Sí! Es indudable que en el techo, aquí, junto al rincón, hay una abertura.

—¿Y de qué nos servirá, si no podemos escapar por ahí? —preguntó Rhonda.

—¡Vamos a intentarlo al menos, querida! Súbete en mis hombros, y palpa el techo y el muro. Mira a ver las dimensiones de la abertura, y si encuentras en el muro o en aquélla algún punto de apoyo. ¡Arriba!

Se agachó Tarzán y Rhonda subió sobre los anchos hombros de su amigo. Durante unos instantes, los dos guardaron silencio, mientras las manos de Rhonda exploraban el muro y el techo en la oscuridad.

Cuando Rhonda bajó, le dijo a Tarzán:

—He podido observar que hay una especie de tragaluz en el techo, en efecto, que tiene unos dos pies por tres; y más arriba, es decir, dentro ya de la abertura, me ha parecido descubrir un saliente, que podría servir de punto de apoyo. Si pudiera subir más alta, lo comprobaríamos.

—¡Vamos a intentarlo también! —repuso, siempre animoso, Tarzán—. Mírame: te subirás de nuevo en mis hombros, y luego pondrás tus pies en las palmas de mis manos; yo te levantaré así, lo menos medio metro más que antes. Apóyate en el muro, para no caer.

Así lo hicieron. Tarzán levantó a pulso a la muchacha, cuando ésta hubo subido sobre sus hombros y puesto luego sus pies en las manos del hombre. Lentamente, la fue levantando, hasta que Rhonda quedó suspendida en el aire. Se había podido apoyar en algo, y se la oyó lanzar una leve exclamación de asombro:

—¡Caramba!…

Tarzán guardó silencio. Oía jadear a la muchacha, y luego la voz de ella dijo, en tono de susurro:

—¡Échame tu cuerda!

Él obedeció, y al cabo de unos momentos, sintió que ella le arrojaba el otro extremo de la cuerda, diciendo:

—¡Mira a ver si te sostiene!

Tarzán obedeció de nuevo, y visto que la cuerda era lo suficientemente fuerte para resistir su peso, comenzó a trepar por ella. A los pocos momentos, sintió que una mano de Rhonda le guiaba, permitiéndole poner un pie en un punto de apoyo.

—¿Qué has encontrado? —preguntó él.

—¡Mira: una gran viga, donde estamos ahora!

Tarzán comprendió que la cuerda estaba atada a la viga y que esto debía ser una especie de chimenea o respiradero de la habitación donde ellos estaban encerrados poco antes. Como Rhonda le había dicho, tenía unos dos pies por tres, de modo que una persona podía trepar hacia arriba con relativa holgura; mejor dicho, dos, una por cada lado de la viga.

Tarzán trepó hacia arriba, y, encontrando otra viga igual, rogó a Rhonda que desatara la cuerda, y luego se la diera. Enseguida, ordenó a la

muchacha:

—¡Dame las manos, que voy a subirte aquí! ¡Hay otra viga igual!

A los pocos momentos lo habían conseguido; pero Rhonda exclamó, en tono temeroso:

—¿Y ahora qué hacemos?… ¡Esto parece una pesadilla; aquí metidos en esta especie de tubo de chimenea, sin ver nada, a merced de un enemigo cualquiera que pudiera atacarnos y aniquilarnos!…

Tarzán comentó, sonriendo débilmente:

—Los tarmangani tienen muchos refranes estúpidos, y uno de ellos dice que «¡Hay muchas maneras de desollar a un gato!».

—¿Quién son los tarmangani? —preguntó Rhonda, extrañada.

Tarzán sonrió, ahora de otro modo, protegido por la oscuridad. Por un instante, se había olvidado de que estaba representando el papel de un actor; y dijo, en tono evasivo:

—¡Oh! ¡Una tribu salvaje!

—Pues es extraño —murmuró la muchacha—, porque ese es un refrán muy popular en América. Yo se lo oía decir a mi abuelo. ¡Y es muy extraño que una tribu salvaje del África lo conozca también!

Tarzán no quiso decir a la muchacha que en su lengua vernácula, la primera que él había aprendido, la lengua de los monos, tarmangani quería decir «los hombres blancos».

Arrolló la cuerda, y la lanzó hacia arriba varias veces, hasta que consiguió pasarla por otra viga; entonces, luego de hacer un doble nudo corredizo, trepó hacia arriba; luego subió a la muchacha.

La suerte se repitió tres veces, y al llegar a la tercera viga, Tarzán pudo ver, mirando a lo alto, el leve resplandor de una estrella. ¡Era el cielo!… Otra viga más, y Tarzán y la muchacha pudieron darse cuenta de que habían trepado por el interior de uno de los torreones del castillo.

Cuando ya Tarzán se disponía a saltar sobre el techo de una parte de la muralla, ambos oyeron otra vez aquella risita ahogada que ya oyeran momentos antes. Entonces se encogió, tocando con el codo a Rhonda, para que permaneciera también inmóvil. Y los dos quedaron allí, en su extraño escondite, esperando y con el oído tendido.

La risita se volvió a oír, esta vez más cerca; y el agudísimo oído de Tarzán percibió el leve rumor de unos pies desnudos… Mejor dicho, de los pies de dos personas. Y ante los ojos del hombre-mono aparecieron los dos, viniendo hacia acá, lentamente. Uno de los que se acercaban, como Tarzán

había supuesto, era el Dios de los gorilas; el otro era un gorila enorme.

Al llegar frente al torreón donde estaban escondidos Rhonda y Tarzán, Dios y el gorila macho fueron a apoyarse contra el parapeto de la muralla, y quedaron allí, contemplando la ciudad. Y el Dios dijo, de pronto:

—¡Enrique no debía haber organizado esta noche la fiesta! Mañana le espera un gran día.

—¿Cómo es eso, señor? —preguntó el gorila.

—¿Has olvidado que es el aniversario de la construcción de la Escalera Sagrada que conduce a los cielos?

—¡Pues es verdad! ¡Y el rey tenía que subirla mañana a cuatro manos, para adorar a su Dios y rendirle respeto y pleitesía!

—¡Sí! Y Enrique se hace viejo y ha engordado demasiado. Comprendo que es muy poco agradable subir las escaleras agachado y tostándose al sol; pero eso humilla el orgullo de los reyes y enseña la humildad al pueblo.

—¡No dejéis olvidar a nadie, señor, que vos sois Dios nuestro señor!

El que así hablaba era el gorila Cranmer. Dios murmuró:

—¡Y qué sorpresa va a llevarse Enrique cuando, al llegar a lo alto de la Escalera Sagrada, se encuentre allí con la muchacha rubia que le hemos arrebatado! Porque pienso tenerla allí, a mis pies. ¿Has enviado ya a por ella al Gran Sacerdote?

—Sí, señor, ya he enviado a varios sacerdotes a que la traigan. De todos modos… ¿no creéis que va a ser peligroso provocar a Enrique?… ¡No olvidéis, señor, que muchos de los nobles están de parte suya y traman complots contra vos!

El Dios gorila rió ahora con una risa bestial, y contestó:

—¡Te olvidas que yo soy Dios! ¡Es una cosa que no debes olvidar nunca, Cranmer! Enrique lo ha olvidado, y eso le perderá. ¡Y es que habéis olvidado todos que yo os he creado, y que puedo destruiros del mismo modo y con la misma facilidad! Ahora, en castigo, voy a hacer que Enrique se vuelva loco, y luego lo fulminaré. ¡Esta es la única clase de Dios que gusta a los hombres, y el único que comprenden! ¡Como se sienten crueles, envidiosos y vengativos, quieren que su Dios sea también vengativo, envidioso y cruel! ¡Puesto que os he dado un pensamiento y un espíritu humanos, seré un Dios que me haré temer y comprender de vosotros! ¡Mañana va a conocerme Enrique, verdaderamente!

—¿Qué queréis decir, señor?

El Dios de los gorilas sonrió ferozmente, y contestó:

—¡Cuando Enrique llegue mañana a lo alto de la Escalera Sagrada, voy a maldecirle y a fulminarle!

—¿Cómo?… ¿Vais a matar al rey, señor?… ¡Oh, pensad que el Príncipe de Gales es todavía muy joven para reinar!…

—¡No llegará a ser rey! ¡Estoy harto de reyes! Vamos a pasar por alto a Eduardo VI y la reina María. Pasaremos once años, y el próximo rey que tendrá Inglaterra, será… ¡la reina Elisabeth!

—¡Enrique tiene muchas hijas, entre las que se puede escoger, señor! —dijo el cortesano.

—Pues no escogeré a ninguna de ellas, Cranmer. He tenido precisamente una inspiración, que me parece ideal…: ¡voy a hacer reina de Inglaterra a esa muchacha inglesa que hemos cogido!… ¡Será la reina Elisabeth! ¡Una reina amable, obediente, hermosa, que hará cuanto yo le indique, y servirá todos mis otros propósitos y miras! O casi todos, al menos. Claro está que no podré matarla y devorarla, como había pensado, porque no puede uno comerse a su reina y tenerla a su lado al mismo tiempo.

—¡Oh, aquí viene el sacerdote ayudante, señor! —dijo Cranmer.

—¡Oh, viene solo! —murmuró el Dios de los gorilas—. ¡No trae a la muchacha!

Un viejo gorila avanzó penosamente hacia ambos. Parecía muy excitado. Dios le preguntó:

—¿Dónde está la muchacha?

—¡No está allí, señor! ¡Se ha marchado! ¡Y el hombre también!

—¡Se han escapado!… ¡Pero eso es imposible!

—¡La habitación está vacía, señor!

—Pero… ¿y las puertas?… ¿Estaban abiertas, acaso?…

—No, señor, no. Las dos estaban cerradas con llave.

Entonces el Dios gorila, luego de reflexionar unos momentos, habló en voz muy baja con sus dos acompañantes.

Tarzán y la muchacha les miraban desde su escondite. El hombre-mono se mostraba inquieto. Comprendía que era preciso escapar de aquí, y no encontraba la manera. Él solo hubiera podido escapar fácilmente; ¡pero con la muchacha!… Además, desconocía el castillo en que se encontraban, y, por otra parte, el Dios de los gorilas llamaría en su ayuda a centenares o miles de éstos…

Al fin, vieron cómo el sacerdote se alejaba, y Dios y Cranmer volvieron

a apoyarse en el parapeto y continuaron su conversación. Pero ya no se oían sus palabras. Además, si Tarzán o la muchacha hubieran salido de su escondite, el Dios gorila y su acompañante les hubieran descubierto enseguida.

Tarzán se sentía cada vez más inquieto. Sus instintos de fiera de los bosques le avisaban de un peligro inminente, aunque no sabía por dónde habría de llegarles.

De pronto, Tarzán vio aparecer en la terraza donde estaban el Dios y su acompañante, a un enorme gorila, llevando una lanza. Otro gorila le siguió, armado de la misma manera, y luego otro, y otro, y otro, hasta que se reunieron veinte. Todos se agruparon alrededor de Dios, que les dio unas órdenes breves y en voz baja.

Enseguida, los veinte gorilas formaron un círculo alrededor del torreón donde estaban escondidos los dos prisioneros. Tarzán se dijo que quizá sospechaban que estaban escondidos aquí. Mas, como pasaba el tiempo y ninguno de los gorilas se acercaba a la estrecha puertecilla que daba acceso al torreón, el hombre de los bosques rectificó, pensando que quizá los gorilas esperaban la llegada del rey.

Pasaba un largo rato. Se había hecho un silencio absoluto en la muralla, y sólo se oía la risita del Dios de los gorilas, una risita burlona, que hacía fruncir el ceño a Tarzán. ¿Por qué se reía así el Dios de los gorilas?…

De pronto, una corriente más viva de aire, subiendo a través del torreón donde ellos dos estaban escondidos, trajo hasta aquí una bocanada de humo espeso y una ola de calor…

Tarzán comprendió entonces por qué los gorilas armados esperaban inmóviles alrededor del torreón, y por qué sonreía.

XXVIII

EL HOLOCAUSTO

TARZÁN reflexionó unos instantes sobre la nueva situación. Era evidente que no podrían resistir mucho tiempo el aire irrespirable y cargado de humo. Intentar salir y atacar a los gorilas, sería tan sólo exponer la vida de su compañera inútilmente. De modo que lo único que podían hacer era salir tranquilamente de esta ratonera y entregarse a sus enemigos.

Pero, por otra parte, Tarzán sabía que el Dios de los gorilas quería matarle a él y reservaba para la pobre muchacha una suerte peor que la muerte misma… Y Tarzán, que tomaba tan rápidamente sus decisiones, estaba ahora sumido en una gran incertidumbre.

Brevemente consultó sus dudas con Rhonda. Luego dijo

—¡Yo creo que voy a arremeter contra todos!… ¡Al menos tendré la satisfacción de matar a alguno!…

—Pero te matarían a ti, al final -opuso Rhonda-. ¡Oh, ahora siento que hayas venido aquí, Stanley! ¡Fue una gran acción de tu parte, una acción valerosa, pero que te ha perdido! Yo no podría nunca…

Pero un golpe de tos la interrumpió, porque el aire se hacía irrespirable por momentos. Entonces, Tarzán le dijo:

—¡No podemos continuar aquí un momento más! Yo voy a salir. Tú sal detrás de mí, y en cuanto veas la más ligera probabilidad para escapar, huye.

Encogiéndose como las fieras, Tarzán se lanzó fuera de golpe, con un terrible rugido que recordaba el de los leones. Rhonda le siguió aturdida, fascinada. Obroski, el famoso cobarde, le parecía ahora otro… ¡Debía estar enloquecido por lo desesperado de la situación!…

Los gorilas se precipitaron para cogerle, y el Dios de ellos les gritó:

—¡Cogedle, pero no matadle!…

Tarzán cayó sobre el gorila más cercano. Su cuchillo brilló ahora a la luz de las antorchas y se hundió en el pecho de la bestia, que, lanzando un

rugido espantoso, se desplomó a sus pies. Otros gorilas intentaron caer sobre el gigante de los bosques, pero el cuchillo de éste se hundía en las carnes de sus enemigos, que iban cayendo al suelo, ensangrentados.

El Dios de los gorilas, furioso, rugió:

—¡Cogedle os digo!… ¡Cogedle, pero respetar su vida, que me pertenece!…

Rhonda, aprovechándose de la confusión de la batalla, escapó por detrás de los gorilas, sin que nadie reparase en ella. Corrió, a lo largo de la muralla, y pronto llegó a otro torreón, donde vio una escalera a la luz vacilante de las antorchas.

La muchacha, sin vacilar, se lanzó escaleras abajo, sin cuidarse del humo que también salía por aquí. Pensó que el humo de la hoguera que habían hecho en la estancia donde ellos estuvieron prisioneros, para obligarles a salir del torreón, se habría corrido por otras partes del castillo.

Pero al llegar, a un recodo de la escalera, Rhonda fue a caer en los brazos de un gorila que subía, y al que seguían otros dos. El primero la sujetó fuertemente, y luego, entregándola a sus compañeros, dijo:

—¡Cogedla! Sin duda pretendía escapar. Llevádsela a Dios.

Tres gorilas habían caído bajo el cuchillo de Tarzán; pero el cuarto, sujetándole por la muñeca, le golpeó con la lanza rudamente. Tarzán se arrojó sobre él, y le mordió furiosamente en el cuello, buscándole la yugular. El gorila rugió espantosamente, y en aquel momento otro gorila se acercó a los dos enemigos, descargó sobre Tarzán un furioso golpe con su hacha, y el señor de la jungla se desplomó al suelo sin sentido, entre los gritos victoriosos de sus enemigos.

El Dios de los gorilas se adelantó, ordenando de nuevo:

—¡No matadle!

—¡Ya está muerto, señor! — dijo uno de los gorilas. Dios tembló de cólera, y ya iba a hablar, cuando el gorila que había capturado de nuevo a Rhonda se acercó a aquél, abriéndose paso entre la multitud, y diciendo a gritos:

—¡Señor: el castillo está ardiendo! La hoguera que hicimos en la estancia donde estaban encerrados para ahumarles y obligarles a salir, se ha corrido a la paja seca, y ahora arden vigas y paredes y techos, y todo el primer piso del castillo es ya una inmensa hoguera. De modo que si no queréis veros cogidos en una trampa sin salida, debéis huir inmediatamente.

Los gorilas, al oír aquellas palabras, miraron inquietos en torno. Del torreón por donde habían salido Rhonda y Tarzán, salía ahora una densa columna de humo, lo mismo que de los torreones más cercanos. Además, empezaba a surgir también del exterior de la muralla, a todas luces saliendo de las ventanas de los pisos bajos.

Los gorilas, como todas las fieras, sienten un terror espantoso ante el fuego, y sus instintos ancestrales despertaron ahora en ellos. Se mostraban inquietos, nerviosos, iban de acá para allá, temerosos de ver cortada su salida, y al fin un pánico loco se apoderó de ellos.

Gritando, rugiendo, escaparon de la muralla por todas las escaleras que aquí conducían, abandonando a los prisioneros y a su Dios y Señor. Algunos se arrojaron de cabeza por el parapeto, yendo así al encuentro de una muerte segura.

Los gritos y rugidos de los gorilas sobresalían por encima del crepitar de las llamas y los gritos de su Dios que, al fin, viéndose abandonado por sus criaturas, acabó por sentirse contagiado del pánico y huyó también.

Por fortuna para Rhonda, los dos gorilas a los que la había entregado su nuevo captor, lejos de obedecer la orden de que la llevaran a Dios, huyeron presa del pánico, temerosos de que el fuego les cortara la retirada si seguían hacia arriba.

Enloquecidos por el fuego, que amenazaba prender en sus pieles peludas, acabaron por abandonar a la prisionera, y escaparon escaleras abajo, atravesando un patio y saliendo al fin del castillo.

Rhonda, aterrada también, pero conservando el dominio de sus sentidos, corrió tras ellos, saliendo al fin a la gran explanada sobre la que estaba construido el castillo. Las llamas iluminaban ahora la escena terrorífica, y la muchacha vio allá abajo la ciudad envuelta en sombras, donde sólo destacaban algunas luces mortecinas.

A su derecha vio las Escaleras Sagradas, la única salida de esta explanada hacia la ciudad que ella podía distinguir ahora. Y la infeliz se dijo que quizá si lograba bajar a la ciudad, se podría esconder entre el vericueto de las calles tortuosas y salir al campo.

Luego seguiría el río, hasta llegar junto a las cataratas donde estaban acampados Orman y West y Naomi. Se estremeció ante la idea de tener que descender aquel terrible tajo, pero estaba dispuesta a arrostrarlo todo con tal de escapar a los horrores de este terrible Valle de los Diamantes.

Sin pensarlo más, la pobre muchacha se lanzó a bajar aquellas

escaleras. Bajaba corriendo, deseosa de llegar cuanto antes a la ciudad. El resplandor del incendio iluminaba la escalera como si fuera de día. Y, de pronto, con un leve grito de horror, Rhonda se detuvo, al ver que subían gritando, aullando, una turba de gorilas hacia el castillo incendiado.

Aterrada, espantada, Rhonda quedó inmóvil unos momentos. No podía retroceder; no podía escapar… Su única esperanza era pasar desapercibida a la vista de los gorilas… Pero el que iba delante, gritó, de pronto:

—¡La muchacha blanca!… ¡Cogedla!… ¡Llevadla al rey!…

Unas manos peludas la cogieron, y unos a otros, los gorilas, la fueron pasando a los que venían detrás, diciendo:

—¡Llevadla al rey!… ¡Llevadla al rey!… Y así, empujada, arrastrada o subida en volandas, la infeliz fue bajada a la ciudad y conducida de nuevo al palacio del rey.

Al entrar en el salón donde estaba el harén de Enrique VIII, las gorilas hembras cayeron sobre Rhonda, y muchas de ellas la golpearon entre gritos de cólera. Catalina de Aragón era la que más se distinguía por su ferocidad y se ensañaba en ella. A no haber intervenido Catalina Parr, la de Aragón habría despedazado a Rhonda.

—¡Dejadla! —aconsejó la Parr-. De lo contrario el rey nos hará azotar a todas, y quizá a alguna nos corte la cabeza. Tú, Catalina de Aragón, sabes que el rey está buscando una excusa cualquiera para matarte.

Al fin la dejaron en un rincón, donde la infeliz Rhonda se puso a pensar en lo que hubiera podido ocurrir desde que saliera del castillo de Dios. Pensó en aquel hombre que había expuesto de aquel modo su vida por ella. ¡Era increíble lo que se había equivocado al juzgar a Stanley Obroski!… La fuerza y la audacia, parecían formar parte de su ser ahora, y Rhonda vio a aquel hombre como con nuevos ojos, a través de un prisma que despertó de pronto en su alma unos sentimientos de ternura y admiración tan hondos y sinceros, que la infeliz acabó por romper en un terrible sollozo.

¿Dónde estaba ahora Obroski?… ¿Habría logrado escapar?… ¿Le habrían capturado de nuevo?… ¿O habría perecido abrasado en aquella inmensa hoguera del castillo, cuyo resplandor se veía a través de las ventanas de este salón?… ¿Habría muerto Obroski por ella?…

De pronto se irguió, apretando los puños hasta que se clavó las uñas en las palmas de sus manos. Una verdad nueva se abría paso en su corazón. Aquel hombre, al que hasta ayer contemplaba ella con una sonrisa desdeñosa, había despertado ahora dentro de su pecho una emoción como

no la hiciera sentir hasta aquí ningún hombre. ¿Era esto amor?… ¿Es que amaba ella, acaso, a Stanley Obroski?…

Sacudió la cabeza, como queriendo alejar una obsesión que la atormentaba. ¡No, no podía ser amor!… ¡Debía ser gratitud, tristeza, ante la idea de la suerte de Obroski! ¡Pero nada más! De todos modos, el pensamiento obsesionante persistía… atormentándola más y más.

Al fin, poco a poco, rendida por la fatiga y las emociones, Rhonda cayó en un sueño intranquilo.

Y mientras ella dormitaba, inquieta y nerviosa, el castillo de Dios seguía ardiendo, como una inmensa pira funeraria que iba a servir de tumba a los que estaban encerrados en él.

XXVIII

A TRAVÉS DE LAS LLAMAS

CUANDO la horda de los gorilas emprendió la huida, loca de pánico, huyendo de las llamas, el Dios de los gorilas escapó hacia una escalera secreta que conducía al gran patio del castillo.

Cranmer y algunos de los sacerdotes que conocían también esta escalera secreta, corrieron hacia allí, y algunos miembros de la guardia les siguieron, enloquecidos de terror, luchando entre ellos por entrar delante.

El Dios de los gorilas, más débil, se vio atropellado, empujado y rechazado por aquella turba enloquecida, y aunque gritaba órdenes con voz ronca y pretendía arañar o golpear a los otros, los demás no le hacían caso, y siempre le rechazaban, sin dejarle ganar la entrada de la escalera salvadora.

De repente, el terror y la rabia le enloquecieron, y arrojándose sobre un enorme gorila que le tapaba el paso, comenzó a arañarle y a golpearle furiosamente en la espalda; al fin, el gorila, al ver que alguien le mordía en la nuca, se volvió, y loco de rabia a su vez cogió al Dios y lo arrojó al suelo, donde éste quedó inmóvil aturdido por el golpe.

Las bestias que no conseguían ganar la escalera, huyeron en busca de otra; pero ya era tarde: las llamas salían ahora por todos los torreones y aberturas del muro. ¡Estaban prisioneros!

Toda la parte norte del castillo ardía ya como una inmensa hoguera, iluminando los alrededores y el tajo y la ciudad que se extendía a sus pies.

Todos los gorilas habían escapado, muchos de ellos arrojándose de cabeza por el parapeto, y ahora en la muralla a la que habían salido Tarzán y Rhonda, sólo quedaban los cuerpos inertes de Tarzán y del Dios de los gorilas, hacia los que las llamas avanzaban ahora rápidamente.

Ante el castillo, la Escalera Sagrada y la gran explanada estaban ocupadas por la inmensa multitud de gorilas que había subido de la ciudad, atraída por el fuego. Todos callaban, horrorizados, diciéndose que en el

interior de aquella inmensa pira estaba su Dios, que quizá había muerto ya… Esto les causaba un terror inmenso, sobrecogiéndoles.

Pero entre la turba de gorilas que contemplaban el siniestro, había también no pocos que se alegraban del espectáculo. Eran los partidarios del rey, que pensaban que ahora todo el poder y el prestigio de Dios caerían sobre el monarca, llenándoles a ellos de brillo y de valer. Estaban contaminados por la avaricia, por la vanidad y las malas pasiones de los hombres.

De pronto, Tarzán se movió un poco y abrió los ojos. Enseguida se incorporó, y luego se puso de pie. Todo a su alrededor eran llamas rugientes y amenazadoras. El calor era casi insoportable.

De pronto, vio que otro cuerpo se movía junto a él y miró. Reconoció al Dios de los gorilas que, abriendo los ojos, se puso en pie vivamente a su vez.

Descubrió a Tarzán, que en este momento se acercaba a la parte de la muralla que caía sobre el precipicio y que aún no había sido invadida por el ruego.

El Dios de los gorilas siguió a Tarzán, diciéndole:

—¡Estamos perdidos! ¡Todos los sitios por donde pudiéramos escapar, están cerrados!

Tarzán se encogió de hombros, asomándose por el parapeto y mirando hacia abajo. Al pie de esta parte de la muralla, se veía el techo de una nave del castillo que sólo tenía un piso. Estaba muy lejos para poder saltar a él. Las llamas y el humo salían de las ventanas de esta parte del muro, aunque con menos intensidad que por otras partes del castillo.

Tarzán calculó la resistencia de una de las almenas de la muralla, y vio que era muy fuerte. Entonces pasó su cuerda por la almena, sin atarla.

El Dios de los gorilas, al observar su maniobra, gimió:

—¡Oh, vas a escaparte!… ¡Sálvame a mí también!…

—¿Cómo? —preguntó el hombre-mono con sarcasmo—; para que luego me devore usted, ¿no es eso?…

—¡No, oh, no! ¡No te haré mal alguno! ¡Por Dios sálvame!

—¡Yo creía que usted era Dios! ¡Sálvese usted mismo!

—¡Tú no puedes abandonarme así!… ¡La voz de la sangre es muy fuerte…, y yo soy un inglés al que tú no puedes contemplar impasible cómo muere, cuando está en tu mano salvarle!

—¡Yo soy también inglés! —repuso Tarzán—, pero a pesar de ello,

usted estaba dispuesto a matarme y a devorarme…

—¡Perdóname! ¡Estaba loco, con tal de recobrar mi juventud y mi forma humana!… ¡Y tú me ofrecías la única manera que había en el mundo para conseguir mis propósitos!… Pero ahora te ruego que me salves… ¡Te colmaré de riquezas! Te daré riquezas como jamás el hombre más avaro de la tierra haya podido soñar.

—¡Yo tengo cuanto necesito! —repuso Tarzán, muy sereno.

—¡No sabes lo que te dices!… ¡Yo te llevaría a la mina de diamantes!… ¡Diamantes, diamantes!… ¡Los podrías recoger a puñados!

—¡Nada me importan sus diamantes! —opuso nuevamente Tarzán—. Pero estoy dispuesto a salvarle, con una condición.

—¡Dila!

—Que me ayude usted a salvar a esa muchacha que estaba conmigo, si vive aún, y a que salga de este Valle de los Diamantes.

—¡Muy bien! ¡Te lo prometo! Y ahora, démonos prisa. ¡Un poco más, y ya será tarde!

Tarzán, luego de observar que los dos extremos de su cuerda pendían en un espacio de la muralla comprendida entre dos ventanas donde las llamas no podían alcanzarla, le dijo al Dios de los gorilas:

—¡Yo bajaré primero, no vaya usted a escapar una vez abajo!

—¡Oh, no confías en mí!

—¡Y claro que no! ¡Usted es un hombre! Tarzán saltó al otro lado del parapeto, y cogiendo los dos extremos de la cuerda con una mano, se dispuso a bajar. Pero el Dios le contuvo, estremecido de miedo y diciendo:

—¡Yo seré incapaz de hacer eso!… ¡Me caería!… ¡Es horrible!

Y se tapó el rostro con las manos.

—Bien —falló entonces Tarzán—; salte usted el parapeto y cójase a mis espaldas. Yo le bajaré. ¡Así! ¡Venga! ¡Ahora! ¡Cójase fuerte!

—Pero…, ¿podrá resistirnos la cuerda a los dos?

—¡No sé!… ¡Pronto!… ¡Cójase bien, o me marcho yo solo! El calor es insufrible.

El Dios se cogió frenéticamente al cuello fortísimo de Tarzán, que comenzó a descender lentamente apoyando los pies en el muro, con una agilidad de mono. El calor era insufrible, y ambos temían que la cuerda ardiera, precipitándoles en el vacío.

Por las ventanas y aberturas del muro salían llamas crepitantes cada vez más grandes y terribles, como si el espíritu del fuego quisiera vengarse de

los fugitivos, y añadir sus nombres a la lista de las víctimas.

El humo les cegaba, pero Tarzán iba descendiendo poco a poco, serenamente, limitándose a llevar los ojos cerrados y contener la respiración, para no asfixiarse en aquella atmósfera terrible.

Ya amenazaban estallar sus pulmones, cuando, con una sensación de inmenso alivio, sintió que sus pies tocaban tierra. Entonces los dos se echaron de bruces, para respirar un poco de aire menos cargado de humo.

El techo de la nave a que habían bajado sólo tenía unos diez pies de altura, y utilizando de nuevo la cuerda, a los pocos segundos habían bajado a la misma explanada sobre la que se levantaba el castillo.

—Venga conmigo —murmuró Tarzán ahora—; daremos la vuelta al castillo, y veremos si la muchacha ha logrado escapar.

—¡Hemos de ser muy prudentes! —murmuró el Dios de los gorilas, sin moverse—. El fuego habrá atraído a una gran multitud de la ciudad, y yo tengo muchos enemigos entre los partidarios del rey, que se alegrarían de poder capturarnos a los dos. Y en ese caso, nos matarían a los dos… y la pobre muchacha esa estaría perdida, si es que vive aún.

—Entonces…, ¿qué me aconseja usted? —preguntó Tarzán, receloso, ya que todas las ideas y sentimientos humanos le inspiraban una infinita desconfianza.

El Dios contestó:

—Verás: en esta nave baja existe la entrada de un túnel secreto, que conduce a la morada del más fiel de mis sacerdotes. Esa casa está tallada en la roca, al nivel de la ciudad allá abajo. Si logramos llegar allí, estaremos salvados, porque el sacerdote nos esconderá en lugar seguro.

Tarzán experimentó la desconfianza de la fiera que teme caer en una emboscada; pero recordó la conversación oída entre Dios y el cortesano Cranmer, y se dijo que en parte debía ser verdad, ya que Dios tenía muchos enemigos entre los partidarios del rey. Entonces dijo:

—Bien, acepto; pero antes voy a atarle a usted esta cuerda al cuello, para que no pueda escapar, y ¡recuerde usted que aún llevo encima el cuchillo con el que di muerte a varios gorilas!

El Dios de los gorilas no contestó, pero se dejó atar. Enseguida guió a Tarzán hacia la nave baja, donde, abriendo una trampa disimulada en el suelo, vieron el arranque de una escalera.

Ésta, formando curvas, bajando, desembocando en largos corredores horizontales, para empezar de nuevo poco después, les condujo al fin al pie

de la montaña, es decir, al nivel de la ciudad de los gorilas.

Al llegar junto a una gran puerta el Dios de los gorilas, luego de escuchar intensamente durante unos momentos, levantó la aldaba y empujó, entreabriendo silenciosamente una de las hojas. Tarzán pudo ver entonces una cueva, débilmente iluminada por la luz de una antorcha humeante.

—No está —dijo Dios, entrando delante—. Quizá ha ido como los otros a ver el fuego.

La cueva estaba ennegrecida por el humo y tenía el suelo cubierto de paja seca. Había otra puerta enfrente de aquella por la que habían entrado, y que debía comunicar con el exterior, y una ventanita. De las paredes colgaban sacos de piel sujetos a estacas. Una tinaja en un rincón estaba llena de agua.

—Esperaremos a que vuelva —dijo Dios—. Y mientras tanto podemos comer algo.

Se acercó a los sacos que pendían de las paredes, y encontró apio, trozos de bambú tierno y frutillos y nueces del bosque. Cogió algunos, y sentándose en el suelo, dijo:

—¡Coge tú los que quieras!

—Ya he comido —repuso Tarzán, sentándose junto al Dios, y quedando en actitud vigilante.

El Dios comió durante unos momentos en silencio, y al fin levantando la cabeza dijo, en tono escéptico:

—¿Dices que no te interesan los diamantes?… Entonces…, ¿por qué has venido aquí?

—Yo no he venido a por diamantes. El Dios sonrió, diciendo a su vez:

—Mi gente mató a algunos de tus partidarios, cuando estaban ya a punto de penetrar en el valle. Y sobre el cadáver de uno de ellos se encontró un mapa…, un mapa del Valle de los Diamantes. ¿Cómo puedo creer tus palabras entonces, cuando me dices que no has venido aquí por los diamantes?…

—Yo no sabía nada de ese mapa. ¿Cómo íbamos a tener un mapa de este valle, que hasta que hemos venido aquí nos era completamente desconocido a los hombres blancos?…

—De todos modos, teníais ese mapa…

—¿Y quién podía haberlo hecho?

—Yo mismo lo hice.

—¿Usted?… ¿Y cómo podríamos tener nosotros un mapa hecho por

usted?… ¿Es que ha vuelto usted a Inglaterra luego de venir aquí por primera vez?…

—No… Pero, ya te digo que ese mapa lo hice yo.

—¡No lo entiendo! Usted dice que se vino aquí huyendo de los hombres y odiándolos. No es lógico que usted hiciera un mapa como invitando a los hombres a que vinieran aquí, y mucho menos que ese mapa haya ido a parar a América o a Europa… o sabe Dios a qué otro sitio donde los hombres blancos lo hayan encontrado. ¿Cómo se explica eso?

—Yo te lo diré —repuso el Dios de los gorilas—. Yo amaba a una muchacha en mi lejana juventud; pero ella no quería interesarse por un pobre hombre de ciencia, sin porvenir alguno. Quería casarse con un hombre rico. Cuando me vine aquí y encontré los diamantes, me acordé de aquella mujer. No sé si la amaba todavía; la deseaba, y me habría gustado poder vengar en ella todo el mal que me había hecho antes con sus desdenes. Me dije que una venganza refinada habría sido traerla aquí, y conservarla a mi lado en este valle mientras durara su vida. La colmaría de riquezas, de una riqueza incalculable, pero que sería perfectamente inútil, ya que no podría comprar nada con ella.

Sonrió y continuó:

—Así, pues, hice ese mapa y la escribí una carta, enviándole el mapa y diciéndole que viniera, pero ella sola, sin comunicar a nadie el secreto, para que no nos robaran las enormes riquezas. En mi carta le aconsejaba sobre lo que tenía que hacer, el sitio donde desembarcar y la manera de formar la caravana que la trajera aquí. Entonces me dispuse a esperar. ¡Y he esperado durante setenta y cuatro años!… ¡Y la muchacha no llegó jamás aquí!

»Para enviarle la carta tuve que salir del valle y alejarme mucho, hasta encontrar una tribu amiga, donde un indígena se comprometió a llevar mi carta hasta la costa. Pero el indígena aquél, el mensajero, pudo haber sido asesinado. ¡Podrían haber ocurrido muchas cosas!… Y yo, a menudo, me preguntaba qué habría sido del mapa. Ahora ha vuelto a mis manos… ¡al cabo de setenta y cuatro años!… Y, con el mapa, ha llegado otra muchacha…, una hermosa y joven muchacha. ¡A la que yo adoré! Debe tener ahora, si vive, espere que calcule… ¡Sí, noventa y cuatro años!… ¡Una pobre bruja desdentada!…

El Dios suspiró, y terminó:

—¡Pero ahora no tendré a ninguna de las dos! En ese momento se oyeron unos golpes en la puerta, y ésta se abrió. Tarzán se había levantado.

En el umbral apareció la figura de un enorme gorila viejo, que, al ver a Tarzán, mostró sus colmillos con un gesto feroz, quedando inmóvil. Pero el Dios le tranquilizó, diciendo:

—¡Pasa, pasa sin temor, padre Tobín! Entra y cierra la puerta.

—¡Señor! —exclamó el gorila, avanzando y viniendo a postrarse de rodillas ante su Dios—; ¡todos creíamos que habíais muerto en el fuego! ¡El cielo sea loado por haberos salvado la vida!

—¡Mi bendición caiga sobre ti, hijo mío! —repuso el Dios con ternura —. Y ahora, dinos lo que ha ocurrido en la ciudad.

—El castillo ha sido arrasado, Señor.

—Ya lo sabemos. Pero ¿y el rey?… ¿Se cree que yo he muerto?

—Todos lo creen así, Señor. Y aunque muchas gentes le maldicen, Enrique está lleno de júbilo, y piensa proclamarse Dios.

—¿Y sabes la suerte que ha corrido esa muchacha que Wolsey arrebató al rey, llevándola a mi castillo? ¿Sabes si vive?…

—Vive, sí, Señor. Yo la vi huir.

—¿Y dónde está ahora?

—Las gentes del rey volvieron a cogerla, y la han llevado al palacio real.

—En ese caso, estará perdida, porque si el rey insiste en casarse con ella, cosa indudable, Catalina de Aragón la despedazará.

—¡Es preciso que la saquemos de allí inmediatamente! —dijo Tarzán, excitado.

—¡No creo que sea posible! — repuso Dios.

—Pues ahora acaba usted de decir que ese Wolsey lo consiguió ya antes.

—¡Es que Wolsey estaba animado por algo muy grave!…

—No menos grave que lo que le pueda mover a usted a imitarle — repuso Tarzán, dando un tirón de la cuerda y señalando al cuchillo que le pendía de la cintura.

—Pero ¿qué puedo hacer yo? —preguntó el Dios de los gorilas—. El rey dispone de un gran ejército, y ahora sus partidarios le temerán y respetarán más que nunca.

—Usted también tiene muchos partidarios, ¿no es así? —preguntó Tarzán.

—Sí.

—Entonces… envíe usted al sacerdote a que los llame y reúna. Y que

les diga que vengan con todas las armas de que puedan disponer.

El sacerdote miraba asombrado a este desconocido, que le hablaba a su Dios con tan poco respeto, y le tenía atada una cuerda al cuello; antes le produjo inmenso horror observar que Tarzán daba un tirón de aquella cuerda.

—¡Ve! —ordenó al fin el Dios de los gorilas al sacerdote—; ¡ve y reúne a todos los fieles!

»Y cuida que no haya traición ni complot alguno, ¿eh? —advirtió Tarzán—. Tu Dios me ha prometido ayudarme a salvar a la muchacha. ¿Ves esta cuerda atada a su cuello y este cuchillo en mi cintura?…

El sacerdote asintió en silencio, y Tarzán añadió:

—Perfectamente. Pues si no hacéis todo cuanto esté de vuestra parte por ayudarme, vuestro Dios morirá.

—¡Ve, padre Tobín! —repitió el Dios.

—Y pronto —añadió Tarzán por su cuenta.

—¡Ya voy, Señor! —dijo el sacerdote—; ¡pero siento tener que dejaros en poder de este hombre!

—Nada le pasará, si nos ayudáis —dijo Tarzán. El sacerdote, luego de hacer una reverencia humilde ante su Dios, salió de la cueva. Tarzán le preguntó luego al Dios:

—¿Cómo es posible que haya usted podido transmitir a estos seres feroces el pensamiento y la facultad de hablar del hombre, sin que los gorilas tomen el más leve indicio físico ni la más leve apariencia de los humanos?…

—La culpa no es mía —repuso el Dios—. Yo he transmitido a los gorilas células y protoplasmas humanos, que les han dado el pensamiento y la facultad de hablar, pero muy rara vez rasgos físicos de nuestra especie. Y digo rara vez, porque han nacido algunos gorilas que eran una mezcla de hombre y gorila, y que presentaban las características más monstruosas del hombre y de la bestia: una mezcla de lo peor de ambas especies. Esos seres huyeron de esta ciudad y dicen que han formado una tribu en un rincón lejano del valle. Recuerdo de los ejemplos en que los individuos eran absolutamente perfectos en sus formas físicas, rigurosamente humanas, pero tenían el cerebro y la mente de los gorilas; la mayoría, sin embargo, teman la apariencia de monstruos híbridos.

De esos dos ejemplos, uno era una hermosísima muchacha, que tenía, sin embargo, el genio, el carácter y todas las características físicas de los

leones; el otro, un hermoso muchacho, cuyo espíritu no difería en nada del que pudo tener, por ejemplo, Jack el Destripador.

—Y ahora, amigo mío —terminó el Dios de los gorilas—, ¿qué piensas hacer cuando mis partidarios se hayan reunido aquí ante esta cueva?…

—¡Les ordenaremos que vengan con nosotros, atacaremos el palacio real y arrebataremos de allí a la pobre muchacha prisionera!

XXIX

MUERTE AL AMANECER

RHONDA Terry despertó sobresaltada. Un tumulto espantoso, de gritos, de rugidos, se elevaba hasta el cielo, y vio a las gorilas hembras muy agitadas y dando muestras de inquietud. Algunas gritaban; de todos modos, no eran estos gritos sino los que venían a través de las ventanas sin cristales, los que habían despertado a la muchacha.

Rhonda se levantó, acercándose a una ventana. Entonces, Catalina de Aragón murmuró, enseñando sus colmillos feroces y señalando a la prisionera:

—¡Vienen a por ella!

Rhonda, desde la ventana, vio una terrible y feroz turba de gorilas que avanzaba hacia el palacio, a la luz de varias antorchas. De pronto, se llevó una mano al pecho, porque delante de aquella multitud bestial acababa de distinguir a Stanley Obroski, que avanzaba resueltamente hacia una de las puertas del palacio real.

Fijándose se dio cuenta de que los gorilas, lejos de luchar contra Stanley, parecían sus amigos y aliados ahora. Enseguida vio que el Dios de los gorilas iba al lado de Obroski y llevaba una cuerda al cuello.

Los gorilas gritan, mirando hacia aquí, y Rhonda comprendió ahora el sentido de las palabras de Catalina de Aragón, que añadió:

—¡Si esta mujer no estuviera aquí, habría paz!

—¡Bien! —añadió entonces Ana de Cleves—; ¡matadla!

—¡Matadla! —repitió Ana Bolena.

La muchacha se volvió, aterrada, viendo con el consiguiente espanto que las gorilas hembras avanzaban hacia ella en actitud amenazadora. Eran unas bestias feroces, espantosas, capaces de despedazar a la pobre Rhonda en dos zarpazos.

Pero, de pronto, una de las hembras gorilas se interpuso, diciendo:

—¡Déjenla!… ¡No es culpa suya si está aquí! Era la noble Catalina

Parr.

—¡Matadlas a las dos! —rugió Catalina Howard—. ¡Matad a la Parr también!

La Howard cayó sobre la Parr con un rugido feroz, y las dos se abrazaron luchando espantosamente, buscando cada cual la yugular de la otra con sus colmillos sucios y terribles. Entonces, las otras cayeron sobre la infeliz Rhonda, dispuestas a despedazarla.

¡Rhonda se consideró perdida!… ¡No había escape posible, porque algunas le cerraban el paso hacia las ventanas!… Ya la cogían, cuando, de pronto, la puerta se abrió de par en par, dando paso a tres enormes gorilas, uno de los cuales gritó con voz de trueno:

—¡Su Majestad el Rey!

Las gorilas hembras que acosaban a Rhonda se apartaron inmediatamente, y sólo las dos que luchaban en el suelo permanecieron sordas a las palabras y la presencia de los gorilas.

El enorme gorila, que era Enrique VIII, gritó con voz de cólera:

—¡Silencio!

Y avanzando hacia las dos hembras que luchaban, las llenó de golpes, hasta que consiguió separarlas. Entonces rugió:

—¿Dónde está la muchacha blanca?… ¡Ah, ya la veo!… ¡Ven acá!… ¡El Dios de este país viene a por ti, pero no te llevará, porque tú eres mía y me perteneces!

—¡Dejad que se la lleve, señor! —dijo Catalina de Aragón—. ¡Sólo ha venido a meter guerra y cizaña!

—¡Calla tú! —ordenó el rey—, si no quieres ir al calabozo.

El monarca avanzó hacia Rhonda, la cogió rudamente y echándosela al hombro como si fuera una pluma, corrió hacia la puerta, diciendo:

—Vosotros, tú, Suffolk y tú, Howard, estaros aquí guardando el corredor, y si los partidarios de Dios llegan hasta aquí, procurad contenerlos, hasta que yo haya podido alejarme.

—¡Nosotros os acompañaremos, señor! —dijo uno de ellos.

—¡No! —insistió el monarca—. Quedaros aquí, cerrando el paso al enemigo. Cuando haya pasado el peligro, venid a buscarnos al fondo norte del valle, donde nace la rama este del Támesis.

Y escapó, corredor adelante, con su preciosa carga, atravesó luego varias estancias y al fin en una de éstas levantó una trampa que había en el suelo, diciendo a Rhonda:

—¡Por aquí podremos escapar, hermosa mía! Nadie conoce la existencia de esta trampa, cuya idea me dio nuestro Dios, aunque él también la ignora.

A lo largo de un pasadizo estrecho y oscuro, por donde el rey tuvo que avanzar lentamente, y a tientas salieron, al fin, al campo. Antes el rey tuvo que quitar una gran piedra que disimulaba la entrada del pasadizo. Rhonda vio que estaban a la orilla de un río, junto a un tajo de la montaña.

Entonces comenzó una terrible prueba para Rhonda. El gorila, cogiéndola brutalmente por una muñeca, la obligó a caminar deprisa. Avanzaban bordeando el río, hacia la parte norte del valle, y el gorila, que daba muestras de gran inquietud, se detenía de vez en vez para escuchar o para olfatear el aire.

Al llegar a un vado donde el agua les llegaba sólo a las rodillas, cruzaron a la otra orilla, continuando hacia el noroeste. Aunque no se oía ruido que indicara que nadie venía persiguiéndoles, el gorila daba muestras de creciente inquietud. Al fin Rhonda averiguó la causa: del norte llegó a sus oídos el rugir espantoso y sordo de un león.

El gorila lanzó un rugido sordo, y aligeró el paso. Rhonda se sentía exhausta, deseando sólo dormir y descansar; pero el gorila tiraba de ella implacablemente. El cielo, por el este, comenzaba a palidecer con una lívida claridad de aurora.

De pronto, el rugir del león se oyó mucho más cerca, estremeciendo la llanura. El gorila echó a correr, tirando de la pobre muchacha. Llegaba el día. Árboles y matorrales comenzaban a ser visibles.

De repente, el león apareció a pocos metros de ellos. El gorila y la muchacha le vieron al mismo tiempo, y entonces Enrique VIII tiró de la muchacha, intentando ganar un bosquecillo cercano a su derecha. Pero el león, al darse cuenta de la maniobra, cambió también su rumbo, cerrando el paso a sus enemigos.

De nuevo se detuvieron éstos, y el gorila, luego de vacilar unos momentos, cogió a la muchacha, la levantó en sus garras poderosas, y la arrojó hacia adelante, hacia el sitio por donde venía el león. Enseguida, volviéndose, huyó locamente por el mismo camino por donde habían venido. La bestia esperaba salvar su vida a cambio de la de Rhonda.

Pero al obrar así, el gorila olvidaba por completo, o ignoraba, la sicología del león y de las otras fieras. Rhonda cayó de bruces. La infeliz sabía que el león estaba a pocos metros y que era inútil intentar una huida

imposible; pero, acordándose de su terrible trance con el otro león, permaneció perfectamente inmóvil.

Las bestias de presa se sienten atraídas por cualquier ser que huye. Todos hemos visto cómo nuestro perro, descendiente de las fieras, se arroja a todo lo que huye. Es una cosa inevitable, un instinto ancestral e irreprimible.

Enrique VIII debía haber olvidado esta ley eterna de los instintos de las fieras, ya que, de recordarla, habría sido él el que permaneciera inmóvil en el suelo, obligando a huir a la muchacha. Y así ocurrió lo inevitable: el león, sin detenerse siquiera junto a Rhonda, se lanzó ferozmente en persecución del gorila fugitivo.

Rhonda oyó a la fiera pasar junto a ella bramando, y cuando se persuadió, a juzgar por los rugidos del león, que se había alejado lo bastante, levantó la cabeza y miró. El gorila huía como una flecha, pero el león no tardaría en alcanzarle; de todos modos, Rhonda calculó que, mientras el gorila se defendiera, ella tendría tiempo de llegar hasta el bosquecillo y ponerse a salvo.

De un brinco se puso en pie, y, sin volver la cabeza siquiera, huyó hacia el bosquecillo. Apenas había dado unas cuantas zancadas, cuando Rhonda oyó una serie de rugidos feroces, de gritos espeluznantes; comprendió: el león había alcanzado al gorila, y las dos fieras luchaban terriblemente.

Cuando llegó junto a los árboles, se detuvo y volvió la cabeza. En efecto: el león acababa de sujetar al gorila entre sus garras feroces; luego, la muchacha vio cómo las poderosas mandíbulas de la fiera sacudían el cuerpo peludo del monstruo, y Enrique VIII quedó inmóvil. ¡Había muerto Su Majestad!…

La muchacha vio cómo el león, que estaba muy hambriento, se ponía enseguida a devorar su presa, sin mirar siquiera hacia aquí. Entonces se dirigió hacia el río, y lo cruzó, para despistar a la fiera si la seguía luego, y poner entre el león y ella una barrera difícil de saltar.

Su corazón se abrió ahora a la esperanza por primera vez desde hacía muchos días. ¡Estaba libre! ¡Y sabía dónde estaban sus amigos, esperándola! Siguiendo río abajo, llegaría hasta las cataratas.

Sin querer parar mientes en su terrible fatiga, se puso en marcha hacia el sur, río abajo. No le importaban los peligros que pudieran amenazarla; pero se decía que, por grandes y terribles que fuesen, nunca serían tan espantosos como los que ya había tenido que salvar.

Había salido el sol por encima de las montañas que cerraban el valle por el este, y Rhonda experimentaba una grata sensación al recibir la caricia del astro rey, que disipaba la niebla de la noche.

La infeliz anduvo y anduvo, incansablemente, durante varias horas, siguiendo los zigzags del río y no queriendo apartarse de este guía infalible, temerosa de perderse en las selvas inmensas. Pero, poco a poco, su fatiga iba siendo tal, que sus sentidos perdían brillo y lucidez, y su cuerpo todo parecía de plomo. Ya no veía bien, y apenas distinguía los ruidos que escuchaba, teniendo que hacer un gran esfuerzo para traducirlos y comprenderlos.

Esto la perdió; porque, cuando se quiso dar cuenta del peligro, ya era tarde.

De pronto, ante ella, a dos pasos, cayó de un árbol un enorme gorila, mejor dicho, un ser monstruoso, medio hombre y medio gorila: tenía el rostro de hombre, pero sus orejas y su cuerpo eran los de un gorila.

Rhonda intentó huir, pensando poder ganar el río y escapar nadando; pero otro monstruo igual cayó de otro árbol, y los dos se lanzaron sobre ella, sujetándola cada uno por un brazo. Los dos gritaban furiosamente, tirando cada cual para un lado, como si se la disputaran, mostrando a la vez sus colmillos feroces.

Rhonda pensaba que iban a arrancarla los brazos con sus terribles tirones, cuando de una rama del árbol cercano cayó un hombre blanco y desnudo. El hombre esgrimía un enorme garrote, con el que puso pronto en fuga a los dos asaltantes de la muchacha. Pero ésta vio con horror que el recién venido reía también ferozmente de ella, al tiempo que la sujetaba por una muñeca.

Pronto otros hombres iguales a éste que la tenía agarrada por un brazo, bajaron de los árboles, rodeándoles. El que la tenía sujeta era hermoso, con una gran cabellera rubia, que le caía sobre los hombros como la melena de un león.

Los que les rodeaban eran bellos y rubios también, pero parecían temerosos de este otro o de su garrote, porque se conservaban a respetable distancia. De pronto, su captor empezó a andar, tirando de ella.

De pronto se oyó un grito salvaje, que pareció desgarrar el silencio de la selva, y todo el mundo miró hacia arriba, hacia la espesa arboleda. Rhonda miró también. Entonces, un leve grito se escapó de su garganta, al descubrir a una muchacha rubia y muy bella, que, con la agilidad de un

mono, bajaba por el tronco de un árbol enorme, viniendo hacia aquí.

La muchacha aquella, al llegar al suelo, se acercó a Rhonda corriendo. La prisionera pudo ver entonces que era una muchacha hermosísima, aunque su rostro revelaba una rabia salvaje.

Al acercarse la muchacha salvaje, el captor de Rhonda y los otros retrocedieron, aunque enseñando sus colmillos con expresión de ferocidad. Pero ella continuó avanzando impertérrita, como si no los viera, fijos sus ojos en la prisionera.

Pero, de pronto, el monstruo que sujetaba a Rhonda, lanzó un rugido feroz, se encogió, cayó sobre la pobre prisionera, y, echándosela a la espalda huyó, veloz como el viento. El peso de la prisionera no parecía importarle, ni embarazaba sus movimientos.

Y detrás de ellos, gritando, chillando de furia, corrió también la muchacha salvaje.

XXX

LA MUCHACHA

LA GUARDIA del palacio del rey acabó por ceder ante el empuje irresistible de la multitud de fieles que asaltaban el edificio, por orden del Dios de los gorilas. El Dios se mostraba muy contento, ya que hacía tiempo que había estado buscando una ocasión para castigar al vanidoso rey.

Al principio, había pensado el Dios en burlar a Tarzán, faltando a la palabra que le había dado; pero ahora estaba decidido a devolverle la libertad a él y a la muchacha.

Tarzán, sólo interesado en la muchacha, preguntó al Dios, una vez que ambos hubieron franqueado la entrada del palacio:

—¿Dónde está la muchacha blanca?…

—Estará seguramente con las otras mujeres —repuso el Dios de los gorilas—. Ven conmigo. Es arriba.

Al llegar arriba, se encontraron con Suffolk y con Howard; pero éstos, al ver al Dios seguido de tanta gente armada, cambiaron de actitud y, arrodillándose ante el Dios, le dijeron que en aquel momento iban a salir a su encuentro para reunirse a sus fuerzas, luchando contra las del rey.

El Dios sonrió de un modo escéptico, comprendiendo que mentían, y preguntó:

—¿Dónde está la muchacha blanca?

—Se la ha llevado el rey —repuso Suffolk.

—¿Adónde?

—No sé. Se marchó por ese corredor, y desapareció con ella.

—¡Pero alguno debe saberlo! —murmuró Tarzán, de mal humor y en tono duro.

—¡Quizá Catalina de Aragón lo sabe! —indicó Howard.

Les llevaron al harén, y Suffolk abrió la puerta de par en par, gritando luego:

—¡Dios, nuestro Señor!

Las gorilas hembras, aterradas y temiendo por su vida, cayeron postradas de hinojos ante Dios, y Catalina de Aragón gimió en tono desolado:

—¡Señor: tened piedad de nosotras! ¡Yo soy vuestra sierva más fiel!…

—Entonces, dinos dónde está el rey. Catalina de Aragón, sintiendo la rabia y los celos de la hembra vieja, acabó por decir:

—¡Venid conmigo señor!

Les llevó a través de varias estancias, hasta aquella donde se encontraba la trampa. Luego, levantando ésta, dijo:

—Mirad, señor: por aquí se entra a una galería subterránea, que pasa por debajo de la ciudad y va a desembocar más allá de las murallas, junto al río. Por aquí se han ido el rey y la muchacha rubia.

Tarzán percibió con su agudo olfato el delicado aroma de Rhonda, y se dijo que quizá el rey se había llevado a la muchacha por aquí a algún punto remoto del valle.

Tarzán se dispuso a seguir a los fugitivos, pero quería ir solo. Desató la cuerda de la garganta del Dios de los gorilas, y se afirmó el cuchillo al cinto. Quería ir preparado a todo evento.

Sin pronunciar una palabra, el hombre-mono empezó a descender las escaleras, y poco después atravesaba el túnel, guiándose por el olfato, en persecución de aquellos a quienes buscaba.

Al cabo de un largo rato salió al campo libre, apartando la enorme piedra que taponaba la boca de la mina y volviéndola luego a colocar en su sitio.

Tarzán se agachó, olfateando el suelo, y pronto descubrió que los fugitivos habían marchado hacia el noreste, entre el río y las montañas. Desgraciadamente, el viento no le era favorable, ya que, de haberlo sido, habría encontrado a los fugitivos en pocos momentos.

Empezó a caminar siguiendo el rastro, y aunque tenía que detenerse con frecuencia e incluso volver sobre sus pasos, no sentía la impaciencia o la nerviosidad que habría acometido a un hombre en tales circunstancias, ya que la paciencia de las fieras del desierto, cuando cazan, es infinita. Tarzán tenía la certeza de que acabaría por alcanzar a los fugitivos, y, además sabía que mientras caminaran, Rhonda estaba relativamente segura.

Al amanecer cruzó el río, siempre siguiendo el rastro, y poco después oyó el rugido de un león y, casi enseguida, los bramidos de otra bestia: era un gorila. El hombre-mono comprendió: Numa había atacado al gorila, y

Tarzán se dijo que debía tratarse del rey. Pero ¿qué había sido de la muchacha?… No oía ninguna voz humana mezclándose al rugir de las bestias. Entonces echó a correr. De pronto, al llegar a un altozano, vio al león devorando al gorila. Pero la muchacha no se veía por ninguna parte.

Evitando que le viera el león, y marchando contra el viento, para que la fiera no le olfateara, Tarzán se puso a buscar el rastro de la muchacha, consiguiendo encontrarlo cerca de la entrada de un bosque, inmediato al río. Por suerte, el viento había cambiado, y ahora Tarzán percibió el olor de la muchacha. Entonces echó a correr, siguiendo con facilidad el rastro dejado por Rhonda.

De pronto, el hombre-mono refrenó un tanto su carrera, olfateando el viento con más fuerza. Era que acababa de percibir un extraño perfume en el aire, mezcla de mangani y tarmangani, de grandes monos y hombres blancos, de machos y de hembras.

Aligeró otra vez el paso. Su instinto de animal de los bosques, parecía avisarle que el peligro estaba allá adelante, un peligro que amenazaba a la muchacha y a él. Y avanzaba silenciosamente, al lindero del gran bosque que bordeaba el río.

Los extraños olores aquellos se acentuaban, y, de pronto, un inmenso rumor de voces se oyó al fondo de la floresta. Tarzán trepó a un árbol, sintiéndose aquí en su elemento y más seguro.

Ahora oyó un grito de mujer, salvaje, con acento de rabia, un grito casi humano, en el que, sin embargo, predominaban las notas y características de la bestialidad. Después oyó algunas palabras moduladas en el lenguaje de los grandes monos. Pero Tarzán se engañaba esta vez.

Al fin, avanzando siempre por encima de la arboleda, Tarzán llegó al sitio de donde partían los gritos y el estruendo, y entonces pudo ver algo que le llenó de asombro: en una gran explanada del bosque, se veían numerosos seres monstruosos, medio hombres y medio gorilas. Y uno de ellos, un hombre blanco que parecía de su raza, desaparecía en este instante por entre los troncos de los árboles, llevando a Rhonda a sus espaldas. Detrás de ellos corría, loca de furor, una muchacha blanca y rubia, con una gran cabellera deshecha cayéndole por los hombros desnudos. Por lo demás, lo mismo esta muchacha de aspecto salvaje, que los otros monstruos, iban completamente desnudos.

Detrás de la muchacha salvaje corrían los demás monstruos del bosque, pero pronto el que llevaba a Rhonda y la muchacha salvaje se alejaron una

gran distancia, y los demás renunciaron a perseguirles.

Corriendo por entre el follaje de los árboles, Tarzán no tardó en adelantar a la muchacha salvaje, que perdía terreno, fatigada. Así llegaron a un sitio donde el bosque terminaba y empezaban las laderas de una alta montaña, que aparecía cortada a pico.

Tarzán bajó a tierra. La muchacha salvaje había quedado ya a bastante distancia de ellos, y el hombre blanco aquel que llevaba a Rhonda, se dirigía hacia el tajo de la montaña. Tarzán le siguió, aunque comprendía que no iba a lograr alcanzarle antes de que el otro ganara el acantilado.

Tarzán, sin dejar de correr, recordó ahora la historia que le contara el Dios de los gorilas referente a los monstruos que se escaparon de la ciudad, y que eran mitad hombres y mitad gorilas. Éstos debían ser, entonces, los hijos monstruosos de aquella espantosa unión, hecha por el sabio, entre la Naturaleza y la Ciencia.

Tarzán se maravillaba viendo la velocidad con que el otro corría, cargado con Rhonda. Ya llegaba al pie del enorme desfiladero, donde se veían infinidad de pedruscos enormes y cuevas. El fugitivo comenzó a saltar de roca en roca, como una cabra montes, y Tarzán le siguió, aunque más lentamente, porque no estaba acostumbrado a esta clase de terreno tan áspero. Al final, venía la muchacha salvaje, cada vez más lejos.

El fugitivo trepó ágilmente montaña arriba, hasta llegar a una especie de pequeña cornisa, donde había una cueva. Allí dejando a la muchacha en el suelo, se volvió hacia su perseguidor.

Tarzán, para evitar el tener que subir directamente al sitio donde estaba su enemigo, empezó a trepar en sentido casi horizontal, siguiendo una gran cornisa de la montaña, que formaba como una visera. Su intención era llegar encima de donde estaba su enemigo con Rhonda y sorprenderle por la espalda.

Pero el que retenía a Rhonda adivinó sus intenciones, y le gritó, en el lenguaje de los grandes monos:

—¡Márchate!… ¡Baja, o te mato!

—¡Rhonda! —gritó con todas sus fuerzas Tarzán de los Monos.

La muchacha, avanzando hacia el borde del precipicio, miró hacia abajo, y gritó a su vez, en el colmo del asombro:

—¡Stanley!…

Entonces Tarzán volvió a gritar a la muchacha:

—¡Trepa hacia arriba, por las cornisas esas, mientras yo entretengo al

enemigo! ¡Y luego bajas hacia la parte sur del valle!

—¡Voy a intentarlo! —dijo Rhonda. Y empezó a trepar montaña arriba.

Pero la muchacha salvaje había llegado al pie del desfiladero, y gritó a su compañero de raza:

—¡Kreeg-ah!… ¡La muchacha se escapa!…

El enemigo se volvió entonces, abandonando el sitio desde el que hacía frente a Tarzán, para perseguir a Rhonda. Tarzán avanzó diagonalmente hacia la chica americana.

Rhonda subió con tal rapidez el tajo, que pronto se puso fuera del alcance de su perseguidor. Además, Tarzán había logrado interponerse entre ellos.

Cuando el captor de Rhonda se dio cuenta de esto, se volvió a Tarzán, con un rugido feroz y salvaje. Los dos hombres estaban ahora en la misma cornisa de la montaña, una cornisa estrecha, donde el mismo Tarzán comprendía que no podrían luchar, so pena de despeñarse ambos a los pocos momentos.

El hombre-mono miró hacia abajo. Entonces pudo descubrir una cornisa más ancha que ésta, que corría paralela a la que les sostenía, a poca distancia… Vio también que la muchacha salvaje les perseguía, trepando montaña arriba. Y, para colmo, en la llanura pedregosa que servía de base a la montaña, acababan de aparecer los monstruos del bosque aquellos, los compañeros de la muchacha salvaje y del raptor de Rhonda, que lanzaban ahora gritos extraños y feroces.

Tarzán comprendió que sería inútil intentar luchar contra su enemigo en estas circunstancias. Aun suponiendo que saliera victorioso, se despeñaría con el hombre-bestia y se mataría también. Y, si no, los monstruos que rugían al pie de la montaña, le rematarían.

Se hacía estas reflexiones, cuando, de pronto el hombre-bestia se le vino encima. Fue una acometida brutal, feroz. Rhonda, desde arriba, lo vio todo, y lanzó un leve grito, al tiempo que se llevaba una mano al corazón.

La muchacha salvaje, sin dejar de trepar hacia arriba, empezó a lanzar gritos, animando a su compañero contra Tarzán y la muchacha. Tarzán recibió a su enemigo con una fuerza y un ímpetu hercúleos. Ahora eran dos bestias que luchaban una contra otra.

Un rugido feroz salió del pecho de Tarzán, cuyos dientes de lobo lucieron ahora, buscando la garganta de su adversario. Eran como dos toros, como dos panteras enloquecidas, que buscaran la garganta del

enemigo… Al fin, furiosamente abrazados, cayeron al suelo, resbalaron hacia el borde y cayeron juntos en el abismo…

Rhonda cerró un instante los ojos, aterrada. Había desaparecido su última esperanza de salvación, ya que el hombre al que ella creía que era Obroski, acababa de morir, sin duda alguna. Si no había muerto, los monstruos que rugían al pie de la montaña, se encargarían de rematarle. ¡Y ella había llegado a un punto en el que ya no podía seguir ascendiendo, porque no había en la pared de la montaña ningún punto de apoyo!…

Abrió los ojos, con un sentimiento que se sobreponía a su mismo instinto de conservación, a la misma angustia por su suerte. Era un sentimiento de admiración por aquel hombre al que ella había estado despreciando hasta aquí… un sentimiento más fuerte que la misma admiración. ¿Sería amor?… Se sentía incapaz de ver a Obroski muerto. Y, sin embargo, sus ojos se abrieron ahora mucho, mirando hacia abajo, como si quisiera seguir viendo la terrible escena de pesadilla.

Pero Tarzán no estaba dispuesto a morir. Era igual a su enemigo en fuerza y en ferocidad, pero le ganaba en inteligencia y astucia. Él había sido el que empujó a su enemigo para que ambos rodaran por el suelo de la cornisa, cayendo a la de más abajo. Y luego, cuando ya estaban en el aire, con un movimiento de felino, Tarzán consiguió que su enemigo cayera debajo de él… y así, al llegar a la otra cornisa, el hombre-bestia cayó de espaldas, llevando a Tarzán encima, que, además, le puso una rodilla en el pecho, medio matándole y dejándole privado de sentido.

Apenas habían caído, ya estaba de nuevo Tarzán en pie, y se asomó al borde de la comisa. Vio a los otros monstruos trepando hacia arriba, entre gritos de cólera. La muchacha salvaje estaba ya muy cerca, y Tarzán concibió enseguida un plan magnífico.

De un brinco se plantó junto a la muchacha salvaje, y, sin cuidarse de los arañazos, los mordiscos ni los gritos de ésta, la cogió por el pelo y se la echó al hombro, llevándola hacia una cornisa bien arriba. Los gritos de la prisionera alternaban con sus mordiscos a Tarzán, pero éste no les daba importancia, y cuando llegaron a la cornisa, la ató fuertemente con su cuerda.

Después, Tarzán siguió trepando hacia arriba, hasta llegar a la cornisa más alta de la montaña, que era la más ancha también, y precisamente donde estaba Rhonda, mirando con ojos muy abiertos por el espanto todas las escenas del terrible drama que se desarrollaba a sus pies. De allí no

podían pasar, porque la montaña subía hasta la cima cortada a pico, sin formar saliente ni reborde alguno.

La muchacha salvaje estaba ahora silenciosa, con un extraño silencio. Tarzán la dejó en el suelo, mirando luego a Rhonda, que estaba apoyada contra el muro de la montaña, como un animal acorralado. ¡No había escape, en realidad, por ningún lado!…

Con gran sorpresa de Tarzán, la muchacha salvaje, que ahora aparecía dulce y tranquila, le sonrió, mirándole en los ojos. Estaba muy hermosa. Pero Tarzán dejó de mirarla para volver su atención a la horda salvaje de monstruos que, escalando la montaña entre un espantoso estruendo de rugidos, llegaban ya hasta aquí.

Tarzán les gritó, en el lenguaje de los monos:

—¡Volveos!… ¡Bajad la montaña, o mato a esta muchacha de vuestra tribu!

Este era el plan que Tarzán había concebido poco antes: retener a la muchacha en rehenes y amenazar a los suyos con matarla si no les dejaban en paz.

Pero el plan fracasó… y Tarzán oyó decir a la muchacha:

—¡No se marcharán! ¡Nada les importará si me matas! Tú me has cogido, y ahora soy tuya, te pertenezco. Si pueden subirán aquí, nos matarán y luego se comerán nuestros cadáveres. Si quieres hacerles huir, arrójales piedras y ponlos en fuga. Luego, yo te diré cómo podemos escapar de ellos…

Siguiendo su consejo, Tarzán cogió unos cuantos cantos, y arrojó uno de ellos al más cercano de los monstruos. La piedra le dio en la cabeza, y el monstruo cayó hacia atrás, despeñándose. La muchacha salvaje, junto a Tarzán ahora, insultaba y rugía denuestos a sus antiguos compañeros.

Tarzán repitió la suerte, y pronto Rhonda y la muchacha salvaje se unían a él en la defensa de la cornisa, lanzando una lluvia de pedruscos contra los enemigos, que no tardaron en huir, buscando el refugio en las cuevas de las montañas.

—¡Ahora no nos comerán en algún tiempo! —dijo la muchacha salvaje, riendo.

—Pero ¿tú comes carne humana? —preguntó Tarzán.

—No; ni Malb'yat ni yo la comemos. Pero ellos se lo comen todo…

—¿Quién es Malb'yat?

—Mi marido…, con el que tú has luchado y del que me has arrebatado.

Ahora soy tuya. Yo lucharé por ti y a tu favor. ¡Y ninguna mujer podrá acercarse a ti!

Y volviéndose hacia Rhonda, lanzó un rugido feroz, y habría acometido a la infeliz de no haberse interpuesto Tarzán.

—¡Déjala! —dijo el hombre-mono.

—Es que tú no puedes tener ya otra mujer que yo.

—Esta mujer no es mía —opuso Tarzán—. Y tú no debes hacerle daño.

—¡Ya veremos!… ¡Yo estaré en guardia! ¿Cómo se llama?

—Rhonda.

—¿Y tú?

—Puedes llamarme Stanley —repuso Tarzán, divertido por el giro que habían tomado los acontecimientos. Ahora, su salvación y la de Rhonda dependía de esta extraña y hermosa muchacha salvaje.

—¡Stanley! —repitió la muchacha, con esfuerzo—. Mi nombre es Balza.

Tarzán comprendió. El nombre cuadraba muy bien a la muchacha salvaje, porque en el lenguaje de los monos, '*balza*' quiere decir 'muchacha rubia'. Los nombres de los monos son siempre simbólicos. Tarzán quería decir 'hombre blanco'. Malb'yat significaba 'cabeza rubia'.

Balza lanzó de pronto una piedra contra uno de los monstruos que había asomado la cabeza por encima de una roca, haciendo blanco. Entonces, riendo, se volvió hacia Tarzán y le dijo:

—¡No nos libraremos de ellos hasta que se haga de noche! La noche le aterra. Si saliéramos ahora, nos perseguirían, y como son tantos, acabarían por matarnos.

Tarzán, recordando la historia que le contara el Dios, preguntó ahora a la muchacha, cuya dicción le había extrañado, en inglés:

—¿Hablas tú inglés?

—*Yes* —repuso ella, sonriendo y extrañada—. Yo no sabía que tú lo hablaras.

—¿Y dónde lo aprendiste?

—En Londres. Antes de que nos arrojaran de allí.

—¿Y por qué os arrojaron?

—Porque no éramos como ellos. Mi madre me tuvo escondida mucho tiempo; pero al fin tuvimos que huir, porque nos descubrieron y querían matarnos.

—¿Y Malb'yat es como tú?

—No; Malb'yat es como los otros. No ha podido aprender una palabra inglesa. Tú me gustas mucho más que él. Espero que lo hayas matado.

—Pues no le he matado —repuso Tarzán—. Antes le he visto removerse, allá en la cornisa donde le dejé malherido.

Entonces la muchacha salvaje, cogiendo una gran piedra, la lanzó contra Malb'yat, pero no le dio. Él se escondió temerosamente. Y ella dijo:

—¡Si me cogiera ahora, me pegaría!

—Yo creo que te mataría —repuso Tarzán.

—No, porque no hay mujeres en la tribu como yo. Las otras son feas, horribles, y yo soy bella, y no me mataría… Pero a ti sí te mataría. Y ellas me matarían a mí de buena gana…

Sonrió, mirando a Rhonda, y preguntó:

—Y ésta, supongo que también me mataría de buena gana, ¿no?…

La muchacha americana, que había seguido con gran interés la parte de la conversación sostenida por los otros en su idioma, sonrió ahora, contestando:

—¡Yo no tengo deseo alguno de matarte, mujer! No hay razón para que no seamos amigas.

Balza la miró, sorprendida, durante largo rato, como si la estudiara con desconfianza. Luego dijo:

—¿Es verdad lo que dice, Stanley?

—Sí, es verdad —repuso Tarzán.

—En ese caso —exclamó Balza, dirigiéndose a Rhonda, seremos amigas.

Porque sus decisiones en materias de amor, de amistad o de odio, eran siempre cosas impulsivas.

Y durante varias horas permanecieron los tres allí, en la cornisa, recordando de vez en cuando a los monstruos de abajo, que estaban en guardia y vigilantes, arrojándoles grandes cantos.

XXXI

«¡DIAMANTES, DIAMANTES!

AL FIN, el largo día empezó a declinar. Todos estaban hambrientos y sedientos, deseando abandonar cuanto antes la estrecha cornisa donde habían estado expuestos al terrible sol africano desde la mañana.

Tarzán y Rhonda se habían entretenido y divertido mucho con la muchacha salvaje. Era de una ingenuidad encantadora, que le permitía decir y hacer cuanto se le antojaba u ocurría.

Cuando ya el sol comenzaba a ponerse, Balza se levantó, diciendo a los otros:

—¡Venid conmigo! Ahora no nos perseguirán porque pronto se hará de noche.

Les llevó al interior de una cueva que había allí mismo, cueva que era bastante profunda, aunque recta por completo, y al fin vieron que la cueva terminaba en un estrecho tubo, que subía hacia arriba, como el tubo de una chimenea. Tarzán lo examinó, diciéndose que pronto podría trepar por allí, apoyando su espalda en un lado y los pies en otro. Luego dijo:

—Yo subiré primero; luego os echaré mi cuerda a vosotras y podréis subir.

—Es extraño —dijo Tarzán a Balza— que tu gente no haya venido aquí arriba y nos haya atacado por la espalda.

—Es que son estúpidos —repuso la muchacha—. Son incapaces de pensar nada, porque tienen el cerebro de gorilas…

Tarzán trepó pronto por el tubo aquel, y luego, arrojando la cuerda a las muchachas, las subió una por una. Se encontraron en una especie de honda cañada, cuyo suelo estaba cubierto de unas piedras extrañas, como transparentes y brillantes, que reflejaban y devolvían la luz como gamas de piedras preciosas. Esto daba a la cañada un aspecto de pozo luminoso.

En el momento en que Rhonda salió de la chimenea aquella de la cueva, lanzó una exclamación de sorpresa infinita:

—¡Diamantes! —dijo, cruzando las manos—. ¡Diamantes!… ¡Eso son diamantes!… ¡Oh, el Valle de los Diamantes!…

Y, agachándose, cogió un puñado de las piedras preciosas, contemplándolas con arrobo y admiración.

Balza la miró, sorprendida. Para ella, las gemas nada valían. Tarzán, a su vez, recogió algunos ejemplares gruesos.

—¿Puedo llevarme algunas? —preguntó Rhonda.

—¿Y por qué no? —repuso el hombre-mono—. Llévate las que puedas y quieras.

—¡Oh, seremos todos muy ricos, muy ricos! —siguió diciendo entonces Rhonda, entusiasmada—. ¡Haré que venga aquí toda la compañía, y nos llevaremos los camiones cargados de toneladas de diamantes!… ¡Porque hay toneladas y toneladas, seguramente!…

—¿Y sabes lo que te pasaría entonces? —dijo Tarzán.

—¡Ya lo creo! —exclamó Rhonda, entusiasmada—; tendré una villa en la Riviera, una casa en Beberly Hills, un *cottage* de lujo en Malibú, otro en Palm Beach, una casa de renta en Nueva York, una…

Pero Tarzán le interrumpió, cortando sus entusiasmos:

—¡No tendrías ni más ni menos de lo que ahora tienes, Rhonda, porque el mercado, al saturarse de diamantes, haría que éstos perdieran todo su valor! De modo que, si quieres un consejo prudente, coge ahora unos cuantos diamantes para ti y tus amigos, llévatelos y no digas a nadie cómo pueden llegar aquí, al Valle de los Diamantes.

Rhonda le dio la razón, y Balza les guió luego, durante el breve crepúsculo, hacia el valle, dando un rodeo para evitar la ciudad de los monstruos, y dirigiéndose luego hacia el sur, siguiendo la corriente del río y en busca de las cataratas.

Pero Balza, pasados algunos bosques, desconocía el camino, porque nunca había venido hacia el sur del valle. Tuvieron, pues, que avanzar despacio durante toda la noche, y sólo cerca del amanecer llegaron a las proximidades de las cataratas.

Tarzán había tenido que llevar a Rhonda en brazos largos trechos, porque la pobre iba agotada por tanto dolor y tanta prueba; pero Balza era incansable, y caminaba silenciosamente en pos del hombre al que ahora consideraba su dueño. El instinto y la vida de los bosques la hacían caminar silenciosa, con los oídos alerta, ya que en la jungla la muerte viene de noche, cuando menos se espera. Pero ¿quién podría saber lo que pasaba en

el cerebro de aquella muchacha salvaje, mientras iba siguiendo a su amo y señor hacia un mundo desconocido?…

A la lívida luz del amanecer, el tajo de la montaña tenía un aspecto horrible, extraño, espeluznante, que hizo estremecerse a Rhonda Terry. El fondo no se veía, oculto por una espesa niebla. Y sólo el estrépito de las cataratas, horrendo, espantoso, como la voz de los Titanes de la Tumba, hacía pensar en los terribles abismos a los que las aguas se despeñaban.

Todavía recordaba con caracteres de fuego cuando el gorila la había subido por este tajo que causaba vértigos. Ahora se decía que Obroski no podría bajarla nunca por allí. Es verdad que le había visto realizar cosas que unas semanas antes ni ella ni nadie le habrían supuesto capaz de hacer; pero esto era algo superior a las fuerzas humanas. Ni solo podría bajar Stanley por aquí.

Pero, apenas acababa de pensar en todo esto cuando Tarzán, cogiéndola en brazos, se la echó sobre un hombro, y, acercándose al abismo, empezó a descender con ella.

Rhonda cerró los ojos y apretó los dientes, sin poder lanzar ni el más leve grito, tal era su terror; y, mientras tanto, Tarzán, con una agilidad de mono, descendía el terrible abismo con increíble ligereza, encontrando siempre asideros y puntos de apoyo, y sin sentir aparentemente el peso de la muchacha. Detrás de ellos empezó a bajar Balza, confiada y serena también, como un simio.

Y al fin, lo increíble se había realizado, y los tres estaban al pie del tajo y de las cataratas. El sol había salido e iba disipando la niebla. Rhonda sintió que su corazón renacía a la esperanza, y le dijo a Tarzán:

—¡Bájame al suelo, Obroski! Ahora tengo la certeza de que podré caminar por mi pie. ¡Me siento más fuerte!

—El campamento donde yo dejé a Orman y a los otros no está muy lejos —repuso Tarzán.

Rhonda preguntó de pronto, mirando a Tarzán:

—Aunque todos nosotros somos de Hollywood, y no nos asustamos gran cosa, yo creo que debiéramos proporcionar a Balza algún vestido antes de acercarnos al campamento. ¿No te parece, Stanley?

—¡Pobre Balza! —sonrió Tarzán, mirando a la muchacha salvaje—; ¡pronto le harán comer la manzana prohibida, ahora que se acerca a los hombres civilizados!… Dejémosle conservar su desnudez y su pureza de pensamiento, mientras sea posible!…

—¡Pero si yo lo decía por ella! —opuso Rhonda.

—¡Oh, a ella no la importa mostrar su desnudez, que es casta! Una simple falda, la turbaría mucho más.

—¡Muy bien! —acabó por decir Rhonda—. Y Orman y Bill hace muchos años que han olvidado la debilidad de sonrojarse. ¡Vamos!

De pronto, Tarzán, cuando ya habían avanzado cierta distancia, se detuvo, y señalando a un sitio cerca del río, dijo:

—¡Allí estaban acampados; pero se han ido!

—¿Qué puede haberles ocurrido?… ¿No iban a esperarte?

Tarzán, en vez de contestar, empezó a olfatear el aire intensamente. De pronto dijo:

—¡Se han ido río abajo!… ¡Además, no están solos: hay muchas gentes con ellos!

Avanzaron río abajo, cosa de una milla, cuando, de pronto, al volver una curva del río, se detuvieron absortos. En una explanada del bosque vieron un gran campamento, junto al que había numerosos camiones y autos.

—¡El safari! —gimió Rhonda, entusiasmada y llena de emoción—. ¡Nuestra caravana!… ¡Pat ha conseguido traerlos hasta aquí!…

Alguien, cuando ya se acercaban al campamento, gritó, y un segundo después todo el safari corría enloquecido al encuentro de los que llegaban. Todos se disputaron la alegría de besar y abrazar a Rhonda, y Naomi Madison se arrojó a besar a Tarzán. Pero inopinadamente, Balza se arrojó a su vez contra Naomi como una tigresa, y, por suerte, Tarzán pudo contenerla a tiempo, mientras Naomi retrocedía asustada, aterrada.

—¡Apártate de Stanley, chica! —la advirtió Rhonda—, porque esa muchacha se lo ha apropiado por completo.

Tarzán cogió a Balza por los hombros, y mirándola fijamente, le dijo:

—¡Mira; estas gentes son mi pueblo; sus costumbres no son las tuyas, de modo que si te metes con estas mujeres, te enviaré lejos de mi lado!

Todos quedaron mirando a Balza con asombro y admiración, sobre todo Orman, cuyo ojo de director estaba ya descubriendo en ella un tipo admirable para la pantalla, y Pat O'Grady.

—Balza —dijo luego Tarzán a la muchacha—; ve con estas muchachas, y obedécelas en lo que te manden. Te cubrirán el cuerpo con una tela molesta, pero es preciso que la lleves. Dentro de un mes fumarás cigarrillos y beberás whisky y otras cosas. Entonces ya estarás civilizada. Ahora eres

solamente una muchacha salvaje. ¡Anda, ve con ellas! ¡Ve con ellas y serás desgraciada también!

Todo el mundo sonrió, excepto Balza, que sólo sabía que su Dios había hablado y ella tenía que obedecerle. Y entonces se marchó con Naomi y Rhonda a la tienda de las muchachas.

Tarzán habló luego con Orman, Bill West y Grady. Todos ellos le tomaban por Obroski. Tarzán no quiso disuadirlos de su error. Le contaron que Bill West había pasado casi toda la noche anterior intentando escalar el tajo de la montaña. Consiguió sólo subir a cierta altura, desde donde pudo ver las luces de los camiones y del campamento; y entonces, bajando, ya que le era imposible subir a la cima, condujo a sus compañeros al sitio donde estaba acampado el safari.

Orman estaba ahora entusiasmado con la idea de continuar la película. Por suerte, había recuperado a los protagonistas principales, y decidió ejecutar por sí mismo algunas escenas difíciles, mientras Pat O'Grady hacía el trabajo del pobre Mayor White. En cuanto a Balza, le había buscado también un trabajo apropiado.

—¡Esta chica las desbancará a todas! —dijo en tono profetice.

XXXII

«¡ADIÓS ÁFRICA!»

DURANTE dos semanas, Orman estuvo tomando escena tras escena, en el sublime escenario de las cataratas, que formaban el fondo del paisaje grandioso. Tarzán había traído, luego de dos días de ausencia, una tribu de negros amigos, que se prestaron a reemplazar a los que habían desertado anteriormente. Luego llevó al *cameraman* a que tomara escenas vividas de leones, de elefantes y de otras fieras y monstruos de la jungla; y todo el mundo estaba maravillado ante la fuerza, la audacia y el valor y la astucia de Stanley Obroski.

Pero, de pronto, vino una noticia triste a ensombrecerlo todo: un negro llegó trayendo un cable para Orman. Era del estudio. Y en el cable se le ordenaba al director que volvieran a Hollywood inmediatamente.

Todo el mundo sintió una inmensa alegría, excepto Orman.

—¡Hollywood! —gritó Naomi, entusiasmada—. ¿No te vuelves loco, Stanley?…

—¡Quizá esa sea la palabra apropiada! —bromeó Tarzán.

Y toda la compañía gritó y cantó y danzó loca de alegría, como un tropel de chiquillos que viera arder la escuela. Tarzán les observaba, extrañado, preguntándose qué sería aquel Hollywood lejano que producía en estas gentes tales delirios de entusiasmo y alegría. Y se dijo que quizá algún día se decidiera a ir por sí mismo a aquel lejano Hollywood.

Recorriendo ya caminos despejados anteriormente, el safari retrocedió ahora con gran velocidad. Atravesaron el país de los bansutos, luego que Tarzán les aseguró que nada les ocurriría.

—¡Ya lo he convenido yo así con Rungula, el jefe de la tribu! —les dijo.

Luego les abandonó, diciéndoles que se dirigía a Jinja, y al apartarse del safari se encaminó hacia la aldea de Mpugu, donde había dejado a Obroski. El jefe negro le recibió con cara triste, y le dijo en tono

compungido:

—¡El blanco *Bwana* murió hace siete días! Hemos llevado su cadáver a Jinja, para que los hombres blancos sepan que no le hemos asesinado.

Tarzán lanzó un corto silbido de pesar y contrariedad. La noticia era muy mala y triste, pero él había hecho lo que humanamente fue posible para salvar la vida de Stanley Obroski.

Dos días después. Tarzán, el señor de la jungla, y Jad-bal-ja, el león rubio y dorado, observaban desde la cima de una pequeña colina la larga cinta que trazaba el safari sobre la llanura, dirigiéndose hacia Jinja.

Detrás de la larga fila de camiones y carros marchaba Pat O'Grady. Junto a él iba Balza. Los dos iban abrazados por la cintura, y Balza iba fumando alegremente un cigarrillo.

XXXIII

«¡SALVE HOLLYWOOD!»

HABÍA pasado un año.

Un hombretón, alto, fornido, de tez bronceada, descendió del gran expreso de lujo de Los Ángeles, en la estación de Hollywood. Su aire majestuoso y gallardo, lleno de gracia varonil, su andar solemne, a la vez silencioso y revelador de una fuerza enorme y decidida, sus fuertes músculos, la dignidad de su rostro, todo, todo en él recordaba la gallardía y la majestad de Numa, el león, como si este hombre fuera, en realidad, una personificación del rey de la jungla.

Una inmensa multitud estaba congregada en los andenes, y se acercó al convoy, ansiosa y anhelante. La policía contenía a la gente con gran trabajo, abriendo un estrecho camino para los pasajeros y para la gran celebridad del cinema a la que todos esperaban.

Los fotógrafos dispararon infinidad de placas, mientras otros iban tomando cintas de la escena, para los diarios y las revistas y los estudios; una nube de reporteros avanzó, lápiz en ristre, mientras las muchachas de los elencos, las pobres extras, emocionadas y llorando muchas de ellas, empujaban a la multitud para colocarse en primera fila.

Al fin, la multitud divisó a su estrella favorita, y un rumor inmenso de bienvenida se elevó hasta el cielo, mientras comenzaban a funcionar los micrófonos, estratégicamente colocados por Freeman Lang.

Una muchacha frágil y deliciosa, con una rubia cabellera casi verde a fuerza de platino, bajó del expreso; su agente de publicidad la precedía, y luego bajaron del tren sus tres secretarios y una doncella llevando un pequeño gorila en brazos.

Inmediatamente se vio rodeada por la nube de reporteros y Freeman tuvo que forcejear para abrirle paso. Luego se volvió hacia la linda muchacha, preguntándole:

—¿Quiere usted hacer el favor de pronunciar unas palabras ante el

micrófono, para sus infinitos admiradores?… ¡Venga por aquí!

La cogió del brazo y la llevó ante uno de los micrófonos, donde la estrella pronunció las siguientes palabras:

—¡Un saludo a todos! ¡Quisiera que todos los que me admiran estuvieran aquí! ¡Es maravilloso! ¡Y yo me siento tan feliz de regresar de nuevo a Hollywood!…

Freeman Lang se acercó al micrófono, y dijo:

—¡Señoras y señores: Acaban ustedes de oír la voz de la más bella y admirada entre todas las estrellas famosas y jóvenes del cinema. Yo quisiera que todos ustedes pudieran presenciar el espectáculo de esta inmensa multitud, que llena la estación de Hollywood para dar la bienvenida a su estrella favorita. Yo he visto a miles los recibimientos entusiastas y grandiosos; pero honradamente he de decir que jamás vi una cosa más inmensa que ésta, un recibimiento más apoteósico ni espontáneo!

¡Todo Los Ángeles ha venido aquí para dar la bienvenida a su estrella favorita, la hermosa, la incomparable y única Balza!

El extranjero que acababa de bajar del expreso poco antes, sonrió ahora de un modo imperceptible, y, atravesando la multitud, salió de la estación, subió a un taxi y ordenó que le llevaran a un hotel cualquiera de Hollywood.

Cuando ya registraba su nombre en el libro del Hotel Roosevelt, un joven, que estaba apoyado contra el buró del *maître* pudo leer el nombre que escribía el recién llegado: «John Clayton, de Londres». Luego le siguió con la vista, fijándose en sus anchos hombros y en su enorme musculatura de verdadero atleta.

Ya en sus habitaciones, John Clayton se asomó a una ventana, mirando el inmenso bulevard Hollywood, donde los autos hormigueaban incesantemente. Y a la vista de los árboles y los parquecillos diminutos, el hombre lanzó un corto suspiro.

A la vista de la inmensa multitud que llenaba el bulevard y del hormiguero que presentía en los edificios enormes, Clayton experimentó una sensación de soledad como no la había experimentado en su vida.

Entonces, sintiendo que las paredes de la estancia le oprimían, salió y volvió a acoger el ascensor para bajar al hall, con ánimo de dirigirse hacia unas colinas que había vislumbrado al norte de la ciudad.

Al llegar al hall, un joven se le acercó, diciéndole:

—Perdón: ¿no es usted míster Clayton? Éste miró al desconocido unos

momentos, y luego contestó:

—En efecto; pero yo no le conozco a usted. El joven se encogió de hombros, sonriendo, y añadió:

—Perdóneme, pero yo le recuerdo… ¿Se ha venido en viaje de negocios, eh?…

—¡Oh, simplemente a ver Hollywood! —repuso Clayton—. Había oído hablar tanto de él, que he sentido deseos de conocerlo.

—Supongo que tendrá usted aquí muchos amigos, ¿eh?…

—No, no conozco a nadie.

—En ese caso, quizá yo pudiera serle a usted útil; yo llevo aquí ya dos años, y conozco muy bien Hollywood. No tengo nada que hacer… y me alegraría de servirle de guía. Mi nombre es Reece.

Clayton reflexionó un momento. La verdad era que un guía le sería de gran utilidad. Y acabó por contestar:

—Muy bien. ¡Es usted muy amable, señor!

—Perfectamente. En ese caso, ¿qué le parece que fuéramos a almorzar?… Usted querrá conocer a las mayores celebridades del cine, ¿no es eso?…

—¡Naturalmente! Es la gente más interesante de Hollywood.

—Perfectamente. Pues entonces, iremos al Brown Derby. Allí verá usted a casi todos ellos.

Al descender del taxi a la puerta del famoso restaurante, Clayton pudo ver dos filas de curiosos ante la puerta del establecimiento.

—Quizá esperan la llegada de algún personaje, ¿no? —preguntó Reece.

—¡Oh, no! ¡Estos mirones estúpidos están aquí todos los días! —repuso el otro.

El famoso restaurante estaba lleno de una multitud elegante, y hombres y mujeres se esforzaban en atraer sobre sí la atención. De una mesa a otra se hablaban y reían las gentes animadamente:

«¡Adiós! ¿Qué tal?… ¡Vas elegantísima, chica!… Nos veremos en el Chino esta noche, ¿verdad?…».

Reece iba señalando las celebridades a Clayton. Dos o tres le eran conocidos; pero todos se parecían tanto y decían al hablar tantas tonterías y vaciedades, que a los pocos momentos Clayton estaba desilusionado. Y se alegró cuando acabaron la comida. Le trajeron la cuenta, Clayton pagó, y salieron a la calle.

—¿Tiene usted qué hacer esta noche? —preguntó Reece.

—No he formado plan alguno…

—En ese caso, supongo que querrá usted que vayamos a ver la última producción de la famosa Balza, en el Chino, una película que dicen es maravillosa, *Bustos esculturales*. Yo tengo una entrada, y un amigo mío nos proporcionará otra para usted. De todos modos, le costará veinticinco dólares.

—Pero ¿vale la pena?

—¡Claro que sí!

Un resplandor ofuscante iluminaba la gran fachada del Teatro Chino Grauman, mientras una inmensa multitud de más de veinte mil personas se apretaba y empujaba y codeaba en el Bulevard Hollywood, pretendiendo entrar en el famoso teatro. El tráfico había quedado interrumpido. Clayton y Reece salieron del Hotel Roosevelt, abriéndose paso trabajosamente entre la multitud.

Al acercarse al teatro, pudieron oír que un *speaker* iba anunciando por radio la llegada de las grandes celebridades del cinema, que dejaban sus coches en las cercanías del teatro, atravesando luego a pie y penosamente por entre la espesa multitud.

Ante el teatro había millares de curiosos, algunos de ellos sentados en sillas, y no pocos de los cuales soñaban con un autógrafo de las grandes estrellas… Había espectador que llevaba allí desde las primeras horas de la mañana, conservando heroicamente su puesto en la primera fila, sólo para ver desfilar ante sus ojos las estrellas más famosas del cine.

Clayton oyó decir ahora al *speaker*.

—¡Ahora llegan las estrellas con más frecuencia, señores!… ¡Aquí tenemos a Naomi Madison, que acaba de descender de su auto acompañada de su marido el príncipe Mudini! ¡Y ahora llega la más famosa y querida de las estrellas, la hermosa, la incomparable Balza! Voy a procurar que les dirija a ustedes la palabra… ¡Eh, querida Balza!, ¿quiere usted tener la bondad de acercarse al micrófono un momento? ¿Quiere usted pronunciar unas palabras para sus infinitos admiradores? ¡Por aquí, amiga mía!…

Una docena de admiradores empedernidos avanzaban hacia Balza lápices y estilográficas y blocs; pero ella sonrió dulcemente, y haciendo un gesto de espera, se acercó al micrófono, y dijo estas palabras:

—¡Un saludo a todos! ¡Quisiera que todos los que me admiran estuvieran aquí! ¡Es maravilloso! ¡Y yo me siento tan feliz de regresar de nuevo a Hollywood!…

Clayton sonrió, mientras la multitud rompía en un aplauso cerrado y larguísimo. Después Freeman continuó anunciando la llegada de otras estrellas:

—Aquí viene ahora… ¡Pero no le dejan pasar!… Jamás se ha visto entusiasmo semejante… La policía se ve impotente para contener a los curiosos… Aquí viene Jimmie, el famoso Jimmie Stone, segundo jefe de la producción de los Estudios de la B. O., cuya superproducción *Bustos esculturales* va a rodarse por primera vez en público esta noche, en el Teatro Chino Grauman, Jimmie, ¿tiene usted la bondad de acercarse al micrófono?… El público quiere oírle a usted…

Jimmie Stone se acercó al micrófono, y dijo en voz alta:

—¡Un saludo a todos! ¡Quisiera que todos ustedes estuvieran aquí! ¡Es maravilloso!…

—¡Vamos para adentro! —dijo Clayton, esbozando una ligera sonrisa.

—Y bien, Clayton, ¿le ha gustado a usted la cinta? —preguntó Reece.

—Los acróbatas del prólogo, eran maravillosos —repuso el inglés.

Reece le miró desilusionado. Luego, animándose de pronto, dijo:

—¡Verá usted lo que vamos a hacer! Vamos a buscar a dos amigos míos, y nos iremos a celebrar una pequeña fiesta. ¿Qué le parece?

—Pero ¿a estas horas?…

—¡Oh, es temprano! Mire: aquí veo a mi amigo Billy Brouke. ¡Eh, Billy! Mira, aquí te presento a mi amigo míster Clayton, de Londres… Míster Clayton, éste es mi amigo Billy Brouke. ¿Qué te parece que organizáramos una fiestecita, Billy?

—Por mí, sí —repuso Brouke—. Yo tengo ahí mi coche, en la esquina…

Cerca de la calle Franklin subieron a un lindo *roadster*; Brouke se puso al volante y partieron hacia las colinas donde están los barrios más elegantes de Hollywood.

Clayton, un tanto embarazado, dijo:

—¡Quizá sus amigos no se van a alegrar mucho cuando vean que les llevan ustedes un desconocido!… Reece contestó, sonriendo:

—¡No se preocupe usted! Se alegrarán de conocerle a usted…

Brouke rió a su vez, asintiendo:

—¡Y claro que sí!

Brouke, luego de correr por varias calles detuvo el coche, murmurando:

—¡Diablo!… ¡No es por aquí! Volvió atrás, y corrieron por otras calles,

y finalmente volvieron hacia Franklin.

—¿No recuerdan la casa de sus amigos? —preguntó Clayton.

Al fin llegaron a una calle donde una de las casas aparecía intensamente iluminada, y ante cuya fachada de ventanas abiertas se estacionaban numerosos automóviles. De la casa salían risas y las dulces melodías de la radio.

—Ésta parece ser —dijo Reece.

—SÍ, aquí es —contestó Brouke, deteniendo el coche junto a la acera.

Un *boy* filipino les abrió la puerta y Reece entró, hall adelante. Los otros le siguieron. En las escaleras que conducían al piso principal se veían un hombre y una mujer sentados, intentando besarse sin derribar el whisky de las copas que tenían en las manos. Ni siquiera vieron a los recién llegados.

En un salón numerosas parejas bailaban a los acordes de la radio. Otros, estaban sentados en butacas y divanes. Todos bebían, con gran animación de risas y de charla.

—¡La fiesta está en su apogeo! —dijo Brouke, entrando en el salón—. ¡Buenas noches a todos! A ver: ¿dónde está el buffet?… ¡Venid para acá, amigos míos!… Y salió del salón, iniciando un paso de danza. De pronto, un hombre de mediana edad se levantó de un diván, acercándose a Reece, al tiempo que murmuraba entre dientes:

—¡La verdad, no recuerdo!… Pero Brouke le interrumpió:

—¡No se preocupe, amigo mío! ¡Hemos sentido venir tan tarde!… ¡Salude usted a míster Reece y míster Clayton, de Londres!… ¿Qué podemos beber?…

Y, sin esperar la respuesta del dueño de la casa, se dirigió hacia el buffet. Clayton vaciló. No se había dado cuenta de que el que parecía dueño de la casa, no recibía a estos amigos con un entusiasmo excesivo…

Una rubia alta y esbelta, vacilando un poco se acercó a él, preguntándole:

—¿No nos hemos visto antes nunca nosotros, míster, míster…?

—¡Clayton es mi nombre, señorita!

—Muy bien, míster Clayton. ¿Bailamos? —Y cuando ya se cogían para bailar, la hermosa rubia explicó todavía—: ¡A mi pareja se la han tenido que llevar a la cama!…

A través de su charla incesante, Clayton se dio maña para preguntarle si conocía a Rhonda Terry.

—¿A Rhonda Terry?… ¿Cómo que si la conozco?… ¡Y claro que sí!… Está en Samoa, filmando una nueva cinta de su marido.

—¿Cómo de su marido?… ¿Pero es que se ha casado?

—¡Oh, sí! Se ha casado con Tom Orman, el famoso director. ¿Usted la conoce?

—Sí, me la presentaron…

—Pues sí; sintió mucho la muerte de Stanley Obroski, pero al fin se consoló, y se casó con Orman. ¡Oh, Obroski se hizo mucha fama en África! Sus compañeros hablan todavía de la manera cómo mataba a los leones y los gorilas, con una sola mano, teniendo atada o sujeta la otra a la espalda.

Clayton, sonriendo, condujo a la muchacha a un sofá, donde ambos se sentaron.

—¡Abe! —dijo ella, de pronto, a un señor que cruzaba—; aquí tiene usted un hallazgo interesante. Mire, míster Clayton, este señor es Abe Potkin, y este otro Dan Puant, el famoso director de escena…

—Hemos estado observando a míster Clayton —dijo Potkin.

—Pues mejor les será cogerlo de una vez y no soltarlo —aconsejó, riendo, la muchacha—. No encontrarán ustedes un Tarzán mejor que él.

—¡No es exactamente el tipo! —repuso Potkin con cierto tono despectivo—; pero quizá pudiera servir. ¿Qué le parece, amigo Dan?

—No es mi idea de Tarzán, pero podríamos ver…

—Su rostro no es el de Tarzán, desde luego, pero es alto y fornido, y el tipo…

—Pero, este hombre es desconocido; nadie ha oído su nombre, y usted decía que quería un nombre famoso…

—Para ello echaremos mano de la rubia esa, Era Dessent, para que encarne a la protagonista principal.

—Tengo una idea —dijo Puant—. Escribiré un argumento para la Dessent y alguna otra muchacha, y luego echaremos mano de un hombre famoso para las escenas principales; y Clayton nos servirá para filmar escenas de ambiente de la jungla, con monos y fieras. Clayton hará el papel de Tarzán.

—¿Qué le parece a usted, amigo Clayton? —preguntó Potkin sonriendo.

En este momento Reece y Brouke irrumpieron en el salón, cada uno con una botella en la mano. El dueño de la casa les seguía, censurándoles.

—A ver, amigos, ¿quién quiere beber? —gritó Brouke—. ¡Hay que

animarse!

Llenaron vasos para mucha gente, mezclando el champaña con la ginebra y el whisky, y luego de hablar entre ellos varias veces o con los invitados, acabaron por desaparecer en busca de nuevas botellas.

—¡Bien! —volvió a preguntar a Clayton Potkin— ¿qué le parece?

—¿De qué se trata? —preguntó Clayton.

—Verá usted. Voy a hacer una cinta de la Jungla. Y necesito contratar a un Tarzán. Mañana podríamos hacer una prueba con usted.

—¿Cómo?… ¿Quiere usted decir que yo habría de representar el papel de Tarzán de los Monos? —preguntó Clayton, con una leve sonrisa de ironía.

—Sí; verá. Usted no es el tipo exacto que yo busco, pero podríamos probar… Mi amigo míster Puant puede escribir una nueva historia de Tarzán, y usted hará ese papel. Le dará gran fama… Es un papel como para que pagara usted por hacerlo; pero yo no quiero que usted pierda su tiempo, y estoy dispuesto a pagarle cincuenta dólares semanales, y a correr con los gastos de una enorme *reclame*. Mañana por la mañana puede usted pasar por el estudio, y haremos una prueba. ¿Qué le parece?

Clayton, poniéndose en pie, repuso:

—¡Ya lo pensaré, señores, ya lo pensaré! De pronto, una hermosa y joven mujer vino corriendo desde el hall, perseguida por Brouke. Y la mujer gritó, en tono descompuesto y nervioso:

—¡Déjeme, canalla, majadero!…

El dueño de la casa corrió hacia Brouke, gritando a su vez:

—¡Deje usted a mi mujer, y salga de esta casa!… Brouke dio un tremendo empujón al dueño tirándolo de espaldas contra una silla, desde la que cayó al suelo, y enseguida, cogiendo a la mujer en brazos, corrió con ella, desapareciendo en dirección al hall.

Clayton se quedó absorto. Entonces se volvió hacia la muchacha con la que había estado bailando Maya, que le dijo:

—¡Su amigo de usted está borracho, y empieza a ponerse un tanto inconveniente!

—¿Mi amigo? —repuso Clayton—; ¡no es mi amigo! Nos hemos conocido esta tarde. Y él me invitó a venir aquí, diciéndome que era una fiesta que daban en casa de unos amigos suyos.

La muchacha sonrió, encogiéndose de hombros y comentando:

—¡Amigos suyos! ¡El pobre Joe no ha visto jamás a esos muchachos!

En cuanto a usted… ¡no va a querernos hacer creer que ignoraba que venían aquí a echar a perder nuestra fiesta!…

Clayton se quedó absorto.

—¿Cómo?… ¿Quién iba a sospecharse que esos muchachos no les conocían a ustedes?… ¿Por qué no nos echaron ustedes a la calle al llegar, y avisaron a la policía?…

—¡Eso es! Y dejar que la policía descubriera en la casa un buffet lleno de licores, ¿no es verdad?… ¡Vamos, no diga usted tonterías, niño grande!…

De repente, un grito de mujer rasgó los aires. El dueño de la casa se puso en pie, murmurando:

—¡Dios mío! ¡Mi mujer!…

Clayton salió del salón, y empezó a subir de tres en tres las escaleras. Al llegar arriba, oyó gritos detrás de una puerta cerrada. Entonces, apoyando un hombro contra la madera, la hizo saltar.

Dentro de la estancia, una mujer luchaba a brazo partido contra el borracho Brouke. Clayton, de un manotazo, lanzó al miserable dando traspiés a varios metros. El borracho, lanzando gritos de rabia, cargó contra Clayton, pero los poderosos músculos de éste le redujeron bien pronto a la impotencia.

Un pito de la policía sonó a lo lejos. Brouke pareció recobrar su serenidad al oírlo. Y gritó:

—¡Suélteme, idiota, que viene la policía! Clayton arrastró al borracho hasta la meseta de la escalera, y luego, de un formidable empellón, lo lanzó rodando hacia abajo. Enseguida volvió a penetrar en la estancia, donde la mujer estaba todavía caída en el suelo. Se acercó y la levantó, preguntándola:

—¿Está usted herida?

—No; no ha sido más que el susto. El canalla ese estaba queriendo obligarme a que le dijera dónde guardo mis joyas.

El pito de la policía sonó ahora más cerca, y la mujer gimió:

—¡Márchese usted! ¡Mi marido, que está disgustadísimo, les hará detener a los tres!

Entonces Clayton, acercándose a la ventana abierta, junto a la cual se veían las ramas de un gran árbol, saltó al follaje, mientras la mujer lanzaba un grito de terror, y desapareció.

A la mañana siguiente, Clayton se encontró a Reece en el salón de

lectura del hotel.

—¡Vaya una fiestecita, ¿eh?, la de anoche! —le preguntó Reece sonriendo.

—¡Yo creí que estaría usted en la cárcel! —repuso Clayton.

—No, por fortuna. Mi amigo Brouke se pudo hacer de una tarjeta de una personalidad del cine, y eso nos salvó. ¡Escuche: ya veo que va usted a trabajar en el papel de Tarzán para Abe Potkin!

—¿Quién se lo ha dicho a usted?

—Lo estoy leyendo aquí, en la sección que tiene Louella Parson en el *Examiner*.

—Pues me parece que no…

—Hará usted bien. Aunque acabará usted dejándose seducir por el cine, y trabajando en él… Ahora, por cierto, andan haciendo el reparto en la *Prominent Pictures* para una nueva cinta de Tarzán, y…

Un botones se acercó, diciéndole a Clayton:

—¡Le llaman al teléfono, míster Clayton! Clayton fue hacia el teléfono, y cogiendo el auricular, dijo:

—¡Diga!… ¡Aquí es Clayton!…

—¡Ah, muy bien, escuche! ¡Aquí es el estudio de la *Prominent Pictures*! ¿Puede usted venir un momento para que celebremos una entrevista?…

—¡Ya veré! —repuso Clayton, colgando el auricular. Al acercarse al otro. Clayton le dijo:

—Era la *Prominent Pictures*, que me llamaba. Quieren que vaya a celebrar una interviú con ellos.

—Pues vaya usted. Si trabaja usted para la *Prominent*, le hacen a usted un hombre.

—Sería muy interesante.

—¿Usted cree que podrá hacer el papel de Tarzán?

—¡Lo procuraré!… Ya veremos, en todo caso.

—Es un papel muy peligroso. Yo no quisiera hacerlo por nada…

—Ya veremos, ya veremos —repitió Clayton, dirigiéndose hacia la puerta.

Pero Reece le alcanzó antes de que llegara al umbral, y le dijo en voz baja:

—Escuche, amigo mío, ¿no me podría usted prestar diez dólares hasta el sábado?…

El director de escena de la Prominent miró de arriba abajo a Clayton, y luego dijo:

—¡Me gusta su aspecto! Voy a enviarle a míster Goldeen, que es el manager. ¿Usted tiene alguna experiencia?

—¿Cómo Tarzán?

El director sonrió, contestando:

—¡No, quiero decir como actor de cine!

—No.

—Bien; ya le enseñaremos. No necesita ser usted un Barrymore para representar el papel de Tarzán. Venga conmigo. Subiremos al despacho de míster Goldeen.

Un secretario les introdujo en el despacho del personaje.

—¡Adiós, amigo Ben! —dijo el director entrando con Clayton—; ¡me parece que he podido descubrir el hombre que te hacía falta! ¡Te presento a míster Clayton!… ¡Éste es míster Goldeen!

—Pero ¿para qué lo traes? —preguntó Goldeen.

—Para el papel de Tarzán.

—¡Hum!… ¡No sé qué te diga!…

Y luego de examinar a Clayton durante unos instantes, hizo un gesto despectivo con la diestra, añadiendo:

—¡No, no es el tipo de Tarzán, ni mucho menos! ¡No sirve!

Cuando Clayton salía del despacho, siguiendo al director, aquél sonreía con sutil sarcasmo. El director le dijo luego:

—¡Bueno, verá usted! Quizá podamos buscarle un papel secundario en la cinta… ¡Ya le tendré en cuenta, y en todo caso ya le telefonearía! ¡Adiós!

Aquella tarde Clayton, leyendo una de las ediciones primeras de los diarios de la noche, pudo leer esta noticia en gruesos caracteres:

«Cyril Wayne hará el papel de Tarzán. El famoso Adagio ha firmado su compromiso con la *Prominent Pictures*, para filmar su próxima superproducción».

Pasó una semana. Clayton estaba disponiéndose ya a dejar California y volver a su patria, cuando el teléfono de sus habitaciones sonó de pronto, y el director de la Prominent le dijo a través del hilo:

—¡Tengo un pequeño papel para usted en la película de Tarzán que hacemos! Esté usted en el estudio mañana a las siete y media de la mañana.

—Muy bien.

Clayton se propuso acudir a la cita, diciéndose que quizá iba a serle conveniente para continuar en Hollywood…

—¡Escuche! —le preguntó el director de escena—. ¿Cómo se llama usted?

—Clayton.

—Muy bien. Usted será el cazador blanco al que Tarzán liberta de las garras del león.

Cyril Wayne, casi desnudo, con un ligero taparrabos y con el cuerpo pintado y cubierto de un vello artificial, miró a Clayton con el ceño fruncido y un gesto de desagrado, y luego comentó al oído de otro de los directores:

—¡Diablo! ¿De dónde han sacado ustedes este tipo?… ¡Éste nos echa a perder la cinta!…

—¡No! —contestó el director blandamente—; apenas le cogerán algunas escenas… Además, haremos el ensayo varias veces… Oiga: ¿cómo es su nombre?

—Clayton.

—Muy bien, pues escuche usted, Clayton. Usted va a suponerse que viene rectamente hacia la cámara, a través de la jungla en la primera escena en que usted va a tomar parte, ¿sabe?… Usted llega aterrado, y mira hacia atrás varias veces… y tropieza y avanza vacilante, como si fuera a caer al suelo. Piense que usted está perdido en la jungla y un león le persigue. Pero nosotros cortaremos la cinta en este momento. Luego, en la última escena, el león aparece esta vez en escena con usted, ¡pero usted no ha de asustarse, porque se trata de un león perfectamente domesticado y muy manso!, ¿sabe?… Usted gritará, como es lógico, y saca su cuchillo para defenderse; pero sus piernas tiemblan de miedo. Tarzán oye sus gritos, y entonces viene saltando por entre la arboleda… Oiga: ¿está aquí el doble que ha de saltar por las ramas, en lugar de Cyril, verdad? —se interrumpió el director, para preguntar a los otros. Y cuando le hubieron contestado afirmativamente, prosiguió—: ¡Bien: el león le ataca a usted furiosamente, pero en aquel momento Tarzán se deja caer desde la rama de un árbol, y viene a caer precisamente entre usted y el león! Nosotros tomaremos las vistas de esta escena muy cerca, por lo cual usted debe mantenerse de espaldas a la cámara, ¿comprende? Y entonces Tarzán se arroja sobre el león y le mata. Escuche, Eddie, ¿se ha caracterizado ya el domador ese que ha de representar el papel de Cyril al matar el león?…

—¡Todo está ya listo, mi jefe! —repuso el ayudante.

—Muy bien, entonces —gritó el director—. ¡Adelante, Clayton, y vamos a ensayar!… ¡Y recuerde que le persigue un león, y que usted llega corriendo aterrado ante la cámara!

El ensayo de las primeras vistas complació mucho al director. Luego se procedió a filmar la escena en la que aparecían Clayton, Wayne y el león. Éste era un hermoso y fuerte animal, que causó la admiración de Clayton. El domador advirtió a todos que si ocurría algo anormal o extraordinario, todos quedaran perfectamente inmóviles, y que bajo ningún pretexto ni circunstancias, tocara nadie al león.

Las cámaras comenzaron a funcionar. Clayton, representando su papel, corrió, vacilante, tropezó y casi cayó al suelo. Luego volvió la cabeza, y lanzó un terrible grito de terror. Cyril Wayne se arrojó en este momento desde la rama de un árbol, precisamente cuando el león surgía de la jungla persiguiendo a Clayton… Y en este momento ocurrió algo terrible, e inesperado.

El león, lanzando un horrendo rugido, se encogió todo, agachándose contra el suelo. Wayne, presintiendo el peligro, perdió la serenidad y escapó, abandonando a Clayton en la huida. El león entonces acometió al fugitivo furiosamente, mientras Clayton permanecía absolutamente inmóvil.

El león se disponía, en efecto, a perseguir a Cyril Wayne; pero ante los ojos absortos de todos ocurrió algo terrible e inexplicable: Clayton, comprendiendo con más perspicacia que nadie el peligro que amenazaba al actor, se arrojó sobre el león, quedando a horcajadas de la fiera. Un brazo de hierro se enroscó en el cuello del rey de la selva, que se revolvió furiosísimo, intentando despedazar al imprudente; pero las feroces garras no pudieron alcanzar a su presa. Clayton cerró sus piernas, que formaron una llave mortal bajo el vientre delgado de la fiera. Entonces ésta, loca de rabia, se arrojó al suelo revolcándose y pretendiendo librarse de este modo de su enemigo.

Pero los rugidos del león, se mezclaron ahora con unos rugidos no menos feroces y terribles que salían de la garganta del hombre.

El león se levantó, encabritándose con un aspecto terrorífico; pero ahora, en la diestra de Clayton había surgido el brillo de su cuchillo, y todos vieron cómo la hoja de acero se hundía, una, dos, tres veces en las carnes del felino, que, lanzando unos rugidos estentóreos de agonía, se

desplomó al suelo, donde quedó inmóvil.

Clayton se irguió al bajar a tierra a su vez; luego puso un pie sobre le cadáver del león y miró al cielo, como si fuera a lanzar un agudo grito de victoria; pero, conteniéndose con gran esfuerzo, miró en torno, al tiempo que una larga sonrisa entreabría sus labios.

Un hombre, nervioso y excitado, se adelantó, temblando. Era Benny Goldeen, el manager de la compañía.

—¡Dios mío!, —gritó aterrado—; ¡ha matado usted nuestro mejor león! ¡Valía diez mil dólares y no lo habríamos cambiado por cien leones! ¡Está usted despedido!…

El *maître* del Hotel Roosevelt levantó la cabeza, y preguntó con amable sonrisa:

—¿Qué, ya nos deja usted, míster Clayton?… ¡Espero que se haya divertido usted en Hollywood!, ¿eh?…

—¡Oh, sí mucho! —repuso Clayton—. De todos modos, voy a rogarle que me informe usted ahora de una cosa…

—¡Sí, señor, no faltaba más! ¿De qué se trata?

—De que me diga…, ¿cuál es la ruta más corta para ir a África?…



EDGAR RICE BURROUGHS (Chicago, 1 de septiembre de 1875 — Encino, California, 19 de marzo de 1950)

Cuando Edgar Rice Burroughs murió en 1950 dejó tras de sí una colección de algunas de las aventuras de ficción más notables de todos los tiempos. Su obra incluye novelas históricas junto a algunas de las experiencias más imaginativas jamás concebidas por la mente del hombre; desde la prehistoria hasta el futuro lejano; del núcleo de la Tierra a las estrellas más distantes en el universo.

El primero de los libros de Burroughs, *Tarzán de los Monos*, sorprendió como uno de los más vendidos del año. Desde entonces publicó un enorme cúmulo de historias de aventuras que su público esperaba con impaciencia. En el momento de su muerte en 1950, se habían publicado un total de cincuenta y nueve libros, la última, *Llana de Gathol*, en marzo de 1948. La lista podría haber sido más amplia si no hubiera sido por la escasez de papel durante la Segunda Guerra Mundial. Al morir tenía quince relatos inéditos sin finalizar.

La biografía de Edgar Rice Burroughs es la típica historia americana de

éxito desde la pobreza a la riqueza. Hijo de una familia adinerada venida a menos, dejó la universidad y finalmente estuvo cinco años en la Academia Militar de Michigan donde se quedó como asistente instructor. Este iba a ser el primero de una larga lista de puestos de trabajo en el oeste (incluidos soldado en el 7.º de Caballería, arriero de ganado en Idaho, agente de policía del ferrocarril, etc.) que probó sin éxito hasta que finalmente descubrió su talento para la escritura.

Su suerte empezó a cambiar en 1911. Estaba trabajando revisando los anuncios que aparecían en las revistas *pulp* (muy populares en su época, dedicadas a la publicación de relatos por entregas) y pensó que por qué no probar y enviar sus propias historias. Su primer cuento se tituló *Dejah Thoris, Princesa de Marte*, lo publicó la revista *All-Story* y recibió $ 400 por ella. Como no quería que sus amigos supieran de su autoría, se publicó con el pseudónimo Norman Bean. Apareció en febrero con el titulo *Bajo las lunas de Marte*. El éxito que obtuvo le hizo ver que él era lo suficientemente bueno para usar su propio nombre y abandonó el pseudónimo.

Para su siguiente relato pasó mucho tiempo investigando sobre la historia de Inglaterra, a la que se acercó con una historia sobre la época de la Guerra de las Rosas, (*The Outlaw of Torne*), que fue rechazada de inmediato por su editor. Burroughs volvió a las historias de acción y se dedicó a una historia sobre la lucha entre la herencia y el medio ambiente a la que llamó *Tarzán de los Monos*. La historia inició su publicación en el número de octubre del *pulp All-Story*. Edgar recibió $700 por ella y entonces supo que estaba en el camino correcto. Renunció a su puesto de trabajo y dedicó todo su tiempo en la escritura. Comenzó a hacer tanto dinero que podía darse el lujo de llevar a su esposa y sus tres hijos a pasar el invierno en California.

Tarzán se convertiría en un gran éxito en los Estados Unidos y en todo el mundo, pero en esa época no resultó fácil de aceptar. El cuento era popular entre el público de las revistas *pulp*, pero ninguna de editorial estaba dispuesta a publicar el libro completo, ya que no lo encontraban de buen gusto y pensaban que a su público no le gustaría. Después de tratar de vender la idea a barios editores sin éxito, su éxito como folletín creó una demanda para su edición en forma de libro. En 1914 apostó por su publicación la editorial AC McClurg & Company, que la había rechazado previamente, y resultó ser uno de los libros más exitosos del año. A partir

de ese momento fue seguido por varios libros más en rápida sucesión: *El regreso de Tarzán* en 1915, *Las fieras de Tarzán* en 1916; *Una princesa de Marte*, (la primera historia que había escrito) en 1917, *El hijo de Tarzán* en 1918, etc. Edgar Rice Burroughs se convirtió en el escritor más rico de su época. En el año 1931, decide crear su propia editorial e incrementar así sus ganancias, comenzando con *Tarzán el Invencible*.

En 1941, Burroughs estaba de vacaciones en Hawai y fue testigo del bombardeo japonés de Pearl Harbor el 7 de diciembre. Durante los siguientes cuatro años realizaría una gira por las zonas de guerra del Pacífico con las Fuerzas Armadas como corresponsal de prensa para la Associated Press. En el último año de la guerra sufrió un par de ataques al corazón y tuvo que abandonar el frente, lo que le dejó el suficiente tiempo libre para volver a escribir durante este período volvió a su personaje favorito y escribió *Tarzán y la Legión extranjera*.

Después de la guerra, regresó a su país. Cuando murió, como consecuencia de sus problemas con el corazón, el 19 de marzo de 1950, todos los fans sabían que el maestro les había dejado dejado su huella en el recuerdo, pero también sabían que sus héroes, Tarzán, John Carter, Napier Carson, David Innes y muchos otros seguirían entreteniendo a las generaciones futuras de lectores.

TARZAN AND THE LION MAN



·EDGAR·RICE·BURROUGHS·

Cubierta original 1ª. edición EE.UU., 1934, J. Allen St. John